

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE ECONOMÍA

Bosquejo sobre el doble Fundamento de la Inflación

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN ECONOMÍA

Presenta

Luis Armando Pérez Rivera

ASESOR:

Ing. Franco Guerrero Galeana

México, D.F.

2014



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

DEDICATORIAS

A aquel a quien la Diosa Figura brindádole ha cabalmente la sabiduría de las formas: a mi Padre.

¡Oh metafísica, metafísica, Madre divina! Si pudiera acaso confundiros, sensibilidad os llamaría: A mi Madre; a quien cual naturaleza la Naturaleza creó.

A mis hermanos: enviados por la Verdad a la verdad. A vosotros, a quienes el fenómeno aun como Suprasensible, no convence.

A Leonardo y Adriana.

A Ariel Fernando Pérez Rivera.

A mi Sínodo.

A aquellas figuras y figurezas allí inteligentes cuya relación era antes conmigo inexistente; a quienes en no pocas ocasiones bienquero y con quienes la mayoría de veces congenio.

[An der Stille, dem Nichts und Dir]

Das Diesseits soll die Abwechslung werden,
Vorausgesetzt, dass die Unmittelbarkeit, das Ganze,
Die Erfahrung, die Umgebung und die Gewissheit,
Zum Jenseits und zum Reinen werden.

Einfluss auf das Sein hat die bestimmte Wahrheit
Des Seins; Wesenheit davon ist die Realität;
Wie es scheint, ist die Wirklichkeit nicht
An sich wird das Bewusstsein rein.

Ziemlich laut hatte die Stille gerufen;
Und das angrenzende Nichts, das Existierende, wurde beobachtet;
Der Gedanke war nur noch aber Sinn,
O die Stille und das Nichts waren immer noch Anschein.

AGRADEZCO LA VALIOSA PARTICIPACIÓN, EN LA REVISIÓN DEL PENSAMIENTO
ANTERIOR, DE LUIS SÁNCHEZ, PROFESOR DE ALEMÁN.

An: Goethe, Hegel, Kant, Nietzsche, Schiller, Schopenhauer. . .

Mit der tiefsten Verehrung bin ich

Eurer Gnaden

Untertäniger Dinner

. . . Armando. . .

ÍNDICE

Introducción.....	1
Capítulo I. Sobre la utilidad de la mercancía en general.....	5
[1.1] De la mercancía. La conciencia singular y la conciencia plural.....	5
Capítulo II: Sobre las contradicciones de las formas unilaterales de la mercancía. Aviso preliminar acerca de Marx, Keynes y el método materialista.....	11
[2.1] Del entendimiento que se apodera del concepto útil y concreto de la mercancía. Marx.....	11
[2.1.1] De la esencia del pensamiento sometido a la consideración del valor substancial.....	13
[2.1.2] De la incapacidad de la forma social de la mercancía para poder intercambiar ésta por otra. El pensamiento que de aquí surge.....	16
[2.1.3] De la dependencia de las formas valor y no–valor. La condición entre sí. La conciencia que se aviene.....	20
[2.1.4] De la restricción del capital y trabajo. La conciencia limitada.....	23
[2.1.5] De la sucesión del juicio que aprecia la mercancía ora abstractamente ora concretamente.....	26
[2.1.6] Del proceso continuo y discontinuo de producción de las mercancías.....	30
[2.1.7] De la conciencia que se establece en la forma precio.....	34
[2.1.8] De la razón para calcular el precio de la mercancía y los elementos que en ella intervienen.....	36

[2.1.9] De la conciencia desaprensiva. La adición y sustracción mediante la forma precio.....	40
[2.2] De la consideración sobre las expectativas empresariales. El precio de la mercancía. La tal demanda efectiva. Keynes.....	45
[2.2.1] De la ganancia que genera inflación. La reducción de los salarios reales. La conciencia contrapuesta.....	48
Capítulo III: Sobre la doble implicación de los conceptos. La reflexión del pensamiento anejo.....	54
[3.1.1] Del salario.....	54
[3.1.2] De la incompatibilidad salarial.....	56
[3.1.3] De la remuneración coincidente. La mercancía que no se da.....	58
[3.2.1] De la ganancia.....	59
[3.2.2] De la unilateralidad de la ganancia.....	61
[3.2.3] Del resarcimiento. La mercancía que no se ofrece.....	63
[3.3.1] Del ingreso.....	64
[3.3.2] De la ganancia como pérdida y de la pérdida como ganancia.....	66
[3.3.3] De la retribución confluyente.....	68
[3.4.1] Del cambio.....	70
[3.4.2] Del cambio inmanente.....	73
[3.4.3] De la cambiabilidad.....	74
[3.5.1] Del precio.....	76
[3.5.2] Del precio de costo.....	78

[3.5.3] De la consideración absoluta del precio relativo.....	79
[3.6.1] De la inflación.....	82
[3.6.2] De la inflación repugnante y conveniente.....	86
[3.6.3] De la avenencia de la inflación. El pensamiento en y para sí como medida justa.....	89

Capítulo IV: Sobre la aplicación del pensamiento general. Parte polémica de la reflexión económica: la degeneración del materialismo histórico. Advertencias sobre Marx, Keynes y Bourgues. Teoría de la inflación.....

[4.1] Marx.....	91
[4.1.A] De la conciencia a priori: Hegel y Schopenhauer.....	93
[4.1.B] De los materialistas: Del mundo transformado y del mundo interpretado.....	96
[4.1.1] Del trabajo como sustancia y como determinación.....	99
[4.1.2] Del trabajo como capacidad productiva del trabajo, como composición orgánica del capital y social necesario.....	102
[4.1.3] Del trabajo como pérdida y ganancia. La equiparación del trabajador y el capitalista.....	105
[4.1.3α] De la simplicidad del valor trabajo.....	107
[4.1.3β] De la extensión del valor como desgaste de fuerza de trabajo.....	109
[4.1.3γ] Del capital, trabajo y plusvalor.....	113
[4.2] Keynes.....	121
[4.2.1] De la causalidad keynesiana.....	124

[4.2.2] Del conflicto de los conceptos.....	135
[4.2.3] De la verdadera consideración de lo general.....	145
[4.3] Bourgues.....	155
[4.3.1] Del sentido amplio del concepto precio.....	159
[4.3.2] Del subterfugio corriente: el valor que no es precio.....	162
[4.3.3] De la teoría de la inflación. El triunfo de la conciencia a priori.....	164
[4.3.4] De la demanda y los costos falaces. El pensamiento que se desdice.....	172
Conclusiones	178
Fin	186
Bibliografía	187

Bosquejo sobre el doble Fundamento de la Inflación

(Reflexiones y Críticas en contra de la Teoría materialista
dominante)

“Escribir bien consiste en hacer continuamente pequeñas erosiones a la gramática, al uso establecido, a la norma vigente de la lengua. Es un acto de rebeldía permanente contra el contrato social, una subversión. Escribir bien implica cierto radical desnudo.” J. Ortega y Gasset

INTRODUCCIÓN

“Bosquejo sobre el doble fundamento de la inflación”, nombre con el que decidido he antenotar esta investigación, revela desde un principio la posibilidad de contemplar en únicamente dos simples categorías económicas, como lo son el salario y la ganancia, la causa esencial del incremento de precios. Sin embargo, es muy factible que, por la misma naturaleza inquieta de la inteligencia y razón humanas, puedan estas dos categorías tener su razón suficiente en la mera conciencia del sujeto agente económico: motivo por el cual, aquel doble fundamento inscrito vendría a significar lo mismo en cuanto se dijera que ese incremento de precios se deriva y se infiere de la condición a priori del entendimiento humano; –ya no intitularía una doble justificación, sino un criterio solo, una sola Intención; lo cual obliga muy pronto a contemplar figuras equivalentes.

A esto y no a otra cosa es a lo que han tendido mis propósitos y mis esfuerzos: a aspirar a la analogía del salario y la ganancia como el doble fundamento de la inflación; las cuales categorías salario y ganancia constituyen los elementos de ese soporte, ciertamente, ya que es innegable que el salario por ser tal represente una ganancia para su poseedor; y la ganancia evoque una retribución para su granjero. Mas, esta transfiguración de nociones, no se obtiene de la experiencia o de la propia práctica a posteriori; de la materia o de retortas; antes bien, se colige gracias a la propia refracción del pensamiento.

En efecto, cada enunciado aquí propuesto busca indicar las fases que el pensamiento alcanza conforme su atención se preserva de sus formas intelectivas y fenoménicas de considerar; es decir, expone la serie de los acontecimientos reflexivos desde que aparecen en el individuo como certeza sensible o personal, hasta que la misma razón los determina en calidad de saber general. Sin caer en el olvido, claro está, de que para llegar a tal conglomerado, la transición de un estado a otro debe estar mediada por antinomias que denoten la manifestación de un opuesto naciente de la misma noción cual si lo ajeno fuera el reflejo de lo propio, manteniendo, no obstante, la denominación de la diferencia; tal es, por ejemplo, mi propuesta: que en tanto el salario y la ganancia se comportan como iguales, no dejan de afirmarse como distintos.

–Quizá, un comportamiento atribuido a las anteriores categorías haga que el entendimiento se embote y no quede explicado lo que con ello se expresa, ya que, de inmediato, comportamiento remite a una conducta humana, consciente, natural o habitual. Búscase, pues, con ello, demostrar que su forma de ser propende a un mismo fin: el ser

motivo de inflación. Si cambiáramos de ambiente y nos situáramos en la mera conciencia, se vendría a decir que, ella, en tanto que atiende la retribución y la remuneración, las cuales, al propio tiempo se le enfrentan, tiende a la misma predilección e inclinación; ya que para ella ambas representan lo contrario y repugnante de cada cual, la pérdida, el gasto, la imposición, el gravamen, etc., etc. Mas de aquí surge el mero cambio: ya sean ambos opuestos que se repelen, el pensamiento establece una armonía final. **En consecuencia, se verá que la inflación vendrá a ser un mero artilugio por el que se sustrae más de aquello que a otro, en determinada circunstancia, corresponde, siendo el precio sólo un medio a través del cual ello se logra.**

Pues bien; esta armonía, este empate de contrarios, así como ese desdoble sucesivo de conceptos económicos aislados y determinados, a fin de que en los párrafos siguientes quedaran demarcados con semejante impronta, ha sido lo que ha requerido no menores esfuerzos. Por lo cual aconsejo al lector llevar a cabo una calmada, paciente y cabal lectura para su comprensión. Ya que a la par *he decidido imprimirle a la redacción una forma de escribir propia y original, inclinándome siempre por la cláusula amplia.*

Se sabe, sin embargo, que existen teorías que, lejos de querer establecer un significado para la inflación, intentan en buena medida encontrar y detallar las diferentes y posibles causas o los argumentos que expliquen mejor el proceso inflacionario.

Por ejemplo, generalmente se concuerda en que la inflación es el crecimiento continuado y sostenido del nivel general de precios. Mas, en donde prácticamente no se aviene es en el terreno causal; dando pauta a que surjan diversas consideraciones para estos fines. Así, tenemos el pensamiento monetarista, según el cual la inflación surge por un aumento de la oferta de dinero en la economía, cuyo perjuicio más significativo sería el de elevar los niveles de consumo, consiguiendo el inminente incremento de precios. Algo parecido se obtiene con la teoría neoclásica, que columbra un excesivo nivel de demanda sobre el de la oferta de productos a fin de que los precios se incrementen.

Otro pensamiento que ha querido encontrar una buena razón que explique este determinado incremento es aquel que atiende el aumento de los costos de producción, ya sean los de las materias primas, insumos; ya sean los de los medios de producción, maquinaria y equipo; o ya los de un elevado nivel de salarios. (Bourgues, 1981)

Por su parte, se puede encontrar dos diferentes enfoques: el estructural y el coyuntural. El primero señala y manifiesta como posibles motivos las estructuras en que está asentado

el sistema productivo, dependiente por ejemplo de la importación o exportación de materias primas, así como la de productos altamente industrializados; la rigidez de los mercados ocasionada por oligopolios, monopolios, etc.; o bien, debido a una mayor participación del Estado en la economía nacional a través de políticas proteccionistas, monetarias, fiscales, entre otras. Aquí podría integrarse la interpretación sociológica, que señala una inadecuada distribución de la renta y estipulaciones salariales rígidas por parte de los sindicatos.

El segundo enfoque observa los ocasionales desajustes de las variables económicas por razones que no pueden ser previstas o que son inevitables. Este es el caso de las guerras, epidemias o de factores externos que afectan gravemente el rumbo económico propio y global. (Mochón Morcillo, 1980)

Tened a bien, Vuestra Merced, por tanto, asimilar esta investigación de manera que el amor por el saber y el amor por la gramática administren muy bien la Espiritual y Voluntariosa morada de la conciencia.

Se estructura el presente trabajo de la siguiente manera:

Se verá un primer capítulo en donde se hallan preliminares consideraciones acerca de una forma muy distinta para contemplar el análisis de la mercancía y algunos otros conceptos económicos como el valor y el trabajo.

–Un segundo capítulo que retoma algunos de los estudios de Karl Marx y John M. Keynes. En primer lugar se atenderá a Marx; al análisis del valor de uso, venal y substancial a fin de que se ponga de manifiesto la incapacidad de determinar el cambio de mercancías por sí mismos. En pocas palabras: se expone que el valor substancial no tiene la capacidad de producir el intercambio, así como se hace ver que ni el trabajo ni el capital particulares, ni el precio unilateral, generan plusvalor.

Se presentará una fórmula matemática para calcular el precio del producto; y a la vez se pondrá sobre el tapete la parte alícuota de la ganancia, el salario y el capital como elementos que constituyen el precio del producto. También se presta atención al artificio que se obtiene a través de la forma precio.

Finalmente, se pasa a contemplar a Keynes. Aquí se encontrarán los primeros atisbos para confirmar que el precio de la ganancia genera inflación; y más cuando se maquina una disminución del salario real.

–Un tercer capítulo en donde se muestra la igualdad del salario y la ganancia en un tercer término como lo es el ingreso. Lo más relevante será considerar las maneras que la conciencia tiene para transformar sus juicios económicos en juicios económicos generales: que es lo que significa la doble implicación de los conceptos.

Por último; –un cuarto capítulo que contiene la crítica de los análisis de Marx, Keynes y Paul Bourgues (1981), quienes se han dado a la tarea de analizar la economía a través de métodos habituales materialistas. Se contrastarán con otras doctrinas del pensamiento filosófico. De la misma manera, expondré mi propia teoría de la inflación..

En el escrito aparecerán tanto letras en cursiva como remarcadas que indican una deducción importante de lo que en el párrafo se ha dicho. O bien, para hacer el énfasis en el significado contrapuesto y general de la palabra.

He decidido asimismo que algunos pensamientos tengan lugar en el texto general, aun cuando su sitio sea en pie de página, pues, en orden de que no se interrumpa la continuidad de la lectura, basta con la función del guión largo.

CAPÍTULO I: Sobre la utilidad de la mercancía en general.

[1.1] De la mercancía. La conciencia singular y la conciencia plural.

Cuando uno se dispone a considerar la mercancía de una manera distinta a la que normalmente acostumbra, cae inmediatamente en la cuenta de que abriga dudas en relación al pensamiento acerca de ella, ya se presente en su forma “aislada” o en el modo de aparecer proveniente de un “arsenal” de ellas, tal y como Marx nos relataba en alguna parte al respecto; pues que, en realidad, como se verá, con todo el rigor del concepto, nuestra reflexión descubre en cuanto piensa la mercancía una forma singular y otra plural de ella, las cuales precisamente pasan inadvertidas, encubiertas bajo cualquier representación hacia ella proferida. Razones estas que, lejos de notar un simple cambio de categorías, advierten en seguida un modo totalmente diferente del cual podemos echar mano cuando sobre la mercancía queramos meditar un poco por lo menos, si llegare a ocurrir que no nos satisfacen más los criterios inveterados o si es que simplemente nos viéremos embebecidos por su consideración aquella cuya forma nos predispone a dividirnos de doble modo tal que por un lado aparezcamos en calidad concreta o que nos manifestemos en calidad abstracta por otro.

Preferídose ha así en no pocas veces parar mientes en el concepto mercancía. Sin embargo, aquí, bajo los distintos grados en que ese concepto vaya despuntando, lo examinaré demostrando que siempre la mercancía llega a ser la negación de sí misma en sí, en tanto que es simplemente captada de manera a priori.

La serie de cualidades que presenta la mercancía mientras nos detenemos a repensar sobre lo que ella pueda ser, ofrece el desdoblamiento de sí misma sobre la superficie de formas no menos variadas que van sucediéndose una tras otra; lo cual ocurre del mismo modo cuando uno intenta conocer lo que cada mercancía representa de manera externa, pasando la vista por sobre sus características esenciales que las distinguen de toda otra: tanto en el primero como en el segundo momento aparecen de un modo en que va surgiendo la serie infinita que la mercancía esconde; pero, a cada instante, manifestándose conforme adquiere apariencias varias. Estas apariencias

diferentes según vayan apareciendo en el cerebro humano en forma de imaginación adunada al hecho de estar subordinadas a una particular y determinada finalidad para él, representarán aquello que en economía se conoce como valor de uso.

Ahora bien, esta forma de pensar la mercancía demuestra que ésta a la vez que indica ser un valor de uso, es ya, por sí misma otro, un no-valor útil, el cual algunas veces nos dará la impresión de ejemplificar la lucha en que su mundo de mercancías existe debido a aquella vida de cualidades diversas que se desarrollaba, siendo él lo contrario de lo que es un valor de uso en cualquier expresión bajo la cual se manifieste y lo contrario de aquello contra lo que se enfrenta.

Sin embargo, esta forma esencial suya de aparecer no sería la que le diera la cualidad de mercancía; antes bien, debe ser comparada con otra cuya consideración abstracta sea la que permita atender el hecho de que es menester adscribirle una cantidad determinada. En efecto, esta abstracción es el valor que le otorgamos a la mercancía bajo distintas y diversas circunstancias, esto se verá más adelante; por ahora hay que decir que así como le corresponde un valor de uso definido que le enfrentará en todo momento, así también le convendrá un valor que estará confinado a cualquier grado y aspecto en que condenemos a la mercancía a tomar cuerpo, encontrando, por esta misma razón, que tal como antes la sucesión en sí misma no se aviene únicamente a su valor usual, sino también a su valor venal que no demorará en contraponerse asimismo siguiendo los mismos pasos que aquél pues son correlativos.

Podríase representar este valor de la mercancía teniendo en cuenta que es la confluencia de varios valores, que obedecen a fuerzas distintas o que a cambio se obtiene tantos valores de uso; sin embargo, con ello no decimos más que su causa, motivo o modos por los que es medido, pues si quisiéramos saber lo que es el valor tendríamos que echar de ver que obedece a la fuerza efectivamente, mas no a una material que le sirva de causa; sino más bien pensada, por lo cual se perciba el valor-mercancía cual si fuera la unidad de cada grado en que la mercancía se manifiesta, siendo para ella indiferente el hecho de que cada una se vuelva en contra de sí misma puesto que le corresponde la diversidad, lo diverso, esto es, a pesar de que cada una hállese delimitada por tal valor-cantidad o cual valor de uso; ya que este valor sería aquello por lo cual se mide, o sea estaríamos atestiguando aquí su causa, —este valor usual sólo sería la apariencia. Antes al contrario, por la misma diversidad y la misma distinción por medio de la cual se objete la mercancía como valor y valor útil, asaltarán a nuestra reflexión la fuerza que corrobore el

tránsito de este estado quieto a uno en que se atisbe la igualdad de lo distinto por ser así, de lo concreto, por ser pensado y de esto por ser abstracto.

Aquí se aprecia ya el paso de la mercancía hacia una no-mercancía; y no simplemente porque se presenta que a ésta última no le cuadre un aspecto venal o útil; sino porque en su misma figura de mercancía contiene la negación y la superación hacia otra cosa que no es lo que era antes; por el contrario, es ahora lo diferente que conserva a ambos: esta diversidad representa cada grado aparente de la mercancía, cualquiera que él sea y cada cual será un momento de ella, una objetivación. De manera que bien pudiera ser que nos indiquen a simple vista algo de su transformación; pero ya por ellos mismos se daría la determinación de este contrario. Debemos, por tanto, fijarnos en el concepto mismo de la mercancía para obtener de él la contradicción.

En primer lugar, la mercancía, su concepto, está pensado de modo que no le conviene la relación con otra que en determinada circunstancia y bajo cualquier consideración raya le hace: no es concebible el hecho de que ella *es para otro*; es decir, en esta conexión coincide completamente con su forma singular, la cual hace que aparezca apartada de las demás y desligada, únicamente consigo misma. Pero esta relación consigo misma no es tal o sólo es un momento que así se presenta ante la conciencia, ya que ese desligamiento es, al punto, lo contrario, y tiende a manifestar *lo plural* o *la singularidad* de lo que antes era *sólo singular* en la conciencia misma: ésta capta aquello cuyo ser niega al ser del primero. Por consiguiente, en tercer lugar, tenemos que la *mercancía* es, como mercancía, un algo que *en ella misma lleva la contradicción, o que su contrario nace de ella*. Pues así como ella es este otro, este otro no es ella misma y la mercancía vuelve a mostrarnos el momento del que ha arrancado, sin olvidar este su desarrollo.

A través de la reflexión atíbase, pues, las formas según las cuales la mercancía se objetiva y torna otra; pero no meramente ella, sino que por este mismo medio uno nota el desenvolvimiento que cada categoría adquiere en cuanto que su modo de aparecer no concierne ni en última instancia hace relación con su íntima esencia transformadora. Por ejemplo el valor usual y venal. De donde tenemos el regreso al punto del que partimos. El valor de uso y el valor no se abandonan a sí mismos en este movimiento como si dejaran de ser lo que eran para pasar a ser otros. Sin embargo, en este movimiento sólo se alejan de sí para ser su otro pero sin salirse de ellos mismos, pues *ellos mismos tienen su otro en sí*.

Por tanto, hallamos a la *mercancía como la mercancía* al establecer estos momentos contenidos e inherentes en su singularidad.

La cosa no para con el hecho de saber aquello que la mercancía como mercancía guarda para sí, pues así como esta relación consigo misma hace que conserve todo lo que tiene ella de especial, es, por ella misma, que sale de sí para pasar a su otro. Este otro a su vez no hace más que negar a aquella ya que así como éste no es aquella, aquella no es éste. Mas, habíase visto ya que por relacionarse con ella por esta misma negación, los dos son idénticos, se identifican y en efecto, por ser la negación referida a cada extremo, suprímese ésta y ambos adquieren el carácter igualitario.

Sin embargo, la mercancía, examinándola siempre en virtud de abstracciones de antaño, a pesar de consistir en contradicciones basadas entre el valor de uso y valor, guarda, casi en base a ello mismo, otras, pero referentes al trabajo; o mejor, a la forma de éste. En efecto, reconócese que existen dos formas muy distintas en que uno puede diferenciar al trabajo. Por un lado, está el trabajo que crea la materialidad del objeto; que dale forma a éste para satisfacer cualquier tipo de necesidades. Es decir, un trabajo que, por ser tangible, es “concreto”, que es sensible en todos lados en que la mercancía se presente, pues al estar presente ésta, aquél la acompaña. Los dos van de la mano y ninguno se aleja del otro sin perecer al mismo tiempo los dos. No me detendré en la consideración del trabajo útil, el cual lo encontramos en estos mismos pensamientos, ya que en la analogía del trabajo creador de valor de uso vemos que los dos se acompañan muy de cerca, tan cerca que si uno se separa, el otro también; es decir, van el uno con el otro en marcha parejos, tanto que el uno sin el otro no existiría.¹

¹ Tengo que decir aquí que, debido al método que Marx emplea en sus obras, en algunos casos parece contradecirse a sí mismo en pasajes ulteriores con los anteriores. Y en efecto, éste es todo el misterio de su método que desde el principio nos anticipaba una resignación para elevarnos con él a algo que él llamaba “concreto”. Ya podemos anticipar, pues, como una contradicción, el hecho de que los valores de uso no sean valores como en el caso de las selvas vírgenes y demás, pues en ellas no hay trabajo alguno que quede después de haber hecho abstracción de su materialidad. Y después de esto, otro tanto nos dice del producto del trabajo que no es mercancía. Asimismo vemos ya en su método que además de aparentar ese juego de contradicciones, busca emparentar todo tipo de conceptos con las maneras de obrar de las individualidades dando, por tanto, una especie de solución a sus contradicciones un concepto que sucede, como si fuera la sucesión una especie de resolución fenoménica al fenómeno. Y no es sólo él. Sus críticos que vinieron después, también toman por método resolutivo este método marxista. Ya nos ocuparemos otro tanto de hablar sobre Keynes. En él se ve, aunque con otras formas y con distintas palabras, la repetición de éste método. Para que no nos quede ese sabor de contradicción que nos deja Marx acerca de esto, vea, pues, el

Por otra parte, tenemos al “trabajo humano”. Éste es un trabajo, por lo demás, intangible, insensible, esencial o, como se dijera, sustancial o social. Se reconocerá este trabajo, además de que no puede ser visto, ni olido ni sentido, como algo último que queda después de haber abstraído de la mercancía sus formas materiales.

Como se ve, sin salirse aún de la mercancía, hay todo un mundo lleno de diferencias que hasta cierto momento se pueden presentar como únicas; y por otro lado, por no haberse salido de la mercancía, éstas son, a su vez, iguales y, todo lo que separó el análisis se vuelve a juntar, por fuerza, ulteriormente. La relación que cada forma concreta parece guardar para consigo misma, donde la mercancía se manifiesta, la sustrae del desarrollo aquel que las presenta en todo momento iguales; cada grado es tan diferente a otro que, por ello, se alejan y se contraponen; pero, debido a que son parte de la mercancía, la cual así aparece en forma abstracta, se comportan cual substratos de la completa diferenciabilidad y deben ser igual por participar de esta diferencia que les acomoda: ninguno queda exceptuado de esta consideración contraria y, por lo mismo, en su igualdad la diversidad permanece.

Al hablar anteriormente de la mercancía como la *mercancía*, decía que en sus distintas maneras de determinarse, por fuerza, debía *contener contraposiciones en sí misma*; las cuales le dieran una determinación en toda su realidad universal que le brinda el concepto mismo de sus determinaciones. Ahora, no se ve porqué el trabajo, bajo sus dos formas, no tenga que llegar a ser en sí mismo esta antítesis mostrada en la mercancía, siendo que él demuestra una conexión muy íntima con ésta.

Quién no podría ver en esta conexión que así se presenta, la solución al enigma de esta transformación de ser uno a ser otro; y quién no, este cambio de piel muy bien aclarado y diferenciado; y, por último, también este movimiento a su continuidad discreta, a su unidad en tanto que diferenciabilidad.

El valor útil no puede ser siempre valor útil pues al manifestarse de esta manera sola y unilateral representaría su forma no acabada y él mismo no estaría en condiciones de representar a la mercancía. Lo mismo ocurre con el trabajo concreto. Él, al volverse uno con el trabajo, no sería representante de él como uno, por sí solo. El “trabajo” necesita estar en contraposición de sí mismo en sí mismo. Y en esta necesidad nace de sí su forma antitética, la cual le da a aquél su capacidad de representación. De manera que, al momento de dejar de ser un trabajo concreto, sensible, pasa a ser un trabajo considerado

lector lo que digo anteriormente, más arriba, sobre la mercancía. La solución viene de la individualidad misma como *universal* y no como un caso que se sucede unilateralmente.

en su forma abstracta, pensado solamente o, como hubimos dicho, se vuelve un no-trabajo concreto. Cuando es nombrado así este trabajo en sus múltiples objetivaciones, que no es concreto, pasa a ser trabajo abstracto y en sus mismas determinaciones se nos muestra el cambio absoluto. Igualmente, el trabajo abstracto participa del trabajo concreto, como si se dijera que es útil por su forma y abstracto por ser esta utilidad; es decir, se vuelve en contra de sí mismo en cuanto que es él mismo; y en cuanto es así se forma para sí este cambio.

Estos meros cambios de forma aún tienen el defecto de ser mientras que otro no es. Y, sin lugar a dudas, deben ser así; pues esta manera de ver afirma ya que en sí las determinabilidades aparecen juntas y, por tanto, no muestran diferencia alguna. De manera que el trabajo concreto, tal cual lo vemos, no es abstracto por las consideraciones que ya dimos; ni tampoco el trabajo abstracto es concreto porque es algo que no es percibido por los cinco sentidos; sino que es pensado. Pero sin esta abstracción la concreción de aquél no sería; y por su parte, en la concreción de aquél, la abstracción no se materializaría. Sin duda, por ser el uno en el otro y éste en aquél los dos vienen a ser *en y para sí*, lo uno y lo mismo. Otro tanto puedo decir acerca de la *mercancía* en su determinación como valor y valor usual. . . son uno y lo mismo.

Capítulo II: Sobre las contradicciones de las formas unilaterales de la mercancía. Aviso preliminar acerca de Marx, Keynes y el método materialista.

[2.1] Del entendimiento que se apodera del concepto útil y concreto de la mercancía. Marx.

Antes que nada, para ir preparando los argumentos que nos llevarán a defender esta tesis, debemos penetrar en dos formas económicas que servirán de base a esta investigación y que tienen la validez, si es que se aprehenden como una condición propia del sujeto, de constituir el punto de arranque de toda cuestión en cualesquier puntos de vista que se traten en economía: ellas son la forma de valor de uso y valor.

Éstas han venido tratándose desde los más variados y diferentes aspectos, así como por los más distintos métodos. Cabalmente, cuando a través de su significado, el entendimiento no ha logrado preservarse y alejarse de estas consideraciones simples y, a la vez, el sujeto es presa de su manera propia de concebir lo singular de cada una por sí mismo, se demuestra, desde un principio, el fondo que en realidad se estudia bajo las diferentes modalidades de producción, distribución, circulación y consumo; y, por añadidura, de recursos escasos; sin que se permita alcanzar todavía el estado de conocimiento puro. Sin embargo, es claro que, a partir de la aparente inesencialidad que en determinado momento el pensamiento llega a captar en estas formas, muchas veces se dedique él a emplear otros y más variados conceptos en relación con ellas, pero desde un punto de vista muy particular, con ayuda del cual abstráese él de sí mismo y de esta circunscripción; o bien, antójasele cual tema obvio y dado, confirmado y hablado, tanto que se obstina a hacer raya entre él y su amplitud. Éste es el caso que más impera, porque se prefiere entrar en temas muchísimo más acordes a la actualidad, en formas que, por concebirlas más contemporáneas y cuyas maneras de existir tienen, a la vez, un uso más generalizado entre las personas, se obliga a captar de tal modo que sean más acabadas, más modernas y nada primitivas. Pero como tal contemplación no ofrece sino el desarrollo de un concepto que circuye a otros a través de una tal historia y el ajetreo humano, en este bosquejo no se permitirá dejarse guiar por esta fascinadora modernidad

primitiva, y se considerarán estas antiguallas contemporáneas siempre según la representación del pensamiento en su forma total.

Marx (El Capital I, p. 3), presenta estas figuras de valor en una unidad, como mercancía; pero es una unidad que, no obstante, debemos separar, analizar, para comprender lo que ella sea. Asimismo, dice que aparece cual “objeto externo”, algo que tiene la finalidad de a cualquier humano satisfacerle toda clase de necesidades que para sí mismo sean evidentes y necesarias, ya sean estas del tipo estomacal o fantasioso.

En la misma página, rompe con esta identidad y pasa a considerarla como algo que es útil, lo cual por tener esta cualidad se vuelve un valor de uso. Para llegar a esta forma tan unilateral de presentar la mercancía, Marx pónese a observar una serie infinita de cosas que no menos tienen la condición de encontrarlas en la realidad, en lo que a veces entendemos como lo que está fuera de nosotros, lo contrario de lo que está en nosotros: es la “materia”. Siendo así que, según él, lo que llamó con el nombre valor de uso aparece condicionado, por tanto, por esta cualidad material. Aún más. Nos dice, después de hacer condición la materialidad ajena a uno y, como consecuencia, de hacer que éstas dos existan la una por la otra, que tanto el uso, así como el consumo que se hace de este tipo de objetos, dan cuerpo al valor de uso. Es decir, además de su materialidad, de tener virtud sensible, de ser condición del objeto, todavía tienen que reafirmarse en el momento en que se usan, en que se consumen.

Ahora se distingue, aunque sólo gracias a la finalidad establecida en la conciencia, de la mercancía, su forma de valor usual, no sólo con el nombre por que se le reconozca, por ejemplo: mesa, silla, brillante, papel, madera, y así; sino porque ésta toma cuerpo en su uso y consumo.

–Pese a esto, si se prefiere clasificar este valor con nombres aún más generales, no tenemos más que echar un ojo a lo que Adam Smith (La Riqueza de las Naciones, p. 31), nos decía ya acerca de la riqueza, ahí en donde clasificaba las cosas en “necesarias, convenientes y gratas de la vida.”²

Como se ve, los modos de hacer participar estas formas son variados. Aunque, si se los observare con detenimiento, lo que se hace es traducirlas a otras lenguas; pero no,

² Esto no es más que un cambio con el que se logra establecer una diferencia a través de conceptos que expresan lo mismo; pues Smith en pie de página transcribe los conceptos que Cantillon hubo de utilizar. ¿Qué son alimentos, comodidades y cosas superfluas para hacer agradable la vida, sino las cosas necesarias, convenientes y gratas de la vida?

ciertamente, como si dijéramos, del alemán al español; sino a *conceptos*, de cosas sensibles a razones, de *cosas sensibles a cosas en sí mismas*.

No es, pues, muy difícil representarse, ahora, esta idea del valor útil: ahí donde se capture un objeto mediante el sentido de la vista, del tacto, del gusto, etc., y lo transformase uno en una finalidad propia, tenderá a anteverir esta figura intermisa dejando su lugar a cualesquier conceptos acabados de ver más arriba. Y como nos hallamos en un contexto en el cual tratamos sobre Marx, se debe decir: “valor de uso”, “usual” o “útil”.³

Así también, ya para finalizar la consideración del valor usual, vemos con Keynes otra forma de pensarlos (La Teoría General, p. 38): “volumen dado de recursos empleados en diferentes usos”, “disponibles”; “productos”, etc.

[2.1.1] De la esencia del pensamiento sometido a la consideración del valor sustancial.

Existe, sin embargo, en la unidad mercancía otra forma especial con que el pensamiento la separa de sí misma, es la forma del “valor”, considerado en su “sustancia”. Para ver lo que esta forma nos dice, según el propio Marx, adelantémonos, pues, en la secuencia de las páginas; pero, a la vez, tengamos en cuenta la finalidad de regresar a la misma. Ello hará de una manera más clara su conocimiento. Aunque debo advertir al lector y prevenirlo para que utilice su razón y destreza a fin de que capte conceptos. Algo así como lo que hacíamos al transformar la mesa en valor de uso.

Si le preguntáramos, por ejemplo, a Marx: –¿Qué es o qué representa –para el caso es lo mismo–, esa segunda forma, esa negación del valor de uso de la mercancía *en sí misma*: el valor de sí? –*Achtung!*, contestaría, el valor de la mercancía representa trabajo humano, “gasto de trabajo humano pura y simplemente” (Marx, El Capital I, p.11). En la Contribución –continuaría– digo (Contribución a la Crítica de la Economía Política, p. 47):

³ Véase Miseria de la Filosofía de Marx.

“Los valores de uso son inmediatamente medios de existencia. A la inversa, estos medios de existencia son productos de la vida social, resultado de la fuerza vital gastada por el hombre, del **trabajo objetivado**. Como materialización del trabajo social, todas las mercancías son cristalizaciones de la misma unidad. Ahora necesitamos considerar el carácter determinado de esta unidad, es decir, del trabajo, que se manifiesta en el valor de cambio.”

–Y ¿A qué se refiere ese “gasto” de fuerza vital del humano pura y simplemente? –En la misma página 11, seguiría diciéndonos, hube aclarado que este gasto es un *gasto productivo de cerebro humano, de músculo, de nervios, de brazo, etc.*

–Ahora bien, regresémosnos en el tiempo. Para qué quería Marx que prescindieramos del carácter de valor de uso de las mercancías, al hacer este tipo de análisis; claramente, para refutar la materialidad de la mercancía, para que no quedara nada de lo que hemos venido considerando y que hasta el propio Marx aclaraba perfectamente como valor usual. Pero aunque nos abstrajéramos un poco de nuestros sentidos y diéramos paso a la razón, al ser producto del trabajo, la mercancía tiene la peculiaridad, bastante efectiva por lo visto, de no carecer de materia. Ésta, en efecto, no la adquiere porque se abran los cielos, sino que interviene el trabajo y por intervenir éste, la mercancía obtiene de él su doble modalidad de ser valor y valor de uso. (En realidad el explicarlo así sería muy materialista e iríamos de error en error. La verdad la establece el individuo en su modalidad de sujeto puro; mas esto no se entenderá jamás si no se conciben los modos de conocer del pensamiento a través de su forma contradictoria y a priori, al que llega mediante la superación del conocimiento interpuesto y diverso y al cual, mantiene junto con su más allá, simultáneamente.)

Siguiendo con Marx, nos percatamos que el trabajo creador del valor de uso, es decir, de la materialidad de la mercancía, lo adquiere gracias a aquel tipo de trabajo que no es igual a otro cualquiera, que es *concreto*; que es, en resumen, *determinado*.

Por otro lado, el valor adquiere su carácter de sustancia, debido a que procede del “gasto de trabajo humano” y que es él el que lo convierte así en valor.

Ahora es entendible por qué este autor instaba desde un principio a desaparecer por medio de quién sabe qué las formas del valor de uso; así como también se comprende por qué al echar a funcionar esta sucesión mental (en la cual se vuelve necesaria la simultaneidad), ese *empleo de fuerza humana de trabajo* es lo único que queda después del valor de uso. De manera que, los objetos, aquellos que el entendimiento se representa como ajenos a él, son, así, considerados cual sustancia, valores.

Ahora bien, se entiende por esto el que se haya dicho que la mercancía, como unidad, encierra dos modalidades distintas de ser ella misma. Y que cuando se separaba, (creo que por medio del análisis), aparecía como valor de uso, por un lado y por otro, como valor. Pero aquí no acaba la cuestión. Volviendo a la página 4 de El Capital I, se presenta allí que:

“Una determinada mercancía, un *quarter* de trigo por ejemplo, se cambia en las *más diversas proporciones* por otras mercancías v. gr.: por *x* betún, y seda, por *z* oro, etc. Pero, como *x* betún, y seda, *z* oro, etc. representan el valor de cambio de un *quarter* de trigo, *x* betún, y seda, *z* oro, etc. tienen que ser necesariamente valores de cambio permutables los unos por los otros o iguales entre sí. De donde se sigue: primero, que los diversos valores de cambio de la misma mercancía expresan todos ellos algo igual; segundo, que el valor de cambio no es ni puede ser más que la *expresión* de un contenido diferenciable de él, su “forma de manifestarse”.”

Aquí, después de haber leído e inmediatamente después de haberlo comprendido, debemos fijarnos en conceptos como: “se cambian”; “permutables los unos por los otros”; “expresan todos ellos algo igual” y “no es ni puede ser más que la expresión de un contenido diferenciable”.

¿Qué quiere decir eso de que expresan algo igual y después, una expresión que hace un contenido que es, sin embargo, algo para ser diferenciado? Esto no se refiere a otra cosa que al trabajo humano, como gasto de aquella humanidad que hemos contemplado, después de haber sustraído de la mercancía su materialidad. Ahora bien, las otras dos cuestiones tenemos que verlas como algo que se refiere a este mismo trabajo, pues es ese algo igual.

Pero, en sí mismas indican un movimiento que hasta ahora no ha sido examinado. Cuando se dice que son permutables los unos por los otros, ello no es otra cosa que valores de uso (pues esto se quiere decir en la frase “unos por los otros”), distintas cualidades “se igualan” en un acto que es llamado *cambio* o *intercambio*; estando éstos mismos representados, avalados, por su *valor*; o sea: *valor y valor de uso son la condición del intercambio*, según Marx.

–No se especifica aquí la cantidad de valor que cada mercancía tiene para sí y que es un indicio mediante el cual la conciencia se guía para determinar la cantidad que por un objeto se recibe a cambio de otro.⁴

Lo que se busca, pues, es hacer ver que al cambiar o al tener un cambio de diferentes, estos diferentes se igualan. ¿Por qué? Porque representan trabajo humano indistinto, efectivamente o, para decirlo en otros términos, valor.

[2.1.2] De la incapacidad de la forma social de la mercancía para poder intercambiar ésta por otra. El pensamiento que de aquí surge.

Y no se igualan estos diferentes simplemente, sino que se igualan a un algo; y que en muchas ocasiones no es por haberlos reducido al trabajo humano abstracto.

Ahora bien, este *algo* que no es trabajo abstracto, pues después de hacer la reducción no queda, ni mucho menos, rastro de éste, A. Smith lo plantea de la siguiente manera (La Riqueza de las Naciones, 1958, p. 32):

“La riqueza, como dice Mr. Hobbes, es poder. Pero la persona que adquiere o hereda una gran fortuna, no por eso adquiere necesariamente ni hereda poderío político, civil o militar. Su riqueza podrá ofrecerle los medios para adquirir todo eso, pero la mera posesión de aquélla no le procura necesariamente esas ventajas. El poder que le atribuye directa e inmediatamente esa posesión es la facultad de comprar; una cierta facultad de disposición sobre todo el trabajo, o sobre todo el producto de éste, que se encuentra en el mercado. Su riqueza es mayor o menor precisamente en proporción a la amplitud de esa facultad, o a la cantidad de trabajo ajeno o de su producto, lo cual para el caso es lo mismo, que aquella riqueza le coloca en condiciones de adquirir. El valor en cambio de cualquier cosa es precisamente igual a la amplitud de esa facultad, conferida al propietario.”

Se ve que Smith atribuye formas muy distintas con las que se expresa ese *algo* al que nos referimos. Por una parte, este autor lo nombra como “poder” contenido en una tal riqueza; así también, aunque en forma un poco menos clara, pues lo introduce como

⁴El lector puede pasar a revisar y a constatar, en el mejor de los casos, el que más le parezca, cualquier tratado de economía política u otro con la finalidad de observar cómo es que cada tratadista considera la forma más correcta y eficaz para este caso concreto. Para mí, que estoy tratando de, digámoslo así, *economeidades*, me hacen el caso igual.

verbo, dice que esa riqueza referida “puede” ofrecer algo a alguien. Por otra parte, lo hace pasar como una tal facultad de compra y de disposición. Pero también no es menos cierto que, a la vez, le atribuye caracteres cuantitativos. Lo cual se puede observar cuando dice: “mayor o menor”; “en proporción a la amplitud”. Smith, sin embargo, no se detiene aquí, él quiere ir más allá, no para ver lo que esta tal cosa, ese tal *algo*, sea; sino para adjudicarle otro nombre. No va tan lejos, ciertamente, como él quisiera; ya que el nombre que pretende utilizar es un nombre que ya conoce: lo nombra “valor de cambio”. De manera que vemos, siguiéndolo, el recorrido de este último valor: es poder; luego se transforma y deviene capacidad, capacidad de compra; después de disposición. Para, finalmente, llegar a ser valor de cambio o valor venal.

Más explícito en el modo de seguir el hilo para ir desovillando este enredo es Marx. No obstante estos dos autores parten de la consideración de que a cada mercancía le corresponde su propia cantidad de trabajo; aunque, si bien, existen cambios sustanciales en la manera en que éste trata la cuestión. –No se reproducirán, para estos casos, todo lo que se dice acerca del valor relativo y su forma equivalencial, únicamente lo que se considera lo más importante.⁵

A pesar de la forma a la que Marx se refiere en su búsqueda de un algo igual en la mercancía, por medio de la cual ésta puede ser intercambiada, no encontraría yo todavía la verdadera causa por la cual es apta para hacer de ella un valor de uso cambiario, si no es por el mero uso del entendimiento y la razón.

Así, por ejemplo, Marx comienza por identificar una tal “expresión de valor” o, para no confundirnos después, una “relación de valor”, de donde, según él, se desprenden dos formas totalmente antitéticas la una de la otra; pero que, sin embargo, caben las dos en aquella relación, pese a su forma tan diferente que cada una tiene para sí misma. A ellas les da el nombre de forma relativa del valor, por un lado, y forma equivalencial, por el otro. Si nosotros nos viéramos en la necesidad de hacer un intercambio de mercancías, ya sea que cambiásemos pan por café o hierro por oro o éste por dinero, no tendría grandes cambios, pues lo único que estaríamos cambiando, según este esquema, son las formas que cada mercancía guarda *para con ella misma*: pues, en efecto, el oro no es café, ni éste, pan.

Esta relación de valor, según Marx, lo que tiene de particular es que, debido al lado en que nos situemos, guarda la forma relativa o equivalencial; las cuales se diferencian entre

⁵ Puede el lector extender sus conocimientos siguiendo todo el capítulo primero de El Capital I.

sí. De tal modo, si queremos expresar un cambio entre los productos o mercancías, diremos: tal mercancía X vale cual mercancía Y (independientemente de las cantidades determinadas y representadas por ellas); de manera que al fijar nuestro pensamiento en la mercancía X no estaríamos fijándonos en aquella relación más que en la forma relativa del valor de *X mercancía*. A lo que, por el contrario, si atendemos el lado que ocupa en la relación de valor la mercancía Y, hallaríamos la forma antitética de la que expresa X, es decir, encontraríamos posada nuestra atención en su forma equivalencial. Por lo tanto, evidentemente, una no puede ser la otra, pues así como se distinguen la otra de la una, sus funciones son igualmente completamente diferentes.

Estas consideraciones constituyen, en gracia a Marx, cuestiones no menos importantes de su análisis; así también, como él mismo diría, el haber desprendido del trabajo su doble forma: la forma concreta y abstracta.

Ahora bien, después de haber separado aquellas formas de la relación de valor, desarrolla históricamente a la vez que manifiesta el proceso mediante el cual ha venido representándose en la historia la forma precio. Esta forma precio no es otra sino, en la expresión de valor de una mercancía, la parte que toma el equivalente (forma equivalencial) ya no por un producto cualquiera, como si dijéramos, sino por la mercancía que hace las funciones de dinero.

Ahora, por el lado del valor relativo y el del equivalente, ¿cuál es la función esencial en la relación? Pues forma relativa y equivalencial sólo son nombres, los cuales dejan entrever que responden a una función verdaderamente significativa.

Veíamos que en la relación del valor entran en juego mercancías que tienen la peculiaridad de ser *intercambiables*: mercancía A por B, etc. Sin embargo, cuando se presenta esto, se presenta como mercancía A *vale* cual mercancía B. Las funciones que, según Marx, se siguen de aquí, se derivan por esta equiparación basada en el trabajo común que tienen ambas partes, el cual trabajo no hace sino solamente servir de medio por el que es posible su cambio. Es decir, cuando se dice que una mercancía *vale* otra cualquiera, lo que se dice es que el valor de la primera, o sea el valor cuya sustancia no es sino el gasto de trabajo humano, se “expresa” en la otra. Esta otra, a pesar de representar el mismo tipo de valor, no expresa ella su valor propio, sino que lo único que se limita a hacer es ser la mercancía cuyo valor de uso o *materialidad* sirve como medio por el cual aquel valor se expresa de manera externa *a él mismo* y a su materialidad, de la que se diferencia desde un principio. Por donde se ve que la *materia* o el valor de uso de la mercancía “equivalente” es a donde va a manifestarse, *en último término*, el gasto de

trabajo humano, esa forma abstracta, de la mercancía A, la cual es aquélla que únicamente expresa su valor. Ahora bien, para que el valor de la mercancía que hace las veces de equivalencial sea ahora la que su valor exprese, debemos volver al revés esta relación; es decir, ahora la función contraria de cada cual pase a ser la función de la mercancía contraria. Así, en donde se tenía la mercancía A como una forma relativa del valor, pase inmediatamente a representar la forma equivalencial. Por lo cual, lo que se estaría llevando a cabo es un cambio de forma simplemente; sin embargo, esencialmente, no se da cambio alguno; pues por más que se transforme y se haga la mudanza de las funciones, el *valor* encuentra cuerpo en el *valor de uso*. Esto es, como si se dijera, desde un principio, que el trabajo *humano* en vez de ser general y común, es determinado y distinto de otros; y, a la inversa, que el trabajo *concreto* y determinado es general, debido a que uno busca el otro para existir: de lo cual se deduciría que ambos tienden a la unidad, es decir, que no es sólo por el trabajo indistinto que se da el cambio de mercaderías o que por ser indistinto es ya distinto. Y por más que se haga hincapié en el hecho de encontrar la posibilidad de cambio de las mercancías en el trabajo considerado igual (abstracto, humano), debemos, sin embargo, mantenernos al margen de la cuestión para verla de un modo diferente; que es lo que ahora pasamos a revisar.

Antes de ello, veamos cómo Marx (2008) tampoco puede coger esta cuestión y la reviste de los más diversos conceptos. Los cuales, no obstante, se refieren a la misma cosa; es decir, la que no puede ser más que el trabajo abstracto.

Por ejemplo, en la página 26, párrafo 4, dice: “El valor de la mercancía A se expresa cualitativamente en la <<posibilidad>> de cambiar directamente la mercancía B por la mercancía A. cuantitativamente, se expresa mediante la <<posibilidad>> de cambiar una cantidad de. . . etc.” En la página 29, párrafo 1: “En efecto, el trabajo creador de valor se representa ahora *explícitamente* como un trabajo <<equiparable>> a todo otro trabajo humano. . . etc.” Pág. 32 párrafo 2: “Esto revela la materialización del valor de las mercancías, por ser la nueva existencia <<social>> de estos objetos, sólo puede expresarse mediante su relación <<social>> con todos los demás. . . etc.” Pág. 34, párrafo 2: “Es una sola mercancía, el lienzo, la que reviste, por tanto, la forma de objeto <<directamente permutable>> por todos los demás, la que representa forma <<directamente social>>, puesto que las demás se hallan todas <<imposibilitadas>> para hacerlo”. Pág. 35, párrafo 2: “Así pues, con solo sustituir en la forma III el lienzo por oro. . .

etc.” En la misma página, párrafo 3: “El progreso consiste pura y simplemente en que ahora la <<forma de cambiabilidad directa y general>>, o sea la forma de equivalente general, se adhiere definitivamente, por <<la fuerza de la costumbre social>>, a la forma natural específica de la mercancía oro”. A lo que en otras ocasiones llama *fetichismo*.

[2.1.3] De la dependencia de las formas valor y no-valor. La condición entre sí. La conciencia que se aviene.

La posibilidad de establecer mediante la atención propia del individuo la cambiabilidad de las mercancías, cual si en ellas se hallase la condición de mutabilidad ajena a todo sujeto, a través de la previa reducción de su valor de uso a valor o de su trabajo concreto a *puro* trabajo abstracto, se observará por el motivo explicado a continuación.

Decir que la posibilidad para poder intercambiar una mercancía se obtiene gracias al trabajo humano intrínseco en las mismas mercaderías es tan inútil como el considerar que es puesto ahí por ese mismo trabajo. Lo único que manifiesta, sin embargo, es una *forma* específica por la cual se atiende o bien la extensión del trabajo cual productividad, o bien la poca amplitud por la que se acapara siempre menos de lo que en realidad débese entender de esa fórmula: así, la poca disposición para establecer una relación entre lo esencial de cada categoría, que hace sus veces de idea, sin otorgar mérito al aspecto reflexivo implicado en la contemplación del sujeto, debió haber suscitado en el saber una marcada necesidad de causalidad a fin de que se tomara en cuenta una de sus causas fundamentales, las cuales, efectivamente, demuestran el aporte que el humano ha realizado por medio de su aballamiento en la producción de sus necesidades en forma de objeto. Ya que no es menos cierto, por ello mismo, que al trabajo se le contemple del mismo modo único en su calidad de trabajo concreto, trabajo encaminado hacia un fin material. Las divisiones, en efecto, son completamente diferentes, por el lado en que se quiera ver, no se parecen, pues no son, ni por mucho, la misma cosa.

Igualmente por los modos con los que se las cataloga circunscritas en la mercancía, como valor y valor de uso, puede percibirse, sin que quede uno abstraído en la representación sustancial y numérica de la forma valor, que no tardan en separarse uno del otro como el

agua y el aceite, a pesar de que la unidad de la que se sustrajeron por el llamado análisis las hubiera hecho pasar como *sus* momentos esenciales. Los cuales la conforman y la constituyen.

Pero, hay un momento en este análisis en el que se nos dice que lo que ésta (la mercancía) tiene de común con todas y lo que verdaderamente tiene como *uno* es su forma de trabajo abstracto contenido en todas ellas, o sea su valor. Es absolutamente imposible que solamente por su forma de trabajo humano, la mercancía o cualquier otro producto tenga la posibilidad de ser permutable con otra que, por tomar parte en esta universalidad, tiene ello mismo en común. Según veíamos, los dos *polos* de la relación de valor, así como desempeñan funciones distintas, representan aspectos contradictorios; pues, como se nos dijo, un lado expresa valor y el otro sólo su manifestarse de éste. Es decir que no es por su característica de ser producto del trabajo creador de valor que cualquier mercancía sea permutable; sino *también* por la característica de ser trabajo concreto; el cual representa *determinado* valor de uso, que, a fin de cuentas, es a donde va a parar aquella expresión de valor cualquiera; y el cual es, asimismo, el cuerpo en que aquel trabajo abstracto se materializa.

De tal suerte que si se observara la cosa desde una perspectiva completamente diferente, sería claro que por tratarse de un mero *valor de uso* y siendo éste la piel en que toma cuerpo el valor, son una y la misma cosa.

Se empezaba por aclarar que tanto el valor como el valor usual eran absolutamente contrapuestos, ninguno de los dos se parecía al otro, que permanecían por ello uno en cada lado. Pero ahora, por ser tan diferentes los dos, se toman como lo igual que los dos tienen entre sí; de tal manera que en su diversidad no son tan diversos como desde un principio parecían ser. Y, por el contrario, al pasar de su diferencia a su igualdad se da el cambio a lo que no eran, pues ahora se ven a sí mismos como iguales y, por ello, se encuentran como diferentes y distintos entre sí, llegando a estar uno en cada lado y separados.

No tiene caso el que se intente hacer pasar por verdad que para que llegue a ser el valor valor de uso, tiene que imperar, por supuesto, una relación de valor que medie las formas distintas para equipararlas luego. O que se aclare que volviendo al revés ésta, se encuentre una forma relativa, que antes era tal, como forma de equivalente; o que para dar con un equivalente que antes no lo era, girar aquélla por sus polos. El cambio está

dado desde el principio en el pensamiento y allí donde existe una tal forma inmediata, cuando se la piensa, hállese que por gracia a su inmediatez es ya, por lo mismo, forma mediata o que se le contrapone en todos los sentidos; pero, por esta misma contraposición, ésta nace de aquélla. Resultando así que ni la una ni la otra se diferencian. No obstante, al mismo tiempo, no dejan de ser lo que eran antes. Esta afirmación ayudará bastante a aquella conciencia que aún sustráese al movimiento del pensamiento infinito en tanto que se lo representa como una antinomia, un cambio total en la misma consideración en la que encuentra que hay una seria conexión entre lo afirmado desde un principio y su contradicción, estableciendo un mundo totalmente otro allén de lo que atiende como inmediatez o realidad. Ayudará de igual manera a establecer la idea de la contraposición entre el salario y la ganancia así como la aglutinación de ambos en un sujeto económico.

Así, pues, un tal valor de uso es ya por lo mismo un tal o cual valor de uso; y un tal valor es un tal valor. De manera que al expresarse éste último en un valor de uso cualquiera se expresa ya en sí mismo, así como éste sí mismo ser la piel de cualquier valor, pues él no es más que una piel en donde ése se expresa y toma forma de materia. No vendría al caso, por tanto, decir que lo único que hace posible el cambio es el valor, porque éste represente trabajo humano (desgaste), ya que al ser valor o trabajo humano abstracto no lo es *solamente*, pues necesita forzosamente de aquella piel; sino que es también trabajo humano concreto; o, como si dijéramos, trabajo, el cual se diferencia en dos almas gemelas; pero, por ser así, no se distinguen y vuelven a ser iguales; y, por lo mismo, distintas. Tampoco se lograría nada con decir que la materialidad que posee el valor de uso no se parece en nada al valor, pues lo refuta: con todo y que éste *posee características de abstracto*. Como valor útil se diferencia de los demás y ya por ser así no se dice nada más que su abstracción de ser valor usual en general. Así también sobre el valor, pues en tanto que representa algo abstracto, se presenta no como algo igual a los otros, sino que él mismo es desgaste del sastre, por ejemplo, y no del carpintero; o sea que, aunque sea trabajo humano igual al de los demás, se diferencia a sí mismo de sí por las individualidades, siendo él mismo algo concreto.

Por donde se le quiera ver, este movimiento de ir un contrario a los brazos de su contrario y expresarse; o que a la vez los contrarios se unan por un acto de intercambio, no hace más que representar puras contradicciones no resueltas. El valor útil es valor por

lo mismo que se representa en una unidad común que circunscribe y aglomera a otras formas; pero también por participar de esta unidad, los encontramos separados y contrapuestos. Por consiguiente, si por un lado se departía que la cambiabilidad surgía a causa de un *tal valor*, no puede ser ello así, porque al ser tal valor, es ya un valor de uso; y éste no es sino un tal valor, sin embargo. El contrario desaparece en su contrario y, a pesar de ello, no dejan de ser así.

No cabe, por tanto, la posibilidad de representarnos uno solo como único, pues se ha visto que el aparecer del uno es el aparecer del otro.

Sin embargo, lo que ello sí demuestra es que *es un proceso que no descansa, que no tiene fin y que no tiene comienzo*; de tal suerte que esto mismo nos llevaría a otras y las mismas cuestiones. Pero, igualmente, este proceso no nos muestra otra cosa en todo *más que su cambiabilidad*; algo con lo que anteriormente no se contaba o que se sujetaba solamente al valor, al trabajo humano abstracto. Pero ahora, como *cambiabilidad*, se sujeta tanto al valor útil como al valor, como *idénticos*; siendo los dos *diferentes en tanto que iguales*. La conciencia aviénesse de consiguiente consigo misma al situarse en el devenir de los valores como uno y su contrario; y, como se verá más adelante, esta sucesión de valores que tienden al infinito no alcanza para ofrecer una causa de la inflación, sino únicamente desplazar el problema por medio de un cambio ingenioso que, ciertamente, no se halla en la piel de la mercancía ni en su sustancia de valor, y sí, en el pensamiento del sujeto que lo piensa.

[2.1.4] De la restricción del capital y trabajo. La conciencia limitada.

Contemplando la posibilidad de la permuta de las mercancías ya no como un *mero* valor, al que se le consideraba antes como el que tenía que darnos permiso para cambiar, sino como *uno en general* cuya esencia reside en la *cambiabilidad* de poder trocarse aquí en valor de uso también a través de la reflexión; debemos, a su vez, conservar este resultado al que hemos llegado, pues más adelante veremos que en ningún momento se pierde de vista cuando hablamos de la inflación.

Vayamos, pues, directamente y sin escalas, sin perder más tiempo, a ver cómo es que se *crea valor* a través de la intuición y el entendimiento, es decir, directamente al proceso de valorización. Aquí, Marx nos espera ya con varias advertencias, por lo demás, bastante claras (El Capital I, p. 138):

“En la *producción de mercancías* los valores de uso se producen pura y simplemente porque son y en cuanto que son la *encarnación material*, el *soporte del valor de cambio*. Y nuestro capitalista persigue dos objetivos. En primer lugar, producir un valor de uso que tenga un valor de cambio, producir un artículo destinado a la venta, una *mercancía*. En segundo lugar, producir una *mercancía cuyo valor cubra y rebase la suma de valores de las mercancías invertidas en su producción*, es decir, de los medios de producción y de la fuerza de trabajo, por lo que *adelantó* su buen dinero en el mercado de mercancías. No le basta con producir un *valor de uso*; no, él quiere producir una *mercancía*; no sólo un valor de uso, sino un valor; y tampoco se contenta con un *valor puro y simple*, sino que aspira a una *plusvalía*, a un *valor mayor*.”

Por la manera en que se quiera hacer pasar lo mismo o por los tantos giros que se le dé a ello y quede entorpecida su comprensión, a nosotros ya no nos puede inducir al error, en el momento en que se manifieste la idea del valor y valor de uso.

Aquí muy atinadamente, Marx vuelve a separar los dos conceptos del valor usual y el valor para explicarnos la finalidad que el capitalista —entiéndase por ello cada capitalista— busca toda vez que se viere en la posesión de mercancías empleadas para el cambio, por un lado. Por otro, nos adentra casi de la mano, por caminos oscuros que todavía no hemos visto, como el del valor desde el punto de vista de un valor de valor. Lo cual trataré de explicar más adelante.⁶

Para analizar el proceso de valorización no son necesarios los conceptos expuestos y de antemano conocidos; tampoco se utilizarán equivalencias de tiempos de trabajo a oro y de éste a dinero debido a que, al fin y al cabo, terminan siendo uno y lo mismo para la cuestión a la que queremos llegar. Un adelanto: qué más da que la *cambiabilidad* se realice mediante diferentes tiempos de trabajo los cuales a lo mucho

⁶ No necesito recordar al que me lee que su labor aquí de la misma manera que en lo pasado, será seguir paralelamente a aquellos autores en que me baso, para que, por sí mismos, aclaren las dudas que puedan surgir según la manera en que trato los temas aquí expuestos. Tampoco le recordaré esto en lo sucesivo allí en donde vuestra comprensión se os ofusque os recomendaría: deteneos; id hacia aquellos; y después seguidme. Pues la base toda cierto es que se debe a sus pensamientos; pero la argumentación, igualmente, toda, no es menos cierto que es cosecha mía. De aquí también se comprenderá el porqué no empleo varios de los conceptos que emplean los distintos autores; o bien, el no emplear su metodología para esclarecer los asuntos.

requerirán siempre y, aún exigen, cuerpos; es decir, una materialidad; o que aquella se materialice vía un molde de oro; o por una tal o cual moneda o papel moneda. Todo ello no viene al caso para estos fines.

Se deberá tener en cuenta que para la producción o creación de un *valor de uso* es necesario disponer de dos cosas: por una parte, los medios exigidos por la misma producción; o sea, por el tipo de producción cuyo proceso adopta características determinadas según el tipo de valor de uso que se pretenda traer al mundo. De tal modo que si se quisiera producir plumas, entre los medios necesarios para esta actividad, no encontraríamos, por ejemplo, un arado para labrar la tierra. Quizá de manera particular se entienda como medio de producción aquella máquina o aquella herramienta que el trabajador en su actividad emplea para dar nueva forma al objeto que se quiera moldear. Pero no. En aquel concepto se contiene ya, por demás, este mismo objeto que él, con su labor, transforma; así como también comprende, ese mismo concepto, instalaciones, energía, etc. De suerte que no solamente vemos aparecer en un concepto aquella máquina o aquella herramienta; sino también, en él mismo, la materia que el trabajador moldea y hasta aquella *materialidad* dentro de la cual éste está activo.

Por otro lado, se requiere del *trabajador*, o más precisamente, de la fuerza de trabajo contenida en éste. Sabemos, no obstante, que estas dos formas del trabajo están comprendidas en una; es decir, que para saber de una forma bastan únicamente los cinco sentidos, o menos. Pero para saber de la otra no bastan, pese a todo, éstos; sino que se debe echar mano del pensamiento abstracto.

Ahora bien, aquí se sigue considerando esta doble vista, este doble modo, porque 1) se trata con valores de uso, trabajos que son *concretos*; y 2) porque también se considera al valor, trabajos que son meramente abstractos, o sustanciales. ¿Para qué? Para dar primero con el valor de la mercancía, valor que toda mercancía, creada por el trabajo, contiene ya en sí y que al final resultará ser ahora la sustancia de su *precio*; ya que éste al devenir como tal, procede de una suma de valores, comprendidos en las respectivas mercancías, que coadyuvaron para su creación; es decir, éste será un *valor de valores*; segundo, con la apropiación de un valor adicional; o, al cómo se apropia este valor, el cual es a lo que Marx llama *plusvalía* o *plusvalor*.⁷

⁷ “Si comparamos el *proceso de creación de valor* y el *proceso de valorización* de un valor existente, vemos que el proceso de valorización no es más que el mismo proceso de creación de valor *prolongado* a partir de un determinado punto. Si éste sólo llega *hasta el punto* en que el valor de la fuerza de trabajo pagada por el

[2.1.5] De la sucesión del juicio que aprecia la mercancía ora abstractamente ora concretamente.

Cuando se tiene en cuenta el hecho por el cual un agente trueca algo que es de su propiedad por alguna otra cosa de la cual tiene apetencia, ya sea en el sentido menos o más desarrollado, no tenemos más que realizar su precio a cambio de monedas (en un sistema moderno); o, por aquello que se considera, entre todos los bienes y las pertenencias, como lo de más valor que otros. Nunca se conseguirá por nada o sin dar a cambio otra cosa como el adquirir deuda, un trabajo realizado a futuro etc., etc. Podría muy bien ser de otra manera, pero ésta no se verá sino más adelante. Sin embargo, así como se tiene que dar algo a cambio por algo, el cambio mismo viene determinado por el precio que según la mercancía cuesta. O, como dijera Marx en alguna parte, las mercancías no van al mercado sin llevar consigo, más que determinado, su precio. De suerte que el productor, el dueño de los medios de producción y del trabajo, adquiere esos medios según el valor o precio determinados *con anterioridad* de la mercancía deseada, *cualquiera que ésta sea, no importa*.

Se obtiene lo mismo considerando la fuerza de trabajo. Ésta al verse carente de algo que posee y poder usar para su mantenimiento y sustento e imbuida por futesas y frases tontas propias de un sistema acomodadamente capitalista, desesperada se arroja a los cambios venales (algunos le llaman a esto, mercado, o algo por el estilo) en donde, ahora, ella hace la vez de mercancía y, como tal, *debería* contar con un precio; este precio es su salario; o, por mejor decir, “el valor del trabajo”. . .

Se aprecia claramente, que el que quisiere emprender su buen negocio, tendría que empezar por contabilizar todos estos precios según el tipo de medio de producción y trabajo que se requiera, –según el tipo de producción que pretenda llevar a fin.

Ahora, después de que el capitalista ha querido emprender su producción determinada y una vez que hubo encontrado, en el “mercado”, aquellos medios para producir; es decir, las mercancías necesarias para su fin como productor, tiene que, no obstante, llevar a efecto el proceso mediante el cual el trabajo, a través de los medios ya listos y preparados, transforme su objeto de trabajo en un objeto nuevo que contenga a la vez

capital deja el puesto a un nuevo *equivalente*, estamos ante un proceso de simple creación de valor. Pero, si el proceso *rebasa ese punto*, se tratará de un proceso de valorización.” MARX, Karl, El Capital I, p. 146.

parte de su materia primitiva. En otras palabras, como es ya un objeto acabado, nuevo y producido, lleva en su constitución, por un lado, el tipo de materia que fue transformada por el trabajo en el proceso; por otro lado, contiene en sí parte de los medios de producción que este trabajo ha utilizado durante el proceso. De manera que el capitalista, al final de este desarrollo, obtiene una mercancía que físicamente, por decirlo así, ha asumido en determinado caso la conservación de la materialidad en que se la hallaba antes de que el trabajo la hiciera mudar de forma; y ha absorbido el modo según el cual los medios de producción, al servicio del mismo trabajo, han operado para dicho fin. De suerte que ahora, con el objeto nuevo que ha salido del proceso, hallamos un ejemplar cuya composición no es otra sino la del trabajo, medios de producción y objeto de trabajo. Es, como si dijéramos, el ejemplar que mediante la colaboración de estos tres factores ha salido como resultado. Son tres los factores, pues el trabajo nunca desaparece en los momentos durante los cuales hace que su objeto cambie.

Se dice físicamente, porque el objeto de trabajo tal cual desde un principio lo vemos, al final del proceso, ha cambiado, acaso, a un estado en que no sería fácil captar su forma antigua si no es mediante la comparación de ésta con el estado al que ha ido a parar, al cual llegará. Sin embargo esto no es un engaño de los sentidos, el cambio de forma que ha sufrido aquel objeto es obra de la participación, en el proceso de producción, del ajetreo productivo del humano y de la marcha de los medios requeridos para su transformación.

Ahora, la manera de considerar el producto del trabajo será de otro modo: de concreto inmediatamente a su modalidad abstracta; o sea en su modalidad de valor o, en fin, de precio.

Algo parecido ocurre cuando la materia prima, los medios de producción y el trabajo son destinados al proceso de producción como precios o valores. Aquí, el capitalista o, como tiende a llamársele ahora, el empresario, tiene que concentrarse en el dinero que anteriormente ha dado por un precio, a cambio de medios para producir sus mercancías. Debe, por un lado, contabilizar el precio de la *mercancía* fuerza de trabajo; y, por el otro, el de los medios de producción. No es preciso decir que durante el proceso este personaje de la economía contabiliza los precios de las mercancías de las cuales se apodera y pone a funcionar en conjunto; sino que lo ha hecho ya en el momento principal en que ha invertido su dinero para empezar a producir. *Ha cambiado determinada cantidad de dicho dinero por determinada cantidad de mercancías.*

Pero Marx ha dicho que el capitalista espera obtener una plusvalía (ganancia). De momento se sabe cómo se compone el producto materialmente; los factores que para su cambio de forma de objeto de trabajo a mercancía participan. Abstractamente, esta nueva mercancía o, este producto total, está formado de cada precio por el cual cada factor ha sido cambiado o comprado. Ahora, esta mercancía nueva se hace presente no conteniendo partes materiales obtenidas de aquel proceso, las cuales hubo también ella de asimilar; sino que ella se aparece, por el momento, como una *suma* de precios que, a la vez, asume; ya que ésta misma suma al provenir de aquel gasto hecho primeramente por el capitalista cuando cambió dinero por medios, debe aparecer en el precio de la mercancía que ha sido terminada, pues así como ha mudado de apariencia y constitución, ella misma contiene un precio nuevo consistente en la suma de fracciones correspondientes al precio respectivo de cada factor. Y como esta suma de fracciones se refiere al *gasto* aquel que el capitalista hubo hecho, éste busca que su nueva mercancía cubra y le reembolse el dinero que desembolsó para ello.

De manera que en el nuevo precio hallamos, mediante esta asimilación de valores, o como hemos venido diciendo, por medio de esta suma integrada, precisamente una incorporación de precios –la cual, es la razón de que se diga que los precios son precios de precios–, anteriormente contabilizados; aunque ulteriormente reaparecidos de manera proporcional *según la participación de cada factor*.

Esto se describiría mejor diciendo que el nuevo precio de la mercancía producida, o mejor dicho, el total de mercancías que determinada producción arroja, una vez vendidas todas, sin excepción, restituye al capitalista el dinero que invirtió para empezar su negocio; dinero invertido en la compra de máquinas, materias primas, trabajo, etc., etc., etc. Y, en efecto, aquel precio nuevo no tiene más que cumplir esta función, debido a que logróse formar gracias a aquellas fracciones proporcionales que lo constituyen.

Sin embargo, aquí no se percibe ninguna forma de ganancia obtenida por el empresario, pues nos hemos limitado a constatar el modo en que lo invertido inicialmente, o sea el dinero invertido, afluye al lugar desde el cual había partido, devolviendo así de manera íntegra, al inversionista, su inversión.

Pero, dentro de todo este conjunto existe, como si se dijera, un instante en el que se consigue la ganancia sin caer en la cuenta de ello o cómo ocurre ello. Aquí entran otros aspectos que no hemos tomado en consideración tales, particularmente, como: el tiempo,

cantidad de trabajo, el valor de la fuerza de trabajo, etc. Sin embargo, creo que lo que hasta aquí he dicho basta para comprender y aprehender lo que ocurre bajo el proceso de producción *de la mercancía*. Pero, a la vez, advierto al lector que lo único que se hace en el análisis marxiano es dividir el proceso, por una parte, en proceso concreto y, por otra, en proceso abstracto. Aquél no es sino el aspecto concreto o material que veíamos; éste es su modo *contable*, dinerario.

Ahora bien, a estas alturas, hay que decir ya que la ganancia del capitalista, según Marx, es un incremento de valor; el cual, después se manifestará cual valor que no se paga.⁸

Marx, sin embargo, es muy preciso en este punto; tan preciso que tiene ante sí la manera de hacer corresponder tanto la materia elaborada como las horas de trabajo con sus equivalentes en unidades monetarias, así como éstas con aquéllas. Mas, no le hubiera sido posible aprehender este movimiento, si no hubiera dividido el proceso de producción en dos partes.

Sabemos de antemano que este proceso es dividido, también, en proceso *concreto* y en *abstracto*; no obstante, se les puede atribuir, a la vez, otra doble modalidad: la de ser un *proceso de valorización*.

En efecto, húbose dicho que el dinero inicialmente invertido afluye íntegro a manos del empresario, toda vez que hubiere deséchose de las mercancías producidas por el trabajo. Pero, aquí, este *afluir* sólo de dinero no trae consigo ni el más tenue viso de ganancia o plusvalía que el capitalista espera con tanta ansia; pues, como instruye Marx, esta parte del proceso es aquella en que según la cual éste arroja un equivalente en todas sus formas y como la forma que importa al empresario es el equivalente cuya forma es el dinero, este personaje no es dueño todavía de ninguna plusvalía; sino de un simple equivalente. El cual equivalente le repone el dinero gastado.

Hasta aquí se ha creado tan solo valor.

⁸ “Sabemos, sin embargo, que el proceso de trabajo se *remonta sobre* el punto en que reproduce y añade al objeto sobre que recae un simple *equivalente* del valor de la fuerza de trabajo [. . .] la fuerza de trabajo puesta en acción no se limita a reproducir propio valor, sino que produce un valor nuevo. Esta *plusvalía* forma el *remanente del valor del producto sobre el valor de los factores del producto consumidos*, es decir, los medios de producción y la fuerza de trabajo.” MARX, Karl, Op. Cit. pp. 157 y 158.

[2.1.6] Del proceso continuo y discontinuo de producción de las mercancías.

Ahora, cuando se aprehende que el proceso de producción puede dividirse en tal o cual parte o de tal o cual forma, aprende uno mediante ello que existe un algo que es continuo en el tiempo y el espacio; a pesar de que se vuelva discontinuo e intermitente gracias a la sucesión en el sujeto: lo continuo se volvió discreto. Ese algo es el tiempo con que se mide el proceso en el cual se producen mercancías y que está meramente como condición inmediata en el individuo. Adunado este hecho a la circunstancia precisa de que el tiempo y el espacio son dos proposiciones distintas que a la vez se pueden pensar de tal forma que su discreción no sea nada que afecte a su modo continuo y a la finalidad nacida del mismo sujeto en relación a la producción de las mercancías necesarias o superfluas y gratas para la vida, como condiciones que se dan en un mismo caso, se percibe cabalmente que no es menester departir sólo de una única forma de atisbar el proceso de producción y menos uno cuyo fundamento existe en la síntesis del tiempo, el espacio y los motivos de la persona; sino, antes bien, como algo continuo e intermitente, allén del proceso primario al que uno se confine. Marx dice muy concisamente (El Capital I, p. 145): “Nuestro capitalista había prevenido el caso, con una sonrisa de satisfacción. Por eso el obrero se encuentra en el taller con los medios de producción necesarios, no para un proceso de trabajo de seis horas, sino de doce.” ***–Se ve, pues, claramente que a pesar de ser una síntesis hecha desde la condición inmediata del sujeto, no se comprende la necesidad de prevalecer un más allá que surja del mismo espíritu del investigador. Lo que se entiende, por tanto, es el espacio y tiempo nacidos de la simple intuición.***

–El proceso, como se vislumbra después de todo, durante el cual se crea valor solamente, es un proceso discreto de seis horas, como ejemplo. Por lo tanto, aunque se partía de uno continuo de doce horas con Marx, debíase discontinuarlo para investigar cómo es que se genera la plusvalía. Se entra con ello al *proceso de valorización*.

Podríamos aventurarnos a creer que las compras hechas por el capitalista-empresario para sus fines productivos y lucrativos las hace de una vez antes de empezar a producir o durante la producción. Ello no viene al caso, siempre y cuando las realice para llevar a cabo una producción que abarque una determinada cantidad *continua* de horas de trabajo

(en la cita textual que poníamos de ejemplo esta determinación continua era de doce horas).

Lo que tienen en común las dos partes del proceso de producción una como creación y la otra como valorización de valor, es que si la una asume la función de arrojar un equivalente, ya sea en forma dineraria, horaria, de mercancía, etc., la otra hará lo propio. –Por el contrario, si concibiéramos la cosa de manera que se abarque la diferencia del sujeto económico, la distinción entre aquellas dos residiría en que el equivalente en uno de los procesos se *compensa*, en el otro no; y que la compensación en uno es la no-compensación en el otro. Por eso mismo es por lo cual se diga que en una *discreción* se *cree* valor y en la otra se *valorice*. Valorizar no implica y, a la vez, sí, el que estemos ante algo que tenga más valor; pues si ello fuera no tuviéramos que habérmola con procesos cuya consecuencia tratara de equivalentes. Valorizar, implica, por tanto, el que o bien no se compense a algún factor su equivalencia que tiene a modo de desgaste hecho durante la producción de mercancías; o bien que, el que haya adelantado su dinero, es decir, el que haya invertido su dinero en la producción (el capitalista), logre retirar más dinero del que precisamente dispuso para la compra de medios de producción del mercado o de la esfera circulatoria. Así, existirá cierto desequilibrio en los equivalentes en el proceso de valorización cuando se hubiere descompensado a uno de los factores que, mejor dicho, *en todo el proceso de producción*, han sido reunidos para determinada finalidad. Esto se verá más adelante cuando se trate de la antinomia de la clase, cual lucha de todos contra todos.⁹

Debemos, ahora, ver, según la economía política dominante, a quién se le descompensa y debido a qué. En el capítulo V de El Capital I, Marx explica que al trabajo, *al trabajador*, es a quien su parte proporcional de desgaste, al producir, no le es *recompensada*. Sin embargo, esto no le basta; pues vemos que, en capítulos siguientes, de manera ya explícita y clara, prueba y comprueba que en verdad hay un trabajo al que no se le retribuye en forma dineraria su desgaste empleado en la producción; así como deriva de aquí, por tanto, que, en la jornada de trabajo, se da un intervalo de ella misma en el cual, el trabajador, labora gratis para el empresario; es decir, en el que éste a aquél no lo

⁹ “Como el valor del trabajo no es más que una expresión impropia para designar el valor de la fuerza de trabajo, se desprende por sí mismo que el *valor del trabajo tiene que ser siempre más reducido que su producto de valor*, pues el capitalista hace que la fuerza de trabajo funcione siempre más tiempo del necesario para reproducir su propio valor.” MARX, Karl, Op. Cit., p. 451.

indemniza. Por tanto, nos hallamos con que hay una proporción del producto total que no es pagada por el capitalista; y que ella le corresponde al factor trabajo.

Lo único que resta sería el conocer las causas de que al trabajo se le atribuya este no-pago.

Vístose ha que el capitalista-empresario compra en el mercado, o donde se quiera, las mercancías que requiere para su producción; que intercambia su dinero a cambio de ellas; y, por lo tanto, no quedaba ni una sola deuda, sino que, antes bien, todas hubieron de ser liquidadas en el mismo instante en que por él fueron compradas. ¿Cómo es que queda algo sin pagar?

Marx, como es su costumbre, se concentra en la mercancía fuerza de trabajo y en su doble modalidad; ya que, al ser ella mercancía o al presentársenos el trabajo mismo, es decir, el trabajador y su fuerza de trabajo, como una mercancía más, él mismo contiene de un lado el ser valor de uso y por otro, un valor de cambio o valor. Sin embargo, de esta mercancía *tan peculiar* (a diferencia de aquella cuyo creador es el mismo trabajo) se dice que su forma de valor de cambio representa la medición según la cual figura para el obrero aquellos medios de vida que él necesita para su conservación; es decir, para vivir y seguir trabajando normalmente en días sucesivos.

Marx identifica este valor con un concepto nuevo el cual no se tomará en cuenta aquí, pues no viene al caso: trabajo pretérito. Asimismo identifica la otra modalidad de la mercancía fuerza de trabajo, valor de uso, a otro concepto: trabajo vivo el cual es aquel rendimiento que el trabajador, al producir, puede desplegar sin desfallecer en una, dos, o más jornadas o en uno, dos o más días de trabajo continuos sin descanso o con él. Dice Marx a esto (El Capital I, p.144 y 145):

“El que para alimentar y mantener en pie la fuerza de trabajo durante veinticuatro horas haga falta *media jornada de trabajo*, no quiere decir, ni mucho menos, que el obrero no pueda *trabajar durante una jornada entera*.”

Y aún más:

“Pero el factor decisivo es el *valor de uso específico de esta mercancía*, que le permite ser fuente de valor, y de más valor que el que ella misma tiene. He aquí el *servicio* específico que de ella espera el capitalista.”

Y prosigue:

“El poseedor del dinero paga el *valor de un día* de fuerza de trabajo: le pertenece, por tanto, el *uso de esta fuerza de trabajo durante un día, el trabajo de una jornada*. El hecho de que la diaria conservación de la fuerza de trabajo no suponga más costo que el de media jornada de trabajo, a pesar de poder funcionar, trabajar, durante un día entero; es decir, el hecho de que el valor creado por su uso durante un día sea el doble del valor diario que encierra, es una suerte bastante grande para el comprador, pero no supone, ni mucho menos, ningún atropello que se cometa contra el vendedor.”

Como se ve, para dar con la plusvalía, o la ganancia, Marx iguala a tal número de horas de la jornada laboral el valor de cambio de la fuerza de trabajo; o sea, en trabajo vivo, la representación hecha a la medida de aquellos medios necesarios del obrero para hacer deseable su vida, bajo el supuesto de que tal número de horas es el límite en que el trabajador repone el gasto que el empresario hubo de hacer para obtener trabajo. Y como, según se ha visto, la jornada de continua se vuelve discreta, en una de sus dimensiones, este gasto se le repone al trabajador, pues éste no hace más que pagar con su trabajo a su dueño, al que lo puso en movimiento; esto no era más que una correspondencia de equivalentes. Y como equivalentes, no hay adeudo de ninguna de las dos partes: se crea valor, por tanto.

En la otra parte discreta también hay equivalente; pero, como proceso de valorización, hay una descompensación hecha al trabajo, porque todo su valor de cambio se le ha resarcido en el primer intervalo de la jornada. Encuentra el empresario-capitalista ***su pre-ganancia, por decirlo así, en el hecho de que la extensión de tiempo laborada por el trabajador es para él un resarcimiento no efectuado, después de que el trabajador hubo producido parte idéntica a sus medios de vida necesarios: es ganancia en el momento en que se vuelve dinero que goza aquél solo.***¹⁰

¹⁰ “Supongamos, por ejemplo, que una jornada de trabajo de 12 horas se represente por un equivalente en dinero de 6 chelines. Podrían ocurrir dos cosas. Que se cambiasen equivalentes, en cuyo caso el obrero percibiría por su trabajo de 12 horas 6 chelines. El precio de su trabajo sería, en este caso, igual al precio de su producto. En estas condiciones, el obrero no produciría *plusvalía* alguna para el comprador de su trabajo; los 6 chelines no se convertirían en capital y la base de la producción capitalista desaparecería, cuando es precisamente sobre esta base sobre la que el obrero *vende* su trabajo y sobre la que éste adquiere el carácter de trabajo asalariado. Mas podría ocurrir que percibiese por 12 horas de trabajo menos de 6 chelines, es decir, menos de 12 horas de trabajo.” MARX, Karl, Op. Cit. p. 449.

[2.1.7] De la conciencia que se establece en la forma precio.

Queda por ver cómo es que el precio se deriva de estas circunstancias esenciales sobre las cuales se basa la producción de mercancías. Así, después de haber analizado todas las formas bajo las que aparece la tan anunciada expresión del valor según la cual las mercancías una enfrente de la otra aparecen en equivalencia y en igualdad, conforme ya vimos, se halla, a través de un insulso proceso histórico, una forma especial que, si bien no hace más que ser la consecuencia ulterior de sus otras, no es, a pesar de ello, más que aquella en que su modo de aparecer se muestra como la que a la vez contiene a las demás y las niega: es la forma precio. O en palabras de Marx (El Capital I, pp. 35 y 36):

“El progreso consiste pura y simplemente en que ahora la *forma de cambiabilidad directa y general*, o sea la *forma de equivalente general*, se adhiere definitivamente, por la fuerza de la costumbre social, a la *forma natural específica* de la mercancía oro.”

Esta forma particular guarda una conexión tan estrecha con aquellas anteriores que sigue presentando la igualdad manifiesta de dos diferentes que se contraponen tanto cuantitativamente como cualitativamente; así como el contener, por ello mismo, la razón de que quepa en estos *diferentes* un algo igual, muy a pesar, no obstante, de su diferenciabilidad sensible, tal y como son cambiadas.

Por el contrario, lo singular de ella consiste en que la expresión de valor de tal mercancía no es *ella misma* como tal, y sin embargo, lo sea; sólo que se “disfraza” o si se quiere, muda de nombre, cuando se le adhiere otra cuya sola apariencia hace que el equivalente tenga algo de *singular*.

En consecuencia, se viene a decirnos que esa mercancía especial cuyo cuerpo sirve para expresar valor es el dinero: dinero-mercancía, mercancía-dinero, para el caso es lo mismo. Por consiguiente, el valor de la mercancía se expresa en el equivalente dinero, el cual, a su vez, funciona como mercancía, como *otra a ella misma*, en medio de la expresión de valor, es decir, según el medio por el cual dos mercancías se equiparan, se reputan como iguales, formalmente (materialmente, o sea, el cambio o intercambio de mercancías).

Queda otro apunte por considerar, del cual sólo se hablará incidentalmente: es aquél que, según hase dicho, la forma precio de una mercancía particular se enlaza a ella misma por

la sencilla razón de aparecer en la expresión de valor simple cuyo equivalente ahora es el dinero. Es la forma precio de tal o cual mercancía.

De suerte que el precio de las mercancías obligaría a pensar, a primera instancia, en su valor *intrínseco* puesto allí por el trabajo cuya forma no es para nada determinada, sino social; pues le sigue, los dos se pertenecen; segundo, en que su equivalente, esto es, la mercancía en la cual aquel intrínseco se expresa de manera *extrínseca*, es el dinero; tercero, uno y otro, la *totalidad* de la expresión bajo la forma precio.

Estas reflexiones, empero, de poco o nada sirven para empezar a avistar el objetivo de esta tesis; que no es más que: ***demostrar que el salario y la ganancia son a la vez que diferentes, lo mismo; que, por consecuencia de ello, de ser a la vez así, tanto uno como el otro son causa de la inflación; uno y otro se destruyen como contrapuestos; pero como contrapuestos, uno y otro, se crean, ora a sí mismos ora a su otro.***¹¹ Que la tan caduca y corrompida forma, en que ha decidido expresarse la mayoría de los sabios, de que un aumento en los salarios genera inflación, no nos deja ver más que su lado pervertido y, por demás, ingenuo y chocante al cual han optado en seguir y prestar oídos los informantes de manera necia.

–No desespere la gente debido a estas bufonadas en el tiempo, muy extensas en el pensamiento económico, pues tales fatuos e impertinentes que así creen ofrecerse a la tarea de pensar, dan con estas truhanadas y chapucerías con el único fin de ganarse la vida y asegurar que por lo menos se tiene un trabajo; ¡Podríase esperar más, cuando es para tal efecto que les pagan, generando con ello la tan esperada inflación! ¡Oh, y pensar

¹¹ “En efecto, los incrementos acelerados y sostenidos de los precios, a la vez que han reducido dramáticamente el poder adquisitivo del salario, han incrementado las ventas de las ‘empresas gigantes’. Los productos de las principales empresas en la rama alimenticia –casi todas con importante participación de capital extranjero– tienen mucho que ver con los de la canasta ‘superbásica’. Y el monto de sus ventas se ha incrementado de manera sustancial aun en medio de la crisis. Los mayores incrementos se registran en Arrocera del Palmito (409%), Exportadora de Sal (393%), Ganaderos Productores de Leche (356%), Sabritas (353%) y Grupo Industrial Bimbo (311%). La influencia de estas empresas en la inflación, de alguna manera queda patente al constatar que los **precios** de los productos que ellas elaboran o de los que tienen gran relación con estos, registran aumentos siempre mayores a los de sus ventas: arroz (484%), sal (800%), leche (570%), papa (431%), y pan (391%). Algo todavía más relevador de la influencia de las empresas monopolistas en la inflación, al igual que de su poderío económico, es el comportamiento de sus utilidades en plena crisis. . . Además, en los principales consorcios de la industria alimenticia (Bimbo, Anderson Clayton e Industrias Purina) las utilidades aumentaron mucho más que las ventas. Es decir que a pesar de vender relativamente poco, los beneficios continúan siendo altos, lo cual se logra sobre todo aumentando de manera sustancial el precio de lo que se vende (ello, sin descartar otros factores como la especulación financiera, los manejos de contabilidad y la compra–venta de acciones).” Centro de Estudios de Trabajo, “Salario Mínimo y Canasta básica (1981 – 1986)” pp. 40, 42 y 43.

que de sus mugrientas manos y de su poco cerebro proviene y depende nuestra instrucción escolar y académica! –Prosigo.

[2.1.8] De la razón para calcular el precio de la mercancía y los elementos que en ella intervienen.

Partiendo de los conceptos vistos ya; es decir, medios de producción, materias primas y trabajo y tasándolos en dinero, tiempo o cantidad de desgaste y participación en el producto mediante una fórmula matemática simple y un método también matemático, se puede hallar el precio que a cada mercancía, así como al producto total que efectúa la producción, se le asigna.

Sabemos que de la compra total de medios de producción, trabajo y materias primas se tiene por resultado una suma igualmente total de dinero invertido para la producción. Pues bien, a esa suma Marx la llama “dinero desembolsado”. Distribuidos y conjugados todos esos medios, cuya finalidad es la producción de mercancías, subordinada a ella, actúan de manera que a la vez se desgastan a sí mismos o, en determinado caso, como lo es el objeto de trabajo, que en su totalidad, muda de apariencia, crean un nuevo producto. Este nuevo ejemplar creado, por consiguiente, contiene de suyo aquellas particularidades de los medios empleados, tanto en referencia a la moldura y a la forma, materialmente, como en abstracto: el desgaste y la manutención de ellos expresados en forma de horas, cantidades, dinero, etc.

Esta forma o expresión de valor en dinero es la que, finalmente, falta para obtener el precio de la nueva mercancía. Como ya se vio, al ser el producto uno nuevo, la creación de aquellos, contiene las premisas y las bases.

De manera que la forma matemática para obtener el precio es la siguiente: *aquella razón que comprende de manera total el dinero desembolsado del empresario emprendedor en compra de medios de producción, sobre la cantidad de producto que de ella resulta. Es decir que el precio es del dinero total invertido en la producción la parte que le corresponde a cada ejemplar nacido de ella.*

De suerte que, dado o encontrado el precio mediante esta razón y habiendo el capitalista vendido todo su arsenal de mercancías, tiénese que retornar a ésta fórmula y decir (junto con los matemáticos, junto con el empresario): el precio, el cociente, multiplicado por el

total de mercancías vendidas –aquí, todas ellas, las que hubiere de la producción obtenido– (divisor), tiene que resultar, en dinero, el dividendo, la reposición de su dinero total invertido con anterioridad.

$$\text{Precio} = \text{Dinero desembolsado} / \text{producto (cantidad, } q)$$

$$P = Dd / q$$

Por tanto: (1)

$$\mathbf{Dd = p \times q}$$

Pero, las empresas tienen que ser precio-aceptantes, algunas veces.¹² De lo cual resulta que el dinero desembolsado será menor a la utilidad bruta que se recibirá de la venta de las mercancías *al nuevo precio*. De aquí se infiere que el precio nuevo no puede estar por debajo del nivel de aquel que se haya calculado previamente según el capital desembolsado; si llegase a estar por debajo, el emprendedor decidirá inmediatamente *no ser precio-aceptante, es decir, no aceptará las leyes del mercado*.

(1) Se transforma en : (2)

$$\mathbf{p_2q = U_b = c + g + s = Dd + g}$$

U_b = utilidad bruta; p_2 = precio que se acepta (precio nuevo); c = capital constante; g = ganancia; s = salario.

Incluso, puédesse escoger cualquier precio que no sirva sólo para reponer el capital desembolsado, esto es, *que sea mayor*. C y s estaban contenidos ya en Dd , dinero desembolsado; con el nuevo precio se arroja un elemento nuevo g , la ganancia. U_b , por tanto, se descompone en $Dd + g$. La cantidad se mantiene.

¹² Véase Teoría de los mercados perfectamente competitivos en PINDYCK, Robert y RUBINFELD, Daniel, "Microeconomía", Prentice Hall, quinta edición, 2001.

Si se simulara una empresa que decidiera producir una cantidad de 20 000 mercancías, cuyo precio *fuera dado* en la cantidad de 135 pesos, por ejemplo, y cuyo dinero desembolsado fuera: $c = 1\,000\,000$, $s = 72\,000 = 1\,072\,000$; calcular: U_b y g .

$$U_b = 2\,700\,000 = 135 \times 20\,000.$$

$$g = U_b - c - s = 1\,628\,000$$

$$s = N \times p_t (\text{número de empleados} \times \text{precio del trabajo} = 1200 \times 60 \text{ pesos}).^{13}$$

Se deduce 1) a $p_1 = 53 \frac{3}{5}$ se recupera el capital invertido primeramente, sin ganancia alguna: $53 \frac{3}{5} < 135$ pesos; 2) por cada 135 pesos $81 \frac{2}{5}$ pesos son de ganancia; 50, son de capital constante y $3 \frac{3}{5}$, son de salario; 3) *tal y como* si dijéramos que $81 \frac{2}{5}$ es el precio de la ganancia (el precio de la idea de producir la mercancía); 50 es el precio del capital constante y $3 \frac{3}{5}$ es el precio del trabajo; 4) para que $g = s$, del precio nuevo g y s deberían recibir: $42 \frac{1}{2}$ pesos; 5) *se generó de inflación 152 % aproximadamente*; y 6) *la inflación no deviene únicamente del salario, sino también de la ganancia*.

Este cálculo fue hecho suponiendo que la cantidad demandada era igual a la cantidad producida. Mas, puede fingirse que la cantidad demandada fuera menor a la cantidad producida. Desde luego, ésta no cambiará, como tampoco el capital constante ni salarios; sólo se simulará otra utilidad bruta.

De donde: (3)

$$U_b = q_d \times p_2$$

$q_d = 15\,000$: cantidad demandada = $q_d < q$.

R: $g = 953\,000 < 1\,628\,000$. Por tanto, para que se vuelva a obtener una ganancia igual a la mayor α) el precio 135 tendría que ser ahora de 180; o β) incrementar la demanda tal que sea igual a la cantidad producida; o bien χ) se deberá tener un inversionista cuya

¹³ Las cantidades fueron escogidas al azar. Este modelo y sus fórmulas se deducen del ejemplo que da Engels. Véase más abajo pág. 38. Puédese comparar esto de tal modo que haya un capital social de 1 000 c, 72 v y 72 pv; en donde existan cinco esferas de producción diferentes cuya composición media sea 200 c y 14 $\frac{2}{5}$ v, una tasa de plusvalor de 100% y el desgaste de c igual al valor del capital constante, para simplificar. Se verá que se obtiene un precio de producción de $228 \frac{4}{5} > 135 > 53 \frac{3}{5}$; generando inflación de 327%, 115% más que al precio de 135. Debido a que aquí no se considera el tomo III de El Capital de Marx, no se lleva a efecto este cálculo.

inversión cubra lo restante, o bien δ) hacer descender por debajo de sus límites posibles el precio de la fuerza de trabajo; –encontrar un grado de técnica especializada de tal manera que haga descender el precio de los medios de producción, pero cuyo rendimiento sea mayor o, por lo menos, igual al de antes. De otro modo, si la cantidad demandada vase reduciendo de manera que nunca sea la cantidad producida, el capital constante y la cantidad de empleados tendrán que ser menores a la cantidad que húbese necesitado en un principio: habrá más despidos y menos demanda de insumos.

*Lo cual explicaría bastante claro que la ganancia no procede nunca del trabajo empleado, unilateral; sino del trabajo en su conjunto, de la división del trabajo: hay dos tipos de trabajo, el trabajo y el no-trabajo. Uno es el que se paga; el otro es el que no. **La valorización del valor procede de una antinomia: del salario ajeno; es decir de aquel resarcimiento que no le cuesta, que en realidad no paga el empresario-capitalista.*** El trabajo unilateral funda las bases para su pago y las bases de la ganancia.

Evidentemente, si la jornada laboral fuera de 12 horas, el trabajo repondría en media hora (trabajo necesario), el capital constante en 4 horas y media; la plusvalía es el resto de la jornada (trabajo excedente), con una tasa de plusvalor de más del 2 000%. O, explicado de otra forma: vendiendo 533 unidades, apenas el empresario repondría el capital invertido en salarios; con 7 408 unidades vendidas, obtiene el equivalente de valor del capital gastado en medios para producir. Por consiguiente, con 7 941 unidades que se logren realizar, se resarce el capital desembolsado. Ahora bien; aquellas mercancías que puedan ser vendidas a partir de la 7 941ava unidad, representará para el empresario su ganancia.¹⁴ Es decir, ésta última se alcanza debido a que el salario, al precio de \$135, es sólo una mínima parte. De tal manera, a fin de que no exista ningún tipo de plusvalía, a ese mismo precio, el salario debiera aumentar más de 23 veces su valor y llegar a 85 por unidad vendida; o bien de \$60 a \$1 416 2/3, manteniendo todo lo demás constante.

¹⁴ “Así representada, como vástago del capital global desembolsado, la plusvalía reviste la forma transfigurada de la *ganancia*. . . la ganancia se produce cuando una suma de valor se invierte como capital. Si llamamos a la ganancia *g*, tendremos que la fórmula $M = c + v + p = pc + p$ se convierte en la fórmula $M = pc + g$, lo que quiere decir que el *valor de la mercancía = precio de costo + la ganancia*. Por consiguiente, la ganancia, tal como aquí se nos presenta, es lo mismo que la plusvalía, aunque bajo una forma mixtificada. . .” MARX, Karl, “El Capital III Crítica de la Economía Política”, FCE, segunda edición en español, 1959, vigésima reimpresión, México, 1995, p. 53

[2.1.9] De la conciencia desaprensiva. La adición y sustracción mediante la forma precio.

Habrá que atender ahora al capítulo VII de El Capital, en donde es el turno para que Engels tome la palabra. Sus encabezados nos dicen acerca de lo que se hablará a continuación; en efecto “cuota de plusvalía” y “grado de explotación de la fuerza de trabajo” hacen que pensemos en una muy continuada y prolija explicación de todo lo que con anterioridad habíase presentado. No obstante, al ir recorriendo las páginas siguientes, no tarda uno en perder la esperanza abrigada de hallar tales explicaciones consecuentes; siéntese más bien que se encuentra uno con “el aprendiz de brujo”, hasta llegar al apartado 2 y siguientes. No hace falta que me detenga en estos desarrollos expuestos con tan grave inconsecuencia; por el contrario, vayamos al resultado de ellos derivado, el cual es un ejemplo, muy empírico, por lo demás, que no se basa en lo explicado por la teoría. Reproduciré, completo, este párrafo de 30 líneas (El Capital I, p. 166, párrafo. 3), con la finalidad de guiarnos mejor:

“Sea el primer ejemplo el de una hilandería de 10, 000 husos “Mule”, que produzcan hilo núm. 32 con algodón americano, fabricando una libra de hilo a la semana en cada huso. Supongamos que el desperdicio sea el 6 por 100. Según esto, al cabo de la semana se convertirán 10, 600 libras de algodón en 10, 000 libras de hilado y 600 libras de desperdicio. En abril de 1871, este algodón se cotiza a $7\frac{3}{4}$ peniques la libra, lo que representa, en números redondos, 342 libras esterlinas para las 10, 600 libras de algodón. Los 10, 000 husos, incluyendo la maquinaria preparatoria del hilado y la máquina de vapor, salen a 1 libra esterlina por cada huso, o sea 10, 000 libras esterlinas en total. Su desgaste se cifra en 10 por 100 = 1, 000 libras esterlinas, o sean 20 libras esterlinas semanales. El alquiler de los locales de la fábrica asciende a 300 libras esterlinas, 6 libras por semana. Carbón (a razón de 4 libras por hora y caballo de fuerza, para 100 caballos de fuerza [contador] y 60 horas por semana, incluyendo la calefacción de los locales): 11 toneladas a la semana, a 8 chelines y 6 peniques la tonelada, cuestan, en números redondos, $4\frac{1}{2}$ libras esterlinas semanales; gas, 1 libra esterlina a la semana; aceite, $4\frac{1}{2}$ libras esterlinas por semana; otras materias auxiliares, 10 libras esterlinas semanales. Como se ve, la parte de valor constante asciende a 378 libras esterlinas por semana. Los salarios se cifran en 52 libras esterlinas por semana. El precio del hilado es de $12\frac{1}{4}$ peniques la libra, por tanto, 10, 000 libras = 510 libras esterlinas; la plusvalía, $510 - 430 = 80$ libras esterlinas. Reducimos a 0 la parte de valor constante de las 378 libras esterlinas porque no interviene para nada en la creación del valor semanal. Queda, pues un *producto semanal de valor* de $132 = 52 (v) + 80 (p)$ libras esterlinas. La *cuota de plusvalía* es, por tanto de $80/52 = 153\frac{11}{13}$ por 100. Suponiendo que la jornada de trabajo sea de diez horas por término medio, obtendremos este resultado: trabajo necesario = $3\frac{31}{33}$ horas; trabajo excedente = $6\frac{2}{33}$ horas.”

Como se ve, el método utilizado consistente en la simple división aquella, la han dado al traste. El método nuevo es como sigue más o menos: se determina primero aquel gasto de medios de producción que la determinada producción de mercancías ha requerido; ya sea anual, semanal, etc., así como la cantidad de productos que arroja la actividad productiva. Luego, preguntaremos a cuánto los salarios ascienden. *Después nos enteramos del precio singular de cada mercancía.* Finalmente, obtenemos matemáticamente del producto, del precio y de la cantidad total de productos un monto global en dinero; a este monto dedúcese el capital total adelantado y resulta, de ello, la plusvalía, también en unidades monetarias; etc.¹⁵

Ya no es necesario con esto molestarse en determinar nada; todo es *dado*, o mejor dicho, todo tenemos que investigarlo para que sea *dado*. Y, así, estos materialistas despiden a la teoría para saludar a la mugrienta práctica.

Mas, siguiendo y ahondando aún en este ejemplo, si hiciéramos la razón aquella echada por la borda, el precio dado de 12 1/4 peniques, daría uno nuevo de 10 8/25 peniques por libra. Por lo cual, cuando se convierte en cero la parte constante del capital, tendríamos que suponer que la plusvalía que el empresario se queda está revestida por la aparente cantidad de 52 libras. Cosa no tan peregrina pues de aquí se establecería la suma equivalente en medios de vida del obrero. Si, con la otra fórmula, calculáramos la plusvalía, ésta aparecería en forma de medios de producción, pues el restante que permanece al abstraer los salarios es la parte que los repone (máquinas, materias auxiliares, etc.). Con lo cual, no daríamos con la plusvalía creada. De manera que estamos ante la razón del porqué se deja a un lado aquella división aritmética con la que nos apoderaríamos de datos muy jugosos.

El motivo por el que se avanzaba hasta tanto no es por otra cosa sino porque se sigue hasta las últimas consecuencias bajo supuestos.

En efecto, en la página 141, dice Marx: "Al tratar de la fuerza de trabajo, partíamos del supuesto de que su valor diario era de 3 chelines. . . etc." Y en su apartado sobre la compra y venta de esa fuerza singular, de manera muy decidida, dice Marx (pág. 125,

¹⁵ "El remanente del valor total del producto sobre la suma de valor de sus elementos integrantes es el remanente del *capital valorizado sobre el valor primitivo del capital desembolsado*. Los medios de producción, de una parte, y de otra la fuerza de trabajo no son más que dos diversas modalidades de existencia que el valor originario del capital reviste en los dos factores del proceso de trabajo." MARX Karl, Op. Cit., p. 158.

línea 20): “El valor de la fuerza de trabajo se reduce al valor de una determinada suma de medios de vida. Cambia, por tanto, al cambiar el valor de éstos, es decir, al aumentar o disminuir el tiempo de trabajo necesario para su producción.” Sin embargo, 11 líneas más adelante, le escuchamos un “suponiendo”; y no tarda casi nada en volver a un “supongamos” 5 líneas después, o sea en la 36. Y como no emplea mucho tiempo en establecernos un supongamos, tampoco demora en darle a éste un toque consecutivo; línea 39: “según esto”. Claro es que a toda conjunción condicional le sigue o le antecede la parte gramatical que expresa el resultado que se alcanzaría subsecuentemente en base a ella. Pero no es menos cierto que no deja de ser un efecto apoyado en ella misma. Después será más listo, pues al momento que escribe de nuevo el condicionante, coloca, inmediatamente, la ilación. Ésta se expresa mediante la partícula consecutiva “y”; aquélla por la adverbial “si”: “Y si representamos medio día de trabajo social medio por una masa de oro de 3 chelines o un talero, . . . etc.” (El Capital, p. 144, línea cuarta).

Por este camino, no llegaríamos sino al análisis que el profesor Luis Lozano (2009) y sus muchachos han manejado en su libro “De Llantas y Atropellos”. Sólo por poner un ejemplo, en la página 231 de este libro, nos advierten que se darán ejemplos para conocer la tasa de explotación. Nos interesa solamente el primero.

Aquí se dice que determinada cantidad de producto basta para *producir un valor equivalente al salario*. Inmediatamente, pasan a convertir este equivalente *monetario* en horas de trabajo, llegando a la conclusión de que a determinada cantidad de producto le corresponde determinada cantidad de tiempo medido en horas. (Lo que sí sorprende es que nos hablan en términos de decimales correspondientes al producto equivalente en salarios; y en minutos, lo correspondiente a las horas trabajadas).

No obstante, terminan de la siguiente manera (De Llantas. . . , pp. 231 y 232):

“Si la jornada laboral promedio es de 7 horas con 20 minutos, quiere decir que pasados los 13 minutos en que se repone el salario, el resto de la jornada (7 horas con 7 minutos) es tiempo de trabajo que no se le paga al obrero, eso es lo que constituye el plusvalor.”

Para este análisis, el tiempo necesario de la jornada laboral total de 7 horas 20 minutos, es tan sólo de 13 minutos. De aquí que las siguientes 7 horas con 7 minutos, sean, para ellos, lo que constituye el plusvalor; es decir, el trabajo excedente, el trabajo no pagado.

Por tanto, tenemos que decir 1) Si la jornada laboral promedio fuera de 7 horas con 20 minutos, quiere decir que pasados los 13 minutos en que se reponen el salario, el paso siguiente que debieron dar estos muchachos fue el decirnos qué parte del producto corresponde a los medios de producción; 2) una vez que del producto total se halla encontrado la parte que corresponde a los medios, adunada a ello la que corresponde al trabajo, se deduce del valor total en unidades monetarias el plusvalor o ganancia. Pues, al decirnos que las 7 horas con 7 minutos son las que equivalen al trabajo excedente y, por descontado, al plusvalor, no nos dicen, con ello, más que éste es igual a la parte de los medios de producción expresados en tiempo, en producto y en dinero: ya que ¿A qué hora éstos se reponen? Con lo cual tendríamos que hallar de la parte determinada del salario expresado en producto, el plusvalor, debido a que los 427 minutos restantes se emplean en reproducir los medios de producción y demás; y 3) no confundir tiempo excedente, plus producto, y plusvalor: el tiempo de trabajo que no se le paga al obrero no constituye el plusvalor; sino única y exclusivamente el tiempo de trabajo excedente. El plusvalor es constituido sólo por un plus de valor medido en unidades monetarias o, si se quiere, en desgaste humano traducido en unidades monetarias; el que todo esto se haga en un mismo tiempo o que su modo de medición necesite de tiempo, ello no obliga a que se diga que un tiempo dado constituya el plusvalor.

Regresémonos, después de esto, al ejemplo que da Engels. Teníamos, pues, dos precios uno de $12 \frac{1}{4}$ p. la libra y otro de $10 \frac{8}{25}$ p. la libra. Independientemente de cómo el precio se haya obtenido $12 \frac{1}{4} > 10 \frac{8}{25}$, ó, $10 \frac{8}{25} < 12 \frac{1}{4}$.

Con el precio de $12 \frac{1}{4}$, la cuota de plusvalía asciende a $153 \frac{11}{33} \%$. Con el de $10 \frac{8}{25}$ no se alcanzaría tal cuota, pues éste se limita a reponer los capitales. Pero juguemos un poco; ¡Divirtámonos! Si fuésemos capitalistas y, *por cualquier circunstancia a priori*, subiéramos nuestro precio de $12 \frac{1}{4}$ a $12 \frac{1}{2}$ ($12 \frac{1}{2} > 12 \frac{1}{4}$), manteniendo todo lo demás constante, encontraríamos que la cuota de plusvalía es de $174 \frac{53}{78} \%$, más o menos del 175%. ($153 \frac{11}{33} \% < 174 \frac{53}{78} \%$).

Ahora bien, si seguimos, y el precio de la mercancía llega a 13 peniques, tenemos que la cuota de plusvalía es de $214 \frac{29}{39} \%$; más o menos del $215 \% > 175 \%$. —Que el lector se encargue de averiguar las respectivas cuotas de ganancia a sus respectivos precios, basado en el ejemplo de Engels y verá que tampoco a la cuota de ganancia le va nada mal cuando el precio va en aumento manteniendo una *técnica y recursos dados*, sin

necesidad de haber aumentado las horas de trabajo, en una palabra, sin fijarnos en los cambios de la fuerza productiva del trabajo.¹⁶

He aquí, pues, la tesis de esta tesis: no sólo el dinero incrementado proviene de la parte que el empresario se ahorra al no pagarle a la fuerza de trabajo su valor; antes bien, proviene del incremento de precios, incluso aunque no se tengan razones materiales para esa inflación, sino sólo voluntarias: existe un tipo de inflación que genera prosperidad y ganancias a los capitalistas-empresarios, es la inflación conveniente; existe otra que no lo es: la repugnante.

Estos conceptos provienen siempre del sujeto; pero no sólo en la forma en que pueda él reproducirlos a través de su juicio, sino también de las expectativas que se genere según el curso que vayan tomando sus intereses y el de sus consortes. Se tendrá que experimentar este sentimiento para adquirir su cabal conocimiento, puesto que no existe en ninguna otra parte más que en la condición inmediata y a priori del sujeto. Para ello es necesario empezar por reconocer que el salario es lo mismo que la ganancia; de manera similar que se experimentará lo mismo, una expectativa poco generosa para el monto salarial que para la ganancia, que, por el contrario, una menos desaprensiva.¹⁷ De suerte que hay que estudiar también las susodichas expectativas

¹⁶ “Por consiguiente, cuando la mercancía se vende por su valor, se realiza una ganancia igual al remanente de su valor sobre su precio de costo, igual por tanto a toda la plusvalía que en el valor de la mercancía se contiene. Pero el capitalista puede vender la mercancía con ganancia aunque la venda por menos e su valor. Mientras su precio de venta exceda de su precio de costo, aunque sea inferior a su valor, siempre se realizará una parte de la plusvalía contenida en ella; siempre se obtendrá, por consiguiente, una ganancia. En nuestro ejemplo, el valor de la mercancía es = 600 libras esterlinas y el precio de costo = 500 libras. Si la mercancía se vende por 510, 520, 530, 560, o 590 libras esterlinas, se venderá por 90, 80, 70, 40, o 10 libras respectivamente, menos de su valor, pero dejará, a pesar de ello, una ganancia de 10, 20, 30 60, o 90 libras. Entre el valor de la mercancía y su precio de costo cabe, evidentemente, una serie indeterminada de precios de veta. Cuanto mayor sea el elemento de la mercancía consistente en plusvalía, mayor será también el margen práctico de estos precios intermedios.” MARX, Karl, “El Capital III”, Op. Cit., p. 54.

¹⁷ “. . . Alargando desmedidamente la jornada de trabajo, puedes arrancarme en *un solo día* una cantidad de energía superior a la que yo alcanzo a reponer en tres. Por este camino, lo que tú ganas en trabajo lo pierdo yo en sustancia energética. Una cosa es *usar* mi fuerza de trabajo y otra muy distinta *desfalcarla*. Calculando que el período normal de vida de un obrero medio que trabaje racionalmente es de 30 años, tendremos que el valor de mi fuerza de trabajo, que tú me abonas un día con otro, representa $1/365 \times 30$, o sea $1/10950$ de su valor total. Pero si dejo que la consumas en 10 años y me abones $1/10950$ en vez de $1/3650$ de su valor total, resultará que sólo me pagas $1/3$ de su valor diario, *robándome*, por tanto, $2/3$ diarios del valor de mi mercancía. Es como si me pagases la fuerza de trabajo de un día, empleando la de tres. Y esto va contra nuestro contrato y contra la ley del cambio de mercancías. Por eso exijo una jornada de trabajo de duración *normal*, y, al hacerlo, sé que no tengo que apelar a tu corazón [. . .] Exijo, pues, la *jornada normal de trabajo*, y, al hacerlo, no hago más que exigir el *valor* de mi mercancía, como todo comprador.” MARX, Karl, Op. Cit. p. 180. –Al exigir una “jornada normal de trabajo” y el “valor de la mercancía fuerza de trabajo como todo comprador”, este autor desplaza, definitivamente, el problema del trabajo no retribuido y el de la ganancia de la esfera de la producción hacia la de distribución.

desde el punto de vista inmediato y general (sin perder de vista la demanda); y como hay alguien que se confina a ese tratado económico, pasemos a ver lo que tiene preparado para hablar en público y en voz alta. Hablo de John Maynard Keynes, el queridísimo señor Lord.¹⁸

[2.2] De la consideración sobre las expectativas empresariales. El precio de la mercancía. La tal demanda efectiva. Keynes.¹⁹

Anticípome para decir que con Keynes transitamos por caminos que aparte de ser nuevos y, en consecuencia, pesados por su desconocimiento, nos conducen a sitios en donde se observan ya, aunque muy leves, huellas de gente que no se sabe si ha resuelto marcharse o volver andar por ahí, con el paso del tiempo. El mismo Keynes ha sido el culpable de esta decisión, por sus matemáticas, de que aquellos nobles corazones desconsolados equivoquen el camino.

Y no sólo él; los “modelistas” de la economía han ido a encontrar refugio en ese templo del saber poco confiable, como lo es el templo de las matemáticas; Marx y sus antecesores, observaron con detenimiento la ayuda que la filosofía ofrecía para adquirir sabiduría. Pero no tardaron en comprobar su teoría en base a fórmulas y leyes

¹⁸ Debo, por último, recordarles, lectores, no olvidar, este pequeño, pero muy importante, ejemplo citado acerca de cómo una muy leve variación en el precio del producto total, así como de la mercancía aislada, denota otra en la ganancia de los empresarios; ya sea ella, mínima, ya sea máxima, hará, sin embargo, modificaciones en sus ingresos. Tenga esto, pues, en consideración; puesto que al parecer no es otra cosa sobre la que tenga algo que decirnos el señor Lord con su Teoría General.

¹⁹ Como se verá en este apartado y en los siguientes, Keynes es un devoto defensor de la ganancia unilateral, es decir de la utilidad del empresario-capitalista, que cualquier circunstancia o motivo que implique un aumento del precio de los artículos que éste produce, manteniendo sus costos totales invariables, es razón para que contemple un excedente de valor por encima de los costos que arroja la producción. Es claro, también, para él el que el empresario incurra en todo tipo de costos a fin de producir, siempre y cuando estos niveles no superen a aquellos que representen el excedente. Así por ejemplo, cuando los valores que arroja la producción ya no son suficientes para traducirse en un aumento del ingreso del capitalista, sino en un aumento de sus costos, se atestigua, según Keynes, “inflación auténtica”. Él lo dice así, Teoría General, p. 290: “Cuando un nuevo crecimiento en el volumen de demanda efectiva no produce ya un aumento más en la producción y se traduce sólo en un alza de la unidad de costos, en proporción exacta al fortalecimiento de la demanda efectiva, hemos alcanzado un estado que podría designarse apropiadamente como de inflación auténtica. Hasta alcanzar este punto, el efecto de la expansión monetaria es completamente cuestión de grado y no hay momento previo en el cual podamos trazar una línea definida y declarar que las condiciones de inflación están operando.”

matemáticas. Peor aún, aparte de esto, determinarse por el método materialista: en ser materialistas. Keynes no es la excepción; y ninguno desde él, ni antes de él.

Por otra parte, cuando lo seguimos en sus consideraciones, vemos que intenta ser claro, nada obscuro; pero tampoco se puede decir que la forma en que nos comunica sus hallazgos sea lo bastante clara. Antes al contrario. Ella es lo bastante obscura para entender, de una sola vez, sus ideas expresadas. Más aún, cuando quiere ser claro, se apoya en fórmulas matemáticas cuyo uso únicamente le permite dar vueltas alrededor del problema llegando a una condescendencia perniciosa, pues la forma según la cual teoriza no es sino para ser condescendiente con la ganancia del capitalista.

Pero, por más que Keynes se ayude de sus amigas las matemáticas para atender un problema que no necesita de ellas; y por más que apesure el paso para llegar a buen refugio, el cual sus matemáticas le han aguardado, una vez que ha intentado explicarnos sus nociones; por más que ello suceda, digo, todavía tenemos que habérsela con *el concepto* bienhechor. No hay motivos suficientes para pasarnos de frente sin regalarle unas miraditas a nuestro señor Lord de la ganancia capitalistera. Pues, en efecto, Keynes es un gran defensor de la ganancia *unilateral*.

De manera que, por lo anterior, haré, a continuación, una serie de transcripciones de los principales conceptos que Keynes establece como los fundamentales al tratar los precios. Se verá, por consiguiente, que éstos no están en relación con otra cosa más que con aquella ganancia; pues que la única finalidad de esa relación es la de ser salvaguarda de ésta última.

Y así leemos (Teoría General, pp. 54, 55 y 56):

“Cuando la técnica, los recursos y los costos corresponden a una situación determinada, el empleo de un volumen dado de mano de obra hace incurrir al empresario en dos clases de gastos: en primer lugar, las cantidades que paga a los factores de la producción (excluyendo a los otros empresarios) por sus servicios habituales, a lo que denominaremos *costo de factores* del volumen de ocupación de que se trate: y en segundo lugar, las sumas que paga a otros empresarios por lo que les compra, juntamente con el sacrificio que hace al emplear su equipo en vez de dejarlo inactivo, a lo que llamaremos *costo de uso* del nivel de ocupación dado. El excedente de valor que da la producción resultante sobre la suma del costo de factores y el costo de uso es la ganancia, o, como lo llamaremos, el *ingreso* del empresario. Por supuesto, el costo de factores es lo mismo que lo que los factores de la producción consideran como su ingreso, pero desde el punto de vista del empresario. Así, el costo de factores y la ganancia del empresario, juntos, dan lo que definiremos como el *ingreso total* derivado del empleo proporcionado por el empresario. La ganancia del empresario, así definida debe ser, y es, la cantidad que procura elevar al máximo cuando decide qué volumen de empleo ofrecerá. Conviene algunas veces, desde el punto de vista del empresario, llamar *producto* de la ocupación al ingreso global (es decir, costo de factores *más* ganancia) que

resulta de un nivel de empleo. Por otra parte, el precio de la oferta agregada de la producción resultante de ese volumen determinado es precisamente la expectativa de los resultados que se espera obtener y que hará costeable a los empresarios conceder dicha ocupación.

De esto se deduce que, dados la técnica, los recursos y el costo de factores por unidad de empleo, el monto de éste, tanto para cada firma individual como para la industria en conjunto, depende de las ganancias que los empresarios esperan recibir de la producción correspondiente: porque éstos se esforzarán por fijar el volumen de ocupación al nivel del cual esperan que aumente al máximo el excedente del importe de la producción sobre el costo de factores.

Sea Z el precio de la oferta agregada de la producción resultante del empleo de N hombres. . . Llamemos D al importe del producto que los empresarios esperan recibir con el empleo de N hombres. . .

Ahora bien, si para cierto valor de N el importe que se espera recibir es mayor que el precio de la oferta global, es decir, si D es mayor que Z , habrá un estímulo para los empresarios en el sentido de aumentar la ocupación por encima de N y, si es preciso, elevar los costos compitiendo entre sí por los factores de la producción, hasta el valor de N en que Z es igual a D . Así el volumen de ocupación está determinado por la intersección de la función de la demanda agregada y la función de la oferta agregada, porque es en este punto donde las expectativas de ganancia del empresario alcanzan el máximo. El valor de D en el punto de intersección de la función de demanda agregada con la función de oferta agregada se denominará *la demanda efectiva*.”

Aquí vemos un movimiento de cerebro Keynesiano nada tarde en lo que se refiere a ponerse en un camino en el que sólo él pueda andar sin ser molestado. “Técnica, recursos y costos” correspondientes a “una situación determinada”, leemos, tan pronto en la primera línea. Después: “Técnica, recursos y costo de factores por unidad de empleo” *dados*, se lee en su página 55. Y estas dos proposiciones subordinadas aparecen relacionadas a la principal que trata de la ganancia del empresario, de su *ingreso*. Pero este autor se nos vuelve más sagaz cuando dice que el volumen de todo lo anterior depende de unas tales ganancias *esperadas* por los empresarios; así también, cree dar con la verdadera naturaleza de las cosas cuando habla sobre un tal excedente de un importe de la *producción* sobre el costo de *factores*. Finalmente, la agudeza de este autor lo lleva a decir que un importe esperado mayor que un tal precio de oferta agregada global, estimulará a los empresarios. Luego demanda agregada igual a oferta agregada igual a nivel de expectativas de ganancia. Esto no difiere de lo que encontramos en la página 79 (Teoría General. . .):

“. . . la *demanda efectiva* es simplemente el ingreso agregado (o importe de ventas) que los empresarios esperan recibir, incluyendo los ingresos que hacen pasar a manos de los otros factores de la producción por medio del volumen de ocupación que deciden conceder. La función de demanda agregada relaciona varias cantidades hipotéticas de ocupación con los rendimientos que se espera obtener de su producto; y la demanda efectiva es el punto en que la función de

demanda agregada llega a hacerse efectiva porque, considerada en conjunción con las condiciones de la oferta, corresponde al nivel de ocupación que lleva al máximo la expectativa de ganancias del empresario.”

Lo anterior se entenderá mejor cuando observemos lo que tiene ya dicho en su capítulo 11 correspondiente a la eficiencia marginal del capital.

[2.2.1] De la ganancia que genera inflación. La reducción de los salarios reales. La conciencia contrapuesta.

Aquí también apreciamos que usa el mismo método que hubo usado antes; el cual no encubre otra cosa sino aquella defensa a muerte en favor de la ganancia capitalistera (Teoría General, pp. 147 y 148):

“CUANDO UN INDIVIDUO COMPRA UNA INVERSIÓN, un bien de capital, adquiere derecho a una serie de rendimientos probables, que espera obtener de la venta de los productos, durante la vida del bien, después de deducir los gastos de operación respectivos. Conviene llamar a esta serie de anualidades $Q_1 Q_2 \dots Q_n$ el *rendimiento probable* de la inversión.

En contraste con el rendimiento probable de la inversión tenemos el *precio de oferta* del bien de capital, lo que no quiere decir el precio de mercado al cual puede comprarse de hecho un bien de la clase en cuestión, sino el precio que bastaría exactamente para inducir a un fabricante a producir una nueva unidad adicional del mismo, es decir, lo que algunas veces se llama *costo de reposición*. La relación entre el rendimiento probable de un bien de capital y su precio de oferta o de reposición, es decir, la que hay entre el rendimiento probable de una unidad más de esa clase de capital y el costo de producirla, nos da la *eficiencia marginal del capital* de esa clase. Más exactamente, defino la eficiencia marginal del capital como si fuera igual a la tasa de descuento que lograría igualar el valor presente de la serie de anualidades dada por los rendimientos esperados del bien de capital, en todo el tiempo que dure, a su precio de oferta. Esto nos da las eficiencias marginales de determinados tipos de bienes de capital. La mayor de estas eficiencias marginales puede, por tanto, considerarse como la eficiencia marginal del capital general.

Notará el lector que la eficiencia marginal del capital se define aquí en términos de expectativa del rendimiento *probable* y del precio de oferta *corriente* del bien de capital. Depende de la tasa de rendimiento que se espera obtener del dinero si se invirtiera en un bien *recién* producido; no del resultado histórico de lo que una inversión ha rendido sobre su costo original si observamos retrospectivamente sus resultados después que ha terminado el periodo de sus servicios.

Si aumenta la inversión en un cierto tipo de capital durante algún periodo, la eficiencia marginal del capital de ese tipo de capital se reducirá a medida que aquella inversión aumente, en parte porque el rendimiento probable bajará según suba la oferta de esa clase de capital, y en parte debido a que, por regla general, la presión sobre las instalaciones para producir ese tipo de capital

hará que su precio de oferta sea mayor; siendo el segundo de esos factores generalmente el más importante para producir el equilibrio a la corta, aunque cuanto más largo sea el periodo que se considere más importancia adquiere el primer factor.”

Debemos, pues, atenernos a lo que el señor Lord considera acerca de la eficiencia marginal del capital; puesto que nos advierte, al final de su apartado tercero en este mismo capítulo 11, que de ella y de las fluctuaciones que pueda llegar a tener ella misma, se derivan las explicaciones del auge y la depresión.

Y, como debemos a toda costa ir de la mano con ello, tenemos, por otra parte, que atender lo que nos dice dos párrafos antes del último de su mismo apartado tercero (Teoría General, p. 153):

“El error está en suponer que los cambios probables en el valor del dinero reaccionan directamente sobre la tasa de interés, en vez de hacerlo sobre la eficiencia marginal de un volumen dado de capital. Los precios de los bienes *existentes* siempre se ajustarán por sí mismos a los cambios en las previsiones concernientes al valor probable del dinero. La importancia de tales cambios en las expectativas reside en sus efectos sobre el deseo de producir *nuevos* bienes, a través de su reacción sobre la eficiencia marginal del capital. El efecto estimulante de la expectativa de precios mayores no se debe a que eleven la tasa de interés (lo que sería un medio paradójico de estimular la producción—en la medida que la tasa de interés sube, el incentivo queda neutralizado en la misma extensión—), sino a que eleva la eficiencia marginal de un volumen dado de capital. Si la tasa de interés se elevara *pari passu* con la eficiencia marginal del capital, la previsión del alza de precios *no* tendría efectos estimulantes; porque el incentivo para la producción depende de que la eficiencia marginal de un volumen dado de capital, aumente *relativamente* a la tasa de interés.”

He aquí grandes proposiciones keynesianas, las cuales, a la vez, pese a ser grandes, o tal vez por serlo, contienen contradicciones que ni el propio Lord da cuenta de ello. La razón de lo anterior estriba en que su máxima intención es desviar todo ataque próximo a la ganancia del empresario; para lograrlo, tiene que enfrentarse hasta con su propia escuela madre ortodoxa de la cual es engendro; pero, con un nombre y vestimenta atípicos bajo los cuales no pueda ser reconocido por nadie.

En efecto, ese nombre y vestimenta es la heterodoxia. ¡Y quién lo reconocería así, si ataca a su propia madre! No obstante, debemos recordarles a los miembros de esta escuelucha que su hijo no los olvida, que en todo y por todo sigue con ella, le sigue los pasos; y que, por lo mismo, la quiere salvar del abismo. ¿Cómo? —Sólo trayéndose de ella lo que es bueno.

Por consiguiente, vemos a un Keynes que predica gran sapiencia, pero que a la vez lo deja todo a lo arbitrario: primero habla de “precios” que “por sí mismos” se ajustan, en un

tiempo posterior, a “cambios”. Después le oímos decir que a mayores precios, mayor un tal efecto estimulante. Inmediatamente después trata sobre una tal tasa de interés, acerca de la cual ya no hay que decir nada; pues al no haber efectos estimulantes mediante un precio mayor esperado, debido a que la tasa de interés se eleva junto con la eficiencia marginal del capital, todo ello la reduce a una simple pérdida, a un puro costo, el cual ha de ser descontado del total para apoderarse de *lo neto*.

–¡No os preocupéis más, queridos amigos, de los ataques socialistas; y adheríos a mí –parece que nos grita el Lordsucho–; que esta nueva vestimenta y este nuevo nombre fascinarán a cualquiera. Y, así, ofuscados, esta escuela revestida será la que reine. Decid, pues poco me importa, que proviene de la Ortodoxa; pero no digáis que es ella misma disfrazada!

Dejémonos, sólo por un momento, de griteríos y vayamos a ver lo que acerca de los precios nos tiene alistado (Teoría General, p. 283):

“El nivel particular de precios en una rama industrial concreta depende, en parte, de la tasa de remuneración de los factores productivos que entran en su costo marginal y, en parte, de la escala de producción. No hay motivo para modificar esta conclusión cuando pasamos a la industria en conjunto. El nivel general de precios depende, en parte, de la tasa de remuneración de los factores productivos que entran en el costo marginal y, en parte, de la escala de producción como un todo, es decir (considerando conocidos el equipo y la técnica), del volumen de ocupación.”

Y un poco más adelante en su apartado III, pero en la misma página, dice:

“Si nos tomamos la libertad de simplificar, suponiendo que los tipos de remuneración de los diferentes factores productivos que entran en el costo marginal cambian todos en la misma proporción, es decir, en la misma que la unidad de salarios, se deduce que el nivel general de precios (considerando conocidos la técnica y el equipo) depende, en parte, de la unidad de salarios y, en parte, del volumen de ocupación.”

Es menester notar que nos encontramos otra vez con nuestras amigas las condiciones que hubimos destacado antes, explícitamente con Engels e implícitamente con Keynes. Aquí, por lo menos, las vemos entre paréntesis: a fin de no olvidar su importancia en el juego de los precios.

Por un lado, Keynes hace depender los precios o para decirlo como él, “el nivel particular de precios”, de la remuneración de los factores que entran en la producción de mercancías. Lo que tiene gracia es ver cómo, para llevarlo más allá, separa, quizá con razón o no, un nivel particular de uno general. Lo ingenuo es que con un “todo” quiere hacer ver que lo emparenta “al nivel general”. De lo que no se da cuenta, pues no lo dice, es de que los dos niveles son uno y lo mismo.

Después se toma la libertad de simplificar la dependencia a una tal unidad de salarios “y en parte” a un volumen de ocupación. Nos cambia la jugada y aquí es donde nos percatamos igualmente que este Lordsucho no ha olvidado la escuelilla de la cual provino, ahora la escalada de precios no hay que encontrarla en los precios mismos y sí, pues: qué es el salario –pero de ello Keynes no da ninguna cuenta–; sino de un nivel salarial, un gasto adicional en salarios.

Ya esperábamos una conclusión como ésta de quien trabaja para la ganancia embaucando. Debido a ello, regresemos, prestos, páginas atrás donde Keynes saluda y despide; vuelve a saludar y vuelve a despedirse de su escuelucha ortodoxa (Teoría General, pp. 48 y 49):

“Al recalcar nuestro punto de partida, divergente del sistema clásico, no debemos olvidar una concordancia importante; . . .

Quiere decir que con una determinada organización, equipo y técnica, los salarios reales y el volumen de producción (y por consiguiente de empleo) están relacionados en una sola forma, de tal manera que, en términos generales, un aumento de la ocupación sólo puede ocurrir acompañada de un descenso en la tasa de salarios reales. Así, pues, no discuto este hecho vital que los economistas clásicos han considerado (con razón) como irrevocable. En un estado conocido de organización, equipo y técnica, el salario real que gana una unidad de trabajo tiene una correlación única (inversa) con el volumen de ocupación. Por eso, si esta última aumenta, entonces, en periodos cortos, la remuneración por unidad de trabajo, medida en mercancías para asalariados, debe, por lo general descender y las ganancias elevarse.”

Y más atrás ha dicho (pp. 44 y 45):

“Ahora bien, el supuesto de que el nivel general de los salarios reales depende de los convenios entre empresarios y trabajadores sobre la base de salarios nominales, no es cierto de manera evidente. . .

La creencia en el principio de que los obreros están siempre en posibilidad de poder determinar su propio salario real, una vez aceptada, se ha sostenido porque se confunde con la afirmación de

que tienen siempre a su disposición los medios para fijar qué salario real corresponderá a la ocupación *plena*, es decir, al volumen *máximo* de ocupación compatible con un salario real dado. Para resumir: existen dos objeciones contra el segundo postulado de la teoría clásica. La primera hace relación a la conducta real de los obreros; una baja en los salarios reales debida a un alza de los precios, permaneciendo iguales los nominales, no produce, por regla general, una disminución de la oferta de mano de obra disponible al nivel del salario corriente, por debajo del volumen de ocupación anterior al alza de los precios. Suponer lo contrario equivale a admitir que todos aquellos que por el momento están sin ocupación, aunque deseosos de trabajar al salario corriente, retirarán su oferta de trabajo si el costo de la vida se eleva un poco. A pesar de todo, esta extraña hipótesis parece servir de base. . . y es la que todos los miembros de la escuela ortodoxa admiten tácitamente.”

Con esto ya listo y por demás dicho y aclarado no resta más que transcribir el principio de la desocupación involuntaria, el cual reza de esta manera (p. 47):

“Los hombres se encuentran involuntariamente sin empleo cuando, en el caso de que se produzca una pequeña alza en el precio de los artículos para asalariados, en relación con el salario nominal, tanto la oferta agregada de mano de obra dispuesta a trabajar por el salario nominal corriente como la demanda agregada de la misma a dicho salario son mayores que el volumen de ocupación existente. En el capítulo siguiente (p. 56) daremos otra definición que, sin embargo, equivale a lo mismo.”

He anexado, de pasada, al principio este de la desocupación, lo que Keynes dice para mandarnos a su página 56 ya que allí está esto mismo explicado pero en forma distinta; sin embargo, no tiene caso que vayamos, pues de ahí venimos.

En suma, en estos últimos pasajes vemos repetirse lo repetido. Nos aduce un aumento de precios para justificar tanto una elevación de ganancias como el correspondiente efecto por ello de un aumento en la ocupación –o, en su defecto, en la unidad salarial–. Contradicción deshecha según que el importe esperado de la demanda efectiva descuelle por encima de la tasa de interés haciendo elevarse la eficiencia marginal del capital cuyos importes esperados estén en consonancia tanto con el precio de la demanda efectiva como con un mayor precio de la oferta global del bien en que se invierte.

–¿Y cómo es que asegura una eficiencia marginal del capital descollante, o para mejor decir, una ganancia máxima?

–Pregunta estúpida, nos gritaría este Lord, ¿No he dicho que haciendo descender el salario real?

–¿Y cómo hará usted para que no haya una resistencia de trabajadores y sindicatos?

–Muy sencillo. Los trabajadores únicamente oponen resistencia a una *baja en sus salarios nominales* pero nunca a una en sus *salarios reales*.

–Es decir este Lordsucho ***introduce subrepticamente un aumento de precios, o sea, inflación, en un algo llamado baja en los salarios reales.*** Y como esta inflación impacta o, por mejor decir, se convierte en ganancias, ulteriormente; ***he aquí otro argumento a mi favor para respaldar esta tesis de que la ganancia genera inflación, no sólo el salario.*** Pero, parece que el Lord quiere seguir gargarizando su descubrimiento; armando más bulla entre su bullaje, en efecto (p. 42):

“Ahora bien, la experiencia diaria nos dice, sin dejar lugar a duda, que, lejos de ser mera posibilidad aquella situación en que los trabajadores estipulan (dentro de ciertos límites) un salario nominal y no real, es el caso normal. Si bien los trabajadores suelen resistirse a una reducción de su salario nominal, no acostumbran abandonar el trabajo cuando suben los precios de las mercancías para asalariados. Se dice algunas veces que sería ilógico por parte de la mano de obra resistir a una rebaja del salario nominal y no a otra del salario real. Por razones que damos más adelante. . . y afortunadamente, como veremos después, esto puede no estar tan falto de lógica como parece a primera vista; pero lógica o ilógica, ésta es la conducta real de los obreros.”

Dejemos de lado al zaragatero y al bullanguero y prosigamos.

Capítulo III: Sobre la doble implicación de los conceptos. La reflexión del pensamiento anejo.

[3.1.1] Del salario.

De la misma manera que con anterioridad se ha visto surgir a través de la consideración propia del pensamiento la forma plural y singular de la mercancía, ahora se contemplarán las antinomias que lleva aneja la conciencia en tanto que echa mano de conceptos abstractos, tales como los que ocupan el tema principal en esta sección. Pues, en efecto, tales implicaciones son propiedad del pensamiento cuando se establece en el elemento de su abstracción.

Como se vio, la parte singular no es sino aquella que no contiene para nada en sí la representación de una serie diversa de elementos o que, asimismo, no abandona su modo particular. Por el contrario, cuando se habla de la pluralidad no se dice con ello más que esta peculiaridad le pertenece, tornándose, por consiguiente, una y la misma cosa, pero sólo en cuanto ambos movimientos son del pensamiento puro, porque de otro modo se estaría ante la diversidad de una representación inmediata de tal suerte que la atención sólo quedaría confinada y subordinada a este conjunto que no es allén del sujeto.

Por tanto, esto se observará mientras se piensen cada vez más extensamente las categorías económicas: empecemos por el salario, que aparece como una serie de elementos y cantidades inmediatas, teniendo ilación únicamente con los de su misma clase. No aparece, pues, como una cosa puesta en el tiempo y en el espacio delimitados; sino como una categoría que es propia de un pensamiento muy limitado, esto es, determinado, a pesar de que sea producto de la razón misma. No sería, por ello, diferente de ningún otro, ya que se creyera que el conjunto por sí mismo se distingue de sí mismo. Es, por decirlo así, todo el salario él mismo. Mas, ha de tenerse en cuenta lo siguiente. Cuando se dice que el salario es una única cosa, se atiende cual indistinto, es decir, que puede ser éste o aquél, pues que él mismo no se muestra de otro modo: todavía en él no hay nada de diferente que lo haga ver distinto de sí. Sin embargo, esta forma, de la cual él depende como lo que es y que se hace pasar como la totalidad de lo que es, no es más

que algo que lo hace ver de un modo que por sí mismo no abarca lo general. Como primer momento, no pasa de ser lo simple que el salario guarda para sí; y, como conocimiento de lo que él es, nuestro conocimiento guardaría sólo esta relación de la simplicidad que él ha mostrado tener.

Pero como simplicidad no tarda en pasar al otro lado que en él se manifiesta como lo *simple*. Se llega, con ello, a su desdoble merced a que anteviendo ha para el pensamiento la consideración del salario unilateral y singular como mero salario, el cual aquella representación, carente de razón, quería comprender de una sola vez sin percatarse de que lo que hubo afirmado por un instante lo pierde por ese mismo instante, le contradice; y que lo que se le contraponía era la afirmación a la cual ella nunca ha llegado. Pero hasta aquí la conciencia sólo tiene presente el hecho de haber encontrado diferentes puntos de vista mediante los cuales atisba cierta diferencia y contradicción; le restarán todavía otros momentos y elementos para que caiga en su propia totalidad.

En efecto, la diferencia que aparecida ha en sí guarda una conexión con esta representación primera del concepto diferente a lo que era desde un principio, es decir, como aquello que de sí se diferencia, puesto que no es sino el reflejo de ella en cuanto que su diferencia es establecida por el pensamiento debido a este mismo desdoble que en sí se encuentra. Ello no obsta para que deje de ser lo que es de inmediato y pase por sí mismo a ser estotro. He aquí lo que pocas veces se observa cuando se pretende hacer pasar como verdadera una categoría cuyo contenido expresa lo limitado para el individuo —cuando únicamente presencia a veces *lo que es*; al establecerse la conciencia en dicha determinación entrañaría uno la posibilidad de ir más allá de lo simple porque de sus diferencias y especialmente por ayuda de los movimientos que le continúan, podemos conocer que su formación no es la que se preserva; sino la que transita hacia lo que va a ser su contrario.

Este contrario como su *contrario* lo encontramos aquí como el reflejo que el salario mismo posee, como *el otro lado* al que ha venido a pasar; pero no menos cierto es que lo que hallamos es el modo por el que la conciencia transpone su juicio supuesto: es una diferencia de su forma simple. Pero ahora se amplía y se contradice a la vez la noción de salario en tanto que se abandona la circunstancia primera donde según la cual o bien es un conjunto o bien es algo aislado: en su calidad de diferentes se niegan uno y otro, pues lo que son no los obliga a revelarse como idénticos. Sin embargo, no porque se aprecien ahora separados y distintos tiene el pensamiento que circunscribirse a la condición en la que reina lo contingente sin que quepa aquí la posibilidad de la identidad, ya que es la

diferencia que mediante sí misma se ha diferenciado de ella misma, con lo cual, se convierte en lo que no es una diferencia, es decir: es lo semejante. Este otro es la representación de lo que provino como otro; pero como traspasó hacia lo otro, éste es lo otro de su otro y, por tanto, muy semejantes: así como la diferencia los desunía, es ella misma quien los vuelve a unir.

Se ha llegado a la representación de la simplicidad en todas las formas bajo las cuales se presenta el salario como tal; no obstante ésta tiene que medirse –que ser como lo mediato; estaríamos ante la verdadera diferencia de lo que en realidad es. Que es lo que pasamos a ver.

[3.1.2] De la incompatibilidad salarial.

Por más que la atención establézcase en esta amplitud singular y pueda determinar un más allá de la noción a la cual se halla adherida, prefigúrase, sin embargo, la idea de la determinación singular en general que corresponde a la negación y superación de aquello primero. El que háyase representado lo mismo y que esto mismo se confunda en su otro, igual a él a la postre, no por ello es ahora lo mediato. Aquel primer momento, lo hallábamos, como la representación inmediata; sin embargo, ahora ha de verse a sí mismo como lo que no es lo inmediato; como lo que no se ha de encontrar a simple vista aun cuando se hayan levantado y movido las cosas de su lugar. El salario mediato no es, empero, del modo en que la razón aveníase con aquella forma negativa del primer ser supuesto y con su manifestación, ya que se distinguía como lo diferente que de él mismo se comparaba. Aquí, es esto su verdadera negación. Pero ya en ella vemos que contiene, inmediatamente, un contrasentido. Ella, al igual que aquel salario no mediato, se niega a sí misma para pasar a ser lo diferente de todo; por ella no se encuentra algo que sea igual o que se asemeje a otro, sino que por ser uno y otro son completamente distintos entre sí, no encontrando su igual por ningún lado. Se relacionan consigo mismos y cada cual guarda para sí distintas características que los conforman de manera diversa.

Este nuevo advenimiento del pensamiento consigo mismo en modo de salario, que se comporta como lo que niega a aquel primer momento, también deja ver en sí su mero

desdoble que le hace ser, él mismo, su contrario, pero no de lo otro, pues ya demostró que es la negación de aquello que es lo otro de sí; sino de sí propio. Aquí encuentra este segundo momento una particularidad que lo torna semejante con aquel otro. En cuanto aparece su distinto de él es cuando halla lo otro que a él mismo le conviene; pues en el instante mismo en que este es un comportamiento que niega, su otro, al asemejarse es la negación de la negación misma; es decir, de sí misma, pese a que se encuentre en sí todavía. Es este comportamiento del no salir de sí y aún así dar con la negación que cada cual hace de su misma alma, uno que los convierte en algo que se presenta como lo que no se distingue de manera propia y, a la vez, posee diferencias muy marcadas; es este algo de donde nace lo contrario, el cual, al separarse de sí, trócase en otro distinto. Esta misma indiferencia tenida ahora, coincidirá con la diferencia, en nuestra conciencia, como aquello que hallamos diferenciado bajo diferentes cualidades, siendo una o varias de ellas las que tengan las sustancias en común. Empero, por más que sea de esta manera y pese a que se haya avistado lo contingente, no deja de ser ese algo la unidad que reúne las diferencias en sí; todavía cuando éstas se resistan a unificarse y a comportarse como iguales. Pronto cáese en la cuenta de que es inútil la resistencia que se opone a la convergencia de las cualidades del concepto, a través de forma negativa que de la propia concentración surgen, pues de entrar en esta unidad general no pierden, como se creería, la cualidad de ser lo que son al aparecer y por la cual se establece lo determinado; antes bien, la diversidad continúa siendo aunque ya no como la diversidad, sino que ella contiene en sí la extensión; o sea que es la uniformidad de esta diversidad en una unidad. El salario que niega al primero es sólo eso: un negar, y ya se ha visto que al contener por un lado a un uno y del otro a otro, no guardaba relación alguna más que aquélla en virtud de la cual la conciencia se granjeaba la manifestación de dos momentos que en tanto diferentes discurre ya la igualdad para sí mismos; en cuyo interior, según se ha visto, se contiene, así, la diversidad. Lo único que se ha rescatado de ellos –pues, como ellos habitan en el interior de esta unidad negativa– es que son negación de un momento primero; por lo que, éste y aquél no se identifican sino, por el momento, se separan.

[3.1.3] De la remuneración coincidente. La mercancía que no se da.

Así como se comenzó con un salario que se presentaba ante nosotros como lo inmediato, como algo a lo que las diferencias no lo inducían, por ningún motivo, a error, así teníamos que acabar, sin embargo. Pero hubimos de ver que por más que se salía de sí para tornarse en otro de su sí, no conseguía ser, de este modo, lo que negaba, aún despojándose de su piel misma, aún conteniendo más salarios diferentes que, con todo y ser diferentes, de él mismo no se diferenciaban.

Por tanto, veríamos otro movimiento que se mostraba como aquel salario que, en verdad, era una negación de ello. Este es realmente la mediación, el salario mediato que de aquel inmediato se pronunciaba ya en sí; pero que por ello no se distinguía de este como su contrario. El segundo movimiento tiene en común con aquél primero que *ninguno de los dos están quietos*; sino que ya por el simple hecho de representarlos como quietos, se mueven ya por y en sí mismos, diferenciándose, no obstante, mutuamente y, de allí, volviendo a ser indiferentes. Aquella diferencia y esta indiferencia son el resultado al que aparentemente debido a esos dos movimientos salariales llegábamos; y así como estos son marcadamente diferentes, en este tercer movimiento se verán como la identidad.

De manera que, por tanto, ese primero nos mostraba lo inmediato que era; pero él mismo se resistía a seguir siendo la cosa mostrada como al comienzo; de tal suerte que no continuaba siendo más lo que era y pasaba por sí misma a la negación de sí misma: a la mediatez que en ella propia se formaba, dejando de ser lo que fue para devenir así en su contrario. El tránsito que se efectuaba allí no era otro sino el que veíamos como lo que pasaba a formar parte de la negación –si no es que a ser ésta misma–, al cual el primer momento realizábalo únicamente en la unidad de sí mismo; pero la negación que en ese primero encontrábamos no es la misma que en éste segundo, ahora, hallamos, y la cual realizaba como función; es decir, como antítesis.

La negación, contenida solamente en éste, es ella misma. Ya en la mediatez de aquél, puede decirse que transita al segundo momento, a la negación del salario primero. Ahora tenemos un tipo de salario mediato que no es lo inmediato; pero que por haber salido del salario inmediato es algo que es, que existe, no obstante; y, al ser como es, también en él se muestra la negación de lo otro: es esto lo que lo mediato tiene con lo inmediato de

parecido y que al tratar de ello lo observábamos como aquel comportamiento cuyo carácter no contenía otra cosa que la negación de sí mismo y no de lo otro. El comportamiento de este mediato tiene también en él guardadas las diferencias que actúan de manera similar en comparación con él, ya que provienen de sí propio; por donde vemos de nueva cuenta la negación desprendida de la igualdad, la cual no hace, luego, más que negarse a sí misma, de manera incansable.

Esta existencia del salario mediato se despoja de su apariencia mediata, no obstante y, como algo que *existe*, aparece del mismo modo que aquél inmediato, formando así un salario que recae en sí para llegar a convertirse de la misma manera en lo igual.

Tanto el salario inmediato como el mediato se juntan ahora en un salario cuya cualidad no es otra más que la de ser aquella igualdad en la que los dos son el contenido de algo que los contiene y cuya particularidad es ésa que hace que rote en sí misma y por su mismo eje. Y de la misma manera en que se nos presentan como diferentes y que se relacionan sólo consigo mismos, sin mostrar piedad uno por el otro, ahora, al ser así, por consiguiente, se asemejan uno al otro y llegan a ser iguales y a conformar la unidad: el salario, uno que aún haciéndose pasar como esta unidad no llega, sin embargo, a ser como tal; sino mera apariencia; uno que no nos muestra toda esta vida esencial contenida en sí que es también como para sí. Las diferencias, pese a todo, no desaparecen por aparecer en esta forma de igualdad; antes bien, y por el contrario, ellas se muestran como tales diferencias existentes, aunque, por ser tales y por mostrarse como tales, son ya lo mismo; de modo que aquella diferencia, al ser, resulta no ser ya lo que pretendía.

[3.2.1] De la ganancia.

Ahora; siguiendo las mismas vicisitudes que en la conciencia se hallan de carácter abstracto en cuanto que estableciéndose ha para ella la suposición de la cantidad, se atenderán estas sucesiones del modo en que se sospeche la analogía de las diferentes y distintas retribuciones entre sí; pues podría creerse, debido a que se posee la figuración de aquel conjunto, que la porción debería ser medida en vez de pensada.

Pero ya por el simple hecho de estar subordinada la retribución a una cantidad y fijarse en el pensamiento cual pluralidad, puede figurarse su cabal amplitud con respecto a ella misma, de manera que antevenga y surja, por consiguiente, de aquí la posibilidad de atisbar en abstracto distintas retribuciones aisladas a las cuales correspondan diversas cantidades aisladas; de tal modo que no se pierda por ese simple acto de conciencia su cualidad cuantitativa: se advierte de nueva cuenta una forma plural y otra singular; es decir, una forma igual a sí misma mediante la cual, no obstante, barrúntase una diferencia muy marcada.

Desde aquí se nota que por pensar en una abstracción tal como la ganancia, que no es sino una remuneración igual a muchas de ellas, puede la conciencia parar mientes en una serie de contradicciones que, a pesar de ser tales, no indican el mismo contenido: atisbaría que bajo esta circunstancia cualquier dato que implique algo otro, este otro será una cualidad que lo enfrente; y la ganancia, dado que es el resultado de la síntesis intelectual, no es la excepción. Ya sea que aparezca bajo las condiciones de la representación intuitiva, o bajo los elementos de la imaginación, o bien que cumpla con las expectativas que el pensamiento ha formado a través de diferentes motivos, siempre tendrá por base la reflexión que se aviene tanto con el modo aislado como con el conjunto. De aquí se sigue que también puede apreciarse la ganancia mediante la interposición de la evidencia y lo contrario que van sucediéndose de tal modo que son para la conciencia un agregado de equivalentes, el cual tiende a sobrepasar su forma primitiva y exacta.

Pero así como el pensamiento detenídose ha para asimilar esta forma aislada mediante un conglomerado del cual ésta forma parte y en donde aparece la contradicción como lo contingente, es esto para él, al mismo tiempo, un aspecto singular de avistar la cosa; –que es la que nuestros queridos economistas no se han cansado de estudiar y explicar. La reflexión debe aparecer, –debe ocupar el puesto del entendimiento y el juicio; y considerar ahora la ganancia contradictoria.

A través de esta reflexión se repara, pues, en la retribución propia y, a la vez, en la forma ajena a ésta que resulta de la transformación en ella misma, cuyo reflejo no implica sino lo particular; surge de aquí, por consiguiente, la singularidad que circuye la serie de contribuciones unilaterales, de tal modo que sólo con el despliegue de cualidades afines a sí mismas, pero que, por manifestarse de esta manera, esta particularidad de la retribución ha sido solamente venido consigo misma y, por lo mismo, con el motivo del

individuo, quien sirve especialmente a la conciencia limitada al espacio–tiempo determinados, cuyas circunstancias, no obstante, circunscríbense a la diversidad singular.

Primero se refería a sí mismo como la *gran* ventaja, como la *patente* que se guardaba de aquellas multiplicaciones hechas en base a ella misma. Pero que, creyéndose lo singular, no hace más que identificarse a una de ellas; y no tiene el pensamiento más remedio que adquirir este cambio de formas mediante la reflexión en la ganancia aislada, pues este agregado de equivalentes sigue siendo único; mas como es evidente contiene en sí la contraposición de tal suerte que la unicidad deviene contingente. Ahora, ya no es para nada contradictorio el que se crea de esta manera vana y particular; pues en esta relación que tiene con las demás, lo singular como lo singular que ha mostrado manifiesta lo común que tienen ellas por esa misma referencia.

[3.2.2] De la unilateralidad de la ganancia.

Una vez que la conciencia aprehendido haya el movimiento que hace ella misma a priori y que es la condición por la cual aparece la contraposición de la misma certeza que en la representación inmediata de la retribución húbose establecido, contemplará el nexo inmanente e innegable que tiene la figura del conglomerado con la parte separada, –sabrà a la sazón acerca del tránsito que cada concepto conlleva en tanto que ella misma abandona la forma inactiva y estática. De por sí con el entendimiento en cada representación intuitiva verificada bajo su circunstancia delimitada, atendía ya el transcurso de las formas que en su simple juicio tenían la apariencia general y cuantitativa.

Sin embargo, ubícase ahora en aquello que no es para nada una certeza, sino el resarcimiento en general, el cual tiene la cualidad de aparecer en ella de modo que traspasa los límites de la conveniencia propia, donde se reconoce la amplitud de la contraposición y nace el verdadero trasiego que se presiente insuperable, pues si en primer lugar con aquella ganancia unitaria se entreveía una gran ventaja, con esta multitud sorpréndese asaz: el juicio se estremece y se embota.

La parte determinada de la ventaja monetaria que el individuo guarda para sí y para los suyos queda naturalmente superada con la parte general en la que la conciencia viene a parar mientes cual si ella fuera el aballamiento en virtud del cual la ventaja y desventaja se produjeran y estuvieran predeterminadas. Es un lujo este el que la conciencia, arrobada por este embotamiento, se brinda; ya que por ella y para ella no es tal esta confusión, en tanto que apéase de la maquinaria materialista y se alista en la fuerza ideal tal arcano trasciende al conocimiento externo de sí misma mediante ella misma. Abandona, pues, toda consideración unitaria elevándose por sobre ella. ¡Súrsum corda!

Claro es que entonces la reflexión llegado ha a la comprensión de que, en efecto, la avenencia de sí misma con su forma de equivalente primitiva, no es lo que pretendía con tanto afán ser (ni tampoco es la armonía de ambas partes en un mismo espacio y tiempo); es ahora en realidad la ganancia de la conciencia –lo que veremos como ingreso, más adelante.

Por el momento, el reflejo debe aparecer cual contradicción de la ganancia. Este su contrario es lo que no es ella en el instante en que aparecía puesta como la ventaja, pero, ya por aparecer como su negación, se presenta en su movimiento como desventaja. Ella, ahora, ciertamente, es lo que de ella misma se reproduce al momento mismo en que se produce a sí misma. Con ello, pues, la ganancia ya no es ganancia; sino que, al trasladarse al otro lado debe de formar parte de ella como su *contradicción*, deja de ser lo que procuraba ser, de momento, desde un principio, para llegar a mostrarse como la *pérdida* que en sí habitaba: es, por tanto, una dualidad puesta en sí y que se explica por medio de ella. En efecto, la *pérdida* que se ha producido es algo que por la ganancia encuentra su explicación.

No es, sin embargo, como una disminución hecha a esta misma forma de la ganancia en el sentido en que la capitalistería ha tenido a bien representarse su ganancia y su salario, impertérritos cualitativamente, como un sube y baja; en el cual una quita al otro lo que el otro ganaría en su inmutabilidad aparente y, además, en el que la otra ofertaría lo que el otro demandaría. Ya por ser así, uno y otro se muestran muy diferentes, iguales a la postre debido a que son de esta misma composición; son, en cuanto que diferentes, diferentes, y por ello no se saben como iguales, ya que su distinción aparenta ser como hueca pelea que perdura por los siglos de los siglos y en cuyo fin debe una pasar sobre el otro; y viceversa.

Pero tienen que convertirse en lo que hasta ahora no nos han dicho que son: en algo que tiene la misma naturaleza. En su forma de ser distintos debe existir un tránsito que

desdoble la diferencia en una diversidad de sí misma como lo contrario de ella. La relación que guardan *para consigo mismos* es una relación mediante la cual se resguardaban de las aguas caudalosas que todo contienen, que todo lo arrastran formando un solo mar, un solo monto. La relación de sí mismos, o sea de la ganancia y el salario, contiene el significado del comportamiento hacia el otro; un comportamiento que rompe en determinabilidades las cuales se corresponden a sí mismas; pero que, a la vez, se dejan de lado siendo indiferentes entre sí y volviéndose absolutamente diferentes las unas con las otras, procedentes de su particularidad.

[3.2.3] Del resarcimiento. La mercancía que no se ofrece.

Así damos con la unidad conforme a la cual lleva en sí aquellas unidades de lo múltiple y lo simple, las cuales aparecían, por un lado, como lo diferente que se relaciona consigo mismo; y, por otro lado, el tránsito que este *consigo mismo* tenía *para consigo mismo*, deviniendo él en lo contrario de sí en sí. O, de otra manera, lo inmediato que se movía en sí y que surgía como lo contrario de sí propio unificándose luego en su cualidad de único. Una unidad que comprende a aquellos múltiples inmediatos; pero que, como unidad que es, completa y diferenciada, por ser ya diferenciada se relaciona consigo como lo uno, como la totalidad de esta inmediatez.

Es ella lo diferente y como diferente, falta la diferencia como *su* diferencia; lo cual veíamos aparecer como lo negativo de la relación y en cuyo ser mostrábase como lo distinto de sí: lo positivo se hacía manifiesto desde la representación de aquel positivo y negativo. Esta ganancia simple que a su vez es su opuesto como lo que en verdad se le opone absolutamente, es lo que comprende esta tercera y última parte.

Lo que aquí se pone como lo último, viene siendo como el reflejo de aquellos dos primeros iguales y opuestos; el continente de aquellas múltiples inquietudes, así como de la inquietud misma, siempre inactiva y en movimiento. Se observa en esto último que los momentos anteriores no dejan de ser lo que eran solo por aparecer en esta unidad; sino

que lejos de ello se muestran como lo distinto que son, tan diferentes uno como el otro; si quisiéramos encontrarles un parecido entre sí, pronto tendríamos que llegar al resultado de dar una negación a nuestras afirmaciones. Pero así como cabe la desesperanza en nosotros debido a estas cuestiones, así también nace de nosotros mismos, claro, la seguridad de que en su comportamiento como distintos, estos diferentes no hacen más que semejarse; se distinguen de sí mismos, de lo diferente, volviéndose, por esta razón, lo negativo de sí propios, es decir, lo igual, aquel continente que los sujeta y los obliga a permanecer iguales en su diferenciabilidad por la fuerza misma del concepto, identificándose los desiguales.

La representación del fenómeno aislado de la ganancia que nuestra conciencia hacía en su comienzo, pronto se dispone a formar parte de la circulación, de la que se guardaría en todo caso de pertenecer. No cabe duda que por más que quiera abstenerse de este movimiento, la fuerza de éste mismo, la arrastra a incorporarse en aquello de lo que tanto pretendía alejarse. Sólo aparece aquí su resistencia y ella es la que la salvará por momentos, pues ya enfilada, marchará rumbo a la unidad; en la cual se agrupará, manifestándose como lo que es y a la vez no es.

[3.3.1] Del ingreso.

El aballamiento del intelecto referente a su plena certeza espacio-temporal inmediata resultará algo negativo para sí mismo en tanto que por él se proyecte una manifestación igualmente sucinta en la que se halla cual cosa intermisa, esto es, como individuo, en donde, ciertamente aquélla se rezagará dejando su lugar a esta nueva contemplación; y como el carácter individual del sujeto es lo primero que acaece a fin de ser una conciencia incoativa alrededor de la cual el mundo del entendimiento gira, se sigue de aquí que como individuo sabe de sí del mismo modo que lo demás en cuanto que aparece discreto e intermiso: es ya esto su propia iniciación, de donde, evidentemente, se logra un conocimiento de las cosas; mas, esta balumba, en la que se resuelve, adquirirá un valor muy particular para la conciencia que por ello retrotraeráse allén de su incoación alterando la concepción cualitativa por una nueva cuantitativa. Ahora tiene que habérselas con la circunspección abstracta de la proyección de su conocimiento, el cual deviene conjunto y elemental, pues aquello que alcanza a apandar

interiormente mantiene la negación que contrasta con cualquier otra, lo cual obliga a pensarlos de manera intransmutable. Y así como hubo advertido el cambio de aspecto, así también avverá el cambio y la transmutación de la forma cuantitativa, ya que ésta quedará reducida a tal grado que sólo se atisbará por ella una cuota, una parte mínima, la cual, a su vez, aparece tal y como la contraparte que remane, quedando superada y apartada del fluir restante.

Ahora bien; en virtud de la retribución general, a través de cuya prefiguración distintiva, es decir, de su modo pago no-pago, donde el pensamiento establécese en la afluencia de dos nociones diferentes a las cuales intercala en una serie donde cada cual tórnase otra distinta, parece como si tuviera que mediar un equivalente cuya forma, a la vez que abandona su aspecto primitivo, adquiere otro. Pero este peculiar movimiento de la conciencia en el que sabe de sí cual individuo agente, pronto deviene para ella fenómeno de sí misma, puesto que la reflexión reconoce apenas el traspaleo de las acciones, mas no la transfiguración de ellas mediante sí mismas. Esta transfiguración que así “puede” ofrecerse a la vista, para aquellos atrevidos en sus consideraciones económicas y osados, a la vez, para cuando tienen que explicarlas, el mismo ingreso la lleva en sí como la simple manifestación que es; sin embargo, como última instancia en la cual es puesta, y como *ingreso* que es *ya*, confirma este fenómeno como fenómeno, al cual, por ningún motivo se le puede escapar algo que no considere por sí, ni mucho menos la contradicción que en sí mismo está implícita y la cual, es inquieta, dado que se expone. Es decir que, como ingreso, por más que era una ganancia que no implica al salario como su contrario, guardándose sólo para relacionarse consigo, excluyendo de sí todo lo otro, esta relación misma será aquella por medio de la cual la transportará a lo que de ella misma excluye y con lo que cree que no se relaciona, lo cual es como *lo universal* del modo en que *ya* por sí se forma en lo *otro* de lo que era.

De aquí se deriva que lo que nace en la forma de lo dependiente cuyo padre no es más que lo independiente, no es sino aquella ganancia que se ve dividida a sí misma en sí misma en distintos seres iguales a ella; los cuales, por ser *semejantes*, son su contrario. Es decir, es la pérdida con cuyo mismo ser la ganancia tiene que habérselas toda vez que su intención sea la de manifestarse como la única en su rubro.

Por este camino vemos a la ganancia transformarse en pérdida (y viceversa) en el instante mismo en que aquélla, al provenir de ésta como su retoño, no era otra cosa más

que ésta misma transformada; deviniendo así en lo contrario que cada una guardaba para sí mismas como lo otro de ellas.

[3.3.2] De la ganancia como pérdida y de la pérdida como ganancia.

Del hecho de que se sepa sobre la confluencia de dos remuneraciones en una sola noción se infiere, desde luego, que aquello que implica cada una permanece cual contenido independiente y particular, donde la conciencia vase apartando y aislando a medida que lo general aviénesse en ella bajo un mismo significado. Sin embargo, como se ha visto, esto puede ser un producto del juicio o de la misma razón inmediata, los cuales sólo contemplan las formas afines a su conocimiento. De hecho, por esta misma circunstancia, el pensamiento queda confinado a la variación de su juicio abstracto, sin que pueda sobreponerse con solo pensar especialmente en la mutación que resulta del ajeteo fenoménico individual. Antes bien, se supone que el cambio de cualidades, esto es, la variación, se concede por la sucesión misma a priori de la conciencia, la cual, a la vez que accede al análisis de su confinamiento, dirige su atención a la pluralidad que aquista a través de la síntesis anterior: de donde se diría que análisis y síntesis forman una unidad incondicional. Mas, cuando se habla de retribuciones que nada tienen que ver con otras debido a que no son de la misma especie o cuyas relaciones únicamente pueden ser conocidas en virtud de una serie de deducciones, es claro que se apodera del entendimiento la separación y el discernimiento, dado que halla una conexión de contrarios, a los cuales somete sin ninguna consideración de igualdad; ello es, como si dijéramos, el conocimiento de varios bandos que se atacan unos a otros; y si es que uno por el otro llega al final con vida, ya que ha logrado vencer, debe, aún, someter para su servicio a su otro. ¡Vaya paradigma de los dignos que así perciben el salario y la ganancia, el ingreso en general –quienes disciernen tan bien que no atisban siquiera que cada relación tornase una consigo misma!

Lo cierto es que se encuentran en luchas constantes; una guerra sin cuartel es lo que se nos manifiesta en los más variados puntos de vista; pero, quede aquí dicho, pues, no

porque la singularidad de una no convenga con la del otro, lo que regularmente se nos hace creer; sino por el mismo movimiento en que los dos se nos aparecen entrelazados: por la igualdad que ellos guardan para sí mismos, una igualdad que no quiere tener que ver ya más con la desigualdad que siempre la incita a desarrollarse y a salir de sí; y cuando ésta logra su propósito viene el turno de aquélla, pues ya dijimos que están en guerra, *in infinitum, in infinitum*. Por lo tanto, debe salir de sí, mejor dicho, la insistencia de ésta hace a aquélla salir de sí, aunque le oponga resistencia, puesto que en sí son lo mismo a lo que los dos tienden como singulares; y, a la vez, como singulares, a la singularidad que en ellos hay de opuesto. Un camino que es infinito, como traté de representarlo anteriormente.

Ahora bien; el gasto, o el derroche, que se limita a unificarse con la pérdida, llega a ser ganancia o salario mediante la reflexión, cuando, a priori, la variación aparece de tal modo que se reconoce el reflejo de las formas particulares; –que lo negativo deviene negativo –lo inconveniente, deviene conveniente sin saber de la igualdad: he aquí la ganancia capitalistera y la incompatibilidad del salario consigo mismo que seguimos con el entendimiento como la ganancia que no salía de sí más que como la singularidad en y para sí, como momento primero, empero; es decir, sin que reconozca, por ello, pérdida alguna. La mediatez de ella era la pérdida como salario con el que le ha tocado vivir para toda la vida y en la eternidad. Ahora se despliega ante nosotros el abanico, por cuya unión estas dos formas del ingreso son la una para la otra, en el cual ninguna se diferencia de sí misma; es, para este caso, como un tercer término que une las diferentes premisas: la pérdida. Ella misma debe contener la misma inquietud que aquéllas mostraban tener para con ella. No se salva de este movimiento en sí, pues en cuanto que cada cual la solicitaba para que mediara para cada una, ésta no era más que lo que las negaba; pero con el mismo carácter aparecía cuando hubimos dicho que no era más que la negación de sí como lo que se diferencia. Pero, por más que se diferenciara aparentando ser otra cosa, no hacía más que revestir a esta negación en sí, de lo cual, se deriva la imposibilidad de existir como diferentes, sin ninguna relación, sólo como lo contrario en forma de fenómeno, pues como *esencias* que son, tienden a ser uno y lo mismo; de manera que esta esencia es la que queda como fundamento postrero debajo de toda apariencia, que habitaba bajo ese revestimiento.

Por sí misma la pérdida va y viene por su negación para que, al final, se convierta en ganancia o salario. La pérdida se da a sí, digamos, misma la gran oportunidad de salirse y perderse y, por tanto, en su camino de búsqueda, se ofrece, de nuevo, el motivo para largarse de su alejamiento, con la finalidad de encontrarse a sí misma como la pérdida que mediaba; pero, la cual, ahora, conoce lo que ella misma es y no sólo para lo que sirve.

Como unidad en la que las tres formas del ingreso eran, en tanto que coro, por una y por la otra como su otra, todas son lo mismo, lo que se relaciona consigo mismo, sin dejar de ser ello; aún más; ya por cuya estancia en esta unidad son una y la misma cosa: uno y mismo comportamiento de cada cual, que será el comportamiento que la otra como la otra de su otra tenga para sí misma.

[3.3.3] De la retribución confluyente.

¿Advierte el lector cuán ocioso ahora me parece el que en todo este tiempo se hayan dedicado los economistas, como buenos matemáticos, a la *etiología económica*? ¿Cuán desafortunadas son esas pretendidas investigaciones, que ahora llegan hasta mí en forma santa y con nombre propio, a las que el vulgo le ha dado por llamar análisis? La revisión de estos “análisis” no es de este tercer capítulo, sin embargo, sino del siguiente, en el cual trataré de no ser tan obscuro como en el presente, sólo a merced del concepto y para ahondar en lo que los analistas dejaron de decirnos.

Dejemos esto de lado, por lo pronto, y terminemos de ver la unidad del salario y la ganancia como ingreso, a las cuales formas les media una pérdida; la cual provoca en ellas el comportamiento opuesto de lo que son: el comportamiento de dejar de ser lo que son para sí de modo que en sí mismas se dé el alejamiento y, de él mismo el alejamiento, que es ya su contrario, nuevamente hacía sí.

Ahora, como se ha visto, no habrá ya más ganancia que no sea pérdida; ni ésta que no se resista a ser la ganancia que para sí el salario adquiere: *no hay ganancia sin salario, así como tampoco salario sin ganancia*, en pocas palabras. He aquí lo que he venido proponiendo desde el capítulo primero y que apoyaré con ejemplos en el capítulo cuarto; a lo cual en esta tesis se le da el nombre de *ingreso* como la unidad donde tanto la

ganancia es salario y éste es aquélla; en la que estos conceptos, al aparecérsenos como muy particulares, se muestran, a su vez, relacionados solamente con ellos mismos, excluyendo uno al otro. Pero se veía que ese comportamiento que excluía no era exclusivo de cada cual, sino que se trataba de uno que se *compartía* simplemente, lo cual, nuevamente, los atraía hacia su unidad aquella.

Este ingreso es la ganancia que tratamos con anterioridad y que, para moverse, para, por decirlo de esta manera, ingresar al circuito de la circulación, requiere, mejor aún, exige aquella pérdida que hace sus veces de salario y la cual se le presenta a aquélla como el ser que ha devenido ella misma en el momento preciso en que se desdoblaba como la particularidad de sí propia. Aquí, necesitamos hallarnos en aquel punto en que según el cual la pérdida es como salario pero que, al mismo tiempo, como ganancia se comporta. Esto lo hemos visto ya en el apartado anterior, cuando tratábamos acerca de la pérdida y su movimiento, cuyo desplazamiento consistía en ese alejamiento de sí misma, que tiene en sí el firme propósito de encontrarse a sí del otro lado; y de retornar, por tanto, trayendo consigo esta figura encontrada debido a aquel andar hacia sí misma transformada para siempre pues no para de mudar.

Ahora bien; este alejamiento, según veíamos, no cesaba de moverse en sí mismo, por lo cual deriva, por tanto, su dirección y lo que ella en sí misma era; es decir, muda de forma de modo que adquiere, ahora aquella que está puesta de modo contrario, pues con ello resalta y revive la contraposición que no debemos dejar a un lado según como a ella se tiende a dejar, en estos días, fuera de todo razonamiento.

En este su mudar, encuentra, pues, aquellas dos formas como salario o ganancia dado que hemos visto que en cuanto se larga de sí misma es para llegar a ser su forma contrapuesta: son estas sus formas contradictorias que halla por sí misma, en sí misma. Empero, las cuales se encuentran por ella en unidad, pues no les sirve más que como mediación. Ahora el ingreso es esa ganancia convertida en salario, entre los cuales media una pérdida bienhechora que no permite que se pierdan en sí mismos como para sí mismos; sino que ya por encontrarse así ensimismados, salen de sí por la vía del *en sí* o de la *voluntad*, para el caso es lo mismo, con la sublime finalidad de trocarse unos por otros, regresando, a la postre, por ello, a lo que han sido.

Esto se asemeja al juego de la circulación de las mercancías y su metamorfosis, en cuyo seno se observaba el cambio que cada cual realizaba en las manos de su poseedor y no-poseedor; y el cambio de forma que las unas por medio de las otras adquirirían dedicándose únicamente a no ser lo que antes fueron. El mundo antiguo de los clásicos

trataba este mundo mutable del cambio de forma por la asimilación de algo que era *muy interno* a las mercancías, pero que, como interno, no se explicaba su transformación a lo externo; sino mediante aquello que de ellas era como su contrario: un tal trabajo común que buscaba insistentemente, siempre, plasmarse en la primera materia que le saliera al paso —¿o debo decir *al salto?*—, perdiéndose a sí mismo de sí en su otro como su otro no de sí. —En este nuevo mundo ya no se necesita encontrar un algo externo que hace las veces de interno alejándose de sí mismo sin traerse, para verse dividido en sí mismo en diversos, deviniendo después en unidad; tampoco se requiere ya mas a esa etiología económica que inquiere sus causas pero sin saberlas, al mismo tiempo, como efectos. Por el contrario, aquí se mira pasar lo interno desde su estado primitivo a uno nuevo que toma cuerpo por sí mismo en sí mismo como lo contrario que se manifiesta del modo en que es él; por donde se vislumbran como contrapuestos llegando a ser iguales. En aquél, pasaban de la desigualdad a la desigualdad sin que por ello se les considerara como lo igual; sino que, por el contrario, pasaban de la desigualdad hacia sí misma otorgándose el hecho de ser simplemente para sí mismos, sin, una vez más, concederse la identidad: de aquí que se viera en el salario la única causa de la inflación.

[3.4.1] Del cambio.

Pareciera que basta prestar atención a la serie de ajeteos individuales vinculados a motivos e intereses propios y ajenos, por los que se apandan y apoquinan equivalentes; o bien, tan solo venir a parar mientes en un tal o cual cambio de formas del belez, a fin de explicar el intercambio. Sin embargo, la potencia a priori del mismo sujeto siempre obligará a que la metamorfosis de las figuras, que surgen de la conciencia, tengan lugar en ésta misma toda vez que se produzca en ella la transformación instantánea de nociones a través de la cual vuélvese certera la conversión de una circunstancia en otra completamente diferente, o la conmutación de la misma conciencia en la general. Y no es ello, como se pudiera pensar, un simple cambio de figuras que acontece en nuestro ajuar más inmediato, del que tengan que apoderarse los sentidos y, junto con ellos, el entendimiento. Antes bien, el juicio que de aquí nazca permitirá limitar y separar aquello

que es propio de lo que no lo es, recayendo la igualdad de la transfiguración en el pensamiento cual si barruntara su propia actividad, confinada a su motivo e interés, reflejada en el aballamiento material de otra conciencia, la que, al atender su cabal amplitud, no hace más que comprender las formas aisladas y, por ello, aparecer completa y una.

Es claro que la forma propia o ajena de aquel material, así como la conciencia singular y general, no son ni la materia en que consiente el cambio, ni el poseedor y el no-poseedor puestos en bandos distintos de Karl Marx y demás economistas; sino que el cambio, aquí, se representa como una transcendencia de cualidades, de circunstancias, de pensamientos que aprecian, de ajetreos, que, ya por ser como tales, son ideas propias del sujeto puro; y para nada de teóricos cuyos razonamientos van a parar en cosas que simulan cerebro, sentimientos; –en productos que emulan inteligencia; –en sociedad que expresa espíritu propio: en efecto, aunque se presiente un cambio de objetos, es, en realidad, una transubstanciación que efectúa la conciencia particular a través de lo cual accede a un conocimiento en donde ella se identifica con las actividades ajenas convirtiéndolas de tal modo como si fueran propias –arrobándose en virtud de esta analogía.

Aquel pensar que se distingue del pensar puro, esto es, a priori, no es sino un *entrepensamiento*. Incidentalmente, permitidme aquí, hacer una aclaración acerca de esta palabra nueva y contemporánea. El pensar, del que nos han hablado toda la vida, es aquello por lo cual el ser humano de los animales se distingue; o, ya de cualquier otro ser. También, que es un “poner en ejercicio la razón humana” (Barcia, Diccionario de sinónimos, pág. 1051). Esta palabra se distingue de *discurrir* y *juzgar*, lo que hace que estos no sean sinónimos del todo, gracias a que la función que cada cual lleva a cabo, se diferencia de la de la otra. De la manera más detallada que estas palabras puedan aparecer aclaradas, no explican sino aquel acto que el hombre ejecuta cotidianamente, tan frecuente que no hace con el animal, más que ponerlo a su disposición y como su siervo; siempre *pensando* en aquella determinación para someterle -y no solamente con los animales, sino hasta con la humanidad misma–. He aquí el *entrepensamiento*, el *entrepensar* que efectuamos muy a menudo, con el cual creemos que pensamos, con el cual nos ensimismamos tanto que ya no podemos luego elevarlo a *pensamiento* porque siempre queda la potencia de la certeza sensible en nosotros y no sólo la de ésta, sino la de la subjetividad.

Para estos efectos me valí de dos palabras: una es el prefijo “entre”; y la otra, como ya vimos, es “pensar”. Ahora bien; con este “entre” referimos, entre otras cosas, el modo de exponer la manera en que se realiza la acción del verbo: ya sea *mal*, *ligera* o *escasamente* (Barcia, Diccionario..., pág. 865).

El entrepensar es como si se dijera una corrupción que se ha hecho del pensar común, propio, que el ser humano se ha dado, que es de él y de nadie más; corrupción como la que se advierte en este mismo diccionario en la página 466.

Sin embargo, la forma pura que guarda el pensar se presenta ante nosotros como aquel ejercicio en que está la razón humana; un modo de pensar que debe ser semejante al de los *filósofos*, esa misma *razón*, esa *reflexión*; como lo que de sí se aleja y para sí retorna en sí.²⁰

Pues bien; aclarado esto, veamos cómo es que se *piensa* el cambio; que cómo es que se piensa entre, se verá en el capítulo último.

El cambio aparece como aquella unidad en que vemos contenidos por un lado un intercambio de desiguales; y por el otro, uno de iguales. El que se llegue a entrepensar que de aquí podría derivarse una infinidad de cosas en lo que corresponde a la sucesión de eslabones conservados en esta cadena, en la que el cambio no hace más que relacionarse externamente, debemos dejarlo de lado, ya que lo que aquí interesa es la misma sucesión pero *interna* que el cambio guarda para consigo mismo de manera exclusiva. Lo que encierra el cambio para sí es que con sus desiguales él mismo se vuelve un desigual a lo que, como continente, aparentaba. Es un cambio que se contrapone a sí mismo aún presentándose a sí mismo como cambio ante los demás quienes, al igual que él, lo miran como lo que ellos mismos no son, puesto que se han visto como únicos y exclusivos.

²⁰ “Pues *pensar* se llama a no comportarse como un *yo abstracto*, sino como un yo que tiene al mismo tiempo el significado del ser *en sí*, o el comportarse ante la esencia objetiva de modo que ésta tenga el significado del *ser para sí* de la conciencia para la cual es. Ante el *pensamiento* el objeto no se mueve en representaciones o en figuras, sino en *conceptos*, es decir, en un indiferenciado ser en sí que, de modo inmediato para la conciencia, no es diferente de ella. Lo *representado*, lo *configurado*, lo *que es* como tal tienen la forma de ser algo otro que la conciencia; pero un concepto es al mismo tiempo algo *que es*, y esta diferencia, en cuanto es en la conciencia misma, es su contenido determinado, pero, por el hecho de que este contenido es, al mismo tiempo, concebido conceptualmente permanece *inmediatamente* consciente de su unidad con este algo que es determinado y diferente y no como en la representación, en la que la conciencia tiene que recordar, además, especialmente que ésta es *su* representación; el concepto, en cambio, es inmediatamente para mí *mi* concepto”. Hegel, F., “Fenomenología del espíritu”, FCE, primera edición, decimoséptima reimpresión, página 122, México, 2007. Traducción de Wenceslao Roces.

En efecto, el cambio que como unilateral se piensa o, mejor dicho, se entrepensa, no hace más que manifestarse en esa relación en la que según la cual cada uno es lo simple del otro, pero sin mostrarse aún como lo diverso que en sí tiene y sin externarse.

Lo igual que expone en su acto no es más que el mero desigual que en sí mismo se contiene y se despedaza en muchos, los cuales aquel entrepensamiento considera como lo que el cambio debiera expresar en cuanto se habla de él, siendo que al momento de ponerlo sobre el tapete se da por entender como lo igual sin pasar a dilucidar la contraposición que aparece al pensar el cambio. No gobierna aquí éste último, el cual en él mismo muda de sí a su contrario, sino aquel cambio que mediante sí mismo hacen los desiguales quienes quieren encontrar, a como dé lugar, su igualdad. Cuando se pinta el cambio, cual pintura de arte, debe pintarse como aquella producción que deviene del mismo espíritu representativo; pero, a la vez, *pensado*, como lo que deviene de sí en cuanto se pone como la simplicidad, en cuyo ser no se ve más que la pluralidad de estos simples, los cuales se hallan en este estado para sí. Sin embargo, ya por condicionarse a sí mismos como para sí mismos en esta simplicidad que los reúne, permanecen en unidad estos diferentes que para sí propios se presentaban alejados y separados, exclusivos, sin igual. Aparecen así, no obstante, aunque juntos y reunidos en esta unidad simple.

[3.4.2] Del cambio inmanente.

Ahora el modo en virtud del cual el entendimiento ya no más se arraiga en la propiedad propia, la cual, en este elemento, sería como un adminículo, convendrá, por consiguiente, con el dominio útil que se representa de tal manera que permanece su implicación de propiedad; por el contrario, este ser para el cual eran para sí mismos se tornará en lo que de sí es su contrario. Lo que muestra este discurrir del entendimiento esencial cuya atención se fija en el cambio es que muda de ser para llegar a tornarse como lo mismo de donde hubo empezado su movimiento. Lo que allí le pertenecía como único y exclusivo de él, aquí se le manifiesta como lo común que cada cual, es decir él y su contrario, tienen no como consigo mismos en su relación propia, pues aquí se despoja

de esta forma especial y particular, sino como en sí o como lo que se ha visto como un movimiento esencial que hace de sí *en sí*.

Lo singular en que aparecía se trueca en lo contrario, también, de sí mismo; o se muestran como lo singular que los dos cambios tienen en común; su moverse no es un quedarse, sino que, en verdad, un desplazamiento hacia lo que él tiene de fijo, como si se dijera un *desplazamiento quieto*, que no se mueve, a pesar de todo y ser un verdadero movimiento, de aquende a allende, en el tiempo y en el espacio etc. Sin embargo, esta contradicción entre el sustantivo y el adjetivo se desvanece al tiempo que aquel singular primero cambia de figura en el momento preciso que deja ésta para ser como *para otro*. Esta otra figura del cambio comienza siendo para sí; pero en sí, ella misma se comporta como lo que para otro tiene para sí. Por tanto, aquellos desiguales ya no se vislumbrarán como lo igual que los caracterizaba en su desigualdad; antes bien, por comportarse como iguales se muestran ellos mismos como lo desigual. Y en efecto, aquellos desiguales por participar de lo que ahora es como para otro son completamente desiguales a lo que en lo para sí eran; de aquí que se oiga decir que en el intercambio aparecen objetos que, para poder ser cambiados, deben no ser iguales. Pero de esto no se llega más que a una simpleza, la que veíamos como los eslabones de la cadena, los cuales no hacen más que colocarse en una sucesión infinita, es decir interminable, sin moverse y saberse en lo infinito, en tiempo y espacio externos, como si el siguiente momento devorara al que le hubo antecedido en tiempo y espacio.

[3.4.3] De la cambiabilidad.

En determinado caso y bajo cualquier circunstancia, pudiera perfectamente suceder que la atención del individuo quedase atrapada en el mero ajeteo que obedece a la voluntad singular, de tal suerte que no lograra captar la forma contraria allén de sí. Y como quizá esta simpleza no es la más inmediata sino una a la cual la voluntad propia contradice pues no se reconoce en ella, ocurre que a la analogía del aballamiento y cambio de equivalentes tendrá que ir a buscarla, ahora aquende de las formas ajenas y externas, ya que debe ser esta figura del pensamiento el reflejo a donde aquellas vayan a parar a fin de que se produzca la identificación de las actividades. En efecto, en virtud de

que la certeza se contrapone al sujeto que barrunta el movimiento cuyo contenido no es sino el cambio de valores (lo allén del sujeto), el aquén sería ahora la transcendencia y transfiguración de esta situación inmanente que el sujeto posee, en abstracto, de sí alejada y separada, cual si el nexo de la circunstancia no implicase el saber del pensamiento que piensa y obedece a la generalidad que guarda la relación consigo misma.

El pensamiento, del que surge, efectivamente, el cambio, abandonará inmediatamente la representación en que según la cual lo particular de su misión prevalece por sobre lo conveniente de otras finalidades, –en donde lo propicio del cambio, cual oferente y demandante, cual metamorfosis de las mercancías, no trasciende de su propio hecho confinado y limitado.

Al respecto, la noción del cambio en general o la amplitud de la representación unilateral que tiene en escena al cambio del tropel de figuras abstractas superpondrase a toda consideración antes de la cual la conciencia haya tenido la forma de lo vacío, de modo que ella misma atestigüe la transubstanciación de las situaciones y los objetos como si fuera la bella analogía, o sea, lo uno y lo mismo.

Hasta el propio contenido de aquél con éste no presenta la misma determinación que, como un uno en su primera consideración, aparentaba tener de fijo en su acto mismo. En este momento negativo los desiguales por lo mismo que son desiguales son indiferentes para sí mismos; los comportamientos aparecen en santa disputa de testarudos, diciendo unos sí y otros, a la vez y al unísono, no, cuya armonía hace desaparecer la más porfiada de las contradicciones.

Llegamos con ello al cambio que posee en sí el cambio mismo, con lo cual se contrapone junto con todo su contenido y sus formas a sí mismo, de la misma manera que éstos, el contenido y la forma, han dejado de ser lo que eran al empezar y que como su continente, no tienen más remedio que mudar; pero, por lo mismo, es aquello que, como unidad, tanto el uno como el otro le pertenecen; el cambio ofrece, ahora, la *realidad* que aquél en su pobreza quería ofrecer o, que, en su misma pobreza, creía que ofrecía algo que contenía demasiadas riquezas; uno que por ser él la totalidad nos ofrece, a su vez, la misma configuración de los comportamientos desiguales que en cada lado del cambio, hallábanse como desiguales sin saberse, al fin y al cabo, como iguales. He aquí lo que el cambio, con todas sus transformaciones, nos muestra. He aquí, por tanto, la *cambiabilidad*,

de la cual en el capítulo anterior hablaba, cuando hube de mencionar aquella tal *expresión de valor* en donde uno alcanza a entrever un valor que dejaba de ser lo que era para ir al ser del otro, su contrario, tornándose y deformándose, por consiguiente, en éste.

El paso del valor de los brazos de uno al del mismo, lo expliqué ya más atrás; restábame desdoblar el concepto de la *cambiabilidad*: he aquí, pues, su desdoble: dado que no se ha mostrado más que el movimiento del cambio, de aquí se sigue que éste no debe venir más que de sí mismo, por la conciencia que tenemos de él, arrastrándose a sí mismo y a su contenido mediante aquellas aguas espumosas abstractas en cuyo elemento pensado va haciéndose cada vez él mismo otro; ahora la *cambiabilidad* lleva en sí a ello mismo simple, pero como múltiple; así como la mismísima *contrariedad*, que no hace sino devenir, como contrarios, ella: en donde se unen y comportan como iguales en su contrariedad.

[3.5.1] Del precio.

De la misma manera en que discurríose ha y la atención hase posado en lo reunido y ojeado hasta ahora, la apreciación tiene su base en el juicio que diversifica, esto es, que atiende la pluralidad, pero que no puede aún avenirse con ella dado que la potencia recae en la necesidad propia, cuyo dueño apenas si trasueña y aprende a trasnombrar las cosas que van apareciendo a través de su conciencia: es una mínima trascendencia que figura en lo a priori, cuya retahíla no hace más que expresarse en sí y relacionarse consigo misma sucediéndose.

Esta retahíla, igualmente, puede servir para atisbar un agregado mediante el cual se justiprecie el ajuar producido, cosa que depende del elemento consciente del sujeto y por el que de la misma manera discurre un cambio que implica la interrupción de esta serie, relacionada consigo, o bien, tasada en un agregado, cuya finalidad es la de prestar seria atención a los juicios privados que tienen mucho que ver con la concienzuda justipreciación. He aquí, pues, un proceso elaborado desde la mente de aquel que es dueño de los medios de producción cognoscitivos que invierten enseguida cualquier producto en producto de la mente, causando todo un despliegue de elementos que por sí

mismos motivan la valorización a priori en el individuo; por donde la figuración de la intermitencia aquella de valores que se suceden y, a la vez, se agregan, anteviene taxativamente quedando en un plano alejado de aquel que se presenta ahora a fin de maquinar poder.

Esta maquinación es, efectivamente, la valorización de la disparidad, pero no la disparidad pensada cabalmente, pues con ello se adveniría una antinomia endemoniada; sino la que se entrepensa, de modo que se atisba la nulidad de los elementos afines que la integran; y como estos forman parte de este conglomerado, la voluntad del sujeto permanecerá en la misma vacuidad de la razón apreciativa y, entre más se valorece este entrepensamiento grosero, más se desprejará esta nulidad, la cual quedará reducida a un mero servilismo particular, es decir, confinada a su propio interés.

Pero lo que está en juego es el precio; y lo que se avista como singular no es precisamente aquello que para el sujeto es aquende e inmediato; sino lo que con sus intereses no concuerda: he aquí, pues, el *preti*, lo *opuesto*; el cual, como algo contrario, avanza; he aquí el *per*, *a través de*, *por entre*, lo que trasciende a una *equivalencia desde lo opuesto*;²¹ y en virtud de que la conciencia dejándolo atrás ha el vínculo a través del cual dase plena cuenta del agregado para tasar su propiedad, resulta que aquello que avanza no es lo cuantitativo, sino lo cualitativo que es el aspecto de ella misma como particular y contrario, ambas propiedades que están conjuntas en una sola idea general y pura.

Pues bien: este *preti-o*, esta idea pura circundante, es el fundamento del precio natural, necesario, central y del valor o valor de mercado de los productos, alrededor del cual estos giran a la vez que tienden; como tales, es decir, calculados y entrepensados, son a los que hasta ahora han llegado los economistas; aquella Idea pura es la que se alcanza aquí, pensando: la naturalidad y necesidad de los contrarios que no logran armonizarlas bajo la misma figura y, como esta igualdad no se logra a veces ni con el mayor esfuerzo de la razón, esa carencia tiene que cubrirse con números y modelos, la conciencia que empieza a chochear desde muy temprana edad dado que de ella hase apoderado el materialismo y la práctica a posteriori.

²¹ GÓMEZ DE SILVA, Guido, "Breve Diccionario etimológico de la Lengua española" Fondo de Cultura Económica, sexta reimpresión de la segunda edición, México, 2009.

[3.5.2] Del precio de costo.

Se repara ahora en la cualidad contrapuesta que ya de por sí es un simple precio; pero se repiensa sobre el incansable devenir del que la condición a priori de la persona se apodera de repente en el instante mismo en que su capacidad mediante la cual conoce por conceptos es alterada de tal manera que le permite suponer la existencia puesta en un ámbito lejano de aquel en donde sus motivos e intereses están bastante fijos; el devenir así pensado avanza desde lo contrario y tiende hacia lo igual a sí mismo, o sea, a lo contrario: no por nada, en realidad, el ajetreo de la conciencia apreciativa busca hacer equivaler trabajos y productos reputados como él mismo con trabajos y productos de distinta naturaleza. El equivalente, pues, reside en la contradicción; y cada dato que aislado se llegue a representar en la esfera correspondiente de cualquier tanteo, vendrá a ser lo mismo, de igual valer, que aquel valor aislado fijo en el provecho propio.

Pero precisamente por discurrir el tanteo de la justipreciación y por atender a ésta cual extensión de ajenos contrapuestos, nace el tantearse; nace el gravamen, el pago o el costo. En efecto, el precio que se determina como gravamen o como costo lleva aparejado de suyo un precio cuyo provecho no es el más idóneo que pueda haber. Pues a medida que se viene aparar mientes en el precio general, es decir, en la serie donde se vislumbra la contraposición de ellos, la utilidad que rinde uno se pierde en la propia antinomia del pensamiento mismo que se aprecia como costo. Sin embargo, lo que aquí no desaparece es la forma precio, el ser lo contrario, a pesar de ser un gravamen; y como no desaparece, la atención permanece rígida en el movimiento del devenir propio del costo, tornándose en ella la transfiguración como si su propio tanteo fuera el que se reflejase en esta retahíla nueva: es un toma y daca al que la conciencia llega a través de sí misma y que, después, atribuirá a sus elementos intermisos ora abstractos ora concretos.

Con ello, la reflexión llega a un punto en donde el sujeto deja de preferir la determinación nominal y se dispone a tomar como real aquello que para sí manifiesta parecido comportamiento aunque esto sea una noción por medio de la cual presenta objetivos afines. Pero tan pronto como la acción refleja de la conciencia entra en ambiente ocupando el lugar del conocimiento incoativo de la persona, barrunta el despliegue de su progresión y reconoce de inmediato la compatibilidad de todos y cada unos de los tanteos

aheridos: ahora el costo es para sí y ella misma, a partir de cuya vacuidad colúmbrase la diversificación de lo gravoso, con la cual, de ahora en adelante, se compenetra e identifica como si ella misma fuera.

Desde aquí se avista, pues, a pesar de conllevar la idea general, porque aún no es una la conciencia apreciativa con la que desprecia, esto es, aún no se atiende a sí misma como el embelesamiento que se produce al saber que el tantearse recae hasta en las propias consideraciones gravosas de uno mismo, cuya realidad no se percibe sino después de prestar atención a las mismas contemplaciones ajenas, que es cuando unas en otras se convierten de tal manera que resultan coincidentes.

Es, verdaderamente, un empate, una grata exactitud sobre los cuales, en abstracto, el pensamiento abalanzase tornándose cada vez más puro; un arrobamiento en el que el sujeto se halla y que se cumple por su facultad a priori –la misma condición que le permite conocerse, incluso como Naturaleza, Espíritu de la naturaleza, sin que por ello caiga en el vulgar materialismo, al que muchos van a parar embaucados y halados de las cuerdas que tira insistentemente la conciencia chocha.²²

[3.5.3] De la consideración absoluta del precio relativo.

Ahora bien; este arrobamiento al que ha llegado la conciencia hace que cualquier noción presente en el juicio inmediato quede transfigurado y convertido totalmente en otro que lo refiere –hace que el pensamiento mismo se transporte a lo contrario de sí (por más que este contrario quiera aparentar en ella permanencia intermisa y quede circunscrita al espacio y tiempo del sujeto), equilibrando tanto los indicadores como los fenómenos

²² Esta conciencia chocha es la misma que se puede hallar refiriéndose a cuestiones acerca de la luz natural. ¡Señores, la luz no viaja y recorre trechos espacio-temporales como si en el día estuviera prendida y en la noche apagada! ¡La luz es, o sea, existe, abarca. . .! Por lo que, podría decirse que ella, por sí misma, no es susceptible de medición, no tiene velocidad, *no tarda*. Lo que sí sería susceptible de medición es la intuición del intelecto, cuyo sentido visual *tarda* en funcionar como superficie contra la cual la luz ha de chocar para manifestarse. Pues ¿de qué otra forma podría explicarse que de un lado de la tierra es de noche mientras que de otro es de día, si aún se creyera que la luz tarda 8 minutos y 16 segundos en llegar a ella, si aún se creyera que la luz “tiene velocidad”; y no, el que *abarca*, esto es, que es invisible?

empíricos, ya que estos al tener íntima relación con las representaciones y actitudes que responden al motivo interno, el cual viene a manifestarse en la utilidad y provecho, la razón apreciativa los pone en consonancia consigo misma; de lo que se sigue que la utilidad y el provecho propios y ajenos empatados, así, son para ella lo valioso.

Por medio de este espíritu que asimila la diversidad y lo disipa a sí mismo, podemos ahora pasar a rever la comprensión de tantas figuras que se antojan diferentes pero muy razonables a primera vista.

La apariencia distintiva del propio juicio en cuyo conglomerado primitivo establécese la utilidad adecuada y específica cual objeto usual y venal, induce al pensamiento a discernir entre los modos según los cuales el individuo posee, goza y ostenta, permaneciendo en este estado de circunstancias abstractas y vacías no por poco tiempo, alargándose éste todavía más si es que se observare bajo un ambiente hostil el cual a través del entendimiento apareciera como si tendiera a repeler de sí los elementos que en él se interponen. Es evidente que este rechazo está inscrito y es condición pura en el sujeto en cuanto que el embelesamiento coincidente y la superposición de conceptos a él no lleguen, o cuando piense que la realidad es él y su materia circundante sin tomar en cuenta lo existente como una paridad de su realidad inmediata: el juicio, pues, accede al conocimiento de los diferentes.

En efecto, esta diferenciación se expresa (con gran gusto de muchos) con la palabra “competencia”. Pero el progreso de la potencia mundial no está en las cosas, como creen varios; sino en la conciencia del individuo –se da en tanto que éste es sujeto puro, pura Voluntad. El competir puede revisarse desde el punto material de vista, esto es, desde el ambiente hostil: si ello se prefiere, ¡buen provecho! “¡ustedes por allí, yo por acá!”

Si se optare por el camino a priori, tendríamos que transformar tal repulsión y aberración en una atracción, en lo puro. Pues, bien, en verdad, lo que se halla en el competir es el *competere* latino; el cual implica “llegar al mismo lugar”, pues no se atiende a otra cosa más que a sus partes “com” y “petere”: juntos, ir hacia, respectivamente.²³

El pensamiento pensante, para nada caduco cual antigualla, atestigua en sí mismo el discurrir por el que la discrepancia tórname una con otras tantas iguales a ella y no, precisamente, como si tuviera la misma avenencia de cualidades; sino que aquí se

²³ Diccionario etimológico. Op. Cit.

produce de nuevo la diversidad, la pluralidad de pareceres: se halla pues, con ello, en el elemento de lo contrapuesto; es el “petere”, el “ir a buscar” la contradicción de sí mismo. Mas, de igual manera, deberá trascender para adquirir la semejanza de la aversión, porque, como se vio, la generalidad surge una vez que la figura de lo singular se altera efectuando la extensión. Es decir, el pensamiento alcanza a comprender el “com”, el juntos; por donde advierte lo invariable: aparta de sí los distintos que a él se contraponen, pero, a la vez, se granjea la analogía, pues que es un repugnante que los demás desprecian.

La atracción y repulsión de estos dos modos dispares y su posterior afluencia en lo concreto del sujeto agente, enajena al mismo ser de sí de tal manera que muestra deferencia con lo homónimo de sí en tanto que así siguen siendo heterogéneos. Por tanto, cualquier función empírica del ámbito económico, u otra ciencia, expresado en palabras o números, al individuo le concernirá inmediatamente como un provecho afín a su conciencia incoativa por la cual se relaciona consigo mismo sin advertir el cambio de significación e importancia que ello trae aparejado o, más bien, su comportamiento es aquel en que sólo se le antoja un contubernio y no una reflexión como tal.

Mas, este hecho empírico y práctico vien a ser lo limitado del pensamiento una vez que la reflexión acudido a él ha, puesto que atiende la relación de la alianza consigo mismo intermitentemente, esto es, entre otras tantas que le suceden y la superan. Con esto se da el trueque en la razón misma de lo único a lo relativo como segundo momento de la serie tripartita; un cambio por el que se contempla una concatenación de comportamientos adunados a intereses diferentes, los cuales al final tienden a lo mismo. Así pues, esta tendencia, estos saltos que la conciencia pareciera dar para establecerse en la diferencia compartida, en la reflexión dividida como quanta, es la relatividad de la conciencia, su propia refracción, la discontinuidad e interrupción de sus datos en su condición a priori cuántica.

Ahora; se ve que por ser una serie tripartita, al saber del pensamiento le falta dar un paso más a fin de estar completo. De modo que se viene uno a enterar que el todo no es relativo, como con tanta insistencia se quiere hacer pasar cual verdad absoluta. –El Espíritu y la Voluntad tienden por sí mismos a lo absoluto; el todo puede ser relativo, pero lo absoluto estaría referido a la nada de la misma manera como su contrario: es claro y comprensible el que muchos, si no es que todos, no entiendan de nada, de aquí que prefieran el todo. –El del saber es llegar al punto en que el todo y la nada se unen y se

relacionan como iguales; en que el todo deje de ser lo cuántico y determinado para ser un no-ser que circuye: esta verdadera trascendencia es el tercer punto en donde lo general toma el puesto de la consideración particular, superándola y manteniéndola a la vez, ya que se identifican y se acoplan; –es el sentimiento de la Voluntad elevada y de la superioridad del Espíritu; –el surgir de la conciencia apreciativa de aquella que desprecia la discontinuidad de lo continuo.

El precio se desdobra en sí mismo como en muchos; algo así como si se dijera que es un precio de precios o, de manera *sustancial*, un valor de valores: es como el precio debe ser considerado, una unidad en cuyo desdoble se plasma la *negación* del precio *para su simplicidad*; la multiplicidad es como la identidad y la identidad como lo diverso, se repelen; pero, a la vez, se atraen.

[3.6.1] De la inflación.

Algunos ejemplos serán precisos ahora para que la reflexión logre desprenderse de figuras primitivas que tanto la confunden.

“Los empresarios proponen una política flexible y ‘adecuaciones de precios’ que consideran urgentes. Pero ‘flexibilidad’ y ‘adecuaciones’ significan en realidad precios más altos para aquello que producen y venden. La inflación ‘tenderá a la baja –asegura la CONCAMIN– en tanto exista una mayor liberación de precios’ . . . Mas lo cierto es que desde hace un año se liberaron alrededor de 2500 artículos y se suavizó la vigilancia de 200, dejándose bajo el régimen de control 300 que se consideraron básicos y cuyo precio sólo puede elevarse si el gobierno lo autoriza expresamente, y pese a todo ello, la inflación ha seguido adelante y ni un solo artículo se ha estabilizado.” (Alonso Aguilar M., pp. 158 y 159)

–¡Muestra clara de que la inflación es compartida, o sea, que tiene su fundamento en la ganancia!

“Las distintas corrientes de la teoría económica han dado explicaciones alternativas al fenómeno inflacionario. En un extremo, se encuentra la hipótesis monetarista que, simplificando, sostiene que la inflación es siempre y en todo lugar un fenómeno monetario. Es decir, para los monetaristas la inflación surge porque en la economía hay *demasiado dinero yendo tras pocos bienes* lo que provoca un exceso de

demanda y que los precios suban. En el otro extremo está la posición estructuralista–neomarxista, la cual sostiene que la inflación surge por presiones que ejercen distintos grupos sociales para mantener y aumentar la parte del ingreso nacional que perciben.

Una posición intermedia es el enfoque ecléctico de las causas de la inflación, del que se desprende que no existe una receta rígida ni única para frenar el proceso inflacionario. A través de este enfoque se pretende tener una visión global del fenómeno de la inflación y no buscar restringir su explicación a una sola causa. . . Este enfoque, que en la literatura económica contemporánea se conoce como Teoría Moderna de la Inflación, atribuye la inflación a tres causas principalmente, que pueden actuar simultáneamente o en forma aislada:

i) Exceso de demanda.

ii) Componentes inerciales.

iii) Impactos de oferta.” (Carlos M. Jarque y Luis Tellez K., pp. 28 y 29)

–¡A este tipo ecléctico de considerar los fenómenos aún le falta vislumbrar para sus adentros!

“La razón para evitar un aumento persistente en los precios es que la inflación impide prácticamente el crecimiento. La incertidumbre acerca de las fluctuaciones de los precios complican enormemente los pronósticos y el planeamiento racionales, tanto para el Gobierno como para los inversionistas privados y para los consumidores en general. La inflación tiende a desalentar los ahorros. . .ya que no tiene sentido guardar recursos monetarios en cualquier forma cuyo poder adquisitivo va disminuyendo aceleradamente. Altera la estructura de las inversiones, ya que distorsiona la demanda. Inhibe la política encaminada a compensar la fluctuación de las exportaciones y se asocia con probables incrementos de las utilidades al cambiar el énfasis en la composición de los ingresos.” (Álvaro de Albornoz de la Escosura, pp. 23 y 24)

–¡De aquí que sea imperativo tornarse uno con la inflación, es decir, relativizar el pensamiento en sí mismo y posteriormente acceder a la unidad de sí!

“En principio, es inaceptable la tradicional postura empresarial según la cual, la responsabilidad del incremento de precios recae en el movimiento obrero al exigir incrementos salariales. Al otorgarse estos –se dice– aumentan los costos de producción y se hace necesario aumentar el precio de los productos, ya que de lo contrario, las empresas no serían rentables y tendrían que cerrar, ocasionando despidos masivos. Ante ello, los empresarios plantean la moderación de los incrementos salariales –lo que en los hechos se ha llevado a la práctica en los últimos años– como la mejor alternativa para cerrar el paso a la espiral precios–salario–inflación.

Si bien al elevarse los salarios se incrementan los costos de producción, ello no explica por qué, de 1970 a la fecha, los precios se han incrementado en un 3 595% y los salarios sólo en un 2 500%. Tampoco explica por qué el precio de los alimentos ‘superbásicos’ se eleva 625%, entre 1981 y 1984, mientras que los salarios mínimos sólo lo hacen 288% durante el mismo período. De ser cierta la postura empresarial que se analiza, los salarios deberían de haberse incrementado en una proporción mayor que los precios durante esos lapsos, pero lo que ocurrido es exactamente lo contrario.

Por otra parte, el movimiento obrero organizado ha sostenido que los principales responsables de los incrementos exagerados de los precios son los empresarios, sin dejar

de reconocer que influyen también otros factores.” (Centro de Estudios de Trabajo, A. C., pp. 38 y 39).

–¡Se reconoce claramente la transfiguración de asalariados en empresarios y de salarios en utilidades!

“La inflación aparece como una severa amenaza para el proyecto nacional de crecimiento económico encabezado por el Estado. Esta amenaza se manifiesta en varios órdenes. La más aguda se refleja en términos de que siendo el Estado el principal agente económico de crecimiento se convierte en un promotor del fenómeno inflacionario a través del gasto y la inversión. En este sentido, el Estado ocupa un papel de privilegio en dos aspectos de política económica: la aceleración del proceso inflacionario y, lo que es más importante, el intento de control del proceso inflacionario.” (Arturo Warman, p. 83)

–¡Todavía el gravamen no se asocia con el precio: se percibe claramente la vacuidad de la conciencia!

“El fenómeno inflacionario entendido como un incremento generalizado en el nivel de precios tiene dos características fundamentales: una reside en el posible impacto sobre tendencias devaluatorias (cuando las tasas de inflación de un país crecen a índices mayores que en el exterior, en especial con los países con que se realiza el comercio exterior); la otra característica radica en sus efectos negativos para el país, ya sea en cuanto a la distribución del ingreso como a la creación de empleos.” (Fernando del Olmo, p. 209)

–¡Lo importante de hoy en adelante será dejar de entrepensar y poner atención a que el conocimiento de la actividad económica parcial de la conciencia en su amplitud contrarrestará toda tendencia unilateral!

“La inflación se presenta como uno de los males más aterradores de la sociedad moderna. Causa la más seria preocupación en todos los sectores. Para los consumidores, sobre todo para los más humildes, representa una amenaza grave a su existencia misma. Para los productores y en general para los que controlan la riqueza; constituye la posibilidad de que lo que han acumulado se consuma en el fuego inflacionario; representa en otras palabras, el peligro de que sus ganancias, crecidas o no durante el proceso, resulten ilusorias, todo lo cual les crea una gran incertidumbre y no es raro que suscite respuestas de pánico: fuga de capitales, atesoramiento irracional, etc. Para los gobiernos, la inflación representa a menudo un síntoma de que ya no les resulta viable reglar la contienda social; enfrentan, de hecho, una presión desmesurada para que controlen un proceso que parece haber escapado de sus manos.” (David Barkin y Gustavo Esteva, pp. 110 y 111)

–¡Antes de que el pensamiento se considere como el sí mismo, lo general, debe concebir lo repugnante y conveniente!

“. . .Se encontró que una disminución en la inflación de 5 puntos porcentuales en un país como México llevaría a una disminución en la desigualdad de 2 por ciento en el corto plazo

y casi 5 por ciento en el largo plazo. Aun tomando el efecto de corto plazo encontramos que éste es positivo y significativo aunque de menor magnitud. . . Se encontró que aun en el corto plazo la inflación deteriora la distribución del ingreso. Esto es, una reducción en la inflación de 5 puntos porcentuales llevaría a una mejora en la distribución del ingreso de aproximadamente 2 por ciento, tres meses después de dicho amento. [. . .] Como se mencionó anteriormente, existen algunos estudios que encuentran que menores tasas de inflación están relacionadas con mayores tasas de crecimiento.” (Lorenza Martínez Trigueros, pp. 119 y 140)

–¡Ganancia similar a salario igual a ingreso. La analogía de la conciencia económica!

“En una perspectiva amplia, una de las presiones inflacionarias básicas del período fue generada por los desequilibrios en las balanzas comercial y de pagos, originados en un rápido crecimiento de las importaciones y posteriormente en una carga financiera creciente por el servicio de la deuda externa, y que corresponden al agotamiento de una larga fase de sustitución de importaciones industriales, así como de las fuentes de financiamiento del déficit comercial que generó la industria manufacturera en ese proceso. Estos fenómenos han dado lugar a devaluaciones sucesivas que. . . tienen fuertes efectos inflacionarios. Sin embargo, las devaluaciones fueron también, en parte, respuestas de política económica a procesos inflacionarios previos, que tendieron a sobrevaluar crecientemente el tipo de cambio en términos reales y dieron origen a crisis recurrentes de divisas.” (Jaime Ros, pp. 133 y 134)

–¡No se podría acceder a ello sin una mente premeditada e interesada, cuya singularidad permanezca en la vacuidad!

“Todos los desórdenes que se producen en la actividad económica pueden hacer nacer una inflación en circunstancias propicias; por ejemplo, una mala cosecha, una guerra, una catástrofe natural, una ‘aceleración’ de la demanda como consecuencia de la evaporación de unas reservas acumuladas por las Administraciones, una expansión intempestiva del crédito, etc. En una apariencia todos estos fenómenos no tienen nada en común como no sea que provocan inflación. Distintos en su naturaleza, se reagrupan en su efecto principal.” (Maurice Flamant, pp. 55 y 56)

–¡La conciencia aislada que ve a lo demás distinto de sí misma careciendo de síntesis: de aquí nacen los competidores y diferentes!

“Por un lado, la inflación no es el resultado de un juego de comportamiento a partir de ‘una situación cualquiera’. Su origen reside en una tasa de acumulación de capital excesiva respecto a las exigencias de los trabajadores y a la repartición internacional de los mercados. La posibilidad de la transmisión internacional encuentra sus fuerzas en la ausencia de una correlación entre el alza de precios y la acumulación interna, que sirve, a su vez, para fundamentar la concepción de la inflación accidental. La inflación galopante, en sus dos vertientes, nacional e internacional, se convierte en un posible modo de funcionamiento del sistema capitalista. La inflación reptante, por su parte, es el modo de funcionamiento corriente de las economías capitalistas desarrolladas. . . En las economías capitalistas desarrolladas las fuerzas oligopolísticas y estatales, factores detonantes de las reacciones sindicales, son las que engendran la inflación reptante.

Ahora bien, la inflación galopante aparece cuando se franquea una determinada tasa de acumulación y, por tanto, depende de las mismas fuerzas que provocan la inflación reptante. . . Por otra parte, tampoco la inflación es resultado de un comportamiento de gastos o excesiva creación monetaria por parte del Estado en beneficio de los monopolios. En realidad, una conducta de este tipo es resultado y no causa de la inflación; en este sentido, el Estado ayuda a su burguesía a desembarazarse de sus contradicciones desplazándolas sobre la clase obrera. . . Si ahora nos trasladamos del significado a la naturaleza de la inflación, el problema que se plantea es el de la superioridad *duradera* de los precios sobre el valor que, incluso, temporalmente, puede aumentar.” (Jean – Luc Dallemagne, pp. 293, 294 y 295)

–¡Puede haber inflación, en efecto: aquella que la reflexión reúne en la serie del conjunto de relativos que tiende a la inflación absoluta. Puede haber también inflación relativa: aquella cuyo pensador no contempla la amplitud del agente económico!

[3.6.2] De la inflación repugnante y conveniente.

–Las incursiones figuradas hechas en el elemento abstracto del pensamiento deberán convertirse en irrupción para él mismo, cuando advierta la gran plenitud de contenido que posee cada uno de los escenarios oteados y la plena beatitud experimentada al conjuntar todas y cada una de las circunstancias en una única Intención.

–Sin embargo, ahora deberá el pensamiento apreciativo y valioso volverse contra su propia actividad inminentemente, puesto que, como reflexión que manifestado ser ha y como agente en general, deviene el provecho inmediato costo y gravamen; es decir, la utilidad, en lo contrario de sí, en una utilidad totalmente otra: todo lo cual induce al sujeto a considerar las figuras abstractas, ya sean quietas o en movimiento, esto es, reales o nominales, desde la óptica en que la antinomia bienhechora no tiene por mejor presa que el individuo junto con sus vicisitudes ordinarias económicas y más allá de esta limitación.²⁴

²⁴ “Así, en la primera mitad de los años ochenta, y sobre todo en comparación con el último año anterior a la crisis, 1981, las industrias productoras de bienes de consumo ven deteriorarse sus términos de intercambio –con algunas excepciones– de manera significativa, pero menor en comparación con el resto de la industria. Esto se explica en función de que los precios relativos de sus productos se mantienen de nuevo –salvo excepciones en ambos sentidos– relativamente estables, al tiempo que los precios relativos de algunos de sus insumos (en particular los provenientes del exterior y del sector público) se elevan notablemente en 1982-1983.

En cuanto a las industrias productoras de bienes intermedios y de capital, se aprecia un notable deterioro de los términos de intercambio a partir, en general, de 1981. Las diferencias entre industrias probablemente

–No es por otra cosa que, aquí, tengamos que habérmolas con la conciencia y sus susceptibilidades.

Mas, el aspecto negativo de este trueque abstracto no será aquel por cuya figura columbrábase la más simple de las formas opuestas sin relación alguna, es decir, sin poder echar de ver la transfiguración de la conciencia misma en sí que lleva a cabo consigo misma y con el objeto de su juicio; antes bien, se percibirá de modo que del entendimiento se produzca la contraparte de lo que ya de por sí es negativo en orden al discurrir paulatino del sujeto, quien, a través de esta serie abstracta, atisba tales contradicciones como si se representase una lucha dentro del mismo bando cual si fueran de distintos: es esta la repugnancia que halla el pensamiento desenvolvente en tanto que el entropensamiento materialista no influye más en él a fin de adquirir la realidad; pero también, al mismo tiempo, es lo conveniente, que se establece en la reflexión en el momento en que ella es para ella la única conexión y esencia posibles. –Quizá la reflexión, por ser como tal reflexión, asemeje las formas ajenas y contrarias a sí misma; sin embargo, no dejaría de suceder que se entienda por esas formas lo ubicado dentro de la circunstancia espacio–tiempo particular del individuo, por lo que se prescindiría de la conciencia general abstraída en sí misma.

–Ahora bien: el hecho de que al pensamiento, aun cuando la atención haya venido a parar una y otra vez en la forma acabada del saber conceptual, le sea menester el tornarse forma simple y primitiva, es debido a que la configuración de las contradicciones empieza desde las nociones aisladas a desdoblarse, de tal suerte que en cada clase de ideas tiene que remontarse por sobre las consideraciones cuyo contenido no es otro que el que implica situaciones individualistas, regidas por motivos e intereses personales inmediatos, para advenir a la asimilación de los contrarios en donde todo lo que se quiera es ya un opuesto y, por consiguiente, lo mismo. En efecto, el opuesto y la lucha de contrarios aparecen como el sustrato de toda contemplación a priori del sujeto que atiende la Voluntad en todos y cada uno de los casos en que ésta viene a manifestarse de forma diferente: razón por la cual el entendimiento deba volverse silogístico.

obedecen al distinto peso de los insumos que más aumentan sus precios relativos en la crisis –los insumos importados–, los que provee el sector público y algunos insumos provenientes de la minería. Esta tendencia se ve contrarrestada –parcialmente– en algunas ramas, por el aumento en el precio relativo de sus productos.” I. CASAR, José y ROS, Jaime, “Empleo, Desempleo y Distribución del Ingreso” en “México: Informe sobre la Crisis (1982-1986)”, coordinador TELLO, Carlos, CIIH, primera edición, México, 1989, p. 159.

Ahora; dado que la representación comienza a elevarse desde una figura quieta y única del pensamiento, hasta llegar a ser Espíritu, la atención inmediata se resuelve en el egoísmo del agente económico si la reflexión trascendente no ocupa aquí el lugar que le corresponde en vez del saber inmediato y primero, el cual aparece como una figura en la que el aballamiento y el desplazamiento no tienen cabida. Suponiendo, pues, que el discurrir de la propia conciencia no tenga presente el tanteo general que deviene al mismo tiempo repugnante y conveniente, el sujeto económico quedará confinado al comportamiento singular, que es regido e influenciado por las consideraciones contingentes de la apreciación. Como aquellas contemplaciones no admiten la trascendencia del mismo concepto, el juicio posiblemente permanecería siempre gobernado por el intelecto, que es de donde surge el ajeteo individual adunado a una realidad íntima: de aquí, pues, que la conducta y el proceder del agente ensobberbécense; he aquí la conciencia engréida, hinchada, esto es, *inflada*.

A pesar de que el pensamiento no contempla la amplitud total de la configuración, puede manifestar ostensiblemente esa falsa posesión. Mas, muy pronto, la misma antinomia que trae aparejada la figura fatua obliga a la reflexión a poner sobre el tapete la significativa transubstanciación del fenómeno al que la persona húbese subordinado. Y aunque cada finalidad abstracta y singular presida el límite total de la conciencia intermitente, es claro que esta singularidad vendrá acompañada del cambio completo del medio en que la actividad económica particular se realiza; así como de la propia armonía que deviene con este desplazamiento de la autoconciencia allén del sujeto sin que, por ello, éste haya tenido que salir de sí. Por tanto, el desconocimiento de estos datos existentes, necesarios y esenciales, que caracterizan a los fenómenos y las actividades, acuciará y arrastrará al juicio a estimar en demasía su carácter peculiar, que el remedo de su parecer quedará en ilusión. Lo cual hace que esta representación contrapuesta se le antoje repugnante y aquello que de inmediato se afirma en la certeza del intelecto como real, importante y prioritario, conveniente. Pero, a la vez que es repugnante es conveniente y al mismo tiempo que se concede la conveniencia se apropia de la repugnancia; y como esto tiene lugar sin mediación alguna, la conciencia, al verse incapaz de sobrellevar todo esto, dado que desde muy temprano sus deducciones advertían la propiedad de la conciencia chocha, esto es, entrepensamiento puro, tiene que recurrir a la maquinación de poder, al sobreprecio y a la colusión. Por lo cual diría que el pensamiento engréido, el que se abisma en la consideración de sí mismo sin tener

siquiera noticia de la representación ajena de sí, cuyo reflejo es él mismo, procede a inflar el tanteo hasta llegar a una especie de tributo o de cuota.

[3.6.3] De la avenencia de la inflación. El pensamiento en y para sí como medida justa.

El estado de conciencia hasta aquí alcanzado es tal que ésta misma atiende los ajeteos propios y extraños cual si fuera ella el fundamento que se encuentra en última instancia, como si los reuniera bajo una misma contemplación no importando que su tipo determinado sea de tal o cual especie. En efecto, en el juicio engreído repugnante se halla una analogía del juicio hinchado conveniente, los cuales, a pesar de aparecer en el pensamiento como una relación única y sin igual, manifiestan la contraparte y la armonía en un mismo tiempo. Esto vale lo mismo para cualquier consideración o fenómeno económico; —esa similitud vuélvese a confirmar incluso a estas alturas de la investigación verificando lo estipulado en la hipótesis.

—El hecho de que las nociones inmediatas del entendimiento, así como las reflexiones intermisas, afluyan a una sola figura del sujeto puro, hace patente no solo que la atención puede subordinarse al libre arbitrio y depender de él; sino también, por el discurrimiento a priori de la conciencia, obedecer, y actuar en consecuencia, a la Intención esencial que envuelve a esa voluntad contingente. Por medio de este aballamiento armónico la apreciación que mas repugna empataría con la estimación conveniente de tal manera que, al ser ambas partes una y la misma, la justipreciación ofrecería un justiprecio como si fuera aquel precio y valor natural o como si el valor fuera aquel que surge inmediatamente después de que se haya uno compadecido del trabajo y haya uno sentido lástima por la ganancia, el diezmo, la limosna o el gravamen.²⁵ De la misma manera que

²⁵ “Orientada a un mercado urbano reducido, la industria mexicana demandó y obtuvo del gobierno, por una parte, el mantenimiento de aranceles proteccionistas y controles cuantitativos a la importación que además de excesivos y prolongados (casi permanentes) motivaron, a la vez, que el empresario viera en la protección y en el mercado cautivo, y no en el riesgo, su función empresarial, independientemente del costo y la calidad de los productos. Por la otra, para consolidar altos márgenes de ganancia para la industria se mantuvo una política de precios bajos para los productos del campo y, además, se deprimieron relativamente los salarios reales, se mantuvieron inalterados los precios de los bienes y de los servicios que el sector público proporciona y el gobierno, por su lado, asumió por entero el costo y la ejecución de las

la contradicción de la utilidad provechosa se aberra de sí misma para ser ahora lo indeseable, la representación unilateral sería tan deleznable para aquella otra que contemple el conglomerado de circunstancias y que por cuya configuración sea posible experimentar delectación. Es, pues, este deleite el que influye al pensamiento a tener muy en cuenta que es él, en general, la medida justa de la valorización cuando acaece la significación de lo particular y propio; y donde se atisba la pobre extensión de la noción del juicio: –es esta la figuración en y para sí en donde la conciencia se establece una vez que comprende de una vez por todas la verdadera transformación de una realidad inmediata y arbitraria en una realidad real que no nace de ninguna experiencia a posteriori, sino de aquella que experimenta la unidad de las antinomias.

obras de infraestructura necesarias. Estímulos disciales, subsidios y tasa y plazos preferenciales en materia de financiamiento vinieron a completar el marco que favoreció el desarrollo de una industria en buena medida costosa, desintegrada, incapaz de generar suficientes empleos, recipiente de tecnologías francamente de segunda mano, o simplemente sin relación alguna con la dotación de los recursos propios del país.” TELLO, Carlos, “Estado y Desarrollo económico: México 1920-2006, UNAM Facultad de Economía primera edición, México, 2007, p. 459.

Capítulo IV: Sobre la aplicación del pensamiento general. Parte polémica sobre la irreflexión dominante: la degeneración del materialismo histórico. Advertencias sobre Marx, Keynes y Bourgues. Teoría de la inflación.

[4.1] Marx.

Según que el objeto del cual se tiene conciencia sirva para una finalidad específica, es objeto útil; utilidad es valor de uso; siendo así este objeto es valor de uso. Con eso, vístose ha no otra cosa más que un cambio de concepto; cambio que, no obstante, uno relaciona con la utilidad que el objeto de suyo tiene: de modo que no se está ante la consideración acerca de la cualidad que el objeto guarda consigo mismo, que es precisamente en la que nuestra atención se establece. Mas, se puede advertir, sin embargo, al punto, que este tipo de utilidad, a pesar de ser un concepto y a pesar de que esté relacionado con un algo concreto, no deja de ser lo particular del objeto mismo, el cual, a la vez, aparece, bajo un mismo aspecto inmediato que, en algún momento, deberá tenderse a aniquilar así como hubo surgido, ora gracias a la causalidad, ora gracias a la reflexión a través de la cual el concepto describe la necesidad inmediata, esto es, allí por el límite estrecho que nuestra representación alcanza, aquí por el tránsito, por decirlo así, de la conciencia en sí misma.

Esto parece acompañar en todas las determinaciones al método materialista, que ahora paso a explicar, cuando se pretende revestir algo que es concreto con algo que es de suyo abstracto, pues pronto esto anteviene, por consiguiente, y se atiende enseguida lo que no es ni por mucho *lo concreto*, pues es un concepto, o sea un algo que es abstracto y que sólo cubre la apariencia que es de él su contenido, siendo él tanto como una apariencia de la apariencia que en sí no contiene más que una realidad singular y que, por lo mismo, no lleva aparejada la pluralidad. –Este mismo defecto se repite una y otra vez, y cada vez que el análisis *avanza* en tal método sin que, por ello, se dé cuenta alguna de eso, precisamente porque se confunden las formas intelectuales del sujeto con la característica que cada cosa tiene para sí y la manera de cómo debe ser expuesta con su cambio de formas, esto es, sólo se percibe lo que en el tiempo y espacio acaece: la

apariencia, quedando al margen de toda explicación la *realidad real*, que, con aquel revestimiento, se pretende pasar por real un algo que no es real ni es desarrollo.

Cuando Marx concibe la forma del valor oculta en el intercambio, en el cual dos diferentes mercancías son careadas, sucede lo mismo; –me refiero a aquella forma a la que se le da el nombre de trabajo humano y abstracto. Aquí, lo único que se consigue es fijar nuestra atención en el hecho de ser sujetos del conocimiento y, por lo mismo, tener en cuenta los datos de la representación cual si fueran elementos del intelecto como una simple particularidad del objeto, o sea como la ilusión de un individuo dentro de la relación espacio-temporal-causal, teniendo como resultado la representación de la personalidad junto con la figura aislada del objeto; de tal suerte que la abstracción de esta forma de conocer sensible a la vez que el pensamiento la sustituye por aquélla a la que nuestra conciencia le da un nombre especial a través del cual la reconoce, esa representación a la que está sometido nuestro saber inmediato, sólo acaece en los límites de lo variable, es decir, sin realidad alguna más que su realidad representativa, aquella que anticipa al contenido general de la razón y que no se atisba dentro del limitado análisis materialista. Por una parte, se intenta reducir, audazmente, a algo abstracto, esto es, a trabajo humano, dos diferentes y, con ello, elevarse a verdad; luego, se determina que a este algo común humano le corresponde una magnitud específica, la cual tiene como norma de medición el tiempo: un algo que representa su particularidad; es decir, se reduce a algo determinado que quíere pasar como general, el cual no es sino condicionado por un particular que es el tiempo; a lo cual cabrá siempre agregarle un espacio también finito, etc. Esto se vio ya más arriba cuando debido a un trabajo abstracto contenido en la mercancía, en una tal relación según la cual se lograba captar el modo en que ese abstracto encontraba cuerpo en lo concreto de otra mercancía, podíase aquella cambiar por ésta; lo cual aparentaba una antinomia inminente, –pues si al tiempo que uno determina la condición por medio de la cual las mercancías pueden ser intercambiadas por otras que resulten para su no-poseedor útiles, enseguida uno mismo se halla vacilando en esta gran verdad al reconocer que para que ello tenga lugar, es decir, para que haya cambio, no hace falta sólo el valor *in abstracto*, sino también y con la misma importancia el valor concreto; de aquí, por tanto, que el cambio dependa de otra condición, digamos, concreta, y no sólo de su antítesis.

[4.1.A] De la conciencia a priori: Hegel y Schopenhauer.

Debo aclarar que el encontrar contradicciones en los métodos materialistas no es para mí aquel corrientísimo encontrar contradicción que a la postre deba uno censurar gracias a que se la ha hallado como un desacuerdo entre aquello que se ha dicho y un algo nuevo que se dice, pues la contradicción es como aquel motor que genera movimiento hacia otro de sí mismo, lo cual por ser ese otro y lo diferente de sí son, ya, lo mismo, y que resultaba para Hegel ser el medio por el que algo devenía en sí distinto y, por lo tanto, ser en y para sí general y concreto. Razón por la cual débese tratar esta tesis y su creador como hegelianos –me declaro hegeliano. O, si se prefiere considerar la antinomia como una objetivación de la voluntad en todos aquellos grados en que no hace más que *reflejarse*; como en la representación que, al tener forma única y diferenciada es para el sujeto que conoce lo mismo tanto dentro de los límites del conocimiento como fuera de la causalidad, esto es, fuera del tiempo y espacio condicionados por motivos, causas o excitaciones, es ya inmediatamente Voluntad; sería razón suficiente para considerarlos, igualmente, schopenhaerianos –me considero schopenhaueriano. Mas, a propósito de esto, debe quedar claro para el lector que no censuro la contradicción materialista, sino que lo que hago –e intentaré hacer en el resto de esta tesis– es elevar su realidad descriptiva a realidad espiritual, a Idea, dejando claro que por más que a Marx y a los que vinieron después de él en el campo de la economía se los considere como materialistas queriendo demarcar la contraposición que existe entre ellos, su corriente o escuela, con la de los idealistas etc.: no hay tal límite; y hasta podría decir que el objeto de estudio de aquellos que se encuentran en el materialismo, no es otro sino el objeto como materia o, a la inversa, la materia como objeto, siendo que en ambos no se halla más que mero idealismo. Veamos primero lo que Hegel diría a esta razón en la que Marx basó todo su estudio y, si es que existe, toda su filosofía; pidiéndole siempre a mi lector paciencia para ir recorriendo juntos, como se debe, todo este saber espiritual (Hegel, La Fenomenología, pp. 145, 146, 147 y 148):

“La razón es la certeza de ser toda *realidad*. Pero este *en sí* o esta *realidad* es todavía algo completamente universal, la pura *abstracción* de la realidad. Es la primera *positividad* que la autoconciencia es *en sí misma, para sí y yo*, por tanto, solamente la *pura esencialidad* de lo que es o la *categoría* simple. La *categoría*, que tenía fuera de este caso la significación de ser la esencialidad de lo que es, la esencialidad *indeterminada* de lo que es en general o de lo que es frente a la conciencia, pasa a ser ahora *esencialidad* o *unidad* simple de lo que es solamente como realidad pensante; o bien significa que autoconciencia y ser son *la misma* esencia; *la misma*, no en

la compasión, sino en y para sí. Solamente el mal idealismo unilateral hace que esta unidad reaparezca como conciencia en uno de los lados frente a ella un *en sí*. Ahora bien, esta categoría o la unidad *simple* de la autoconciencia y el ser lleva en sí *la diferencia*, pues su esencia está precisamente en sí de un modo inmediato igual a sí mismo en el *ser otro* o en la diferencia absoluta. La diferencia *es*, por tanto, pero de un modo totalmente transparente y como una diferencia que, al mismo tiempo, no lo es. Se manifiesta como una *multiplicidad* de categorías. En cuanto el idealismo enuncia *la unidad simple* de la autoconciencia como toda realidad y hace de ella de un modo *inmediato* la esencia, sin haberla concebido como esencia absolutamente negativa –solamente ésta lleva en sí misma la negación, la determinabilidad o la diferencia–, es todavía más inconcebible que esto, el que haya en la categoría *diferencias* o *especies*. Esta aseveración en general, así como la aseveración de un *número determinado* de especies de la categoría es una nueva aseveración, pero que implica en ella misma el que no deba aceptarse ya simplemente como tal. . Vemos aquí la pura conciencia puesta de un doble modo, de una parte como un inquieto *va y viene* que recorre todos sus momentos en los cuales ha visto flotar ante sí el otro que se supera en el momento de captarlo; de otra parte, más bien como la *unidad quieta*, cierta de su verdad. Para esta unidad, aquel movimiento es lo *otro*, pero para este movimiento es aquella unidad quieta; y por conciencia y objeto se alternan en estas mutuas determinaciones. La conciencia es, pues, ante sí misma, de una parte, la búsqueda que va y viene, y su objeto el *puro ser en sí* y la pura esencia; de otra parte, es la categoría simple y el objeto el movimiento de las diferencias. Pero la conciencia, como esencia, es todo este transcurso mismo, que consiste en pasar de sí, como categoría simple, a la singularidad y al objeto y en contemplar en éste aquel proceso, en superarlo como un objeto distinto para *apropiárselo*, enunciándose como esta certeza de ser toda realidad, tanto ella misma como su objeto.

Su primera enunciación es solamente esta palabra abstracta y vacía de que todo es *suyo*. Pues la certeza de ser toda realidad sólo lo es la pura categoría. Esta primera razón que se conoce en el objeto la expresa el idealismo vacío, el cual sólo aprehende la razón tal y como ésta es primeramente y que, por indicar en todo ser este puro *mío* de la conciencia y enunciar las cosas como sensaciones o representaciones, cree haber indicado aquel *mío* como realidad acabada. No tiene más remedio que ser, al mismo tiempo, un empirismo absoluto, pues para *llenar* el *mío* vacío, es decir, para la diferencia y todo el desarrollo y configuración del mismo, su razón necesita de un impulso ajeno, único en el que puede darse la *multiplicidad* de la sensación o de la representación. Este idealismo se convierte, por tanto, en un doble sentido tan contradictorio como el escepticismo, sólo que si éste se expresa de un modo negativo aquel idealismo se expresa de un modo positivo, pero no por ello logra aglutinar más que aquél sus pensamientos contradictorios, el de la conciencia pura como la conciencia de toda realidad y el del impulso ajeno o de la sensación y la representación sensibles como la conciencia de una realidad igual, sino que va del uno al otro en una y otra dirección, para caer en la infinitud mala, es decir, en la infinitud sensible. Por cuanto que la razón es toda realidad en la significación de lo *mío* abstracto y lo *otro* es para este *mío* algo *ajeno indiferente*, tenemos que en ello se pone precisamente aquel saber de la razón de otro que se nos había presentado ya como el *suponer*, el *percibir* y como el *entendimiento* que aprehendía lo supuesto y lo percibido. Semejante saber es afirmado al mismo tiempo como un saber no verdadero por el concepto de este idealismo mismo, ya que sólo la unidad de la apercepción es la verdad del saber. La razón pura de este idealismo, para llegar a este *otro* que le es *esencial*, es decir, que es, por tanto el *en sí*, pero que no lo tiene en ella misma, es remitida de nuevo, por medio de ella misma, a aquel saber que no es un saber de lo verdadero; de este modo, se condena, a sabiendas y por su voluntad, a un saber no verdadero y no puede apartarse del suponer y el percibir, que no encierran verdad alguna para ella misma. Se halla en contradicción inmediata, al afirmar como la esencia algo doble y sencillamente contrapuesto, la

unidad de la apercepción y, al mismo tiempo, la *cosa* que, aunque se la llame el *impulso ajeno*, la esencia *empírica*, la *sensibilidad* o la *cosa en sí* sigue permaneciendo la misma en su concepto extraña a dicha unidad.

Este idealismo ha caído en esta contradicción porque afirma el *concepto abstracto* de la razón como lo verdadero; por eso mismo nace de un modo inmediato para él la realidad como algo que no es la realidad de la razón, mientras que la razón debiera ser, al mismo tiempo, toda realidad; permanece como una búsqueda sin descanso, que en la búsqueda misma explica como algo sencillamente imposible la satisfacción del encontrar. No es tan inconsecuente, sin embargo, la razón real, sino que, siendo primeramente tan sólo la *certeza* de ser toda realidad, es consciente en este *concepto* de la certeza de no ser todavía, como *certeza*, como *yo*, la realidad en verdad y se ve empujada a elevar su certeza a verdad y a llenar el mío vacío.”

Consideremos lo que Schopenhauer (El mundo como voluntad y representación, pp. 104 y 105) dice sobre la etiología, lo cual, a la vez, ayudará a disipar las confusiones todas a que pudo conducir el hecho de contemplar una causalidad a posteriori enfrentado otra a priori:

“Si, por último, dirigimos una mirada al ancho campo de las ciencias naturales dividido en anchas parcelas, podremos distinguir ante todo dos principales dominios. En efecto, las ciencias naturales, o son descripción de formas que llamaremos morfología, o explicación de transformaciones, que llamaremos etiología. La primera estudia las formas permanentes, la segunda las transformaciones de la materia según la ley que rige el paso de una forma a otra. La primera es lo que se ha llamado, si bien impropriamente, historia natural, en toda su órbita. Como botánica y zoología nos describe las diferentes formas orgánicas permanentes a través de los incesantes cambios de los individuos y perfectamente determinadas, las cuales componen una gran parte del contenido de la representación intuitiva. Esta ciencia las aísla, depura, clasifica y ordena según sistemas naturales y artificiales, subsumiéndolas bajo conceptos que hacen posible su conocimiento sintético. Además nos descubre una analogía infinitamente matizada de las mismas (*unité de plan*). El paso de la materia por aquellas formas, es decir, el nacimiento de los individuos no es una parte principal de este estudio, pues cada individuo procede de otro semejante a él por vía de generación, la cual, en todas partes igualmente misteriosa, se ha sustraído hasta ahora a una clara comprensión; pero lo poco que de ella se sabe encuentra su lugar en la fisiología, que ya pertenece a las ciencias naturales etiológicas. A ésta se inclina también la mineralogía, que en su mayor parte está comprendida dentro de la morfología, excepto en su parte geológica. Etiología propiamente dicha son todas las ramas de la ciencia natural que hacen su principal objeto del conocimiento de la causa y el efecto: ellas nos enseñan cómo, en virtud de una regla indefectible, a un estado de la materia sucede necesariamente otro determinado; cómo una variación dada produce necesariamente otra también prefijada y condicionada por la primera, y esta noticia se llama explicación. Este procedimiento es el que siguen principalmente la mecánica, la física, la química y la fisiología.

Si nos entregamos a sus informaciones, pronto caeremos en la cuenta de que la explicación que sobre todo buscamos nosotros no la encontramos más en la etiología que en la morfología. Esta última nos da a conocer una infinita variedad de formas en las cuales encontramos un innegable parecido de familia, representaciones para nosotros, que por esta vía nos son completamente extrañas y cuando así las consideramos nos parecen otros tantos

jeroglíficos indescifrables. –La etiología, en cambio, nos enseña que según la ley de causa y efecto un determinado estado de la materia acarrea necesariamente otro y de este modo lo explica, con lo cual ha realizado su misión. Pero en el fondo no hace otra cosa sino indicar el orden regular en que aparecen los estados en el tiempo y en el espacio, y esto para todos los casos, es decir, predice qué fenómeno se producirá necesariamente en tal momento y en tal lugar; por consiguiente, determina su ley en el tiempo y en el espacio, ley cuyo contenido concreto nos ha suministrado la experiencia, pero cuya forma y necesidad nos son conocidas independientemente de la experiencia. Pero sobre la esencia interior del fenómeno no nos dan estas ciencias la menor noticia. Esta esencia interior es denominada fuerza natural y está completamente fuera de la explicación etiológica que denomina a la inmutable constancia con que se manifiestan los efectos de tal fuerza, siempre que se den las condiciones para ello, ley natural. Esta ley natural, estas condiciones y aquella manifestación con referencia a un determinado tiempo y a un determinado lugar, son empero todo lo que nos enseña y nos puede enseñar. La fuerza misma que se manifiesta, la esencia interior de los fenómenos sujetos a dicha ley es para la ciencia un misterio, una cosa extraña y desconocida tanto en los casos más sencillos como en los más complicados. . . Pero la esencia interior de estas fuerzas que así aparecen, debe quedar siempre inexplicada, porque la ley a que obedecen no nos la revela y no pasa de establecer el orden de aparición.”

[4.1.B] De los materialistas: Del mundo transformado y del mundo interpretado.

Se hacen patentes ahora los defectos en el análisis materialista, que tornan su investigación unilateral, es decir, incompleta, pues sólo aparece un lado de ella que se da a conocer dejando el otro obscuro para aquel investigador deseoso de apoderarse de la verdad en cuanto totalidad; esto es en tanto que Espíritu y Voluntad.

En muchos de estos análisis nos encontramos con que nuestra conciencia se halla relacionada con lo inmediato y como si éste se abalanzara sobre ella impidiéndole conocer la esencia que guarda consigo mismo, dando la apariencia o el presentimiento de ser como si aquella rindiera cuentas de aquello que sólo pudo percibir o de aquello, más bien, que le fue permitido apoderarse. Por esto, muchas veces tiéndese a caer en el error de la sentencia aquella que hace referencia a una tal sociedad o a un tal objeto que afecta, influye y hasta modifica al sujeto del conocimiento que se adueña de ellos mediante sus sentidos. Pero, si bien es cierto que hay una modificación, influencia y afectación, no es menos cierto que hay una interacción entre ambos, donde, la mayoría de las veces sale vencedor el sujeto cognoscente, quien, al final del encuentro, tiende a reírse de su sociedad y de su objeto de conocimiento hasta el punto de aborrecerla, en

primer caso, y de detestar aquel objeto que en un principio le dio fama pero que, al fin, lo envió al fracaso. –Pues bien; aquel que conozca y se dé a la tarea de saber lo que es o, por lo menos, de embelesarse en la Cosa en sí, ése comprenderá en un momento muy determinado de su vida la aberración que experimento hacia la sociedad chocha y material que no comprenden sino únicamente aquella unilateralidad del objeto, el sujeto y el concepto; y hasta puede que llegue a comprender y a captar este escrito como un escrito intempestivo para las consideraciones modernas tan oportunas para algunos, cuyo reinado, de lo que a cada rato ementan, no desemboca sino en oídos “sociales” y “objetivos”.

De la misma manera que escuchamos decir al entrepensador, oímos hablar a los pericos; de la misma manera como estos gustan de entrepensar, aquél gusta oírlos hablar; y los vemos entrepensar acerca de filósofos que interpretan, unos a su modo y otros al suyo, el mundo, sin que por ello caigan en la cuenta de que aquello no es lo esencial, sino que, antes bien, habrá que transformarlo: Onceava tesis sobre Feuerbach, “Los filósofos no han hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de *transformarlo*” (C. Marx F. Engels, obras escogidas en tres tomos, p. 11). De donde se deriva que entre tanto entrepensador y entre tanta parlería, revolucioneros es lo que tenemos, al propio tiempo que queda bastante claro que su fin no es otro que la revolución materialista; hecho que, dando un giro en cuanto que se refiere al materialismo especialmente, ha llevado a Lord Keynes a gargalizar largo rato acerca de aspectos generales y para nada particulares en su teorucha y a muchos otros más, como en el presente capítulo se atenderá.

Ahora bien; a aquella sentencia corriente habrá siempre que advertirle que esa expresión muy suya con la cual separa de lo que se trata lo que no, cual si contrapusiera una con otra, enfatiza ya el hecho de que nuestra conciencia tiene que apoderarse de lo inesencial en vez de lo esencial, pues, a la vez que atiende mutaciones y transfiguraciones sucesivas, opta por lo que *no permanece*, por aquello que sólo trata de *fenómenos*, de representaciones y de inquietudes del ser allí independiente; al tiempo que se deja de lado el trabajo que la conciencia hace cuando se pone en movimiento para *interpretar*. El pensamiento de esa sentencia no alcanza a ver que para transformar debe antes interpretar y que en la interpretación deviene lo transformado; –que al poner al mundo como una referencia que envuelve una infinidad de cosas, no hace sino mal interpretar (y mal transformar por consiguiente) la referencia encontrando cambios en aquello que no necesita, pues es por sí solo que los encuentra. –Por otra parte, si se ve

aquí que he intentado solamente deducir por las palabras el defecto de esta sabiduría popular, tendré que prevenir a esa mirada material que se acostumbre, pues así será en algunos, si no es que la mayoría de los casos. Más, aquel que no hubiere ya caído en la cuenta de lo que atrás de ello se esconde, tendrá que atenerse a lo siguiente: la conciencia no alcanza a apoderarse de lo que ya hubimos dicho arriba, o sea del mundo como infinidad de cosas relacionadas en y para sí, cabalmente, porque al contemplar su objeto, que para ella es el mundo, se percibe a sí misma como tal, esto es, como objeto relacionado consigo mismo, al mismo tiempo que se sabe como conciencia negativa, que permanece impertérrita al verdadero mundo que se encuentra en el objeto y en ella misma: donde se ve que al querer hablar de una transformación y de una interpretación, no puede referirla a ellos, ya que estos han desaparecido y la han dejado, como si dijéramos, con la palabra en la boca cuando se ve desconcertada por aquella huída, primero, y por el asalto de sus temores y miedos al presentirse frente a frente con la aprensión y el aprendizaje, segundo. Podría decirse que esto segundo es la madurez y sabiduría del viejo aprehendida a través de su vida; y que lo primero es la insensatez e inmadurez del joven. Pero, como queda aclarado al comprender el mundo de la Voluntad y el Espíritu, encontramos viejos inmaduros y necios y jóvenes maduros, todos los cuales, viejos y jóvenes, han sido moldeados y afectados por la experiencia diaria que lo único a que se dedican es a contarla, cual si de lo que se tratara fuera del hallazgo de un gran tesoro, sin darse total cuenta que lo que valió la pena de vivir y experimentar fue aquella modificación que sus entrañas experimentaron, cuyas voces materialistas no atienden siquiera porque (ya lo sabemos) lo más importante para ellos es transformar: *¡Pocas veces encontramos viejos en cuerpos de jóvenes y estos en aquellos cuerpos!* Pero siempre se tendrá en cuenta que desde muy temprano de su vida hay pensamientos que empiezan ya a chochar imbuidos por su razón inmediata que siempre transforma lo eventual y contingente en lo más esencial e importante, hecho a través del cual se granjean la diversidad de su representación. Materialismo puro.

[4.1.1] Del trabajo como sustancia y como determinación.

Como es sabido, en los trabajos materialistas, o sea, en sus análisis e investigaciones cuya seriedad, consabidamente aunada a una dialéctica revolucionaria, no hace más que llevar a estos hacia resultados paupérrimos y sofisticadamente revolucionarios, hasta el grado de llegar (eso sí, muy fielmente) a ser noticia, tiende a considerarse la contradicción y el atisbo de contraposición que a cada instante van saliéndoles al paso, para, al final, echar mano de la herramienta más indispensable: la matemática; a fin de dejarlas meramente marcadas cual si de una simple incógnita se tratara: al punto que se encuentran, se dejan indicadas; y, en seguida, no se les olvida que es por medio del lenguaje escrito que se expresan y que, gracias a él, pueden ellos hablar de características antitéticas de las formas, toda vez que esto sirva, de modo previo, como base sobre la que se divague e incluso conclusiones se obtengan acerca de una tal o cual realidad.

Como ya he dicho, un principal defecto del análisis de Marx sobre la consideración del trabajo y de la mercancía es que en el momento mismo en que halla una forma “sustancial” en ambas, no le sirve sino para disponer su alma a concebir la contraparte de esa mera forma, lo cual le lleva a saberse entre meras contraposiciones que nacen y se desvanecen por consiguiente en la “realidad”, en el “hecho”; dejando claro simplemente que ni entiende de *realidades* ni de *hechos* y que deja a la *Cosa en sí* intacta, así como da muestras evidentes, para algunos claro está, que de ella no tiene ni la menor Idea, aunque por instantes crea que de ella es sobre la cual se encuentra hablando. El ejemplo que veíamos anteriormente estribaba en la relación de valor o expresión que una tal mercancía hacía del mismo en el cuerpo de otra, la cual concedía en esa relación su “forma natural”; razón por la que se encontraba la expresión de valor sustancial en un valor *determinado*, –que no consistía en nada más que en la forma de valor relativo y en la forma equivalencial. Pero en este análisis se llega al punto en que el autor decide establecer este hecho como una ley, por decirlo así, o como mera tendencia, cuyo impulso lo influye para que indique simples características inmanentemente contrapuestas.

Marx advierte, sin embargo, tres particularidades con las cuales tenemos que enfrentarnos al tratar la “forma equivalencial”; –que si bien se refiere a esta forma, se aprecia, evidentemente, que no puede dejar de atender su antítesis, es decir la expresión

relativa, en un caso, de trabajo humano, en otro, y la forma directamente social que el trabajo adquiere finalmente (Marx, El Capital, pp. 23 y 25):

“La primera característica con que tropezamos al estudiar la forma equivalencial es ésta: en ella, el valor de uso se convierte en forma o expresión de su antítesis, o sea, del valor. . . la segunda característica de la forma equivalencial es que el trabajo concreto se convierte aquí en forma o manifestación de su antítesis, o sea, del trabajo humano abstracto.”

Y todo ello nos lo dice antes de habérselas con Aristóteles. Ahora bien, a propósito de Aristóteles, Marx aduce el argumento de que a éste pensador faltábale apoderarse de un concepto que, a la vez que fuera sustancial, pudiera representar una igualdad, algo igual, en la expresión de valor entre cosas tan diferentes como lo son la “casa” y los “lechos”; este concepto lo halla Marx en tanto nos habla de un trabajo sustancial, o sea humano, el cual, según él mismo, representa lo sustancial al tiempo que, por medio de ése, podemos establecer una igualdad entre los distintos. Es decir, aquí no sólo se ha olvidado de que en la relación aquella, por medio de la cual mercancías tan diferentes son careadas consigo mismas para sentar las posibilidades del intercambio, es necesario la antítesis de esa posibilidad sustancial, sino también se ha abandonado el pensamiento sobre el complemento que determinado “trabajo humano” y trabajo social requieren para ser totalmente diferentes de una tesis previamente puesta. Esto también lo poníamos de manifiesto en capítulos anteriores, cuando se decía que Marx nos instaba a hacer abstracción del valor útil de cada mercancía para entrever el trabajo como sustancia que mora en ella, al ser producto del trabajo humano indistinto. Mas, encuentro yo aquí la razón por la cual tengo que dirigir al análisis materialista de Marx una crítica que se fundamenta en el hecho de que, al no comprender cabalmente a lo que la *Cosa en sí* kantiana se refiere, y al haber mal comprendido, en su totalidad, la doctrina hegeliana y, además, creer que la realidad, en cuanto puede ser explicada por circunstancias relativas al conocimiento en un tiempo y espacio determinados, es decir, por meros fenómenos (en tanto que estamos siendo afectados por la pluralidad de nuestra representación intuitiva), no se percata de que el *concepto sustancial* requiere toda una explicación completamente diversa de la que nos da cuando analiza el trabajo como “sustancia”: pues, según este análisis, el trabajo abstracto, aparece como algo determinado en vez de que aparezca como un universal; esto es, como un verdadero y único *valor*.

Marx, con su estilo materialista sienta su pensamiento sobre la determinación del trabajo, –del trabajo creador de valor útil y del trabajo creador de valor venal, eso lo

sabemos de memoria. Al querer establecer la verdadera consideración que con otros autores no tuvo, y que si la tuvo, sólo fue a medias, delimita al valor-mercancía (cantidad de trabajo humano) como aquel valor sólo por medio del cual podemos apreciar el valor que cada mercancía posee; el cual, no es incondicionado, ya que, antes bien, tenemos que apoderarnos de un instrumento de medición con qué podamos medir la cantidad de trabajo que ese valor representa: ese instrumento es el tiempo. Es decir, el tiempo y las partes en que puede ser dividido ayudarán a medir la cantidad de trabajo contenido en *una* mercancía. Pero, con esto así como queda dicho, tenemos que este *trabajo abstracto* es tan abstracto que es, de por sí, *determinado*, y al ser así puesto y entendido, el conocimiento que hace nuestro entendimiento de él, recae en la individualidad de la mercancía cual si ella fuera el reconocimiento que hiciéramos a una mercancía considerada como valor usual. Ello no cambia en nada si en vez de valor o trabajo, los sustituyéramos por nombres como, tiempo de trabajo socialmente necesario, capacidad productiva del trabajo, capital desembolsado, composición de valor, composición técnica del capital, composición orgánica del capital, etc., –pues es claro que cada concepto (nombre) hace alusión o bien a *determinada mercancía* o bien a *determinada producción de mercancías*; mas, debo aclarar que a estos conceptos determinados como unilaterales, el materialismo ha querido diferenciarlos por la función que cada uno representa en la producción de mercancías en cuanto que nuestro entendimiento es presa de la relación causal que él posee *a posteriori* y que en este proceso no hace más que reflejarse. Ya que la función que como capital desembolsado ejerciera, no sería para nada idéntica a la función que efectuara como composición orgánica del capital: a la vez que explican y determinan cosas distintas sucesivamente, es decir, si las referimos a relaciones en las que tengan cabida las representaciones fenoménicas, están separadas una de otra por un largo trecho. Sin embargo, si se me preguntase, y debido a esto, quede, pues, aquí dicho: no puede haber mejor contemplación para determinar al valor de cada mercancía (como magnitud o cantidad de trabajo) que aquella cuyo resultado indique a la *capacidad productiva de trabajo*, pues es ella ya una consideración completa, total y cabal, a la que le es necesario tanto el concepto abstracto de cualquier cosa, como el concreto, siempre que sea entendida como *el punto* ora por debajo ora por encima del cual el precio de la mercancía en cuestión pueda variar, allí, representando una pérdida para su productor, poseedor, etc., aquí, una ganancia para su productor, poseedor, etc. –Pero, como se verá más adelante, siempre y cuando que sea una consideración producida desde la conciencia y que sea ella la que mediante esa capacidad tenga una relación consigo

misma como tal capacidad productiva. De lo cual se deriva en consecuencia que *este punto* es fijo, o sea, definido, al depender del trabajo abstracto y concreto, –del trabajo como “padre” y de la tierra y sus productos como la “madre”; dice Marx (El Capital, p. 7):

“La capacidad productiva del trabajo depende de una serie de factores, entre los cuales se cuentan el grado medio de destreza del obrero, el nivel de progreso de la ciencia y de sus aplicaciones, la organización social del proceso de producción, el volumen y la eficacia de los medios de producción y las *condiciones naturales*.”

[4.1.2] Del trabajo como capacidad productiva del trabajo, como composición orgánica del capital y social necesario.

Es justo ser cautos aquí con las funciones que bajo estos conceptos puedan aparecer y a la vez darse a entender, cuando se dice que esa capacidad determina mejor la magnitud de valor de la mercancía en vez del trabajo abstracto o del tiempo de trabajo que se establece de manera social. Y al decir que debemos ser justos y cautos no me refiero sino a lo siguiente.

Para que las siguientes consideraciones en esta investigación alcancen especial y cabal firmeza y contundencia basadas en la hipótesis *según la cual el salario no es más que la ganancia y la ganancia, el salario*, trayendo consigo, desde luego, aparejados los resultados que de ello derivarían consecutivamente acerca de la verdadera causa de la inflación, no en el sentido precisamente de querer hallar su origen en algo que, ya meramente por pensarlo, se nos escaparía de las manos, o más bien, del entendimiento; sino simple y sencillamente en el entendido de cada comportamiento que efectúa tanto la ganancia como el salario, para alcanzar ello, digo, es preciso establecer un deslinde entre lo que se considera como valor de la mercancía y su precio, pues si bien es sabido que las mercancías no son lanzadas al “mercado” bajo ninguna circunstancia, especialmente las que están más protegidas por sus dueños, carentes de la indicación acerca de cuánto dinero a cambio se recibe por ella, esto es, sin precio alguno, también se sabe que éste es establecido teniendo como base su *valor* empero; entiéndase éste o como la cantidad de trabajo humano medido por el tiempo de trabajo socialmente requerido para su producción, o como aquel valor de un tal producto, que sólo iguala el valor de tal o cual capital desembolsado; o bien si se quiere, en el entendido de ser una “composición de

valor” o bien una “composición orgánica del capital”, en general –o en síntesis, mejor dicho–. De aquí que anteriormente hayase expresado que, en cuanto se establece en el pensamiento el método materialista y su forma peculiar de caracterizar los aballamientos abstractos que tiene para apoderarse de las funciones que cada concepto puede representar en la “realidad” tomada ésta en calidad de facultades cognoscitivas, el valor debía ser considerado como un *punto* mediante el cual se atiende que tan arriba o que tan abajo puede llegar a fluctuar *un* precio, observando ganancias o pérdidas en la venta *del producto*. Además se especificaba que éste *punto* no era otro que *la fuerza productiva del trabajo*.

Ahora bien, se admite que cada nombre dado al hecho percibido como fenómeno en el proceso de producción de mercancías (así como en el de distribución, cambio y consumo), arropados y resguardados fielmente por su concepto determinado, especifica cierta función en cualesquiera de estos mencionados procesos y que es precisamente ésta última, cabalmente, la que hace que no sean captados como iguales. Así, por ejemplo, el capital desembolsado no puede equipararse nunca a la composición orgánica de capital, en general, pues, ciertamente, el análisis histórico materialista anuncia que éste ayuda a estudiar no simples influencias ejercidas sobre una tal suerte de la “clase obrera” en cuanto el capital es incrementado; mientras que, con aquél, con el capital desembolsado, indica la cantidad de dinero empleado en lograr medios de producción y fuerza de trabajo: una es la base sobre la cual apoya Marx la consideración referente a la conversión de dinero en capital, su valorización; y otro es la base de toda acumulación de capital y del libro tercero; aunque ambos traten y se refieran a la misma división existente entre medios de producción y fuerza de trabajo.

Pero debe reconocerse, en efecto, que en ambas consideraciones no se hace nada más que entenderse las con una sola proposición: aquella división que arroja, por un lado, fuerza de trabajo y, por otro, medios requeridos para la producción; siempre utilizados y estudiados de diferentes maneras. He aquí el gran logro del materialismo: apoderarse de las funciones fenoménicas de los procesos económicos y en base a ellos establecer todo tipo de resultados, los cuales, no obstante de hallarse en el nexo de lo subjetivo y lo objetivo, no alcanzan a captar la esencia de las cosas tanto como cosas determinadas, como indiferentes, llegando sólo a tener en cuenta el movimiento del ser inmediato como cosa determinada de la representación inteligente.

De ello podemos también percatarnos cuando el materialismo habla acerca del valor de las mercancías relativo a un determinado tiempo una vez que abstracción

héchose ha de su materialidad como mercancía aislada, para medir la magnitud de brazos, músculos y cerebro que ella ha absorbido en el proceso de producción; la cual absorción no es sino el núcleo de tal valor. Sin embargo, se aprecia claramente que esta consideración no basta para determinar de forma precisa la *real* cantidad de trabajo que se invierte en la creación de mercancías. Incluso pareciera que se nos está hablando de un solo individuo que destina sus propias fuerzas a esta ardua labor; y todavía más parece cuando se introduce en el concepto del “tiempo de trabajo socialmente necesario”. Este nuevo concepto aparece en la acción simplemente para indicar que la magnitud de desgaste humano no puede ir en aumento debido a la demora o torpeza que efectúe su productor al momento de traerla a la vida. Antes bien, éste tendrá que rendir y representar dada “fuerza media de trabajo social”: de aquí el término “socialmente necesario”.

Ahora bien, si algo sabemos sobre el análisis materialista, es que tiende a explicar lo mismo pero colocado en diferentes situaciones, por decirlo de alguna manera, de tal modo que la figura quede marcada según su rasgo distintivo de aparecer mediante la práctica o el pensamiento. Y, ciertamente, volvemos a encontrarnos con este tiempo de trabajo socialmente necesario, cuando se revela de manera más implícita el valor en la forma de “valorización del valor”; ya no corresponde, ahora, a un desgaste simplemente y a un productor aislado, sino a determinadas materias primas, medios, maquinaria y obreros; todos los cuales aparecen representando una suma de dinero adelantado por el capitalista, es decir un precio y, a la vez, un tiempo de trabajo necesario según la rama de producción en que éste opere. Esta es la razón por la que el argumento dado en un comienzo sobre el tiempo de trabajo socialmente necesario no era suficiente para medir simplemente el valor de la mercancía, teniendo que pensar en el trabajo cual desgaste y en la capacidad productiva, y la mezcla de ambos, como la razón determinante del valor.²⁶ Mas, en llegando a la “valorización del valor” perdemos de vista tanto a uno como al otro y sólo tenemos que habérmola con una correspondencia entre precios y dinero.

²⁶ Véase el apartado que Marx dedica a la determinabilidad cuantitativa de la forma relativa del valor. El Capital, p. 20, FCE.

[4.1.3] Del trabajo como pérdida y ganancia. La equiparación del trabajador y el capitalista.

Así pues, aquel que habiendo ya percatádose del sentido por el que quiero encaminar esta cuestión etiológica del análisis materialista, comprenderá que, siguiendo lo establecido, no llegamos sino a lo *otro*, o sea al mismo punto del que arrancamos, pues no hacemos más que echar a andar nuestro entendimiento en redondo, –a una diferencia externa que no hace más que negar su forma anterior de la cual hubo provenido y con la cual se mantiene separada, sin que esta conciencia material eche de ver que observa su realidad, sobre la que ha basado todo elevándolo, a la vez, a concepto, y en la que ha puesto toda su atención siguiendo la línea de los acontecimientos, que la somete al error pues trata con lo inmediato simple; –la convierte en singular; –*no se hace cargo de lo interno, tan es así que sus explicaciones consisten, como hemos venido diciendo, en la descripción de las transformaciones que acaece en el fenómeno sucesivamente, en el tiempo y en el espacio.* Esto es tan claro, que vemos al entendimiento materialista embotarse cuando quiere apoderarse de lo *infinito*. Porque para él éste infinito es algo que no tiene límites, algo que se le va perdiendo poco a poco de vista y que poco a poco no tiene ya más conciencia de ello. Para Hegel, ello era el *infinito malo*; el infinito que en las matemáticas también encontramos o aquel al que muchos (adoradores de lo externo al planeta Tierra), llaman universo. Para terminar con estos pensamientos sobre el método materialista, pongamos, finalmente, a manera de ejemplo, otra falencia que hallamos en él, referente a las determinaciones del valor y su argumentación.

Envolviéndose en las determinaciones que un tal Weston hace acerca del valor de las mercancías mediante los salarios, Marx aduce que estos no pueden ser los que regulen el valor de aquéllas, debido a que, por un lado, los salarios son una mera expresión con la cual no decimos sino “valor del trabajo”, no decimos sino el precio del trabajo por el que éste es cambiado por dinero. Pero, por otro lado, Marx también le reprocha al ciudadano Weston, lo que de aquí se deriva; es decir, al saber que con los salarios sólo nos referimos al valor del trabajo, no podemos decir ahora que el valor de las mercancías se determina por éste, puesto que con ello estaríamos aludiendo a que un valor se determina por otro valor, el cual se regula por otro; y así hasta el infinito. Cuando Marx presiente que a este resultado se llegará por ese camino, se detiene y se concreta a decir que nos hallamos en un “punto muerto”; con lo cual se limita uno a moverse en

círculo, sin fin. Pero al mismo tiempo se le olvida todo esto cuando trata de investigar lo que regula el valor del trabajo, siendo que para él este valor tiene que determinarse por el “valor de los artículos de primera necesidad” para “perpetuar la fuerza de trabajo”. Por consiguiente, tenemos que en general, si consideramos el valor de cualquier mercancía tal que éste sea el que regule el valor de todas, no veríamos otra cosa más que un valor que es medido por otro, el cual, a su vez, necesita ser determinado por sí mismo.²⁷ Esto es, expresado en su forma más abstracta, al decir que los salarios determinan los precios de las mercancías, no decimos nada más que el valor se mide por el valor y esta tautología sólo demuestra que en realidad no sabemos nada del valor.²⁸ O sea que, ¿Marx no sabe nada referente al valor?. . . Pues, al medir el *valor* del trabajo por medio del *valor* de los artículos de primera necesidad, ¿no está determinando al mismo tiempo, *el valor por sí mismo*? Y ¿no está pensando aquí las cosas como una razón que no tiene más causa que nuestra facultad de limitar *por nosotros mismos* el valor, esto es, como si nos midiéramos a nosotros y lo expresáramos por medio del valor en sí mismo?. . .

Ahora bien, para aclarar esto, no es preciso saber de nosotros como aquella causa por la cual se regula el valor de *la mercancía*, cual si se tratara del valor de la individualidad de la conciencia, cuyo individuo aislado, dentro de su especie, lo dispusiera de manera consciente, conociéndose a sí dentro de este genero, –como *verdadero* desgaste de músculos, de cerebro, de brazos, –aquel determinante necesario para “producir, desarrollar, mantener y perpetuar” el *Espíritu de la fuerza de trabajo*, encaminada y destinada a reconocerse a sí misma en lo otro y mismo de sí.

Como se ve, las explicaciones materialistas guardan poco o nada de similar con las descripciones arrancadas a la Voluntad; evidentemente. Puesto que unas se mueven en lo inesencial; y el otro en lo esencial que debe comenzar, sin embargo, desde aquél, mas, elevándose a la vez hacia lo universal. Esto se seguirá haciendo en lo que viene.

²⁷ Marx, Karl, “Salario, Precio y Ganancia, 5. Salarios y precios” en C. Marx F. Engels Obras Escogidas en tres tomos, tomo II, editorial Progreso Moscú, p. 46.

²⁸ Ídem.

[4.1.3α] De la simplicidad del valor trabajo.

Ya que hemos dejado de lado la forma mediante la cual se fija el valor de la mercancía y los medios, gracias a los cuales permite establecerse una medida con la que él es determinado, podemos mantener nuestra atención en la consideración simple del valor en el sentido de ser éste el comienzo y la base desde los que nos elevemos hacia una realidad completamente diversa a aquella que sólo contempla las mutaciones a través del tiempo en lo ajeno, tomando la causalidad como principio.

Ahora; la particularidad del valor, no se refiere a otra cosa más que a la forma en que, primeramente, como concepto, aparece derivado de lo inmediato atrapado por nuestra conciencia. Para ella, esto que se deriva es lo simple de su relación con lo externo, lo cual acaece como si fuera el entendimiento el que se hiciera cargo de comprender discursivamente todo aquello que el concepto mismo representa, pues él mismo abarca lo que expresa. Pero pronto vemos que es muy poco lo que con él se puede llegar a abarcar, ya que su función es una mera referencia de la cual sólo nos servimos para nombrar y conocer y no para asimilar el movimiento que el concepto tiene en sí mismo, – que permite contemplar la realidad misma en cuanto que se está partiendo de un singular inmediato. Sin embargo, como inmediato, su movimiento debe empezar desde este momento en que no es más que un negativo que establece una separación con lo ajeno, pese a que, como concepto, como articulación de distintos, yuxtaponen a otros formando un conjunto. Mas, ya se vio que este comportamiento es parecido al que el entendimiento realiza en tanto que se halla en medio de la representación sensible, el cual, como sensible, no tendría ante sí nada más que la representación de la mercancía relacionada consigo mismo, considerada en calidad de valor útil y venal y sustancial. Tanto estos valores, así como la atención requerida para atender al trabajo en calidad abstracta, deben atribuirse a la actitud sensible que la conciencia y el saber del sujeto hacen de ellos. Pues como algo útil, la mercancía se torna esencial cuando enfrenta todo lo otro que no es ella y lo repela de sí, ya que el trabajo concreto que reviste su materialidad inigualable *sirve* para volver la mercancía distinguible de toda otra. Por lo cual, examinamos ahora a la mercancía como distinta de sí misma, –algo que la lleva a no desprenderse y a dividirse en sí y que hace aborrecer este tránsito hacia lo diverso de sí; al tiempo de que se atiende en tanto que es lo singular y se halla lo más aislada posible, como valor de uso, de sí misma; de aquí que hayamos dicho que no comienza siendo otra

cosa que lo sensible inmediato. Esta misma consideración sirve para ocuparnos de la inmediatez del valor en su calidad de abstracto, o sea como lo contrario al valor usual distinguible. Cuando hacemos abstracción de éste último empezamos a juzgar lo que es el “valor-mercancía”. Pero, aquí, aunque dedicamos nuestra fuerza a pensar el tal valor, no desdeñamos por completo su forma singular que pertenece, no obstante, a su valor contrario. El valor abstracto se manifiesta, por lo mismo, enlazado a su primer momento como individual. Sin embargo, cuando se examina, se observa desde el punto de vista en que es para nosotros algo común que no se distingue a otro; es decir, es lo contrario al valor aquel mediante el cual sabíamos que lo contrario circulaba en torno a su ser particular sin que, por ningún motivo, se confundiera el entendimiento. Mas, ahora, con el valor común sabemos que con él podemos, a la vez que se ajusta a la infinitud, ceñir la pluralidad en tanto que es considerada como valor abstracto o “sustancia”; se intenta que mediante el análisis se represente la sustancia cual si fuera un mero continente; sin embargo, al contemplarla así, pierde todo tipo de extensión, pues lo que hacemos con ello es trasladarla a un simple aspecto cuantitativo, el cual tiende a desdeñar su actitud continente y la convierte en mero contingente; o sea, retorna a su modo singular de valor útil. Ya no es necesario decir que el valor trabajo es *en realidad* cual sustancia, pues cuando se enlaza, vía nuestro entendimiento, a los menesteres cuantitativos a través de los cuales determinamos el valor aislado de la mercancía repelamos de nosotros todo juicio sobre el *valor como sustancia* tornándose éste en el contenido insustancial que mora debajo de toda mercancía en calidad de valor de uso previa abstracción cerebral que nos permitamos realizar en el análisis del materialismo. Schopenhauer decía, en alguna parte de Mundo como Voluntad y Representación, que la *sustancia*, llevada hasta sus últimas instancias o sea, considerada esencialmente, no es otra cosa que *materia*: cosa que sirve de base al materialismo dialéctico para hacer de las suyas en la “realidad”, –para llevarlo a confusión en las formas de la causalidad y mutación a través del tiempo y el espacio, – para alejarse, con ello, de la verdadera contrariedad existente entre el idealismo y realismo o materialismo. Sin embargo, volviendo a nuestro asunto, decía yo que en el aspecto cuantitativo, el valor sustancial pierde toda propiedad de ser apreciado como la *fluidez* abarcadora: es apenas, con esto, un contenido inesencial; es decir, una sensibilidad, como a la que nos referíamos más arriba. De aquí que, en el llamado análisis, ambos valores aparezcan inesenciales; mas, también, cuando se requiere, él mismo los muestre idénticos, haciendo igualdad en tanto que no dejan de lado su diferenciabilidad. No debemos engañarnos, empero, con estas similitudes que el método

hace, pues está bastante claro que su identidad es una armonía referente a la faceta en que cada valor se desenvuelve necesitando a su otro para producir determinado efecto. Aquí notamos, desde luego, que este tipo de negación se ofrece en un plano cuya superficie presenta la mercadería en su pluralidad, provocando en nosotros la mera distinción de cada cual –sin advertir que de lo que también se trata es de aquella pluralidad, lo que por nuestra cuenta requeriría de un gran esfuerzo– como si lo externo a ellas fuera lo otro de sí idéntico sólo debido a que aparecen juntos o como resultado de una acción.

[4.1.3β] De la extensión del valor como desgaste de fuerza de trabajo.

Lejos de ello, la sabiduría del *ser en sí* invita a la conciencia a elevarse a realidad en cuanto que está fijamente situada en la contemplación primera de la cosa, alcanzando, por ella misma, la posición de conciencia en general o ser consciente. No puede detenerse más tiempo en la observación de la causalidad, sin que se sepa como la causalidad misma que se expande en pro de lo universal. Del mismo modo la conciencia no se debe a la inmediatez de sí misma relacionada con su ser o con su forma sensible puesta en ella o en lo otro; sino a la mediatez que alcanza cuando se piensa como conciencia en general transformándose en el ser otro de su otro y de sí sin perderse a sí misma en los linderos de la negación que, algunas veces, la desvía y la conduce a error.

Ahora bien; saber y conocer el movimiento hacia la negación de sí misma es algo que de inmediato no interesa, sino simplemente importa el que haga abstracción de aquello que se le enfrenta como concepto limitado a lo particular, el cual aspira con ello a superar el modo en que participa en lo sensible. Así pues, la consideración que la conciencia hace acerca del valor abstracto, cuando lo relaciona a un algo cuantitativo, solamente está fijo a lo que representa el valor útil puesto en la pluralidad inmediata. Ciertamente es que en esto plural este valor se identifica consigo mismo; pero no es menos cierto que ella (la identificación) es aquí catalogada de externa y que el cambio efectuado no corresponde a lo interno. El camino hacia la igualdad, por tanto, tiene que realizarse desde el valor útil en su aspecto negativo en general y desde su sustancia de valor que

cada cual encierra. Aquí la negación de los valores entre sí desaparece y ellos no hacen más que avenirse con toda clase de predicados que se quiera adjuntarles. Al perder cada cual la propiedad con la que los distinguíamos, para cualquier pensamiento unilateral situado en la materia, acontece que son ahora lo uno y lo mismo; de suerte que, ya determinados así, se vislumbra *el cambio*. Pero, hasta aquí no percibimos el cambio interno esencial, que cada valor tiene para sí; ya que sólo hemos sido presa de la mera representación. En calidad de determinación cuantitativa el valor aparece como dinero, cuya piel no encierra otra cosa que desgaste de fuerza de trabajo como cualquier otra mercancía. Sin embargo, ya vimos que ésta se comporta simplemente o bien como valor concreto o bien como abstracto. Por consiguiente el dinero guarda ahora un comportamiento inmediato con los otros dos valores (útil y sustancial), los cuales lo arrastran a su determinabilidad inesencial. Da lo mismo, pues, hablar del valor como mercancía o como valor, porque están puestos en un plano inmediato donde lo sustancial no es el concepto sustancial, *la Idea*, son delimitados. En cambio, la conciencia afectada por estos conceptos, sin embargo, no se halla en el conocimiento del concepto en general, por lo que adopta la forma aparente de la realidad. Aquí acontece algo que no se tenía antes en el materialismo, a saber: la conciencia de lo inmediato parece barruntar el verdadero contrario determinado de lo sensible, donde sólo paraba mientes en lo útil y sustancial. El valor como desgaste aparecía en escena como mero personaje tildado de esencia negativa acomodada a un valor de uso, lo cual le hacía abandonar su forma abstracta para ser el fenómeno; o bien, mejor dicho, esta forma lo torna tan abstracto que logra mantenerse así sin llegar a ser lo abstracto absoluto. Ello se alcanza no por la sucesión de la causalidad, sino por el tránsito que la conciencia efectúa en sí misma como desgaste. Ni el dinero como equivalente general, ni el valor de uso, el venal y la mercancía consiguen que la conciencia examine la consideración de ellos a pesar de ser ideas que hubieron brotado de sí misma; pues era conciencia aislada. Ahora bien, así puesta, ella tiene por verdadero las categorías anteriores, pero sin contraponerlas en sí mismas; empero, como desgaste que ella es y al presentir la realidad, es trasladada a la anulación de la mercancía en general viendo ahora lo particular de ella que le incita a negar y a mantenerse en ese aspecto suyo al mismo tiempo: lo contrario del producto en general se le muestra como lo contrario de sí misma en tanto que ella es la consideración del producto. Se mantiene en el agobio, ahora, puesto que ya no es presa de lo inmediato, sino de *lo mediato*, –ya no se detiene en lo aislado sino que manifiesta que le acucia lo que este aislado tiene de integral, habiendo pasado antes por la cancelación de

la conciencia usual y venal. Podemos contemplar que la urgencia de encontrarse metida en el espectáculo del movimiento de la negación, conduce al pensamiento a convertir *en otra cosa* cada concepto que el “análisis” aportádole ha, siendo ello un concepto, no obstante. En términos hegelianos nuestra conducta reflexiva sería con el concepto, aquella cuya esencia es sólo *para sí*; con el espectáculo, una manera de ser *en y para sí*. En efecto, como desgaste de conciencia, la mercancía, en tanto que es la composición de valor usual y venal, es lo que no es ella, sino lo que es para otro, o llevado al plano económico, ella es el valor de uso, pero al ser así, no lo es más, dado que ya barruntamos la negación de sí misma. Con lo cual el propio valor útil vuélvese sustancia esto es: esencia, desgaste. No debemos desterrar la consideración de nosotros de que este valor arrastra tras sí su contrario, es decir, el valor venal o sustancial entendido como desgaste de fuerza de trabajo inmediata o aislada: al ser sustancia de valor, era común a toda mercancía, luego aparecía como el género; mas, éste se tornaba especie cuando, a pesar de ser común y válidamente juzgado como universal, servía como concepto para equiparar mercancías carnadas, lo cual, según se nos dijo, fue con lo que tropezó el gran Aristóteles en sus *razonamientos*. Al regresar a su forma de especie, en vez de género, este desgaste ya no es desgaste integral de conciencia, sino meramente un concepto de valor que iguala diferentes en el cambio, como vimos. De manera que la transustanciación de los valores se alcanza mediante el esfuerzo consciente que hacemos sobre los valores singulares *en y para sí mismos*.

A mentes portentosas como la de Hegel, Nietzsche o Schopenhauer, entre otros, no se les podía escapar la investigación de las acciones externas como algo alejado de nosotros sin nexo alguno. Pero tampoco podían permitir que el nexo apareciera debajo de lo instantáneo (como lo hace el materialismo dialéctico), pues desaparecería así sucesiva e inexorablemente; sino que lo que hicieron fue revestir con pensamiento lo externo, manteniéndolo en y para sí, permanentemente.

Ahora bien, aquí se discrepa de Marx, por lo anterior, debido a la manera mediante la cual censura a Proudhon (*Miseria de la Filosofía*, pp. 51 y 52) el que haya explicado la forma de la transustanciación de los valores en base a la obligación individual para producir lo que falta. Es cierto que Proudhon muestra que de dialéctica hegeliana no tiene ni la menor idea, pues cuando quiere ser histórico desdeña la historia captada como pensamiento general y sólo, por lo mismo, consigue ver hechos sucesivos que tiene continuidad y realidad fuera de sí, mediante la fuerza de la causalidad. Sin embargo, como diría Kant, esta causalidad no es para nada a priori. Marx puede darle todos los

giros que quiera a estas líneas y dejar a Proudhon en ridículo, debido a que se ha ocupado de mirar los pros y los contras del método materialista unilateral. No hay más que ver, para fines de dialéctica hegeliana, lo que dice sobre su autor en su cuarta observación de esta misma Miseria de la Filosofía pág. 127 y ss. En cuanto a fines económicos, decía que Marx es capaz de transformar el prejuicio que Proudhon tiene al verse reducido a la nada en el instante en que la producción de lo necesario aparece rebasando lo que sus pequeñas fuerzas y las de la naturaleza pueden producir. Para subsanar lo que la naturaleza deja de hacer, Proudhon echa a andar cual máquina productiva. Para proveer lo que él y la naturaleza no consiguen, ella como Madre y él como máquina productiva, subvienen a Proudhon *todo tipo de colaboradores* cuyas funciones no pueden ser catalogadas como idénticas. Esto, digo, Marx puede transformarlo a “división del trabajo”, “valor y cambio”; y ser consecuente en cuanto que se propone la ilación hacia el origen del valor y su transustanciación.

Así pues, ¿Qué se puede esperar del materialista cuando tiene por dialéctica hegeliana una “gestación dialéctica de una nueva categoría”? Este análisis cuando no es el insano y chocho pensamiento que la conciencia advierte del objeto en tanto que representación intuitiva, llevado a la impura causalidad de sucesos y elevado a concepto meramente inmediato y sensible, es simplemente una mente que yuxtapone dos conceptos contradictorios de los cuales debe salir uno que haga referencia a ambos, siendo él mismo la unidad; es decir, una mente puesta, contrapuesta y compuesta. Para convencernos de ello, debemos apreciar, con ojos severísimos y conciencia pura, lo que Marx dice acerca de la dialéctica de Hegel en su cuarta, quinta, inclusive sexta y séptima observación de su Miseria, la cual dialéctica no la utiliza sino para asegurarse un origen material. Su primera manera de ser la concebimos en el siguiente pasaje (Miseria de la Filosofía, p. 52):

“Para explicar el valor de cambio es menester el cambio; para explicar el cambio es menester la división del trabajo; para explicar la división del trabajo son precisas necesidades que reclamen la división del trabajo...”

Su segunda, es aquella con la que nos encontramos en su “Ley general de la acumulación capitalista” de su obra principal, cuando aparecen ante nuestros ojos – pensamientos, más bien– una tal “composición de valor” y otra tal “composición técnica”; las cuales son reunidas poco después en otro concepto que, podría decirse, hace las veces de género: “composición orgánica del capital” (El Capital, p. 517). Con lo cual aseveramos que si Proudhon no sabe nada sobre dialéctica hegeliana; Marx no tiene ni la

más mínima idea de lo que la *cosa en sí* refiere. Así pues, de aquel valor cuyo origen es buscado en la división del trabajo, la cual, a la vez, es reclamada por necesidades, hay que decir que ocurre lo mismo que lo que sucede en el valor cuando determinábamos su procedencia, la cual no era otra que la conciencia del sujeto puro; para el materialismo, ésta se hallaba en el valor mismo, haciéndose pasar como tal pero bajo otro nombre. Si debemos dar una explicación del valor en base al cambio y éste en base a la división del trabajo que, a su vez, tenga su fundamento en las necesidades que la reclaman, tenemos, luego que advertir la relación de ellos con la conciencia, concediendo que este hecho expresado en el conocimiento que ella haga de sí no corresponde a la conciencia misma; sino a la *autoconciencia*, al hecho de saberse a sí en *lo otro de su otro*.

[4.1.3χ] Del capital, trabajo y plusvalor.

Siguiendo con la crítica a Proudhon, tenemos, ante todo, que detenernos, llenos de recelo al ver que Marx, al concepto del libre albedrío, no puede sacarle el más mínimo provecho. Toda su argumentación estriba en el límite que algo externo impone a la conciencia y si esto es así es simplemente porque no le sabe dar a ella el lugar que le corresponde o simplemente porque no quiere, pues no sabe cómo. Me inclino a pensar en esto y a decir que es la razón de que haya tanta reflexión allá fuera que carece de reflexión, ya que no advierte siquiera el no ser de la manifestación de la cual proclama lo verdadero; –que la separación y la diferencia hallada en su intuición tiende siempre a lo diferente de la diferencia, o sea a lo semejante que cada diversidad tiene en el hecho de ser un conjunto articulado. La causalidad se le torna lo sucesivo que ejerce la actividad deformando la materia y no es la fuerza, la energía de la actividad que va y viene por la materia toda más allá del tiempo y espacio particulares. En efecto, no sólo vemos al individuo ser azotado por los medios que en la sociedad de la cual él forma parte como creador, le sirven para subsistir; sino que, también, lo vemos recibir latigazos de la misma conciencia social equiparada al medio de producción. Y tiene que ser así: ¡no vaya ser que a aquella conciencia individual le queden fuerzas para apoderarse del concepto y revierta, por consiguiente, todas y cada una de las conciencias individuales hasta dar con

la individualidad absoluta! –¡Chito, chito; con nuestra tecnología enfermamos gratis, por nuestra tecnología vendemos la cura! ¡Gran negocio!

Para Proudhon el libre albedrío supone al hombre; pero ni para él ni para Marx hombre supone conciencia, ninguno de los dos presupone ésta y mientras no sea previamente admitida se obtendrán conclusiones en las que lo contingente tal como el valor, la utilidad, la opinión y la necesidad, ocupe el dilema central. Pues precisamente todas estas particularidades de las cuales tenemos necesidad y que por eso atribuimos valor, se someten a la eventualidad del libre albedrío, que siempre aparecen, en el método materialista, como lo pasivo, lo subjetivo, la subjetividad del hombre cuyo destino no ha sido otro que el ser moldeado por circunstancias ajenas a él y, por lo mismo, ya puestas, preexistentes: el dilema del que hablábamos, por un lado Proudhon, por el otro Marx (Miseria de la Filosofía, p. 59). En la misma página se oye a Proudhon afirmar que al valor útil y al venal los encontramos en oposición ya que se hallan regidos y gobernados por el libre arbitrio. Pero, a la vez, lo vemos inmerso en la duda, pues se ha topado con la voluntad que no ha entendido; se pregunta: “¿Cómo resolver esta oposición mientras subsista el libre albedrío?”.

Al no comprender la generalidad y las formas en que en la realidad el Espíritu se manifiesta, pretende quitar a alguien del camino: “¿Y cómo sacrificar éste (libre arbitrio), a no ser que se sacrifique al hombre? Es claro que estos argumentos que Proudhon da son criticados por Marx ya que para aquél los hechos económicos nacen de una decisión propia y aislada, como si fueran las representaciones de dios vistas en sueños; mientras que Marx fundamenta estos hechos en la limitación que tiene el hombre al formar parte de una sociedad que produce en base al trabajo y su división, que es de donde se originan ambos valores. La transustanciación de los valores la hemos visto ya. Sin embargo, como lo hace Marx, no es correcto aclarar que demanda y oferta son iguales mientras que por otro lado se dice que el producto consta de valores venales en tanto que los medios para adquirirlo cuesten lo mismo, digo que no es correcto, porque esto nos llevaría al tema de que los valores han necesitado de valores para ser producidos sin que podamos encontrar, por ello, una determinación, puesto que al ser así puestos el valor se eleva a infinito, a otro valor, y éste, al ser aquél, a otro, y así hasta el infinito; a no ser que encontremos quietud en la inquietud misma, es decir, en la conciencia. Pero pronto vemos que esto necesitaría que nos apoderemos de otro tipo de consideración que sólo se halla, en general, en la Cosa en sí, de la cual nuestros autores no tienen ni noticia.

Así pues, contestaré a las preguntas que se formula el señor Proudhon de la siguiente manera: ¿Cómo resolver la oposición? . . . –*Pensando*. Ahora bien; la subsistencia del libre arbitrio de la cual éste nos habla, refiere el movimiento, un tránsito que tiene su expansión en sí mismo como libre arbitrio, sólo que aquí se manifiesta ya en la total diferencia que cada uno de nosotros posee en cuanto echamos a andar nuestro cerebro como entendimiento y conciencia individual, de modo que esta individualidad y este entendimiento corresponden meramente a lo particular pues no hace más que mostrarse como separados, millones de seres han sido distinguidos; es decir, este autor ha caído en la negación, presiente el declinar de la individualidad; mas, da un giro que lo salva de las llamas de este infierno puro, pues también prevé no sólo la oposición de los valores sino del libre albedrío y decide no seguir adelante. Este momento es el segundo de tres que consideramos; –es para muchos el purgatorio, en donde las ánimas se hallan penando, expiando sus culpas, lo cual en nada se contrapone con lo dicho antes puesto en la negación de su totalidad, uno se encuentra cargando y haciendo suyas las culpas de los demás: de aquí que la alegoría de la crucifixión donde se muere por los pecados de otros encaje muy bien con la influencia del saber general, nada más que aquí se tiene la ventaja, o la desventaja, a la vez, de ser uno mismo el crucificado, uno mismo el crucifijo y uno mismo el redentor. Esto mismo, si entonces se hubiera entendido, habría contestado la otra pregunta formulada neciamente: ¿Cómo sacrificar la voluntad si ésta viene unida al hombre? . . . –Sacrificando ambos: lo que para muchos es el purgatorio, aquí debe considerarse como el trampolín hacia el Espíritu o a la Voluntad tal y como Hegel y Schopenhauer conciben a estos cada uno por separado. Se debe reunificar lo dividido y para eso no hay más que redimirse, regenerarse, salir de la mísera negación en la que nos han metido Proudhon, Marx, etc. Aquella negación se eleva a singularidad, o más bien lo particular es su principio, de donde podemos inferir que sólo se han tenido atisbos de la determinación, únicamente se tiene noticia de lo abstracto simple y de la negación del declinar; no existe aquí el completo abandono de la actividad formal de la conciencia y, por tanto, no hay crucificados, sólo los que se sacrifican por las libres fuerzas del mercado, o sea los crucificados ciegamente, sin conocimiento alguno, sin razón, pues ésta nos obliga a captar aquella diferenciación como algo que nos conduce a saber de nosotros, de forma aparente y en forma real: Proudhon sólo vio lo aparente. Su conocimiento no le concedió ver en el libre albedrío el cambio de la individualidad que la voluntad conlleva en el momento en que su singular se le representa como el ser otro, yendo y viniendo de esta pluralidad a aquella singularidad y en que aparece ante él, en

virtud de un gran esfuerzo, el libre arbitrio en general, pues, de otro modo, éste sólo estaría en relación con la forma primera de la sustancia a pesar de que exista aquí en el elemento de ella y, por tanto, de que repose en la fuerza todavía sin depender del pensamiento, esto es, de lo absoluto; y aunque hubiera sabido de ella como se ve que la divisa, no sabría cómo ser algo reflejado y superado en y para sí mismo, –no hubiera sabido cómo regresar a sí después de que hubo sido alma en pena, esto es, no hubiera sabido cómo convertirse en el *sujeto puro* que desea conocer el libre albedrío.

Ahora bien, en economía, no se tiene un concepto que represente, cuando reflexionamos, el cambio que se produce en la forma fija o en la materia inmediata siendo ellas tanto como la abstracción de la cosa sensible, o bien la consideración plural cuyo contenido no es para nada intuición, pero sí algo inmediato que la niega puesto que proviene de lo que se piensa. Esto es precisamente el defecto del materialismo y del materialismo entrometido en la religión o en los grandes resultados de la razón, a la cual vienen a importunar con palabras y actos que no la inducen a pensar en y por sí misma.

Podríase pensar que esta fuerza sustancial estaría muy bien cubierta y satisfecha en el instante en que valor o fuerza de trabajo influyen en nosotros de manera que, al intuirlos como un hecho basado en la experiencia, absorban nuestra atención y nos obliguen a observar en ellos el cambio, la potencia. Esto sucede cuando determinamos la producción de algo que, al poco rato, sigue siendo ello pero transformado en otro. –Pero no. Lejos de ello, resultaría esta concepción en el presentimiento de que mientras se coma y se viva del y para el trabajo, –se busque la manera de emplear a todos y a cada uno de sus habitantes desempleados; a la vez que se destine a la victoria al proletariado, –el motor del crecimiento sea la explotación humana encubierta bajo el malicioso pretexto religioso del sudor de la frente, como, además, de la subrepción del hecho de que se razona, una sociedad, digo, acabaría por ser floreciente y más boyante. De la misma manera, tampoco es posible ver, siquiera vislumbrar, una *sociedad* cuyo único fin sea emplear todo esfuerzo para realizar intercambios que representen un plusvalor *adicional* con el cual se pretenda reinvertir en reproducciones. Esto degeneraría en los modos de producción más atroces que jamás en la historia se haya podido conocer: hablo del capitalismo y comunismo, cuyos genes no son otros que los de sus abuelos el esclavismo y la comunidad primitiva, así como los de su padre el feudalismo.²⁹

²⁹ Podríamos pensar asimismo que ello mismo iría de capa caída cuando se empezaran a pervertir los corazones con el cáncer de los capitalisterangos, un cáncer que no es para nada nuevo y que hay que comenzar por extirpar.

Ahora bien; parece como si esta forma de conocer nos ciñese con ayuda de esos fantasmas que a nuestro alrededor se ciernen, puesto que, a juzgar por ello, se contemple el simple hecho de pensar en aquella sociedad como si lo verdadero y más importante fuera el trabajo, el negocio, la instauración de un régimen moderno pasando por encima de los que despojan, esto es, despojando, tal y como si, por debajo de este tipo de civilización, no encontráramos el sano sentido común carente de razón conceptual; con lo cual, por ser llamada conceptual, incurriríamos en pleonasma. Más aún; parece que lo mejor y real de todo estuviera en el valor como substancia, en su magnitud, en la ganancia o se hallara en el trabajo concreto encaminado a un fin, etc. Incluso, esto podría inspirar unidad, fraternidad y paternidad cual si se tratara de fiestas de fin de año o de juntas de cervecería cuyo fin es el de repartir y compartir bebidas.

Ya se vio que ello no llega a unidad, empero, ya que para aparecer uno debe desaparecer el otro y mientras aquél no se aniquile, éste no es: no se avanza, por este medio, a la contemplación de lo que es, de lo que está siendo ahora; sino a lo que es singular, lo más simple. Así ocurre, pues, cuando se alude al trabajo, capital y plusvalor o ganancia: se introduce subrepticamente, en la charla cotidiana, capital y trabajo sin ver que ambos participan uno del otro como la parte sensible en general y la parte pensada, dando como resultado la equivocación de considerarlos aparte, uno separado del otro, y careciendo por tanto de la indiferenciación. Es algo así como lo que veíamos en el capítulo tercero cuando atestiguábamos el paso de la diferencia a sí misma en el instante en que decíamos que el salario adquiriría la fuerza del valor del trabajo para desdoblarse en su sí mismo abstracto, el cual lo lleva por sendas que antes eran desconocidas hacia la totalidad, pues que sólo convendríamos en que vale para la individualidad misma del trabajo; es decir, para la diferencia de sí mismo y no de todo lo otro, con lo cual se vendría abajo la teoría aquella, así como la consideración vulgar, de que el trabajo es una mercancía, a la vez que no deja que la exploten con gusto sin decir nada tal y como sucede con la mercancía común. Mas todavía, llega a sentirse mercancía útil aquel trabajo que por su actividad recibe a cambio la debida remuneración que le ayude a resarcir su desgaste productivo a pesar de que sea víctima de la más adversa ocasión que el explotador haga surgir.

El trabajo no puede ser mercancía cuando no se sabe como capital; pero para ello no es necesario que se halle entre las máquinas o que se encuentre trabajando como ellas; antes bien, debe acaecer en la mente suya y en la general el hecho de que la mercancía contiene en sí *valor* en virtud del cual el producto, la mercancía, deje de ser lo

que era de forma inmediata para constituirse y alzarse en lo general, en la separación de figuras que la misma mercancía posee en sí misma. Podría imaginarse que a la mercancía le convienen las consideraciones del tiempo y del espacio y las determinaciones del cambio o de la producción, esto es cierto; pero ello recaería en la forma de la mercancía y no en lo sustancial de ella; y, siendo así, en lo sustancial aquellas formas temporales y espaciales, el límite, la mercancía, el trabajo y el capital van más allá de ello, pues la sustancia es la multiplicidad y estos no hacen más que seguirla. Es un hecho consabido que la producción hace temblar, suponiendo siempre que tienen ambas la capacidad para comportarse así, a la mercancía en sí misma y la transforma, la *produce*, la *vuelve otra en sí misma*, lo cual quiere decir que con la producción atribuimos a la mercancía el desdoble en sí en su individualidad, tanto el trabajo como el capital deben ser producidos ya que ambos estarían destinados a su aniquilación sin ella. Sin embargo, la producción de la producción necesita del cambio o sea del intercambio de la mercancía. Mediante este intercambio, la mercancía empieza a desprenderse en dos partes a las cuales rige a su vez, modos que ya vimos que aparecen como trabajo y capital; es decir, el intercambio no es más que la consideración de la unidad de los diferentes hallados en la mercancía que se desarrollaba. Ahora bien, por medio del catecismo materialista se nos ha inculcado que bajo toda mercancía se esconde de contrabando la ganancia, el plusvalor, entendido como un plus de valor, como un valor incrementado, algo que sólo perjudica al trabajador y no a su comprador; pues bien quede aquí también dicho: el plus de valor no sólo afecta, no sólo es el “robo” que se le comete sin que éste sepa cómo y por qué; sino es un “robo” en que el dueño de los medios incurren para consigo mismos llevando la lucha de clases a la lucha de todos contra todos, y no únicamente, como el catequista pudiera figurarse, entre los explotadores y los explotados.³⁰

De tal manera que ahora tenemos que ubicarnos en esa lucha de todos contra sí mismos que se encarniza a medida que se desconoce la razón según la cual ambas partes como conceptos que abarcan la pluralidad se hallan en relación íntima cada una para sí, pero a la vez condicionada y atada a la otra, ya que cada cual sigue a su otra

³⁰ ¡Qué gran grito de Libertad y de advertencia me parecía aquel que invocaba a la unión de los proletarios de todos los países! ¡Ahora siento que se musita! “¡Proletarios de todos los países, uníos!” ¡Sí, uníos y separaos! ¡Fantasmas de todos los pueblos, negaos y desentrepensad! ¡Espíritu de la Tierra: apareced!. . . Cualquiera puede ser un grito que ensordezca; mas, sólo pocos logran acaparar nuestra atención forzando a tornarnos uno con nuestro ambiente y fuera de él, cuando ya tan siquiera nos musiten. La unidad proletaria es una unidad efímera y para nada permanente que incita a la lucha de las clases, esto es a la separación, la cual hace que aquella se derrumbe y no persista; de aquí que también haya crisis cuando los capitalistas se unen en su abstracción.

como el efecto a su causa y viceversa. Por tanto, el cambio y la producción (quizá también otras leyes de la economía) pertenecen a la unidad que en el plusvalor como ganancia y ésta como valor o fuerza que produce el cambio se cumplía al equiparar la mercancía en su doble forma, o sea, como *trabajo y capital*. Ahora bien; si ambos lados participan de la pluralidad, la lucha de aquella se hace más evidente al transformarse el plusvalor inmediato en la serie de configuraciones que él mismo conlleva como trabajo, capital y mercancía: la ganancia y el salario primeros se producen a sí mismos, y cambian, se vuelven otros; pero su comportamiento al ser otros sigue siendo el mismo, no cambia aunque se someta a las leyes de la diferencia. Asimismo, tendríamos que echar de ver que el trabajo se escinde ya no, como veíamos antes, en valor sustancial y valor usual; sino en trabajo pagado y trabajo al cual no se le retribuye su actividad excedente, que es de donde su comprador obtiene la ganancia. Mas, dijimos que el plusvalor era la unidad de trabajo y capital. Si seguimos esta afirmación hasta sus últimas consecuencias, o al revés, si la abordamos para que nos guíe a sus orígenes, acontecería que únicamente es la representación del trabajo y su especie, o sea el trabajo en sí mismo, su particularidad; lo mismo sucedería si pusiéramos al capital equiparado con el valor cual sustancia, el cual devendría en trabajo singular. Es mérito de Marx, en efecto, el afirmar que el plusvalor es un valor que no se paga y que está en contraposición con el trabajo pagado; y es verdad, la contraposición, así como la exclusión de cada uno, existe. Empero, para este autor, sólo el plusvalor deviene él mismo para el capitalista, esto es del trabajo no retribuido: si ello fuera cierto, ningún comercio, ninguna empresa, quebraría, se iría a la ruina, puesto que todo su producto está basado en el trabajo y éste en el sistema asalariado, el cual, para no pocos, es el único sistema que conviene a las naciones –quizá se refieran al servicio que el *trabajo* otorga al *no trabajo*. Ciertamente, tenemos que precisar esto no como trabajo y capital, sino, además, de modo que el trabajo sea trabajo retribuido y trabajo no retribuido, pagado e impago; con lo cual estaríamos obligados a decir que *no sólo la ganancia o el plusvalor provienen del trabajo que no se retribuye, antes bien, procede del que se ha retribuido*: allí, no decimos más que la consideración es materialista, haciendo descender la lucha a la lucha de las clases; aquí, se diría que, como dije, la lucha de todos contra todos, –el plusvalor es la unidad y la separación del trabajo al cual siempre ha estado atado y de sí mismo: la fuerza de la conciencia que pugna por apartarse de sí y su otra; el plusvalor de la conciencia es la fuerza que la torna autoconciencia para otra en el conocimiento conceptual en las leyes de la economía. *El trabajo requiere al no-trabajo*; es decir, éste es su *necesidad*; y, como es

algo que deviene de aquél, quiere decir que lo ha producido en sí mismo, son ya lo mismo. La diferencia es lo que los mueve y fuerza a ser distintos; pero como trabajo no retribuido recae en el trabajo que se paga en cuanto que sabemos de la desconfiguración de la esencia del trabajo, pues él es pagado; mas, su no-ser, no; igualmente el no pagado: su no ser, sí, y devienen en ganancia total, en ingreso, renta o como se quiera llamar.

Marx y otros pretendían llegar a este estado de cosas en cuanto que la revolución del proletariado removiera lo socialmente fijado; y, mediante la acción, despojar a los que hubieron despojado antes: el comunismo. Si desentrepensáramos un poco, y nos detuviéramos a pensar sobre este absurdo, nuestra siguiente consideración intempestiva para no pocos, sería esta: ¿Quién sería el que despoja ahora? . . .

Este plusvalor, el cual así se piensa, o sea como trabajo retribuido y no retribuido a la vez, o simplemente como trabajo y su forma negativa, no es para nada algo aislado y algo dado, ya que, si ello fuera, ninguna necesidad tendríamos de insinuar siquiera su contraparte. En el análisis materialista esta contraparte aparece dividida y separada por el tiempo en que el trabajo desdobla para sí sus fuerzas y en que las desdobla para otro. Mas, a diferencia de este análisis, nosotros nada tenemos que ver con el tiempo individual situado en el espacio contingente, sino con uno y otro universales, en los cuales, por el hecho simple de poder trascender por sí mismo y relacionarse con el trabajo en y para sí, obligan a la conciencia que lo capta a desdoblarlo en sí mismo cual concepto que es, deviniendo otro completamente diferente igual a sí: algo que el análisis al cual nos referimos insistentemente, nunca llegó. Y nunca llegó porque lo daba por más que evidente. Keynes se pronunció en contra de este hecho, sólo que él lo llamaba demanda, como más adelante veremos. –Si el lector no encuentra muy bien explicado la transformación del trabajo en sí mismo, no se preocupe: trataré de desarrollarlo aún más en cuanto estemos tratando de Keynes y su teoría general. Por lo pronto pongamos fin a Marx.

[4.2] Keynes.

Como hube dicho en páginas anteriores, que el método materialista no es privativo de pocos solamente; sino que este mal se expande gracias a nuestra conciencia en el instante mismo en que nos damos a la tarea de someterla al principio de razón, el cual no será difícil explicarlo y entenderlo, a la vez, si nos referimos a él como el discernimiento que hacemos mediante aquella conciencia con ayuda del entendimiento y de los sentidos que tienen que apoderarse del contenido inmediato para que éste pueda asimilar la diferencia que así se le enfrenta. Este juego vuelve a la conciencia más que materialista, pues es consciente de lo que para ella es lo externo, –de lo que es diferencia en el conjunto que abarca su certeza. Mas, de inmediato comprendemos que: uno, este conocimiento, el cual de este modo penetra en la realidad, es el comienzo, el individuo que empieza a conocer el mundo; dos, a pesar de que ello es el arranque desde el cual el espíritu se encamina a recorrer las sendas de la verdad, vemos que el materialismo no se detiene en lo inmediato simple, sino que quiere ir todavía más allá aunque ello lo obligue a perder toda cualidad materialista; o si se prefiere, adquiriendo formas que él mismo contiene en sí, las cuales el individuo en cuestión no logra arrogarse; tres, los autores a que aquí aludimos son la reafirmación de los dos casos anteriores, incluso podría decir que el economista (marxista y no-marxista) es la imagen de ello, la superficie en donde la luz termina por impactarse, gracias a lo cual podemos echar de ver que, por un momento, se acabó el mundo de las sombras. Tenemos que conseguir que el economista, así como cualquiera, sea la luz misma; pues así como el economista es aquella superficie, las personas vulgares tienen la desgracia de imbuirse cada vez más frecuentemente de los resultados que la mente unilateral les brinda, sin poner resistencia, pues consideran que lo bueno proviene o bien de la clase en que los otros se hallan en la sociedad, o bien de la cultura que estos tengan, entendida ella como un mero cúmulo de conocimientos de toda clase. Ahora bien, todos los que así piensan, o los que alguna vez pensamos así, deberían completar su opinión con el método de la Cosa en sí, en general, viendo en lo particular lo general y en ello, lo otro, retornando a sí mismos como individuos, como parte del todo siendo en sí el todo y la parte o, por fin, cual sujeto puro. Pudiera ser pretensioso por parte mía el querer que se tuviera por cultura ello en la sociedad mexicana; pero no más el que se remueva la teoría hasta su más íntima esencia.

Ahora; en gracia al concepto y debido al método que nos ocupa, el cual no me cansaré de referir hasta el final, tengo, en esta parte keynesiana, que enjuiciar sus postulados para conocer lo verdadero de ellos, esto es, si es verdad lo que ellos nos indican, o si sólo es una manera simple mediante la cual se nos invita a apartarnos de la dificultad.

Pues bien, adelantándome a lo que enseguida veremos, puedo decir que nuestro autor no cumple con las leyes establecidas del pensamiento y de su totalidad en tanto que capta como pensamiento separado completamente de sí mismo, ya que para Keynes el único pensamiento que existe y puede existir es el de aquel cuya esencia se contrapone a sí misma en tanto es ella su particularidad sin poder salir de ésta a pesar de ser así, pues, asimismo, es el límite que la somete y la sujeta a dar vueltas en sí, dentro de su *especie*. Lo mismo que veíamos con Marx, lo vemos repetirse ahora con este Lord. Sin embargo, ¿en dónde estriba la diferencia esencial con la cual el mundo económico establece y funda sus conclusiones de que ambos no abordan ni la misma cuestión ni ésta con el mismo método? O bien, ¿en dónde radica su identidad, la cual permitiera, por lo menos, presentir que ambos pensamientos, al final, confluyen en un mismo punto? A decir verdad, esa unidad y esa diferencia la encuentro única y especialmente en la *clase*. En ésta se halla tanto como la identidad, tanto como la contraposición. Otro punto de confluencia, estoy seguro, es un equívoco que sólo podría explicarse bajo el supuesto de esta *especie*. De modo que habrá que ver la contraposición de ambos como la desigualdad de sí misma que deviene igualdad, en tanto que la convergencia no debe ser considerada más que como su separación; y nosotros el pensamiento absoluto que reúne las combinaciones, –la fuerza del concepto que retiene y desaparta hasta el infinito.

Este pensamiento absoluto ni en los economistas ni en los vulgares lo encontramos, salvo en casos especialísimos en que la conciencia se relaciona con el mundo externo mediante el escrúpulo de sí misma que pronto se convierte en la actividad general, en el comportamiento que contempla una mayor parte de las representaciones en combinación consigo misma: se entrevé la prudencia. Por consiguiente este escrúpulo que tiene la conciencia y la prudencia que afecta su comportamiento individual, los hallamos tanto en Marx como en Keynes, sin fallar: sólo que en uno aparecen bajo la condición del comunismo, o mejor dicho, el régimen del proletariado; y en el otro bajo la circunstancia de la procesión y oleada capitalista: de aquí que haya dicho antes que eran determinados ambos sistemas por la *especie*. También, eso mismo nos permitirá

comprender por qué y en qué forma la teoría de Keynes es, bajo este respecto, una teorucha a la cual se le añade indebidamente el adjetivo de general no queriendo dar con él más que el anuncio del resultado de la propia investigación que ofrece nuevas y mejores observaciones que las que pudieron arrojar las anteriores, pues que, es sabido que este autor pensaba de ellos en su clara y manifiesta forma particular en que han venido al mundo y en que han podido explicarlo imbuyendo así a todo cerebro incapaz de no salir de esa inmediatez. Esta mente capaz de hacer declinar la particularidad de la teoría ha sido Keynes precisamente, de aquí que a su obra capital la anuncie de esa manera: así como arroja nuevas consideraciones, éstas logran abarcar un poco más extendiéndose sobre su género, hasta, sin embargo, llegar a abarcarlo. Lo cual es el gran merito de Keynes después de que Marx y el pensamiento socialista hubieron zarandeado todo cimiento que entonces considerábase fijo y eterno.

Con rigor, no es una teorucha esta teoría general sólo porque se la considere de forma en que llega a englobar circunstancias desapercibidas para otros de su tiempo; sino porque ellas, a pesar de que son pensadas completamente extendidas sobre sí mismas, pues no hacen más que devenir del pensamiento, no contemplan el paso, el tránsito que las conduciría a que nos las representáramos fuera de su generalidad, fuera de su oleada capitalista: por eso y sólo por esto es para mí una teorucha, como para otros lo es El Capital de Marx; y, con el mismo rigor, vaya que lo es.

Debo afirmar que Lord Keynes acierta en cuanto que presiente que detrás de las relaciones económicas mora subyacentemente la representación del individuo, que es a quien pertenece toda parte de ella y, a la vez, el todo que se configura mediante su articulación. Podemos caer en la cuenta de ello cuando advierte que es necesario establecer relación entre la actividad económica, cualquiera que ella sea, y la actividad particular del humano mediante la cual le es posible elegir a futuro o ejecutar acciones intencionadas. Él se refiere a esto al introducir la palabra psicología meramente o, lo que es lo mismo, ley psicológica; otras veces, sólo cuando nos remite a la contemplación de las expectativas posibles en la actividad económica. Mas, nuestro autor, tiene el defecto de no creer en fantasmas, esto es, en la esencia de la psicología misma, que es la mismísima capacidad del humano para acceder a la negación de la voluntad de sí; es decir, a la vez que lo vemos introduciendo ideas y observaciones nuevas, lo vemos lleno de recelo hacia ellas cuando se desvían de las leyes y regiones económicas dominantes y que aún lo dominan a él. El lector puede atender que para referirme a las leyes psicológicas o a expectativas de toda clase, no hago más que remitirme a la sabiduría de

la Voluntad y el Espíritu, los cuales sabe ya usted de la obra de donde proceden solamente. Su tarea será comprenderlos, para que, una vez que hayan sido bien pensados, se eleve a espíritu y voluntad y eleve la economía a tales regiones. De aquí que diga que Keynes sólo se apoya en su especie. Como él mismo dice (Teoría General, p. 18):

“Este libro, por el contrario, se ha convertido en lo que es: sobre todo, un estudio de las fuerzas que determinan los cambios en la escala de producción y de ocupación como un todo; y si bien opino que el dinero entra en el sistema económico de manera esencial y especial, dejo en segundo plano los detalles monetarios técnicos. Veremos que una economía monetaria es, ante todo, aquella en que los cambios de opinión respecto al futuro son capaces de influir en la magnitud de ocupación y no sólo en su dirección; pero nuestro método de analizar la conducta económica presente, bajo la influencia de los cambios de ideas respecto al futuro, depende de la acción recíproca de la oferta y la demanda, quedando de este modo ligada con nuestra teoría fundamental del valor. Así nos acercamos a una teoría más general, que incluye como caso particular la teoría clásica que conocemos bien.”

[4.2.1] De la causalidad keynesiana.

1. Si bien es cierto que cuando en Keynes pensamos, pensamos inmediatamente en la demanda efectiva, en expectativas a cualquier plazo, ya sea a corto, ya sea a largo, así como en la igualdad de ahorro e inversión y que no es menos cierto que relacionamos todo ello a una misma procedencia, a un mismo origen, el cual es la consideración sobre la demanda efectiva. –Esto no es verdad, pues ésta misma se halla sometida a otro principio que es el psicológico. A su vez éste encuentra motivo, empero, en otra cosa muy distinta a él sin el cual a aquél le es imposible todo movimiento, pues es como la raíz al germen: este motivo, esta raíz, se encuentra en la fijación que nuestra mente hace en el importe de ventas de la producción resultante. Ello no es más que la deducción, del total de ventas, del total de costos, o se la ganancia, incluyendo en esos costos tanto la ganancia del trabajo como las ganancias de otros capitalistas al utilizar su equipo poniéndolo en actividad. De tal suerte que inclusive la demanda efectiva está sometida y subordinada a esta ley psicológica que comprende en sí la actitud el individuo cuando posee cierta ganancia monetaria, la cual, en un futuro inmediato o mediato, pueda ser la

base de su sustento o de otras inversiones. Esta ganancia o “ingreso del empresario” es de donde comenzamos a considerar a Keynes pues, ello es, para él, por un lado, el punto de arranque de donde empieza la teoría general y el punto a donde la misma va a parar, por otro, a los cuales las expectativas están enraizadas.

No estaremos faltos de razón al decir que este ingreso del empresario participa de la interacción de circunstancias presentes y futuras nacidas de la misma situación expectante en la cual el individuo se halla. O sea que para él el tiempo y el espacio juegan un papel determinante siempre que confluyan en el entendimiento de éste, donde se encuentra el primero como una línea sobre la cual cada momento muere y nace para pasar a otro; y el espacio como aquel lugar en que nuestra atención queda sometida de manera totalmente inmediata.

Ahora bien, nuestro autor emprende la explicación de su postulado basándolo única y especialmente en el precio de la oferta agregada y en el importe esperado de la producción total que los empresarios aguardan, a los que se relaciona con *un número de hombres empleados*. Esta concepción, así catalogada, es falsa y ella, por sí misma, no puede darnos la entera satisfacción cuando de la realidad una explicación certera debemos pedir, como veremos más adelante. Por lo pronto este es todo el postulado de la demanda efectiva por el que Keynes da comienzo. Concisamente lo que él pretende es que echemos de ver que la demanda efectiva requiere que el importe de las ventas del total de lo producido sea mayor al precio de esta producción, es decir, mayor al de la oferta agregada la cual, por cierto, comprenderíamos mal si de ella entendemos la oferta total de la producción que al cabo de un período de tiempo se deduce del conjunto de la industria o del país, pues de ello no se trata aún aquí. Ya es conocido de todos el resultado a que se llega por este camino: una efímera convicción capitalista cuya finalidad es la de aumentar el número de ocupados. En este sentido es por el que Keynes a Say reprocha el hecho de que su ley tan conocida de que toda oferta crea su demanda en determinación con ella, no sólo alude la plena ocupación puesto que el importe de ventas aumentará siempre con el precio de la oferta de la producción; sino que además, anuncia este gran defecto de la economía clásica al obtener el plusvalor del conjunto del trabajo particular no retribuido, siendo ello una igualdad de la cantidad que se demanda con la que se ofrece. De aquí que con razón nuestro autor censure esta ley advirtiendo en ella la consecución de la ocupación plena en detrimento cada vez más acucioso del margen en que la producción del capitalista es operada sin ninguna desutilidad marginal del trabajo. Para Keynes todo aumento concebido en el ingreso real agregado, resulta del previo

incremento en la cantidad de ocupados, los cuales, por su parte, destinarán cierta cantidad para su consumo individual de ese ingreso total; sin embargo, el monto prefijado al consumo será menor que al del primero. Y como los empresarios no ven retribuidas las pérdidas en que incurrieron, cuando aumentaron el número de ocupados, mediante el devenir de aquellas ganancias en su contrario, no les queda más alternativa que sentir el daño que a su bolsillo ocasiona la anulación en el tiempo y en el espacio de su expectativa, a la cual aspiraban. La solución que nuestro autor da a esto se escinde cuando por un lado, recurre a una *tal* inversión indeterminada; y, por otro, al pensamiento de una *dada* propensión a consumir. Ésta, debido a que para él es *dada*, la desdeña inmediatamente, ya que tenderá a ser menor al monto que los ocupados reciben por concepto de pérdida del empresario, volviéndola a retomar en un capítulo esencial más adelante, considerándola desde un punto de vista objetivo y otro subjetivo. Se fija, por tanto, en el monto de la inversión llevándola hasta la consecuencia de que es de suma importancia pues que con ella salva, por lo menos, al capitalista del prejuicio de no ver a tiempo remunerado el gasto que hubo hecho al lanzarse al precipicio de la compra y venta de la fuerza de trabajo creyendo que las fuerzas del mercado lo sostendrían antes de tocar el césped sagrado del Edén de la economía.

Es decir, Keynes prevé muy atinadamente el desplazamiento por un lapso de tiempo que se efectúa en la ganancia al contrastar consigo misma en el momento en que empieza a circular a su contrario. Pero, si nos fijamos más detenidamente, este otro a la cual ella accede, deja de ser su particular especie a la que, creíamos, estaba confinada. No es equivocación o ilusión por parte nuestra este hecho: antes al contrario, es la singularidad del autorsucho el estar brincando de un lado a otro yendo de error en error; y no es menor lo que Keynes hace al tratar con ese descaro a la economía: entrepensando. Finalmente, el monto de aquella inversión depende del incentivo que su dueño tenga para deshacerse de su dinero; el cual incentivo hace que nuestro autor se subordine de un lado a tasas de interés y de otro a eficiencias marginales de capital. Este autor dice además (Teoría, p. 58):

“Así, dada la propensión a consumir y la tasa de nueva inversión, sólo puede existir un nivel de ocupación compatible con el equilibrio, ya que cualquier otro produciría una desigualdad entre el precio de la oferta agregada de la producción en conjunto y el precio de su demanda agregada.”

Y luego:

“La demanda efectiva que trae consigo la plena ocupación es un caso especial que sólo se realiza cuando la propensión a consumir y el incentivo para invertir se encuentran en una relación mutua particular. Esta relación particular, que corresponde a los supuestos de la teoría clásica, es, en cierto sentido, una relación óptima; pero sólo puede darse cuando, por accidente o por designio, la inversión corriente provea un volumen de demanda justamente igual al excedente del precio de la oferta agregada de la producción resultante de la ocupación plena, sobre lo que la comunidad decidirá gastar en consumo cuando la ocupación se encuentre en ese estado.”

2. Para seguir demostrando que toda la teoría general de Keynes está edificada sobre el duro suelo de la ganancia del empresario y que no está diseñada para otra cosa más que para su salvaguarda, debemos apreciar lo que para ello nos dice en su apartado que destina a la “eficiencia marginal del capital”. Tal vez con su debido estudio y comprensión, mi lector pueda caer en la cuenta de cómo es que el incremento de precio de las mercaderías no proviene únicamente de uno de los salarios *sino también* de uno de las ganancias, gracias a que ambos tienen su principio efectivo en el precio y en todo tipo de cambios que en él, considerado, como vimos en el capítulo III, cual un valor de valores para nada inmediato, esto es, singular, cuya consideración no es, aquí, la expresión del valor propio, sino la del valor puro que cambia conforme reflexionamos un poco y según vayamos topándonos con su forma mediata inigualable y única, las cuales en un mismo punto concurren.

La consideración de la eficiencia marginal del capital empalma muy bien con el importe de ventas que veíamos en el principio de la demanda efectiva, la cual tiene varios posibles resultados y que se vuelve tan atractiva tan pronto supere el precio de oferta a la que se halla ligada (ambos tomados como globales o, lo que es lo mismo, agregados; pero siempre singulares, esto es, sacados de una empresa particular y no de la industria). Esta superación es el ingreso del empresario. Asimismo, pues, nos encontramos en este punto, dado que de cada bien de capital se obtienen lo que Keynes llama rendimientos probables. Esto, a su vez, está enlazado naturalmente con la cantidad de productos que con tal capital se obtienen y con la que pueda venderse, pero sin que nos abstraigamos del propio valor del capital utilizado en la producción con lo vendido anualmente. Sin embargo, Keynes contempla otro factor que bien pensado hace pedazos nuestra cabeza y, por lo mismo no lo llevó hasta sus últimas consecuencias, es el precio de oferta del bien de capital que se pretende reponer o adquirir de nueva cuenta. No hay nada nuevo en ello, pues no hace más que referirse a la compra y venta que entre capitalistas se llevan a cabo; por su parte, nada hay en nuestro autor de magistral pues su finalidad es la de aducir completamente y advertir al inversionista los motivos por los que debe arrojar su

dinero a la compra de capital, las trabas que probablemente éste halle en su travesía, así como sus posibles soluciones; las cuales sólo se reducen a una, lo sabemos: a la baja del valor del dinero sometido a la previsión del alza de precios de los bienes, o sea, inflación. La precisión de Keynes sería, únicamente, el brindar a su lector el hecho de que por cada concepto usado debe éste tener la fuerza suficiente para soportar la nulidad y la contradicción que nuestra conciencia hace de cada cual. Así, por ejemplo, el principio de la demanda efectiva se halla en estado inmutable, a pesar de sus posibles expectativas, al ser un motivo inmediato debido al cual el capitalista pueda decidir sobre algo; y si ello lo vuelve inversionista, por decir algo, este personaje es de lo más estático que pueda haber al no tornarse en su contrario, no sólo de su particularidad misma, sino de la especie en la cual se halla destinado. La demanda efectiva se desvirtúa y pasa a ser el proceso de oferta del bien de capital en cuestión; y como a ella la rigen el punto máximo en que hay utilidades para su productor, la inversión que sobre él se hace, debe corresponder a la expectativa de aquella demanda anual, a corto o a largo plazo. Se observa la lucha de las demandas efectivas contrapuestas que la conciencia de cualquier lector, vulgar o no, debería apreciar de ahora en adelante. Ella parece querer siempre ser mayor que su contraparte, la desutilidad; mas, al aparecer así no se prevé que su *no-ser* tiene la característica de no ser ella misma lo mismo, que es algo gracias al cual se manifiesta en controversia consigo misma. Esto es llamado “mercado”, a cuyos predicadores así se les antojan las cosas, como si de sí conciencias *conscientes* salieran, *cabezas pensantes*, sin ser especie humana, mediante las cuales a todo tipo de problemas económicos dieran solución, por sí solas. Es decir, el capitalista vendedor conviértese en comprador y todo lo que él esperaba y todo lo que les imponía en su mercado truécasele ahora imposición para sí mismo: al final vemos que lucha de clases hay en todos los niveles del mismo género; de aquí que si hubimos de oír una unión en el género proletariado, ahora lo mismo oímos en la oleada capitalista, –sólo resta escuchar una, la más importante y la que destruye imperios. . .

La demanda efectiva en la eficacia marginal del capital, se adscribe en su contrario alejándola de sí, pues, como ella, como singular, tiene las cualidades todas para separarse de sí y contraponerse; es un concepto al que debemos comprender en su tránsito hacia otro y hacia sí mismo y no como mero acto físico donde una herramienta deforma un objeto: esto lo hace desprenderse de sí completamente llevándolo al otro; empero, en el fondo, hay pensamiento malo; por tanto, a ello no nos referimos. A mi juicio este tránsito del concepto es lo que siempre y a todas horas debemos únicamente

entender cuando se nos propone el predicado de economía en situación dinámica o teoría no-estática: en cuanto no hay tránsito captado por nosotros conscientemente del concepto, nos hallaremos en economía estacionaria y nuestras ideas se verán reflejadas en teorías estáticas, mientras tratemos de categorías infinitas, habrá economía y teorías dinámicas, continuas. –En México, nuestro país, pero también en el mundo, me atrevo a decir, no encontramos economías dinámicas, las economías desarrolladas sólo muestran prudencia y escrúpulos para sus ciudadanos y estos para consigo mismos, no hay una evolución consciente en su estricto sentido pensante.

Lo mismo da, regresando a Keynes, que la demanda efectiva en su contraposición adquiera la forma de precio de oferta o de tasa de interés, ya que ésta representará una desutilidad para el empresario–inversionista. Y lo mismo da, también, porque como desutilidad es un costo que éste debe cubrir. Desde luego, si el rendimiento que espera lograr el capitalista con el capital que hubo invertido es menor al precio de oferta de ese capital en el futuro, o a su costo de reposición, no habrá inversión, pues que no habrá utilidad que ese capital arroje para ese determinado tiempo; evidentemente la inversión se estancará en tanto que el precio de oferta del bien se eleve por encima de la eficiencia marginal del capital o aumente raudamente sobre ella. De donde se deduce que eficiencia marginal del capital es lo mismo que rendimientos probables de ese mismo capital –que, así como ella tiene valores para nada iguales en el tiempo (y espacio), estos deberán aparecer así: de aquí que Keynes no convenga con Marshall y Fisher, pues el uno basa sus inversiones en rendimientos probables estáticos, constantes, o sea, “no–probables”; y el otro toma demasiado en serio (general) la expectativa de una baja en el valor del dinero. –De manera general, una baja en él, aumentará la inversión y el empleo y, por consiguiente, a la inversa: menor inversión y empleo, al aumentar su valor; esto es, a mayores costos, deprime eficiencia marginal de capital; a menores, mayores rendimientos probables. No obstante, Keynes cae en la cuenta del descontrol que ahora adquiere la baja del valor del dinero en el comportamiento capitalista, pues éste no hará otra cosa más que desembolsar más, lo cual redundará en mayores desutilidades. Aquí vuelve a hablar el Keynes inflacionista, cuando corrige a sus maestros (Teoría, p.153):

“Los precios de los bienes *existentes*” –dice- “siempre se ajustarán por sí mismos a los cambios en las previsiones concernientes al valor probable del dinero.”

“Por sí mismos” no dice otra cosa que cuanto más baje el valor del dinero, más disminuirá el salario real, pues los precios subirán y con ello el rendimiento probable. “Valor probable

del dinero” no indica más que el cambio en el valor del salario real a la baja, pues si por ese cambio se entiende uno que haga subir la tasa de interés o cualquier otra desutilidad del empresario estaría la eficiencia marginal de su capital a pique de descender. Ahora bien; la eficiencia marginal del capital tiene mucho que ver con la tasa de interés, incluso llega a haber un momento en que no podemos pensar en el rendimiento del capital sin considerar la otra, pues van de la mano como el salario con la ganancia, o el precio con la inflación y todo esto consigo mismo o, como tenemos que avisar, con el pensamiento. No hablaré mucho acerca de esta tasa debido a que en la teoría de precios Keynes sólo considera aquella eficiencia y el monto salarial, o sea las cualidades más sobresalientes de la demanda efectiva, para establecer un nivel particular de precios. Además porque si atendemos esta eficiencia como la ganancia que tenemos que buscar como empresarios al momento de emprender nuestro buen negocio, la contraparte de ella no es otra que la tasa de interés, es decir, podemos saber de ella como la pérdida en que deben guardarse de caer tal cual la tentación del gran pecado cometido por el religioso que, ahora, está azotándose a sí mismo: es inevitable caer en tentación, mas no el flagelarse, esto lo sabe el empresario pero no su economista. De modo que a mayor tasa de interés menores ganancias; a menores tasas, mayor la eficiencia y rendimientos probables. Así pues, en relación a esto, debe entenderse por interés siempre lo que Marshall comprendía de él en alguna parte, es decir, el monto que uno debe pagar por hacer uso del capital o bien, tradúzcase, como Keynes lo hace, dinero.

Inmediatamente percibimos la naturaleza del interés cuando de él hablamos así, o sea, cuando establecemos la parte unilateral que a él le corresponde debido a que nos vislumbramos como los que adquieren tal préstamo. Esto es, de manera inmediata, barruntamos la diferencia de la ganancia misma al desdoblarla en pérdida a la vez que ella misma. Pero, ello no nos permite concedernos el conocimiento escondido en la ganancia misma como otra ganancia que debe llegar a ser absoluta *para la conciencia*. Sin embargo, este paso no lo había dado nadie hasta ahora, –así que vuestra labor de aquí en adelante será el tender a ese conocimiento. Este modo unilateral de ver al interés no nos conducirá al error en el instante mismo en que nos pensemos como los que prestan el capital y por él esperan el monto devenido, ya que como dije es un simple juego de pérdidas y ganancias y ahí donde hay a la vez lo generoso existe lo miserable, ahí donde quepa la desunión aparecerá a todas luces la ilación. La estrecha relación que existe entre la eficiencia marginal del capital y la tasa de interés es para Keynes evidente que hasta por un instante hace que la vista se le nuble viendo de dos seres tan distintos uno

ante sí; esto es obvio porque el margen que separa la ganancia de sí misma es tan delgado, casi nulo, que tenemos que hacer gran esfuerzo para discernir perfecta y correctamente. Nuestro autor, empero, de esto, como Marx, no tiene la más mínima idea, pero hay algo que le dice que dos seres distintos y separados el uno del otro no pueden ser iguales, a pesar de que seres sean (Teor., p. 172):

“...aunque existen fuerzas que hacen subir o bajar la tasa de inversión de modo que mantienen la eficiencia general del capital igual a la tasa de interés; sin embargo, la eficiencia marginal del capital en sí misma es cosa distinta de la tasa de interés prevaleciente. Puede decirse que la curva de la eficiencia marginal del capital rige los términos en que se demanda fondos disponibles para nuevas inversiones; mientras que la tasa de interés rige las condiciones en que se proveen corrientemente dichos fondos.”

Por último, aunque parezca que repito las cosas, también cuando habla de la liquidez, se percibe la influencia que ella tiene de la pérdida y su negación, como si estuviéramos leyendo lo mismo sólo que con otras palabras. En efecto, el desprendimiento del dinero líquido depende de la “ganancia” que ofrece la tasa de interés; sin embargo, nuestro autor no le llama ganancia, sino “recompensa”: a menor recompensa mayor preferencia por la liquidez y viceversa.

3. De todo lo anterior se desprende la teoría de los precios keynesiana, la cual no es sino el reflejo de las variables antes mencionadas consistente en contraponer la imagen de la especie a sí misma obteniendo, de esta manera, dos que se diferencian una de la otra; es decir, el complejo que al ser uno y único representa la pluralidad de lo inmediato percibido en tiempo y espacio determinados, trocándose él mismo en esta pluralidad pues, de manera inmediata, no se distingue de ella ya que a él mismo rige la ley de la diferencia: he aquí el reflejo. Esto mismo y no otra cosa quiere decir nuestro autor cuando hace girar alrededor de la remuneración de los factores productivos el nivel particular y general de precios. A pesar de que por ello tengamos que admitir que previene para determinada doctrina la base en que según él descenderá ésta, debemos, por su parte, atribuir a tal base que le sirve de apoyo, de nueva cuenta, la dependencia íntima tenida con los pensamientos que su autor tiene sobre el ingreso, o sea con la demanda y sus cambios, en los cuales, dice, debe él introducir ideas anteriormente inconcebibles en general.

En esta parte de su Teoría general (tercer apartado, capítulo 21), Keynes reitera el rumbo que a la teoría de Fisher ha dado, lo cual no es por otra cosa sino por el hecho en virtud del cual lo general desaparece de los cambios del valor del dinero y en la cantidad del mismo que pueden repercutir directamente sobre la inversión y la ocupación. En

efecto, para él la ganancia y el ingreso ya no tendrán la elasticidad suficiente para que algún cambio en otras variables impacte en ellos de modo que se halle revistiendo cualquier cambio; –son inelásticos, aunque no completamente, pues no los guarda de la mutación que sufren al otorgarles la cualidad empresarial. Mientras haga depender el salario o lo que él llama tasa salarial a la elasticidad de los cambios en el valor y en la cantidad del dinero, habrá en aquellos tal elasticidad que los hará variar extraña y extraordinariamente según el régimen que la demanda efectiva y la eficiencia marginal del capital para ellos dispongan a fin de que sus efectos sean de menor intensidad y gravedad. Este régimen también tendrá entre sus vasallos a la ocupación y desocupación, por decirlo así, pues, sobre ellos también gobernará debido a que están sometidos a su plena voluntad inmediata; es como si abarcáramos con una sola mirada la lucha de las clases de la cual Marx a los proletarios mandaba emanciparse y a la cual deberían abolir. Como se ve la lucha de clases existe en el instante mismo en que la particularidad de cada juicio, que circunscribe cada una de las fases de la actividad económica, intenta contraponerse para aislarse de sí poniéndose como otra totalmente diferente; y esto se debe, no a que se halle del otro lado dentro de la especie, pues que buscaría a toda costa su reproducción; sino que se vuelve encarnizada la lucha a todas luces porque la producción de la especie no es con otra de su misma condición. De este modo y no de otro es como Keynes, repito, confabula su gran teoría resguardado la ganancia de elasticidades estúpidas, las cuales sólo deben proceder en contra de la ganancia salarial: se equivocan aquellos quienes en Keynes ven la contradicción total de la teoría clásica ya que no hace sino mejorarla y sustentarla. –Incluso podría adelantarme y decir que los ataques hacia él y su teoría por parte de otros economistas modernos y de su época están motivados por razones de ignorancia tremenda, con lo que simple y sencillamente demuestran que de ella entienden casi nada; lo cual también da mucho de qué hablar, no de Keynes, sino de aquellos quienes contra él invehen. Más acertados estarían quienes, con plumón en la mano, expliquen esta Teoría; aunque, sirva esto de algo, se equivocarían al explicar con ésta la economía y su rumbo, porque es muy seductor ese “general” keynesiano, tanto que asombra y fascina sólo el leerlo. Imagínese el lector cuán es ese general fascinante que en algunos otros provoca lo contrario de lo dicho allí, llevándolos a la aspiración de querer encontrar cierta similitud con Marx y las teorías socialistas; también estos se hallarían errados en todo sentido si es que acaso encontraren la similitud que no sea por el camino de la especie contraria a sí misma. Todos estos pobres están aojados, malditos; y estas palabras hubiéranse destinado a otra

cosa mejor si los que las hubieron pronunciado no hubieran querido transmitir su ojo cínica y públicamente, expandiéndolo por todos los rincones; lo cual demuestra que ni ellos mismos saben la salida del laberinto que decidieron jugar y del cual se han adueñado. ¡Desaojaos, pues! Imperativo.

Ahora bien, no es necesario establecer como corresponde las condiciones que Keynes utiliza para inferir las consecuencias de la subordinación en la que los salarios y ocupación se encuentran gracias a que su elasticidad es mayor, —a que se los somete con mayor intensidad. Dice este autor (Teor., p. 284):

“Se deduce de esto que un aumento en la cantidad de dinero no tendrá el menor efecto sobre los precios mientras haya alguna desocupación a cualquier aumento de la demanda efectiva producida por la elevación de la cantidad de dinero; mientras que, tan pronto como se alcance la ocupación plena, la unidad de salarios y los precios serán los que crecerán en proporción exacta al aumento de la demanda efectiva. De este modo, si hay elasticidad perfecta de la oferta en tanto haya desocupación, y perfecta inelasticidad de la misma tan pronto como se alcanza la ocupación completa, y si la demanda efectiva cambia en la misma proporción que la cantidad de dinero, la teoría cuantitativa del dinero puede enunciarse como sigue: ‘Mientras haya desocupación, *la ocupación* cambiará proporcionalmente a la cantidad de dinero; y cuando se llegue a la ocupación plena, los *precios* variarán en la misma proporción que la cantidad del dinero’.”

De modo que ya no sabe cómo encubrir de la mejor manera lo que ha querido decir desde un principio sin ningún escrúpulo. Notemos que, como entonces, pone a la vista demanda efectiva, salarios y ocupación; sin embargo introduce una nueva variable para querer decir lo mismo y con la que cambia nuestra atención por completo en relación a que es con la que más nexos encuentran los economistas sin excepción a la variación de precios: hablo de la cantidad de dinero. Si leemos en vez de ésta mejores expectativas, mayor rendimiento probable o mayor eficiencia marginal de capital, baja en los salarios reales, no cambiará en nada el sentido de esa referencia, puesto que todos desfilan para incrementar la expectativa que tiene de la demanda efectiva. En efecto, el impacto de una subida en el rendimiento probable del capital en cuestión, lo que es lo mismo una tasa de interés baja, la cual permita resarcir el préstamo adquirido por el dinero más raudamente, mientras haya posibles desocupaciones de recursos utilizables, en realidad afectará, claro está, debido a que esta grata expectativa convendrá a la demanda efectiva, la que en proporción inversa al salario real se halla y a su vez en proporción directa a la ocupación, a la cantidad de dinero y —¡sorpresa!— a los precios. Una vez más queda demostrada mi proposición del comportamiento análogo de la ganancia y el salario. Pero aquí no para la cosa; después de inferir ello, concluye de la siguiente manera (Teor., p. 284):

“Por consiguiente, debemos considerar en primer lugar el efecto de los cambios en la cantidad de dinero sobre la magnitud de la demanda efectiva; y el crecimiento de ésta irá, en términos generales, a aumentar la cantidad de ocupación y a elevar el nivel de precios.”

Lo cual no es otra cosa sino más pruebas que confirman lo que he venido argumentando.

Finalmente, fíjese mi lector que Keynes, por si no le ha quedado claro lo que digo, contradice y supera su antigua escuela ortodoxa de la cual él ha surgido al constatar que es mejor trabajar y predicar con precios reales que nominales (Teor., pp. 290 y 291):

“La opinión de *cualquier* aumento en la cantidad de dinero es inflacionista (a menos que por *inflacionista* queramos decir solamente que los precios están subiendo) está ligado con el supuesto básico de la teoría clásica de que *siempre* nos encontramos en circunstancias tales que una baja en las remuneraciones reales de los factores productivos conducirá a una contracción de su oferta.”

Así pues, se deduce que Keynes es inflacionista, no le importa dado a su existente ilación y perdurable con la demanda efectiva. Lo cual no quiere decir que sea tonto ya que el nivel máximo a que pueden subir es hasta a aquel nivel en que no se contradice con el alza de costos, o sea con la desutilidad marginal del trabajo, lo que a la vez es claro, pues al subir éstos aquella ganancia descende. La otra proposición acerca de la teoría clásica es el resultado de lo que he explicado, lo cual puedo ahora contar con otras palabras más sonoras y estruendosas para aquellos que ven en este autor la unidad con Marx y la separación con la teoría clásica; a saber: no es más que el dominio del capital sobre el trabajador. He de decir, francamente, para los que me leen, que este dominio no debe hacerles eco en las cabezas cuando este grito entre a través de sus oídos; es el mismo estruendo que oíamos cuando a los proletarios se les pedía que se unieran. Es decir, Keynes simplifica y supone demasiado, aun en un pasaje de su teoría lo vemos dudar de los resultados que de ellos se desprenden dándonos la simple solución de reservarnos ante ellos. Fácil de conjeturar es la razón en virtud de la cual decide negarse a sí mismo, y ello es porque también él déjase seducir y engatusar por lo general, que al fin y al cabo no es más que lo particular: de aquí su contradicción y el conflicto de sus conceptos que lo acompañan en todo lugar y en todo momento, –el Keynes hechizado por querer ser hechicero, aojado hasta las entrañas por la economía maldita, por querer hacer hechicería. Esa contradicción y ese conflicto es lo que pasamos ahora a investigar, a dilucidar, más bien.

[4.2.2] Del conflicto de los conceptos.

Ninguna cosa que téngase a bien estudiar con más detenimiento y comparar con lo que hasta ahora de dicho, se me podrá asacar y endilgar, si no es por el simple hecho de que rompo con lo monótono de la teoría desviando la mirada y la atención de lo que había de fijo en ella, de censurable, ya que se advierta que falta a la unidad.

Esto mismo parece ocurrirle espontánea e involuntariamente a Keynes al disponerse a tratar en su teoría la igualdad existente entre el ahorro y la inversión. Nada de culpa tiene el experimentar instintivamente este gran sentimiento, pues, debo decir, es un universal puro que se vive en el instante mismo en que cabalmente se ha arribado a la consideración que emparenta y reúne toda colisión, todo empuje y embate de contrarios que, después de contemplar la diferencia en que se encontraban, fueron afectados por esa misma diferencia deviniendo uno en el otro. –Para nada es esa tranquilidad experimentada cuando, al finalizarse los debates, cada contendiente se siente satisfecho de lo que hubo advertido y encarado cual si el agobio que ello encubría desapareciera del ser con sólo saber que, en seguida, los esperan los platillos más exquisitos para saciar su hambre y las más encantadoras atenciones en su restaurante preferido donde se ve, a él y a los suyos, hacerse ahora las delicias. Y, por cierto, ni hablar de aquellos que diariamente visitan el expendio cervecero predilecto para ellos, pues lo que a estos impórtales es el despojarse del agobio ocasionado por la dura carga de la intensiva jornada laboral. –Esta tranquilidad tranquila no es a lo que nos referimos; antes bien, debería ya entender de ella una a la que nos resultaría ocioso llegar y echar de ver la tremenda pasividad que guarda para sí: necesitamos saber de ella también lo inquieto cual si lo tuviera en secreto sólo para ella. –Pero es claro que a nuestro autor ni una bebida alcohólica ni mucho menos un restaurante inglés son los que suscitan en él placer, su buen gusto por la igualdad. Así pues, dice él (Teor., p. 84):

“Siempre es agradable descubrir un punto fijo en medio del oleaje del empleo divergente de los términos.”

Evidentemente, “fijo” no es aquí algo inamovible, a lo cual una teoría estática general correspondiera; sino sólo indica el resultado, quizá sin precedente, de que dos

conceptos diferentes se unen en medio del espumaje tumultuoso de las rugientes olas, y muy a pesar de éste; el cual oleaje no es más que el percibir todas y cada una de las diferencias que cada concepto puro venido a la mente tiene en sí y cuya cualidad logra que nos emancipemos de la actividad económica fenoménica y material pues no es ello otra cosa que el dominio de nuestra representación. No es ilícito el hablar aquí de *unidad* siendo que destinaré el siguiente apartado para departir acerca de ella. Esto se debe a que guarda relación muy íntima con lo que se halla separado, es decir lo negativo, pues no hacemos alusión con él a lo singular, sino, más bien, a la articulación de lo desarticulado, al desdoble, el cual somete a los distinguibles en sí mismo.

Ahora; sobre la afinidad hablamos después. Lo que llama mucho la atención es que Keynes presentía, como Marx, la desigualdad de los conceptos económicos basados en el testimonio de la actividad económica particular, ya sea macro o micro. Lo que no impresiona es que, como Marx, no pueda obtener ningún provecho de la *diferencia*; o, más bien, tan lo logró que no ve distinción alguna entre empresarios: a esto llama él “general”; sólo ve alguna entre ellos y trabajadores, lo cual es el argumento que va en contra de su ansiada contemplación general y lo que hace venir en detrimento a su teoría para aquel puro observador fijado en ella.

Sin embargo, esto ya lo habíamos presenciado con Marx cuando encaraba a Proudhon con la pregunta de quién era en realidad demandante y oferente, si el demandante que ofrecía dinero o alguna otra mercadería al requerir aquello que no ostentaba a la sazón, o el oferente, quien, al ofrecer lo que de él es, demanda mediante ello lo que de él no es. A propósito encontramos en Keynes lo siguiente (p. 86):

“La equivalencia entre la cantidad de ahorro y la de inversión surge del carácter *bilateral* de las operaciones entre el productor, por una parte, y el consumidor o el comprador de equipo de capital, por la otra.”

Pues bien esta bilateralidad keynesiana constituye el contenido de lo que aquí abarcaremos. Efectivamente, al desdoblar en su parte contraria un concepto el cual se supondría único, sin igualdad en su especie para restablecerlo en la unidad consigo mismo, es decir, observando en su contrario lo igual a sí, no está haciendo más presenciar el tránsito de lo inmediato hacia algo otro, que es contrario a sí, pero que, en verdad, no lo es. Esto mismo ocurre, por ejemplo, cuando de un lado ponemos al comprador con una mercancía en sus manos y del otro contraponemos al vendedor con una mercancía en las propias: lo que aquí son dos entes que se distinguen de sí mismo o sea, diferentes, donde según ya vimos antes, ni aquello que van a cambiar puede ser

igual. Sin embargo, vista la cosa más de cerca, con rigor, no podríamos determinar con el mismo ímpetu que aquí haya pura negación entre las partes; sino que la negación niega a la negación misma porque lo que de aquí se obtiene es el *reflejo*, como si se observara al que demandase intercambiando su producto con un espejo, el que le muestra su misma imagen proyectada, –los mismos movimientos, –los mismos caracteres, –las mismas circunstancias etc. Ahora, si no se quiere comprender esto a través de un espejo cuya imagen inmediatamente nos demostraría que es un juego absurdo puesto que con ello no se cambia nada ni se adquiere nada, tenemos que hacer uso de nuestra razón especulativa –lo cual de por sí es un pleonasma ya que lo especulativo se contiene ya en ella– y determinarlo más o menos como sigue: nuestra facultad, aquella que hace suyo el saber de lo discursivo, de forma inmediata concibe lo anunciado por el término como algo nominal y todo aquello ceñido en sí distinguiendo todo que no es relativo a ese nombre y, a la vez, lo que él conlleva. Cada denominación la conoce y cada momento en que por ella conoce la ayuda a discernir los demás conceptos obligándola a inferir que son distintos. Si alguien quisiera hacer equivaler cada término con el hecho de afirmarlos como iguales, ninguno, por lo tanto, escaparía de la fuerza del nombre que es por lo cual no llegan a tener afinidad ninguna pues él nos dice que no concuerda con otro. Ni uno se aviene con el otro; así que nuestro intento de corroborar la igualdad a través de lo nominal si viene a tierra. Aquí nuestra razón del devenir estaría peleada con la economía, que quiere hallar la unidad inmediata aunque tenga que apelar a los sentidos y a lo sensible. En efecto, no estábamos tan equivocados cuando tomábamos como análogo el ejemplo óptico de la imagen proyectada en el espejo; sólo que ahora no hace falta la ayuda que brinda la imaginación a nuestro conocer, o bien la que ofrecen nuestros sentidos, el visual más que todo, puesto que de aquí nos permitimos deducir una especie de similitud en las acciones que el nombre nos presenta como antagónicos; o sea que es un problema de imágenes y no de conceptos.

La acción del intercambio que a nuestro ojo se presenta en forma única pues que engloba de una sola vista lo que ocurre ante sí, se divide también en parte que a esa conglomeración corresponden al ser ellas las que la constituyen. De modo que no atestiguamos otra cosa que la parte y el todo, en donde éste es construido por la reunión de aquéllas sin las cuales no sería; y éstas no serían por la división de aquél y sin él: ambos se someten y se subordinan. Sin embargo, el hecho de que este problema sea referido a la imagen no trata sino de la similitud en que ambas partes participan haciendo cada una lo que hace la otra, siendo, no obstante, disímiles y totalmente contrapuestas.

Nuestra presencia sirve no ya como si fuéramos el reflejo contrapuesto, sino el ojo que da testimonio de lo que se lleva a cabo, lo cual es el remedo que cada parte del cuadro completo hace de la otra. En la representación no hay sino igualdad; no hay más que imitación; –dos remedadores y dos remedados; –dos diferentes que son iguales. Este remedo es el que ahora nos permite, aun y que el nombre no lo consienta, convalidar aquello que ambas acciones tienen de indiferente. Es claro que no por ello vamos a dejar de representarnos la diferencia pues aún y con todo ella, en la actividad económica, existe; el esfuerzo consiste aquí en llegar a la igualdad.

Ahora bien, Keynes se va por el camino de las matemáticas cuyo método es el que brinda la igualdad en donde cada variable del término opera, aparece y desaparece según el signo que le corresponde. Pero ello no explica lo que él entendió por “bilateralidad” y las deducciones consiguientes a que llega por medio de ello. De modo que lo anterior explicaría esta bilateralidad; mas, ni ello, ni la expresión matemática sirven para explicar la infinitud que guarda cada concepto puro en cuanto nuestra razón lo concibe, pues lo bilateral en tanto que es nombre no es igual y mientras que es similitud de actividades es *representación simple* para ella; esto es, no nos hemos apoderado del espíritu ni de la voluntad, –de la idea del desdoblamiento: es ello lo que a la economía le falta, lo otro es hasta donde los mejores economistas han podido llegar.

Es necesario admitir desde un principio que cada término con que nombramos todas y cada una de las actividades económicas *tienen su contraparte en sí mismas*, habita en ellas una fuerza extraña a sí que inmediata o mediatamente las hace parecer diferentes a sí mismas. A decir verdad, esa fuerza rara no habita en ninguna otra parte más que en nosotros, somos nosotros esa misma fuerza mediante la cual cualquier consideración simple aparece como múltiple, –cualquier único, dividido en sus partes contrapuestas realmente. Ninguna especie se nos resiste; con esta potencia somos capaces de hacer trascender cualquier concepto así como cualquier objeto, del lugar en que se encuentran, del tiempo en que se suceden y de la representación en que se limitan a manifestarse. Este es, pues, el camino hacia el conflicto de los conceptos mismos cuya esencia finita es la estampa suscitada por nuestra sensibilidad, la cual se arroja, sin ningún tipo de consideración estética, a lo intuitivo.

Ahora bien, es menester preguntarnos ¿Acaso esta enumeración de hechos similares ubicados y situados en una simple vista explicaría toda clase de actividad

económica que no requiriese de la representación de un entregar a la vez que de un dar y del recibir que tiene su contraparte en un tomar? Difícilmente tendríamos testimonio seguro en aquella visión, pues sólo nos determina y fija en la base sobre la cual descansa el *intercambio* que es simplemente donde Marx y Keynes hallan la contraposición del que demanda con el que ofrece; es decir, es ello de donde y por lo cual contraponen el comprador al vendedor. También cabe la posibilidad de que nos cuestionemos por lo siguiente: ¿Tendríamos con ello la certeza suficiente para establecer el más mínimo atisbo de igualdad entre el ahorro y la inversión, por ejemplo, siendo que en el primero divisamos la mano llevada al bolsillo, por decirlo así, para asegurar el resto de su ingreso; y en el segundo, el acto contrario de que uno se despoja de aquél poniéndolo en un ambiente sumamente volátil, cual si le salieran alas con las que pudiera volar lejos y volar de regreso trayendo expectativas alentadoras? Probablemente no. Para esta finalidad, tendremos que echar mano del cambio que en una sola variable nos representamos, lo que no es otra cosa sino su sencilla especulación, el simple movimiento *en sí* misma que indica la esencia y su cabal comportamiento para consigo misma. No tendré más remedio que apoyarme en los conceptos generales para que se entiendan los particulares; esos particulares, a los que la ciencia económica ha estado tan acostumbrada y de los cuales debemos alejarla, como si los aborreciera pues su trabajo consiste únicamente en taparle los ojos y mantenerla sedada. Así, por ejemplo, en el Keynes causal se atendió el modo por el que las variables distintas sucedíanse unas a otras mientras el impulso no alcanzaba la meta final que era el incremento de la demanda efectiva tras haber pasado el costoso arancel de la ocupación. Hubimos de ver también que muchas de ellas hacían mención al monto que necesariamente no debe pertenecerle a quien implora ganancias netas, o sea los costos o gastos. Se manifiesta, pues, que lo distinguible de aquellas permanecen en un concepto más general que los circunscribe, a pesar de que su término no se avenga con el de los demás: éste es por ejemplo los gastos y los distintos salarios, tasa de interés, costo de uso, costo de reparación, etc. De modo que, con rigor, no hay ningún problema en proceder así, elevando estos a algo más general. Esto lo hice en mi tercer capítulo, anterior a éste; sin embargo aquí se confirmará aún más porque no sólo es de un ingreso o una pérdida, sino de toda variable en general. La lógica keynesiana y de toda la economía consiste en acomodar las variables para conseguir el objetivo deseado al tiempo que se va midiendo el “impacto” que cada cual absorbe; pero ello es simplemente para poder predecir los probables resultados y desvíos del destino final. Ahora bien, el Keynes bilateral estriba en hacer comprender a los miembros de la misma

clase a la cual él favorece que lo mismo que hubo uno de hacer, el otro tanto hará por él, aunque la actividad implicada en el término no sea su par y a pesar de que huelgue en ellos el rasgo de controversia: un juego de iguales desiguales pretende nuestro autor para su gran teoría “general”.

Aguardemos, pues, por esa explicación de lo general; mientras, démosle sentido a la advertencia de que en cada género particular se esconde la fuerza desarticuladora. Así, pues, es de notar que cada concepto económico está íntimamente relacionado con la actividad económica a la cual determina como el nombre de las personas determina a su particular sujeto que, cuando lo nombramos, aparece en nuestra imaginación con todos y cada uno de sus rasgos, –de sus caracteres y mil cosas más, materiales e inmateriales, que le pertenecen. Cada letra de este nombre que delata el carácter de lo económico en cada circunstancia, nos habla del tipo de acción a la que se refiere; vuelve todo más fácil puesto que con ello nos libramos de tantas restricciones y de tantas singularidades que en los términos específicos y generales pudieran darse. Todo concepto es general en sí mismo, pero sólo con los de su misma especie: cuando queremos captar en él su lado universal, atisbamos que algo nos impide esta labor, constriéndonos a permanecer en nosotros mismos y en nuestros confines. Se habla de valor, pero de uno que necesita encarecidamente a la fuerza de trabajo; se habla de ésta, pero como aquello que requiere de la gracia y del poder del entendimiento. Así mismo, se menciona al ahorro, la inversión, la eficiencia marginal del capital, mas cuales subordinados de la demanda efectiva, ya que siempre deben custodiarla para que llegue a su objetivo como si testimoniásemos un gran convoy en el que ésta no figura por ningún lado. Es decir, hay aquí meras “representaciones de representaciones” con las cuales conocemos y atendemos lo que otros nos quieren decir mediante su uso y con las cuales situamos el problema económico en cuestión sin que medie por ello cosa alguna. De ello se deduce que, al ser representación de otra nos encontramos en un ambiente en que nuestra voluntad y nuestras facultades cognoscitivas tienen la cualidad de ser siervas de nuestros motivos a los que rige cierto interés particular; que es, por cierto, el matiz con que están caracterizados todos los conceptos económicos, los cuales tratan de lo general pero únicamente del que ello se permiten expresar y, algunas veces, sometidos a una consideración menor, pero esto siempre debido al que los menciona en su estudio. Podría decirse muy a pesar de ello, que los autores en esta rama de la ciencia no dejan, pues no lo observan, ejercer al concepto su fuerza, ya que inmediatamente que se apoderan de uno lo llevan a su vacua cueva del pensamiento a que abogue ahora por ellos y les

garantice una victoria en el ataque que pretenden emprender a través de él en contra de sus semejantes. Por consiguiente, es como si atestiguáramos un salto que hace el concepto al bando contrario para que apoye nuevos argumentos y nuevas y grandes “ideas”, sin mantenerlo fijo, sin adquirir todo aquello que nos brinda la consideración que hacemos de su negación en relación consigo mismo. En últimas consecuencias, todo esto no es posible por otra cosa sino gracias a la doble figura percibida por nosotros que él mismo tiene, la cual, como ya dije, hace que derrumbemos el reino en que la especie impera y que nos ocupemos de la mirada contemplativa en esta representación doble olvidándonos del interés de nuestros motivos y de nosotros mismos, como servidores de la especie a la cual pertenecemos.

Debemos empezar este olvido de sí mismo desde el punto en que poseemos el concepto como parte esencial de todo tipo de representación. Esta relación luego es aquella en que la actividad económica se manifiesta dependiente de nosotros, ya sea material, ya sea pensada, le pertenece al ser que la somete en su pensamiento inmediato o en su consideración intuitiva y sentida. De lo cual, tenemos que esta posesión del sujeto se escinde en dos partes: la que él mismo tiene de sí mismo; y la que tiene de la actividad económica del concepto que no hace más que anunciarla. –Al contrario de los materialistas, yo veo a la vez que su parte material de esta actividad, su parte ideal, de aquí que sea un concepto especulativo más; considerémosla como concepto general para seguir nuestras explicaciones. –Sin embargo, estos dos se hallan en mera relación pues el sujeto y su actividad son ahora uno y lo mismo, al ser él quien la ejecuta y lleva a fin y ella el resultado. He aquí el comienzo de lo particular; he aquí por qué cuando se invierte, al inversionista, parece que sobre él se abalanzan sentimientos de desconcierto y desconfianza que lo incitan anticipadamente a atender el ambiente en que va a depositar su dinero; pues como son una y la misma cosa, previene esto como si fuera él quien se entregara, buscando el mejor confort para su persona y las actividades de ella. La conexión del sujeto con su actividad económica subjetiva es lo primero de donde debemos partir. Ahora, Keynes está equivocado en declarar que ahorro e inversión son lo mismo, puesto que si a aquél lo vemos intranquilo y desconfiado, al que ahorra lo vemos poseído del influjo de las circunstancias en que ha decidió resguardarse, como si dijéramos, de las acciones volátiles en las que el otro se ofreció. La tranquilidad y la paz reinan en esa casa, en ese medio de certidumbre total. Pero la actividad del pensamiento, en cuanto nos apoderamos de la Idea, es algo que nunca tiene descanso; pues, cual género, supera siempre la diferencia que vive en él y que él mismo supera como

diferencia. Como conciencia de su propia actividad, podría decirse que es la representación de ella y que ella es la objetivación de él. El sujeto, que conociéndose a sí, tiene dos cosas por hacer: conocerse a sí por la contemplación inmediata en la que capta su actividad; o conocer ésta en tanto que es él el movimiento de sí. En ambos momentos se llegará al saber de la Idea en general y al olvido de sí viéndose en su otro, lo cual no es como si tuviéramos de un lado puesto el sujeto y del otro su actividad ya que estos son inseparables, los dos se corresponden. Si se conoce a sí mismo mediante la actividad es como si se conociera por el objeto puro, porque la actividad económica se la representará como cualquier actividad que sea la objetivación del hombre activo en general: ora sea el hombre abrumado encargado de un trabajo lastimoso para él que le causa aflicción; ora sea el hombre al que su trabajo gran placer le provoca, le deleita, le agrada y se recrea en él. De aquí que se diga que el capitalista trabaje vigilando que todo marche bien en la producción de la cual él es dueño, o que se grite que aporta valor o algo por el estilo, puesto que los que así ven las cosas se dejan llevar primero, por sus intereses y segundo, porque son los que quieren que el concepto abogue por ellos, sin ser ellos mismos consecuentes con el resultado que ello arrojaría. Esto se puede negar fácilmente pues sin trabajo asalariado no hay capitalista, sin él no hay aquél: ambos se subordinan a sí mismos, de donde nace la contemplación de la *actividad económica* en general desinteresada que señala y anuncia el tránsito de una actividad a otra indistintamente. Ésta, particularmente, aparece en la representación del sujeto, sometida a sí misma e independiente de toda otra actividad y determinada, la cual, así puesta, es la negación de otra igual. Pero si la miramos un poco más detenidamente nos admiramos de que se desdobra en sometidos que a la vez son independientes y que niegan toda actividad que no sea la suya. O sea que la admiración proviene de la superación que se ha hecho en la actividad económica misma cuando ante ella es colocada un contrario que deviene igual a sí misma por mucho que sean ambos la negación de algo externo que no coparticipa con ellos. Ahora bien; el desprendimiento del ser otro o, por mejor decir, de la actividad otra, de la actividad en sí misma, es lo que se acostumbra llamar en economía "mercado", "libres fuerzas del mercado" o, lo que es lo mismo, "mano invisible". El egoísmo que pretenden imponer en cuestiones económicas y a la economía misma, no es otro sino que la negatividad del movimiento del concepto correspondiente al sujeto de la acción o al agente. Este aparece como negativo y relacionado consigo mismo, esto es lo egoísta de él; pero en cuanto que es percibido así por la conciencia, se barrunta él mismo contrario en sí y deviene en otro completamente distinto, pues no resiste abandonar lo que fue para

él la fase primitiva. Sin embargo, este despliegue no lo separa por completo de su comienzo, ya que es éste el ser que dio vida a éste, o sea, dio vida a lo distinto en que penetra contradiciéndole siempre. Es por esto que Marx concluía que todo valor singular requiere de su contraparte en sí misma, –que todo valor privado se convierte en su contraparte social, –que todo valor concreto deviene valor abstracto, –toda forma natural adquiere forma de valor y –todo valor útil truécase en valor substancial. Todo ello no es más que el devenir de la representación en Idea, en lo estético. El mercado es algo abstracto que reúne en sí las actividades económicas habidas y por haber, de aquí que sea para los que lo predicán fácil el decirlo pues con ello abarcan todo lo que se quiera de una solo golpe; las libres fuerzas del mercado son la capacidad (fuerza) de éste para adquirir ora forma capitalista, ora forma de trabajador; ya de inversionista, ya de ahorrador; sea de trabajo concreto, sea de valor; tal de demandante, tal de vendedor; etc., etc., etc. En cuanto que aquella fuerza con la que admiramos el cambio de conceptos no hace que penetremos en lo otro de lo que estaba antes puesto, o sea en la diferencia, subsistente para sí mismo, no estaremos en presencia de la “mano invisible” de Adam Smith. Así por ejemplo, dice Smith (Riqueza de las Naciones, p. 402):

“Ahora bien, como cualquier individuo pone todo su empeño en emplear su capital en sostener la industria doméstica, y dirigirla a la consecución del producto que rinde más valor, resulta que cada uno de ellos colabora de una manera necesaria en la obtención del ingreso anual máximo para la sociedad. Ninguno se propone, por lo general, promover el interés público, no sabe hasta qué punto lo promueve. Cuando prefiere la actividad económica de su país a la extranjera, únicamente considera su seguridad, y cuando dirige la primera de tal forma que su producto represente el mayor valor posible, sólo piensa en su ganancia propia; pero en éste como en otros muchos casos, es conducido por una mano invisible a promover un fin que no entraba en sus intenciones. Mas no implica mal alguno para la sociedad que tal fin no entre a formar parte de sus propósitos, pues al perseguir su propio interés, promueve el de la sociedad de una manera más efectiva que si esto entrara en sus designios. No son muchas las cosas buenas que vemos ejecutadas por aquellos que presumen de servir sólo el interés público.”

Esa “conducción” a la que se refiere es la elasticidad que nos permite consentir en las variables un cambio repentino de significación, con lo que las remitimos a su contrario, entre más elásticas sean, más abarcarán en sí mismas, –el sustento de que puede presumir la mano invisible cuando se escinde algo en sí mismo superándose a la vez que manteniéndose, ya que “el mayor valor posible” es la fuerza contraria que atrae a lo separado, o sea el fin al que lo bueno tiende, la finalidad de conocer la Idea y dar con ella, el sujeto puro de la actividad económica pura. Una mano invisible sin su contrario no es sino nada; debe ser antes lo contrario a sí mismo para ser, como si dijéramos que el

trabajo útil, antes, durante y después, debe ser valor, y viceversa. El contrario de aquélla es una mano visible, por tanto, –es el carácter de nuestra conciencia que se ve a sí misma abordar la negación con la cual ella misma se contrapone desplegándose. Precisamente éste es el otro camino por el que se arriba a la Idea del movimiento en tanto que el sujeto de la actividad cambia y se transforma en otro no igual a sí mismo. La unidad de la actividad con él se ha dado ya, el tránsito de ambos lados hacia los extremos ha quedado ya confirmada, de modo que el sujeto se conoce a sí y a lo otro en sí mismo. Decíamos que al sujeto le quedaban dos cosas que hacer; una era la que vimos en la que conocía el desplazamiento de su idea fija de lo externo a la Idea de lo interior de ese externo; y la otra el saber de su desdoblamiento como sujeto que efectúa la actividad. El desdoblamiento aparece como el principio por el cual hubo empezado la actividad pensada por sí sola a transmutar; es decir, su ser aparece como lo que es para sí mismo único sometido a lo simple de él, es mero egoísmo. Mas, no puro egoísmo, ya que hemos dicho que este sujeto ha contraído la esencia negativa que representa para él la actividad, es uno con ella. Al saberse como uno con su actividad y al admirar todo lo que ella ha mostrado tener esencialmente, al sujeto, no le queda más remedio que tornarse su actividad misma, más bien, a ésta es a la que él obliga a cambiar y a desvanecerse en sí misma, ello ya lo vimos; sin embargo, el individuo económico que se aferra a la representación que se hace de aquella idea, se supera a sí mismo de la misma manera en que ella se reproducía en sí al contemplarla desinteresadamente, esta superación cae en la negación tanto de sí misma como la que otro hace a sí, o sea en el aspecto negativo general, por donde vemos aparecer un sinnúmero de actividades económicas sujetas a un agente económico. La capacidad para obrar es la misma capacidad que, puede decirse, lo lleva a negarse a sí y conocerse a sí mismo en lo contrapuesto, aunque ello sea, por el momento, lo negativo, su no ser, su reflejo. Así, por tanto, como de la actividad sin sujeto alguno considerada nacía la idea de un mercado, ahora con agente incluido arroja la del mercado laboral, del mercado de trabajo, de la *compra y venta* de la “fuerza de trabajo”, entendiéndose siempre *compra, venta y fuerza de trabajo*, en su sentido negativo, como formas infinitas que adquieren la actividad económica en su conjunto. Pues es así y no de otro modo como habremos de llegar a captar la negatividad que guarda la esencia de la actividad, en cuanto nos contemplamos inmiscuidos en ella o, simplemente, en tanto que sobre ella dilucidamos, la cual influirá sobradamente en nuestro intelecto afectándonos por el hecho de que la remitamos siempre al mismo tipo de conocimiento limitado del que parte sin poder establecerla como algo que no es privativo únicamente de él; sino que, por

ello mismo, deberíamos tener la capacidad, al punto de que somos presa de la vacilación, de concebir la transustanciación de lo particular, tanto inmediato como mediato, en un más allá de sí que sobrepase aquel mero conocimiento y a la ciencia que lo rige y lo constriñe (no por otra cosa se dice que la economía y su conocimiento abarca desde la actividad del mendigo, del dar y recibir limosna, hasta la actividad del cosmonauta; pasando por los sentidos figurados que se le puedan dar, como son los de la analogía de aquella con las partes del cuerpo o el simple hecho de considerar a cualquier persona como un gasto venidero para su futuro presente; incluso el considerar a la deidad como un industrial). Esa misma perplejidad señala el tránsito de la negación primaria a su substancia negativa, la cual, una vez adquirida, nos absorbe y nos arranca de la conciencia manejada por motivos e interesada, presenciando ambos negativos como dos o más entes contrapuestos y separados situados bajo el mismo complejo universal económico. De tal suerte que, como se ve, una y otra vez trascendemos de la actividad aparente confinada a los caracteres similares, hacia aquellas que no lo son, pero que, sin embargo, tienen que serlo ya que están regidos por la misma esencia negativa que vuelve a atraer a sí; en otras palabras, estamos ante el devenir contrapuesto, ante la lucha de las especies en que nos habían situado el conocimiento de lo general de la demanda efectiva y la sociedad martirizadora, explotadora, martirizada y explotada, en general; vacilamos para nosotros mismos, ahora no sabemos quién es quién, sino sólo nos atenemos a aferramos a la variedad que desaparece, confiados especialmente en que la esencia y su fluidez nos llevarán a tierra firme a pesar de ver en la diversidad sólo formas y contornos y en lo externo únicamente lo externo suelto y sin orden.

[4.2.3] De la verdadera consideración de lo general.

Pero lo que es para nosotros ubicado en el espacio como separado y sin orden, no es así, pues precisamente al ser puesto y expresado de este modo, recibe cabalmente la armonía de lo interno que se lo representa; de tal manera que aquello que existe a través de nuestra sensibilidad se relaciona inmediatamente con ésta sustrayéndolo del desorden de la irregularidad en que se halla cuando aparece en el pensamiento sin razón en general, o, lo que es lo mismo, sin atender la comparación hasta sus últimas consecuencias de lo que se congloba. Sin embargo, no hay que atender esas

consecuencias usando el modo en el que el materialismo del conocimiento nos ha inculcado, ya que, por consiguiente, no tendríamos hora exacta para cuando acabar la investigación fijada; hasta llegaría a suceder que el trabajo tuviéramos que dejarlo a cargo de otros y estos a otros, debido al mismo materialismo que sigue y sigue. Esta característica de él es la que lo hace certero cuando nuestra facultad para conocer requiere posarse sobre lo intuitivo para saber dónde se encuentra metido y cuáles serán los pasos siguientes. Pero esta concreción que tiene el materialismo mediante la cual aventaja a los demás métodos, es la misma cualidad por la cual puede perder toda ventaja lograda, precisamente porque 1) requiere de la conciencia contrapuesta a lo físico; 2) –de la conciencia que reúne la realidad de los físico y 3) –de la que va y viene a través de él.

Antes bien, la consecuencia a la que me refiero es la unidad de lo que aparece ante nosotros como lo negativo pero no solamente en tanto que influye en nosotros sino también la que no; pues lealmente es la que reuniría los contrarios provenientes de la desarticulación que una vez estuvo contraída en sí misma.

Ahora sí nuestro capítulo anterior no faltará a la verdad ni nosotros aquí si decimos que el ingreso no se refiere sólo al del capitalista sino al del trabajador; –que la inversión no alude especialmente al de aquel que desafía la volatilidad, sino también a aquel que invierte en sí mismo y *en los suyos* reproduciéndose; y así hasta el infinito. –Esto ya lo conocíamos por los otros economistas, empero; sin embargo, no llegaban a la igualdad, pues con Marx necesitábamos de “socialismo” y con Keynes de “empresarios socialistas para consigo mismos”: socialismo y capitalismo son lo mismo, la basura del pensamiento a la que nuestra razón puede llegar a degenerar, corrompiendo así todas las concepciones que se genera y todas las actividades que respondan a ese interés, como también las instituciones que no son más que el reflejo de su particularidad, negociada y traficada. No por nada son aquellos dos uno y lo mismo; antes bien, parece que están, como usualmente se dice, cortados por la misma tijera, en cuanto que comparten el idéntico fundamento y la propia esencia; es decir, el monstruo de mil y más cabezas que habita en lo más profundo de su laguna mental, el cual, cuando a sus guardianes núblaseles el sentido común y el entendimiento embótaseles, sale a su auxilio presto para colocarlos en el pragmatismo del cual hubieron salido: no hablo de otra cosa que del materialismo o realismo. Ello sucede porque el pragmático cree estar rodeado simplemente de materia que puede estar a su alcance cuando así lo quiera, sin caer en la cuenta de que ella para nada tiene que ver con las relaciones de lo inmediato y la

sensibilidad que es propia del ser de conocimiento; de aquí que, por ello, como es algo intangible, haga vacilar y caer al hombre en la confusión de su conocimiento intuitivo, volviéndolo todavía más pragmático o religioso, al ser incapaz de retener para sí la realidad objetivada íntimamente en el objeto destinado a la investigación de ella. De aquí que yo no sea materialista, ni pragmático, ni mucho menos religioso, a menos que el espíritu y la voluntad, como sujeto puro del conocimiento puro, se halle como fundamento de todo ello.

Pues bien, aludo a esto porque deriva cabalmente de que la economía es tratada por el método en que no hay sujetos ni ideas puros; sólo intereses del sujeto pragmático que obedece a una clase determinada desatando en sí la ilusión de la lucha de las clases, incluso en la propia: ello queda dicho en la causalidad keynesiana, y en todo tipo de causalidad, donde veíamos que desde luego los conceptos a los que encomiendan su trabajo no responden a otra cosa más que a dar utilidad *unilateral* al individuo que así se los representa mediante su mero término. Sin embargo, en su conflicto, atendíamos que ello no era tal ni el modo correcto en que podíamos siquiera pensar en economía, ya que inmediatamente necesitábamos de una consideración mayor para arraigarnos y asentarnos plena y lealmente en la idea *suprasensible* del mercado y una mano invisible (por cierto, la utilidad que al capitalista brinda el mercado y la mano invisible es a la que el materialismo y la historia brindan al socialista), pues ciertamente estos dos no nacen de la limitación de un concepto a sí mismo; sino de su conglobación ilimitada que procede de la representación intuitiva inmediatamente fijada en la actividad, la cual, deja el paso al pensamiento puro para que no se pierda éste en las relaciones que vemos indicadas en su denominación, sin importar qué tan diferentes ellas sean o qué de común ellas tengan.

Ahora bien, los conceptos generales en que nos basamos para enjuiciar y dar, finalmente, un principio que sirva de sustento a nuestras conclusiones y, a la vez, para darles restricción o expansión, aparecen aislados de sí mismos sin ninguna relación con su cambio propio de forma que hubo asimilado como lo contrario a lo que en el presente es. Por lo cual consigue que menospreciemos esta negatividad naciente de sí, debido a la cual lo aislado es como es, sin que nos paremos a examinarla más detenidamente, por lo que se llegará al resultado de que lo pensado tal cual aparece en nuestra representación no puede ser nunca algo separado de su contraposición; sino que, antes al contrario, se siguen uno al otro como la cadena causal que veíamos anteriormente donde cada eslabón sucede y precede al siguiente, llevándonos a la desorientación, ya que ciertamente, cada eslabón es cualquiera que nosotros queramos, de manera que, al

sitarlo y determinarlo, ha pasado a ser otro que no contemplábamos antes, y al cual le corresponde ser el siguiente a la vez que el fijo, al tiempo que el anterior; y así sucesivamente. Sin embargo, no ocurre así con los conceptos fijos económicos; por lo cual debemos ser la fuerza para atender la superación y la conservación reservándonos de caer en el cambio de forma del objeto en tanto que por una máquina está siendo modificado; asimismo nosotros, cuando nos volvemos el sujeto en el que la actividad recae: nos delimitamos y nos comportamos obedeciendo a nuestro principal interés, desdeñando en todo momento el movimiento negativo que nos invade efímeramente sin poder apresararlo, pues que vuélvesenos de todo tipo ocioso y para nada práctico, razones por las cuales, inclusive, nos guardamos de él como se guarda el religioso del pecado y del diablo. . . más del diablo que del pecado. –De modo que cada categoría unida a nuestra individualidad sería por la que, cabalmente, se empieza todo análisis económico; también el matemático no se salvaría a pesar de que toda contradicción sea anulada mediante el número y toda clase de sentimiento personal borrado, por lo menos, hasta que el cálculo haya terminado, favoreciendo o desfavoreciendo a unos y a otros el resultado. Lo cual quiere decir que el estudio de la economía y todo lo que ella pueda representar es tan inmediato a la particularidad del sujeto que éste se comporta como una reacción refleja e inmediata reconociéndose desde ya en la actividad que se ha destinado a ejecutar como simple agente y siervo de aquella; es, por ello, una gran parte de un todo que lo hace funcionar, que lo completa y que, en cierto sentido, le brinda estética. Sin embargo esta relación a la cual nada media, siendo así algo bastante instintivo, por ser así, lo colocamos en aquel conocimiento que el individuo tiene de sí mismo en cuanto que lo absorben intereses y razones totalmente particulares, los cuales influyen sobremano para volverse amo o simplemente agente, lo cual no quita, por ningún motivo que al ser uno y otro, deje de ser el otro o el uno; mas, aunque se decida por uno de los dos, no abandona la parte inmediata que le corresponde, ya que aún no sabe de sí como el sujeto del conocimiento puro, copartícipe del amo y del agente: esta relación de la parte con el todo que se desprende del hecho de que el agente económico es así puesto porque es a la vez su actividad y su concepto, llevó a los antiguos a considerar y a declarar que “la oferta creaba su propia demanda”, lo cual es a lo que se refiere Keynes en su teoría; ya que para él aquello era un resultado que se igualaba con su contraposición admitiendo, no obstante, una desigualdad que es la que nos remite a la expectativa, o sea a la demanda efectiva. Es decir que para este autor el individuo en su singularidad debe poder cuanto más desdoblarse en sí mismo responsabilizándose de su actividad a la cual está

confinado, pues es una con él, para llegar al fin que es la articulación de ese desdoblamiento, entre más se desenvuelva, mayor lo que se volverá a unir. Lo que difiere del punto de vista de Marx, ya que para éste el grado de desarrollo debería ser íntimo, consiguiendo después la mayor unidad a través de la competencia y por el auxilio de la fuerza productiva. Sin embargo, ambos cometen el error de no ver la igualdad que el agente guarda con su actividad en sí mismo: aquel desdoblamiento está regido y dominado por la expectativa mayor; y este desarrollo está sometido a la fuerza que por excelencia crea y genera valor y riqueza; la consecuencia lógica es que cada quien le dice a su cada cual: ¡Poneos de acuerdo! Al no ver la homogeneidad de la cual participan los distintos.

Ahora bien; sabemos, por lo dicho antes, que ni el término mediante el cual aludimos a lo específico de la actividad económica, ni el adueñarse de él para después volverse la unidad, o sea, el ser esa actividad, el agente económico, nos proporcionan el conocimiento puro del mismo término o de la propia actividad, ya que con ellos nos relacionamos de manera sensible de modo que tanto uno como el otro sirven ahora a los intereses nacidos de la misma conciencia que los hubo sometido a sí misma, perdiéndose, por medio de este hecho, el verdadero tránsito en que ella pudo haberse sabido dentro de lo que no es de suyo la conexión y el servicio para consigo misma: es la misma razón consciente la que nos concede este traspaso de lo que es esencialmente de ella a lo que para nada lo es, conociéndonos inmediatamente en lo que a nosotros mismos es contrario, inclusive contraproducente, referido, siempre, al agente. Esto es, como agente sobre la actividad económica, no se tiene más remedio que subordinarse a los motivos que dicta la individualidad según el fin y el objetivo deseados, considerando a los demás agentes como meros ayudantes para lograr lo predeterminado, sin que, por ello, se conozca éste en la propia negatividad con la de aquellos que así se le enfrentan, y mucho menos en la reunificación de lo dividido. El saber al que aquí se llega es la unidad del agente mismo pero con aquello que responde a su arbitrariedad; reconociendo, no obstante, una cierta similitud de objetivos y fines a sus allegados o partidarios; lo cual excluye de por sí la afluencia de lo que verdaderamente es general. En ello, precisamente consiste la consideración de lo general a la que ni Marx ni Keynes llegaron. Se trata, pues, de no relegar al olvido esa esfera que, propiamente, no se aviene con las circunstancias habituales, en las que no se halla delimitada ni situada, y que siempre se apartan de sí mismas repudiándose simplemente para esclavizarse en la consecución de objetivos unilaterales; sino de subordinar lealmente tanto la esfera particular como el

ambiente mediato, para que sirvan al poder creativo de la razón que hace de ellos uno y lo mismo, –de los motivos e intereses la diferencia de sí mismos, sumisos a la razón general del agente puro, el cual, como ha quedado plenamente dicho, es la verdadera mano invisible, aquello que se halla como fundamento del “mercado”, y que sirve de base para poder representarnos esencialmente todas y cada una de las actividades que la economía comprende sucediéndose una tras otra en el espacio y tiempo, aunque estos no se ajusten el uno en el otro. Pues lo mismo que es el mercado y la sociedad para el economista “vulgar” y el economista “social” respectivamente, lo es Dios para el religioso: a través de su capacidad que tienen para crear conceptos, generan todo tipo de seres abstractos, a los cuales proveen de sus mismas facultades y sentimiento, desde los más bajos hasta los más sublimes, desde los más efímeros hasta los más permanentes, y de mil cosas más para que aparente omnipotencia y omnipresencia; haciéndose a sí mismos una mala jugada, puesto que esta abstracción parece separarse completamente del ser que le dio vida, es decir, de la razón, sometiéndola y gobernándola al poco rato, y de la cual exige mejores y renovadas provisiones para seguir existiendo en ella y a través de ella. Por lo cual, la razón se ve rendida y dependiente a su creación malhechora sin que sepa cómo y por qué; es como si preguntáramos qué es el ver, limitándonos a responder que es una experiencia o un sentimiento vivido, sin explicarlo mediante la interacción de los elementos que intervienen consiguiendo la imagen final que es el resultado. Ahora bien, por el ver así como por la razón no nos cuestionamos de hecho por su existencia porque el uso que nosotros hacemos de ellos aparecen a una muy temprana edad de nuestra vida en la que resultaría ocioso el saber, pues ciertamente ni nos interesaría ni tendríamos la capacidad suficiente para comprender y detallar el cabal mecanismo de lo que nos preguntábamos, conformándonos con que las cosas vayan al modo general, con lo cual se evita más o menos la distinción como singulares. Así mismo, la mercada influencia que hacen a nuestra capacidad de representación en una edad cándida las cosas exteriores provoca que éstas siempre sean consideradas como las que afectan a nuestros sentidos siendo estos sumisos a aquellas. Es decir, debido a que cosas externas dominan y reinan las facultades mediante las que estas existen y debido a que no somos capaces de oponer cierta resistencia, dejándonos llevar por lo que acaece, es muy factible que adoptemos la singularidad del medio en la que nos encontramos metidos; de aquí que la razón no encuentre la conexión con lo que ella misma hubo creado, sumiéndose aún más en la independencia de sí misma a través de cuya capacidad penetra a cada momento lo arbitrario y lo contingente; y de aquí también que pida y ruegue siempre a

Dios por los demás pretendiendo que los “haga cambiar”; o que a la “sociedad”, mediante la “mano invisible”, modifique para determinar a su contraparte negativa, pues es incapaz de alterarse a sí misma haciendo declinar totalmente su individualidad. Este es el fundamento de rezar a un dios, el querer alterar las condiciones para que determinado movimiento acontezca o para que determinada sociedad sea la que impere sobre otra. Sin embargo, a diferencia de estos, yo no puede conceder que la conciencia se rinda a lo externo, sino que lo externo debe devenir algo interno a sí mismo: este es el reino del espíritu que penetra y se exterioriza sin hacer salido de sí mismo.³¹

Hemos dado con el verdadero sentimiento al que tenemos que acceder cuando queramos hablar sobre lo general, en el que no únicamente el concepto corriente, no la actividad por sí misma; sino el agente económico que reúne a aquellos y que a la vez se determina como particular, pero que al mismo tiempo niega esta delimitación convirtiéndose a sí en otro por ese mismo negar. No se queda, sin embargo, en la negación de sí mismo, que es, propiamente, el declinar de su voluntad inmediata, pues que ese mismo negar niega su condición externa y contrapuesta retrayéndolo a la unidad consigo mismo pero conservando de una vez los momentos dispares a sí: es el agente que sabe de sí mismo en calidad tanto de trabajador como de capitalista; es el agente cuya ganancia se le vuelve en contra de sí mismo y que ve como la pérdida; ya no hay más distinción entre el agente que invierte en medio de un ambiente incierto para reproducir su mercancía y el agente que invierte para reproducir mercancías bajo cuya

³¹ Esta consideración no está tan aislada de la realidad, pues que no por otra cosa en las sesiones psicológicas empiezan, claro está, los psicólogos preguntando por las vicisitudes debido a las cuales se instó repetidas veces el paciente a situarse hasta el lugar en que se encuentra él; donde, una vez que se saben ciertas cosas, se recurre ahora a tratar temas de la infancia, encontrando, no pocas veces, que es allí de donde los problemas presentes tienen su fundamento y su inicio. Sin embargo, a pesar de que muchas veces el mal provenga de esa etapa, seguiría constituyendo un despropósito el hecho de querer siempre explicarnos el problema atendiendo a la candidez de nuestra vida en la que no somos capaces aún de ser siquiera conscientes y de apoderarnos de lo arbitrario y negativo de nosotros, pues aún y siendo mayores y más conscientes que antes no evitamos que lo externo afecte a la voluntad, lo cual sería imposible. Antes bien, más acertados estaríamos si planteáramos la cuestión desde punto de vista de que aquello sucede así debido a que nuestra sensibilidad se apodera, antes como ahora, de lo bueno y lo malo, los cuales adquieren mayor intensidad en tanto que contradicen o no la propia voluntad, siendo la cura la reflexión que hacemos de las cosas en cuanto que traspasamos su forma fenoménica llagando a apoderarnos de la contraparte para restaurarla en la unidad junto con nuestro pensamiento universal; ya que esta receptividad nuestra existe desde que abrimos por primera vez el ojo hasta que se cierra por vez última. Esa negación de la voluntad de vivir la utilizan los psicólogos y la gente común para dar ánimos, de manera indirecta, al que lo requiere, o sea, con otras frases muy acordes con el problema del paciente o de la persona, por ejemplo: “ámate y amarás a los demás”; “no eres el único ni el último al que esto ocurre”; etc., etc., etc.

producción entra aquélla; es el momento en que infinidad de comportamientos económicos diferentes se unen por su misma indiferencia: no hay más “plusvalor”, sino sólo un recorrido extraordinario en el que interactúa la pérdida, la ganancia y el agente puros; el recorrido del trabajador excedente que no se mantiene en la estancia en que sólo sirve a su célula y organismo económicos, es el que va y viene en y a través de ellos y lo que hace mejor su funcionamiento, –el plus de valor, el valor incrementado.

Desde el primer instante se advierte que el investigador económico no tarda mucho para deshacerse de la contemplación sensible, en la cual otras ciencias tienen su principio y de la cual empiezan a divagar; y así lo vemos sustituyendo unos conceptos por otros, ahí donde se le presentan objetos destinados a la compra y venta, les llama mercancías, –a la reproducción del agente, consumo, –a la producción, materias; y ahí donde ve la ganancia inmediata, le llama o ingreso del empresario o salario, –donde considera el monto que de dinero corriente puede obtener por medio del cambio, le llama ora precio, ora interés, ora renta, etc.; –por último, ahí donde contempla el cambio de poseedor de la mercancía, lo llama cambio o circulación; y así sucesivamente. De donde se deduce que la economía de materialista no tiene ni el nombre, por lo que entra de manera inmediata a la consideración *especulativa*, donde, según la cual, no se sabe qué pensar al fijar nuestra atención en el concepto particular, pues este abarca, por lo menos, toda la especie a la cual se refiere, cediendo su puesto a lo que él mismo no es y a lo que puede resultar de sí mismo contraproducente, de aquí que tenga que agregársele gran cantidad de adjetivos para especificarlo aún más. Sin embargo, la economía encontró en sus hijos predilectos, cómo zafarse de esta cuestión puesto que ahora basta con sólo clasificar el concepto en virtud de la actividad que se lleve a cabo: por ejemplo, la diferencia del producto y la mercancía, de la demanda y la demanda efectiva, de la oferta y la oferta global. Pero aún y con todo ello, la misma economía busca la igualdad en cualquiera de las formas mediante las cuales éste se objetiva; se pensará que ello lo obtiene en tanto que adquirimos el servicio del concepto, pues que no hacemos con él más que reproducir la totalidad en un solo aliento: y así decimos, la mercancía trabajo es mercancía porque se produce y se comporta como una mercancía, consumo productivo y producto consuntivo etc.; o cuando expresamos el concepto “fuerza productiva” atendemos toda fuerza productiva que pudiéramos representarnos, mas siempre se nos escapa la contraposición de sí misma, la cual muchas veces es la causa que crisis se generen pues no es otra cosa más que la competencia, la parte que estorba el desarrollo de la posición singular, a la cual la contraparte, o la fuerza productiva *en sí misma*, se

refiere. Esto mismo permite que diferenciamos el concepto de la idea; con aquél establecemos la totalidad de la especie, con la idea, lo absoluto, lo que no corresponde con la especie resultando la igualdad de los géneros; aquello es por ejemplo la similitud que la ganancia guarda entre empresarios, esto, la identificación entre capitalistas y trabajadores, rentistas, banqueros, usureros y demás: es la ganancia que se divide en partes de sí misma, lo que decíamos antes cuando argumentábamos que la ganancia efectiva se vuelve en contra de sí misma; o mucho antes, al referirnos a un trabajo, que, inmediatamente era un no-trabajo mediante cuyo tránsito el plus de valor se alcanza. Pues, con rigor, ese plusvalor no es más que la afluencia de una pluralidad de valores considerados, no obstante, desde el punto de vista en que no carecen, ya que no lo pierden, de su rasgo particular, el cual parece como si los obligara a aparecer de ese modo en tanto que los contemplamos como unilaterales, siendo, desde luego, el cúmulo de sí mismos el que vemos contenido en esa representación, que es, ni más ni menos, lo que pretenden que capturemos al parar mientes, cuando, de una u otra manera, se manifiesta como un despojo, ora en la esfera de la circulación, ora en la de la reproducción, bien sea que como *vendedores* obtengamos *más* por un precio alto, es decir, que sustraigamos más de la “circulación” de lo que con la producción se haya introducido, bien sea que como *compradores nos substraigamos a entregar más* de lo que la circulación y la producción exigen; lo cual, según lo que hemos dicho antes, está en consonancia, por decirlo así, con el principio de la demanda efectiva keynesiana que ya no podemos representárnosla de modo que esté limitada a su propio y particular agente, impulsado siempre por motivos totalmente arbitrarios tal y como los visionarios de la economía tienen a bien vislumbrar un mercado lleno de facultades propias de las que sólo el humano puede jactarse, a pesar de que la contradicción de este hecho lo conduzca a pervertirse en la borrasca comunistera de su “sociedad real”, –y confinada asimismo a la mera individualidad del agente económico; –así como con todo *valor* que antecede a todo *plusvalor*; ya que es el fundamento de ambos y sobre el cual se erigen teorías como la de Marx y de Keynes y, sin que sea precesión de mi parte, de todas en economía: no por otra cosa los vulgares ven en ello la razón perfecta para llevar hasta la mente de cada alumno sus buenas teorías de curvas de oferta y demanda libres a la vez que subordinadas a la gráfica y, para desgracia de ellas si es que tuvieran la facultad de sufrirla –y de ellos–, a la conciencia absoluta. Sin embargo, ello descansa, como hube dicho, tanto en la representación que como agentes económicos tenemos de nosotros mismos, en cuanto que nos adueñamos de la categoría teórica que queramos, como de la

razón, mediante la cual nos sometemos a la dura prueba del declinar de la individualidad del agente para conocernos como la verdadera fuerza que él guarda con aquella, tornando, así, la limitación concreta en que nos encontrábamos en la diversidad de limitados, sin que tardemos, por ello, en caer en la cuenta de ser el individuo del conocimiento puro. Ahora bien; como la demanda efectiva alude a lo que se entiende por plusvalor al devenir ambos en un cúmulo de valores diferentes entre sí, o sea, en el valor dividido en sí mismo mediante el cual barruntamos la negación de sí propio, cabe decir que el juego de trabajos que antes hacíamos no es tal con el que queramos expresar una particularidad puesta de un lado y otra que la niegue puesta del otro, a pesar de que este camino nos lleve hacia la misma contemplación de los indiferentes que se contraponen al atributo con el cual están identificados, convirtiéndose, de esta manera, en lo contrario de sí mismos; tal y como ocurría con el *trabajo y el no-trabajo*, los cuales aparecen como una esfera completamente aparte de otra esfera contrapuesta, algo así como el juego del vendedor y el comprador. Pero, al igual que aquí, el trabajo debe manifestarse como algo desigual a sí mismo sirviendo de base a aquel doble desprendimiento en sendos entes. Esto lo hemos visto ya. Sin embargo, debo decir, que así como esto se aplica a la categoría trabajo, lo mismo puede hacerse con cualquier categoría al azar, así sea ella sacada de las más oscuras cavernas de la teoría o tomada de las más visibles, sensibles y evidentes superficies del mundo práctico, o fenoménico, siempre debemos suponer esta gran contemplación. Esta no es otra más que la bilateralidad de la cual venimos y que nombrábamos como la negación. Aquí se despliegan ante nosotros los diferentes que no guardan relación entre sí, ubicándose con ello en el caos de lo contingente que cada cual guarda para sí. Pero esta parte es lo general de la teoría; cada uno se separa formando una parte aislada, todos se muestran relacionados única y esencialmente consigo mismos, expulsan de sí aquello que no conviene, que no va, lo heterogéneo. Pero, por lo mismo, presentimos que el hacer de cada uno es el lograr del otro, ambos equivalentes y para nada distintos como aparecían antes; sentimos que la negación misma naciente en cada parte distinta recae sobre nosotros en cuanto que nos suponemos como agentes de la economía o como simples categorías o conceptos puros: parece como si no hubiera diferencia entre uno y otro; –como si lo uno y lo mismo se dirigieran hacia el mismo lugar del que hubieron partido como divergentes. En efecto: cuanto más nos observamos adunados a la representación de nuestro concepto económico como seres contrapuestos a nosotros mismos y, por consiguiente, como unidos, debido a que hemos logrado mantener, lealmente, lo contrario de ello y hemos sabido atribuirlo así como a los demás

también a nosotros de tal modo que nos atisbemos dentro de esa misma marcha de diferentes y de iguales, tanto más convencidos estaremos, digo, de que éste y no otro, es el camino verdadero para que nos apoderemos de lo general; –tanto más convencido me encuentro de que esto es la senda (como localidad, región y país) hacia la cultura, como seres que se conocen a sí mismos en lo particular de sí, –hacia el crecimiento económico sostenido. . .

[4.3] Bourgues.

Menester es, en este tercer y último apartado, seguir denunciando los alcances que se obtienen mediante la principal y esencial proposición expuesta desde un comienzo en la hipótesis, donde, en verdad, se manifiesta el *cambio* inmediato contenido en dos diferentes conceptos con tan solo atender a esa misma diferenciabilidad que los caracteriza, –que, a la postre, los separa y conduce por formas del pensamiento completamente inigualables. Esta es una razón, precisamente, que auxiliado ha a todo análisis y a todo conocimiento empirista y práctico para granjearse, en todo momento, una realidad conveniente que por mucho tiempo detrás del arduo trabajo y celoso deber, muy bien admitidos, resguárdase. Desde un principio, empero, aquístase para nada este modo de emplear el juicio que diera fundamento a esta pequeña investigación; antes bien, completamente diferente procedídose ha hasta ahora en aquello que se refiere al tratado de los conceptos no desde un entendimiento materialista, sino desde aquel cuya contemplación es la negación y la conservación.

Así pues, toca el turno de considerar lo dicho sobre el incremento de precios que aparentemente tiene su base y su causa en los costos y en la demanda. A fin de que esto se cumpla, se atenderá el libro de Paul Bourgues (1981), primero para echar de ver cómo es que entiende el problema del incremento de precios y segundo para apreciar la diferencia de los métodos empleados aquí y allí, aprovechando que este autor tiene marcada tendencia marxista, o sea, materialista y que desde este punto de vista aborda tanto nuestro tema como su crítica.

La relación que guarda esta investigación con ese trabajo estriba en que ambos denotan y denuncian la falta de veracidad en que incurre la “ideología dominante” en

cuanto atiende problemas inflacionarios y se pronuncia a la vez por ciertas opiniones con las que juzga aquello que de suyo es para ella algo fijo y muy determinado; siendo que, por ello quienes están con mucho gusto confinados y adheridos a tal influencia no hagan la labor ni de juzgar ni de formarse siquiera ulteriormente un sano y verdadero criterio con que presentar las bases sobre las cuales fundan aquel problema; con lo cual no dejan traslucir sino que todo esto para ellos es un verdadero lastre con el que han tenido que cargar a través de los años, junto con sus teorías. ***Se ve desde luego que estas formas de estudio descansan sobre una sola premisa: salarios—causa de la inflación***, la cual servídoles ha en determinado momento para asegurarse una posible causa que les provea primero de cierta credibilidad que les haga redituable su trabajo; y, segundo, de medios y razones suficientes para actuar de consiguiente, volviéndose los más astutos y decididos caballeros buscadores de la verdad.

La diferencia entre este trabajo y el de Bourgues consiste en dos partes; a saber: por un lado en la cabal identificación de los conceptos mostrando incesante e incansablemente la negación que cada cual tiene para consigo mismo; a diferencia de la corriente manera en que el entendimiento los llega a juzgar, esto es, de un modo general, de tal suerte que circunscribe de una sola vez aquello que le es conveniente y con él se muestra acorde, para, enseguida, asumir la igualdad de cada una de sus partes olvidando a la vez toda forma negativa que en ello mismo aparece: esta tesis muestra el esfuerzo mediante el cual la conciencia se apodera de la contradicción de cada una de las proposiciones, elevando este pensamiento a la unidad de contrarios, sin que por ello se hubiese tenido que echar mano de alguna consideración matemática o algo que se le parezca.

Por otro lado, la diferencia que se deriva de la anterior es que cuando se trata de la “ideología dominante”, esta tesis entiende por ello no solo la que no es marxista, sino también el pensamiento de esta escuela; incluso llegaría a ser “ideología dominante” la vulgar y corriente, aquella cuya capacidad para razonar sirve para detenerse en el camino contemplando la materia, cuando se le antoja ser más terrenal antes de irse definitivamente de este mundo; o antes de seguir atormentándose más con el sentimiento de la muerte (o antes de contemplar el mundo en forma *a priori*); contemplando a Dios cuando dirigido ha su entendimiento hasta la saciedad a la pluralidad inmediata a través de su intuición y representación asegurándose con ello una finalidad muy singular; y, asimismo, cuando barrunta que hubo pecado ya mucho sin que ello, por lo mismo, le baste. —Esto quedaría completamente demostrado en los apartados y capítulos

anteriores, al ver a Marx y Keynes, así como las formas en que ambos autores hacen suyos determinados dilemas económicos; de tal modo que se han venido utilizando las expresiones “material”, “materialista”, “análisis” o “teorucha” para hacer raya a ese procedimiento.

Resta, pues, un apartado con el cual pretendo seguir explicando el asunto del incremento de precios igualmente bajo el pensamiento más inmediato que al ser humano revélase y que es aquel mediante cuya facultad logra granjearse la síntesis de la categoría y de lo externo, reteniendo par sí los diferentes grados en que la pluralidad y la singularidad se le presentan. De manera que dignese vuestra Merced a leer lo que sigue con gran atención, interés y cuidado, no esperando encontrar otra cosa más que la explicación de cada cuestión aquí presentada desde el punto de vista de la forma cognoscitiva del entendimiento, tal vez, del juicio que, estando circunscrito a todo tipo de elementos y conocimientos sensibles y, posteriormente, sometido por la ilusión a la que llega gracias al concepto con que acapara una serie de cosas diferentes de por sí, logra adquirir, no obstante, el conocimiento tanto de la particularidad nacida de aquella sensibilidad y, a la vez, el de lo que es que no es al mismo tiempo del concepto inmediato. Se espera que, a través de lo que sigue, téngase el pensamiento, en todo instante, de advenir la sustitución del modo en que cualquier materialista pudiera expresarse por la manera mediante la cual alcánzase aquí abordar el asunto resueltamente: la explanación a priori sobre lo que hasta ahora manifestádose ha; sin olvidar, claro es, la pureza a la que todo entendimiento universal aspira en tanto que cuestiona siempre la forma externa que capta y, a pesar, de ello, para sí la retiene a fin de contemplar la nada de esa certeza cierta.

Nótese, además, que todo aquello que se tiene preparado para dar fin a este capítulo, ha de tener, como todo lo anteriormente expuesto, estrecha relación con lo que en la hipótesis húbose dicho y propuesto respecto a la configuración hecha en tanto que se paraba mientes en lo contrario de dos contrarios, manteniendo y conservando, así, el grado determinado en que ambos aparecen, debido a esa contradicción que no hace sino encubrir partes substanciales del asunto; pero que, bien apreciada la cuestión, permitirá, siempre, adquirir gran ventaja sobre las demás tesis y prejuicios, toda vez que esa diferencia provoque en sus expositores la necesidad de alejarse continuamente por sí mismos de la conciencia tripartita, la cual tórnase imperativa entre tanto lo complejo y

puro del pensamiento es para el individuo lo más sublime, hacia donde él quiere tender, – toda vez que quien tenga para sí esa diferencia de modo que excluya a otras tantas se atreva a negarse a sí mismo a fin de contemplar y testimoniar la transformación tanto de sí mismo como de la categoría comprendida en lo otro de lo otro de su sí, echando por tierra tesis y concepciones que se tienen por verdaderas; o, por lo menos, echando los firmes fundamentos para una manera distinta de concebir la ciencia, preceptos que no proceden meramente de la experiencia.

En efecto parece que desde un principio quedará una vez más demostrada la total diferencia con respecto al método marxista y el aquí presentado, pues el autor, al que enseguida se pasará a considerar, no tarda en atender el tema inflación mediante un concepto muy conocido: “fuerza de trabajo”; el cual sírvele para preservar su desatento juicio del tránsito que el concepto incremento de precios abarca; demostrando el contraste existente e inigualable de varios conceptos como, por ejemplo, salario, ganancia, valor y creación de valor; así como costo e inversión: juicios que, conforme los analiza y los separa como distintos, representan para él un medio poderoso para su crítica, según la cual el valor de la mercancía, no tiene ninguna influencia sobre los precios en general, al ser aquél un juicio cuantitativo por el que se representa un desgaste confinado a una sucesión y éste un juicio mediante el cual aparece una ilusión que nos desvía de la verdad, pues no es más que una igualdad de contrarios.

También pretende demostrar que es falsa la tesis de que un incremento salarial aumentaría la demanda y ésta, los precios, siempre que ella supere la cantidad ofrecida. Pronto se atisba que a este autor asústale la *universalidad del concepto*, ya que cuando declara que empresarios y comerciantes deberían pensar sobre la contraposición del medio por el que obtienen ganancias, no se detiene a meditar que al afirmar esto, afirma, proclama y condena a la misma contradicción la negación de la ganancia manifestada en salario, pues este no es más que el medio por el que se obtienen ganancias. Es verdad, el precio no está determinado por la oferta y la demanda; pero a la vez sí: por la oferta y la demanda que, dependiendo siempre de la capacidad del individuo puro y universal para representarse realmente los grados en que cada una se divide en forma diferente y diversa, esto es, atendiendo siempre la diversidad de cada una, al final reconoce la síntesis de ambas y las coloca en unidad, concediendo que es el precio que iguala al salario con la ganancia a través de un pensamiento absoluto.

[4.3.1] Del sentido amplio del concepto precio.

Dentro de los lindes de la ciencia económica, se aprecia, desde luego, que quienes se enfrentan con conceptos singulares, con los cuales dirigen su atención a fin de entender leyes o tendencias, así como proclamar leyes y tendencias, ulteriormente atienden con mayor facilidad aquella imagen que para sí mismos sobrepuja en generalidad, pero cuya amplitud va perdiendo igualmente fuerza, hasta quedar reducida, merced al desconocimiento del mismo desdoblamiento, al limitado alcance que el propio conocimiento conceptual guarda con la categoría singular y simple, la cual no comprende más que aquella pluralidad en la que la hallamos confinada. Y tanto más vuélvese dificultoso el alejar esta representación sintética y abstracta, cuanto más embebecido y abstraído admira el sujeto del conocimiento la discontinuidad de cada circunstancia revelada en el bosquejo de su abstracción. A tal grado que se convierte en fiel sirviente tanto de su revelación intermitente plural, como de la materia poco extensa en ella contenida, sin saber sobre la relación inmanente que cada substrato tiene para con su otro, ni poder barruntar siquiera el hecho de que cada clasificación puede resumirse e identificarse bajo una misma idea.

Y es, precisamente, esta idea, lealmente este resumen, esta identificación de juicios contrarios, debido a los cuales el pensamiento ha se ensimismado resaltando la particularidad, incluso de sí mismo, y que se deberá conservar para alcanzar el efecto de aquella integración, la que permitirá hacer renovadas consideraciones acerca de la superación de cualquier particular.

En efecto, en muchos pasajes del libro de Bourgues en tanto que se sustrae a las tesis dominantes, vemos que da, realmente, con la verdad del problema; mas, vuelve a perderla de vista en cuanto hállase dominado por la aparente tautología que siempre encubre la naturaleza de las cosas, revistiéndola de la más pura realidad; provocando en el investigador una especie de sopor e inclinación a favor de lo inmediato. Incluso parece captar, algunas veces, la raíz de todo problema cuando advierte que de lo que se trata este serio y complejo tema de precios es de una “analogía”; mas, no se detiene a examinarla porque simplemente recuerda que hubo surgido de una tautología. Por ejemplo, en su prefacio (pp. 7 y 8) dice:

“Analizar la inflación como derivada del aumento de los costos significa afirmar que hay alza de precios. . . ¡porque hay alza de precios! Es una verdadera *tautología*, es decir, la repetición inútil de una misma idea en términos diferentes.”

Dice, además, (p. 23):

“Subrayaremos que. . . se utiliza la analogía, es decir, la semejanza de una cosa con otra. El alza de los salarios, de los precios de las materias primas, y de los precios de los servicios públicos se ponen en un mismo plano, como si se tratara de un solo y mismo fenómeno en su principio. Todos estos aumentos son el resultado de la elevación de los costos de producción.”

Luego dice (pp. 27 y 28):

“La tesis de la inflación de los costos es errónea en su principio, particularmente cuando es aplicada al salario. Ya hemos subrayado que se apoya sobre una secuencia analógica formal y no termina más que en un simple desplazamiento del problema. El alza de los precios es explicada por el alza de los precios. . . ¿Por qué hay aumento del precio corriente de la fuerza de trabajo, del salario? Sería de simple sentido común responder: porque hay elevación del precio de los bienes y servicios comprados y consumidos por los trabajadores. Y llegaríamos a esta conclusión: hemos llagado aquí al punto de partida del razonamiento. ¿Por qué hay una elevación del precio de esos bienes y servicios? El problema permanece intacto.”

¡El problema se le antoja intacto!

Ahora bien, debido a que el entendimiento encuentra en su capacidad para discernir un excelente medio para ir acumulando conocimiento a medida que su representación tórnasele inmediata y a menudo la misma, no puede por ello el individuo más que captar otra forma en que su juicio se manifiesta para declarar de este modo que ya no se sitúa en la indiferente concepción, sino que ha alcanzado otra que para nada le conviene a la anterior en la cual paraba mientes. Cuando se atiende un efecto bajo un nombre, cuya causa no se presenta sino bajo el mismo nombre del efecto, el pensamiento hállase desorientado sin saber qué más imaginar sobre ello; hasta que queda seriamente confundido y completamente aturdido, que necesita de inmediato una diferencia para compararla al punto con el juicio de la igualdad al que hubo llegado antes. Es éste el clásico subterfugio con que los teóricos materialistas embaucan a los principiantes; ello consiste en oponer a un término, otro que no se avenga, inmediata y ulteriormente, con él, ya sea por la diferencia subyacente en el tiempo y el espacio, ya sea por cómo determinada circunstancia fuere aprendida por el intelecto, deviniendo así en un concepto delimitado por la razón, etc. Cuando esto ocurre es porque la conciencia inmediata no está habituada a adquirir conocimientos mediante conceptos que a la postre vuélvense

infinitos; –en todo, quiere captar una diferencia que la preserve de la confusión y del atolondramiento; mas, con ello se protege a sí misma de sí misma quedando ensimismada y tanto más aislada del conocimiento de la contradicción del término más singular y particular, viniendo a parar en una efímera conducta materialista y empirista. He aquí un ejemplo (p. 8):

“Cualquiera comprenderá fácilmente que un costo representa por él mismo, un precio: es el precio de una mercancía vista por quien la compra y va a utilizarla. Para el trabajador, el salario es el precio de su fuerza de trabajo, y para el patrón representa un costo. Cuando se afirma que el alza del precio de la fuerza de trabajo es responsable de la elevación de los precios, es perfectamente posible invertir esta aserción y decir que la elevación de los precios es la responsable del alza del precio de la fuerza de trabajo (lo que es lógico, si los precios de los bienes de consumo necesarios para la vida del trabajador y su familia se elevan, es preciso que el salario aumente). En resumen, no se ha explicado nada sobre el origen de la inflación. Por fin –y ello será lo esencial de nuestra demostración–, mostraremos que el salario es un costo particular, que no es asimilable al costo representado por la compra de una máquina y de materias primas. Los ideólogos burgueses consideran –lo que las patronales aprecian altamente–, que el pago de los salarios es un simple costo y no una inversión. Ello permite disimular la cuestión fundamental, la que debe estar en el centro de todo análisis económico: la capacidad de trabajo, así comprada por el empresario, constituye la fuente de creación del valor, y en este sentido produce a la vez el equivalente del salario y la ganancia. Sobre esta base nos será fácil demostrar que, cualquiera que sea la evolución de los salarios, no modifica en nada el valor de la mercancía, es decir, el tiempo de trabajo transcurrido para producirla, no tiene, pues, ninguna influencia sobre el nivel general de los precios.”

Se comprenderá fácilmente que el autor, ahora como después, intenta diferenciar todo para mantener y argumentar la tesis de que los salarios no causan inflación, cambiando en todo instante la jugada mediante el subterfugio referido ya. En efecto, primero menciona que el salario es el precio de la fuerza de trabajo; después que es un costo particular, el cual no es para nada igual que el costo de máquinas o materias primas; luego que es una inversión. Finalmente, por si esto no bastare, embauca a su público con la transformación de términos: salario y precio de la mercancía diferente del valor de la fuerza de trabajo y magnitud de valor substancial subordinado a una medida de tiempo bajo el cual se produce. Y no sólo engaña a sus lectores, sino a él mismo al cometer el abuso de argumentar en todo momento su investigación mediante esta irrisible distinción, hasta llegar al descaro de obtener conclusiones de ello.

[4.3.2] Del subterfugio corriente: el valor que no es precio.

De poco o de nada servirá decir algo aquí acerca del valor tal y como Marx se lo representa, el cual valor, dicho sea de paso, lo volvemos encontrar pronunciado en esta obra de Bourgues. Todo lo que con ello tenga que ver se tendrá que atender en el apartado destinado a Marx en este mismo capítulo cuando se advertía que él no sabía nada sobre el valor o más bien, cuando se aclaraba que el valor de la fuerza de trabajo, así como el valor de la mercancía, depende de otros valores, siendo ella sólo su conglomeración. Algo parecido le ocurre también a este autor mientras toda su atención encuéntrase fija en querer demostrar que los salarios no son el origen de la inflación. El procedimiento que utiliza es, pues, el mismo cambio de conceptos; y para dar relieve a esta falla veamos lo que antes hubo dicho (p. 49):

“Son también los costos de producción que permanecen indeterminados, ya que no son más que la expresión de otros precios –precios de los elementos comprados– ¡y el problema no ha sido más que desplazado! Cada vez que se define un precio por otros precios no se hace más que esquivar el problema de base de la formación del precio. Se entra una vez más en un razonamiento tautológico.”

Y ahora establece (pp. 49 y 50):

“La fuerza de trabajo en actividad en la producción posee la propiedad de conservar valor agregando valor. Conserva y transmite el valor de los medios de producción –es decir, de las materias primas consumidas y del desgaste de las máquinas–, simplemente porque los pone en acción, porque el trabajo productivo transforma los medios de producción en elementos formadores de un nuevo producto. El valor <<pasa>> de un valor de uso (los medios de producción en su utilidad concreta) a un nuevo valor de uso, un producto diferente: el acero se transforma en chapa y la chapa contiene el valor del acero que le ha sido transmitido gracias a la acción de los trabajadores.

La fuerza de trabajo agrega valor, porque al mismo tiempo que el trabajo productivo permite la formación de un producto nuevo, actúa, en tanto que fuerza de trabajo general, gasto de tiempo de trabajo social, por consiguiente en la formación de un nuevo valor. La chapa no contiene solamente el valor del acero que le ha sido transmitido y el desgaste de las máquinas; contiene igualmente el valor, el tiempo de trabajo nuevo que ha sido necesario para transformar el acero en chapa.

Al final de un ciclo de producción, el valor de una mercancía está formado entonces, por el tiempo de trabajo pasado, correspondiente al consumo parcial de las máquinas, edificios, etcétera, y, por el tiempo de trabajo nuevo agregado, en un mismo movimiento, por la fuerza de trabajo actuando en ese proceso inmediato de producción.”

El aseverar que al final la mercancía es considerada cual si le correspondiera a ella la síntesis de un desgaste anterior materializado, cuya pluralidad se representa a través de distintos valores de uso, con otro mediante cuyo ajeteo da nueva forma a varios objetos, es, claro está, algo que nada pierde de tautológico, tal y como se atestigua con el precio; pues, en efecto, el problema no ha sido más que desplazado.³²

El valor, como el precio, representan el pensamiento de algo que para el individuo es muy particular, lo cual, a pesar de manifestarse así, va remontando circunstancia tras circunstancia, va adquiriendo nuevos modos de aparecer hasta que finalmente es el valor o el precio bajo cuya denominación muchos de los que le antecedieron están reunidos y acumulados. De aquí que sea indiferente el que se hable, para estos efectos, de valor o precio o el que se afirme que en cuanto precio no afecta su valor etc. Al concebir que el valor adquiere diferentes facetas con las que puede conservar, agregar o transmitir valor, no discurrimos sino en la misma repetición inútil, del mismo círculo vicioso que nos llevaría a dar vueltas y vueltas en rededor del mismo problema sin atisbar la solución, quedando aún más aturdidos; pues de nueva cuenta se halla el desplazamiento infinito de un concepto a otro, de un pensamiento diferente a otro diferente y así hasta el infinito. –

³² Marx dice así: “Supongamos que, gracias a un misterioso privilegio, al *vendedor* le sea dado vender la mercancía *por encima* de su valor, a 110 por ejemplo, a pesar de que sólo vale 100, es decir, con un recargo nominal del 10 por ciento. El vendedor se embolsará, por tanto, una plusvalía de 10. Pero, después de ser vendedor, se convierte en comprador. . .Visto en su totalidad, el asunto se reduce, en efecto, a que *todos* los poseedores de mercancías se las vendan unos a otros con un 10 por ciento de *recargo* sobre su valor, que es exactamente lo mismo que si las vendiesen por lo que valen. . .supongamos, por el contrario, que es el comprador quien tiene el privilegio de comprar las mercancías *por debajo* de su valor. No hace falta siquiera recordar que el comprador será, a su vez, cuando le llegue el turno, vendedor. . .Por eso los que mantienen consecuentemente la ilusión de que la *plusvalía* brota de un recargo nominal de precios, o sea de un privilegio que permite al *vendedor* vender la mercancía por más de los que vale, parten de la existencia de una *clase que compra sin vender*, o, lo que es lo mismo, que *consume sin producir*.” El Capital I, pp. 115 y 116. –¡Para nada, querido señor judío! En realidad se parte de la existencia de una *clase cuyas compras son menores a sus ventas o, lo que vendría a ser lo mismo, cuyos gastos son menores a sus ingresos*. Es más, usted está tan ilusionado de negar la creación de la plusvalía de un recargo nominal de precios que no atiende bien que de $M = c + v + p$, p es un recargo nominal del precio de la mercancía por encima de v , primeramente, y posteriormente de c y v : privilegio que goza el *vendedor como comprador a fin de obtener ingresos sin menoscabo de sus ventas*. Privilegio que no quisiera dejar de gozar el *comprador como vendedor, cuando adquiera su compra sin menoscabo de sus ingresos*.

Lo anterior tiene mucho que ver, pues tiene estrecha relación, con la “masa monetaria que funciona como medio de circulación” (véase El capital I, pp. 76-79); ya que para calcular ésta, en razón del “número de rotaciones de las monedas” es importante tener en cuenta que no será en absoluto la misma masa calculada respecto al precio de $M = c + v$ que al precio de $M = c + v + p$, siendo ella una variación en el precio de las mercancías; y como aquella masa determínase por la suma de los precios de éstas, aparecerá mayor con un recargo nominal de p existente en el producto siempre y cuando el número de rotaciones de las monedas no se altere, o bien disminuya a mayor velocidad que aquellos precios aumentan. Es decir, concretamente: la “masa de dinero está en razón directa con los precios de las mercancías”; sin duda; asimismo con un recargo nominal en él.

Los físicos y los materialistas encuentran plena satisfacción en el análisis de la materia cuando quieren apoderarse de la causa; en la cual nunca encontrarían un origen, ya que tan pronto como aparece en la imaginación se perdería si se preguntara por la causa de esa causa; a menos que se quiera creer en la generación espontánea o en el elemento divino. Mas, toda determinación está subordinada al pensamiento y a su forma a priori: toda causa es porque se concibe con anterioridad y de modo continuo, teniendo como resultado un efecto; pero si el sujeto del conocimiento no tuviera la capacidad para poder representarse mediante su conciencia un hecho alejado en el tiempo, la forma de la sucesión y de la síntesis por la cual ha configurado el contenido de cada etapa, dando como resultado un efecto, la causa no sería: lo mismo la materia y el ser divino; sin una razón que los genere, serían absolutamente nada. Luego la solución al problema del incremento de precios se halla, por tanto, en el pensamiento individual mismo.

[4.3.3] De la teoría de la inflación. El triunfo de la conciencia a priori.

Díchose ha más arriba que inflación era un término mediante el cual se atenía concretamente cual circuito interminable cuyos elementos eran dirigidos y provocados por una misma causa; esos elementos, como se sabe, responden meramente a costos y la causa no era otra cosa que el salario. Pero también se aclaró que si mediante la contradicción de cada concepto determinado se alcanzaba a conceder ya el cambio hacia la diferencia de la categoría en cuestión y que si a pesar de lo cual lográbese mantener la contradicción, podíase llegar a la conclusión de que el incremento de precios era el punto en que coincidían uno y el mismo factor determinante a fin de saber qué era aquello que se entendía por causa de la inflación. Incluso en la hipótesis de esta tesis se avistaba ya la problemática en tanto que dos formas ajenas una de la otra se avenían para dar origen al incremento de los precios. Sin embargo, conforme íbase desarrollando la investigación se observaba que así como dos cosas tan diferentes podían compenetrarse a tal grado de desaparecer una en la otra y viceversa, de referirse a una mediante la otra, no era imposible que se expandiera esta identificación hacia otros aspectos que muy bien pudieran antojarse como ganancia y salario: eso se atendió en forma de ingreso, el cual, al ser un algo general, circunscribe a otros muchos, tales como impuestos, renta, interés,

limosna etc. Asimismo se atestiguó la forma en que un salario es para la ganancia una pérdida y cómo una ganancia es para el salario pérdida, que, inmediatamente al mostrarse ambas cosas así se comprendían cual sendas ganancias. Igualmente esto se estudió cuando advertía la lucha de las clases dentro de cada una en particular, lo que se llamaba la lucha de todos contra todos: la transformación del valor en plusvalor dejado un poco de lado lo aprendido en economía política clásica. No estaría falto de verdad al decir ahora que la pérdida comprende una pluralidad que se manifiesta en lo mismo que el ingreso, pues que ambos contrarios tienen que ser lo mismo sin que se aparten de su apariencia formal: lo que se denominaba sustracción y adición.

En este mismo apartado echose de ver el reconocimiento de la implicación salarial en la inflación siendo un precio o un valor, dado que ambos responden a la misma característica que se antoja en la sucesión y aglomeración de distintos en una mercancía acabada.

Ahora bien; por si acaso no ha quedado claro: ¿Por qué díchose ha que la ganancia participa en la generación de la inflación? Debido a que en estos temas aquello en donde el entendimiento del sujeto que conoce se centra no es algo que requiera de su intuición, sino a menudo de su conocimiento por medio de nociones abstractas que comprenden un sinnúmero de imágenes no menos abstractas contenidas en aquéllas cual partes, el concepto de inflación o precio vendría a representar lo mismo, tal y como héchose ha menester en aquellos quienes dan más prioridad a lo cuantitativo. En efecto, dependiendo de la extensión en que logren éstos figurarse cada una de las nociones esenciales, la cual muchas veces acontece en ellos según el linde de cada categoría, la inflación es estimada mediante una impresión numérica que el propio intelecto efectúa, la cual, de repente, tórnasele cuantiosa respecto a una impresión prefijada. La inflación se vuelve generalizada cuando ahora el aspecto cuantitativo que capta el entendimiento es reafirmado por él mismo pero en la esfera que abarca la pluralidad cuantitativa conforme a la cual tiene la certeza de la inflación. Ese aspecto numérico no es más que el precio que siempre se halla adunado a un objeto concreto y abstracto susceptible de ser adquirido u ofrecido según las previas necesidades de cada agente económico. Mas, esta pluralidad comúnmente alcanza, para quienes la inflación procede de una única fuente, grados menores debido a la categoría en la que se hubieron confinado: he aquí la canasta de precios, la conciencia que embanasta. La causa se transforma en salarios gracias a que la amplitud del concepto causa es tan paupérrima para éstos que cualquier distinción es

buena para preservar de la extensión su conocimiento, que cada vez se vuelve más y más singular.

Pero si hay algo en lo que esta investigación insistido ha desde su comienzo, es en atravesar ese límite, confirmando su hipótesis. De tal suerte que si la conciencia es consciente de cada contradicción existente en todo concepto económico general, será capaz a la postre de captar la idea que envuelve cada categoría particular, la cual servídale ha para deslizarse cada vez que paraba mientes en el aspecto económico, manteniéndose no sólo ensimismada en la relación que cada actividad del agente económico singular tiene con el aballamiento de otro agente económico particular (lo que significaría para ella una representación intuitiva); sino también arrobada en cuanto es para ella lo mismo aquello que los términos conceptuales guardan para con ellos mismos, pues de lo que tendrá cabal certeza es de que cada uno aparentará una acción y una determinación tales que aparecerán como únicos; pero eso sería su ilusión, su forma de manifestarse egoísta, de la cual se obligará a deshacerse, ya que es debido a la unicidad de conceptos por lo cual se asegura de alcanzar la esencia y la verdad, la superación de sí misma como límite y la de sus diferencias en tanto que conceptos y comportamientos. Así pues, de aquí se deduce que el término cuantitativo que intermedia en la compra de aquellos que demandan, es completamente análogo al otro aspecto numérico mediante el cual el objeto-mercancía es ofrecido; y, por lo que, el individuo adquiere cual agente económico las mismas atribuciones que aquel que lo demanda o compra, cuando él demanda u ofrece esa cosa-mercancía. Mas, también se encuentra que aquella apariencia, gracias a la cual se atiende una determinada cantidad, está asociada a un sujeto que transfórmase en mercancía siendo ello, pues, su ganancia-salario; lo cual a su vez, es asimilado con la respectiva cantidad adherida a la cosa-mercancía que no corresponde sino a la *posible* ganancia del empresario-capitalista.

Ahora bien; el recorrido de esos aspectos cuantitativos y sus respectivas transformaciones en salario y ganancia, vuélvese, para el pensamiento, infinito en cuanto que a cada cual se le adjudican formas que, toda vez, contiene una característica intuitiva diferente: así por ejemplo, la mercancía acabada es diferente de un insumo; pero con ello no se cambia para nada la jugada, pues no dejan de ser mercancías u objetos para determinado uso: a través de los cuales, es decir, por medio de ese uso determinado, se advierte, otra vez, la esencia de la mercancía-insumo cuya representación dineraria ideal

se hallará manifestada en la cosa-mercancía terminada correspondiente. Pero como díchose ha, esta cosa semi acabada es fácilmente identificable con otra completamente terminada; de lo cual se infiere que su precio es el representante de la ganancia del empresario-productor de insumos y, según que nos detengamos cabalmente a reflexionar a fin de apoderarnos de la negación de esta nueva categoría, se abrirá, para nuestro pensamiento, su respectiva configuración de iguales desiguales. Y como tanto el trabajador como el empresario no se distinguen en cuanto que son determinados grados en que *el agente económico* toma un aspecto esencial, habrá trabajadores que coadyuven a la producción de aquellas mercancías semi terminadas, cuyos precios se equiparan al de otras mercancías.

Se ve que de nada sirve adjetivar los objetos-mercancía si fueren terminados o semi acabados; puesto que se articulan de nuevo en el concepto mercancía, siendo ellas las divisiones a las que el concepto general circuye. Sin embargo, este juicio que separa, ayuda, a quienes la diferencia y la menor pluralidad existente entre las lindes de su concepto, que no es más que el resultado del pensamiento propio, sirve como base para sus teorías sin concebir su espíritu, —a discernir los costos-precios. Pero esto es precisamente lo que conduce a cada pensamiento a contemplar una sucesión interminable, o sea, infinita, mediante cuyo movimiento todo se presenta indescifrable según que se quiera de buena gana descubrir el origen; no obstante, pronto se echa de ver que ello no sacaría del apuro a nadie quien no comprenda el papel que juega la infinitud en la conciencia misma cuando va surgiendo poco a poco de ella su forma de conocer, sin que ello se transforme en el concepto de infinitud matemática o física, en la que ésta es similar a un espacio discontinuo inacabable. Para lo único que les ha servido a estos comodones esa serie en que incurre a menudo la atención es a dar un paso de costado y a afrontar el conocimiento recurriendo sin perder tiempo a otros medios: los hay quienes abísmanse en el menoscabo del agente económico en cuanto que el valor de su esfuerzo, de aquello que les pertenece propiamente, no se retribuye de forma completa o simplemente satisfactoria; los hay quienes se sumen en el pensamiento que a todas luces acusa un detrimento entretanto cada agente a cada uno compensa.

Y quién no verá, por consiguiente, que así dispuestas las cosas viénesse a dar, de forma más completa y acabada, en lo propuesto en la hipótesis; pues si aquí sólo se fija la razón, con la ayuda de su sano juicio, sobre la distinción de dos formas irreductibles, inconciliables, la una con la otra; allí, se atiende la razón a la expansión infinita de un

sinnúmero de actos y conceptos con los que de manera concreta cataloga la actividad económica y cualquier otra. Quién no atestiguará, asimismo, y llegará a tener plena certeza de que así como se logró reconciliar aquéllas a través de su misma relación consigo mismas y a través de su rechazo, se alcanzará bajo la misma virtud espiritual la reunificación de dichas divergencias e incompatibilidades, sin abstraerse por ninguna razón de las mismas, empero.

Para terminar de aclarar mi punto de vista, el cual considero se distinguirá del de muchos otros por lo que sigue; y para seguir denunciando los errores de este autor, hay que conseguir situarse de modo que se preste atención suficiente al cambio de conceptos, absurdo e insolente, con el que se pretende influir en el lector, a fin de hacer pasar por verdadera una tesis que no lo es definitivamente.³³

Veamos, pues, (pp. 3 y 64):

“Por lo tanto, un cambio en la magnitud absoluta del capital variable, en tanto no exprese más que una modificación del precio de la fuerza de trabajo y no una variación del número de obreros, no modifica ni una jota la magnitud absoluta del valor de la mercancía, porque no modifica en nada la magnitud absoluta del nuevo valor creado por la fuerza de trabajo en acción. Puede entonces muy bien haber alza (o baja) de los costos de producción sin ninguna modificación del valor de las mercancías producidas: es verdad cada vez que ese movimiento de alza o de baja concierna al salario.”

Sin embargo, véase lo que hubo dicho antes cuando el precio de un insumo, cuantioso se le volvía, valorándolo en el precio del producto sin echar de ver que se contradice del todo, (p. 63):

“Hay pues naturalmente aumento del valor del tejido, ya que el precio del algodón se eleva.”

³³ Incluso –para aquellos que aún no comprenden el sentido de mis palabras, que llenan todas las cosas aquí tratadas y explicadas y que deberá desde ya entenderse–, hay en esto una plena compenetración de estilos entre quienes exponen su análisis acerca de la actividad económica por medio del marxismo y quienes lo relatan por otro medio distinto: ambos tienen la desfachatez de hablar acerca de algo abstracto sin pensar antes en lo esencial de lo abstracto, es decir, en lo que tiene de concreto: los unos llegan hasta el límite en que el entendimiento fresco retiene para sí y comparte a la vez el gasto de fuerzas existente en una serie de actividades; los otros, logran alejarse del pensamiento cuantitativo de este desgaste mediante la frescura de la actividad de la conciencia.

Lo cual utiliza también para poner de relieve el error de otro estudio en el que no se distinguía sutilmente el hecho de que el pago al trabajador se efectuaba como una remuneración a su fuerza de trabajo y no sólo a su trabajo (p. 53):³⁴

“La base teórica de este error reside en el análisis del salario como precio del trabajo (y no como precio de la fuerza de trabajo).”

Ahora bien, dicho he en repetidas ocasiones que el medio por el cual surge todo tipo de relaciones bajo determinadas circunstancias, es el pensamiento y que es éste, gracias a su intuición y a su forma pura, el primero y último elemento de la cadena interminable en que las cosas vienen a parar, de modo que el incremento de precios no debe ser la excepción cual invención humana. Y es la explicación de que existan precio e inflación.

Así pues, ¿Por qué tanto la concepción del valor cual sustancia de una actividad laboriosa, que sucede a otra de otra actividad en tiempo, en espacio, esto es, en valor de uso, –conservada y añadida a la vez, como la del precio, que no es sino una peculiar forma a través de cuyo aspecto cuantitativo puede expresarse el valor individual de cada mercancía manifestando siempre la particularidad concreta y abstracta que podría obtenerse y ofrecerse en toda actividad de intercambio; por qué, digo, no es posible obtener la naturaleza de la inflación y concebirla mediante ambos modos? En tal caso, hasta podría preguntarse ¿Por qué razón tiende hacia el infinito?

La respuesta a la segunda pregunta es fácil: se halla en aquel modo de conciencia que busca razones, decidida a preguntarse siempre por el hecho que antecedióle ha a otro y la circunstancia que permitídole ha surgir de alguna manera. Claro es que el concepto *de alguna manera*, aprehendido de repente, no le sirve de nada al sujeto cognoscente para aclararse y explicarse las cosas: siempre quiere llenar ese vacío de toscas materias. Mas, el hecho de que se vuelva interminable la búsqueda es porque la inflación es explicada vulgarmente gracias al precio y valor mismos, al ser estos la simple indicación *de algo cuantioso*, por el pensamiento que siempre tiende a registrar sus posesiones; de aquí que haya dicho yo que el valor es como el precio, pues representa la delimitación por medio de cantidades que señalan la particularidad de los objetos, cosas, etc., respecto al individuo y su pertenencia, ambos singulares, o sea, de él. El valor como

³⁴ Compárese todo esto con lo que digo acerca del valor y del precio que tienden hacia el infinito y de su manera de aparecer en un concepto superior de mercancía, a pesar de diferenciarse y ser completamente distintos, conforme ella va adquiriendo forma acabada en nuestra representación.

sustancia de fuerza o desgaste por el ajetreo productor bajo cualquier circunstancia económica reproductiva, es tan particular a su dueño, que, al igual que el precio de cualquier mercancía, aparece como algo cuántico, una cantidad discontinua cuyas secciones demuestran cabalmente que también esa fuerza se atomiza al ser la parte más pequeña sujeta a un individuo subordinado a sus intereses. En otras palabras, es infinito porque se remite a algo que *ya de por sí es un incremento*; la inflación no es más que un incremento de precios o uno de valores: con esto queda, pues, contestada la primera pregunta. –Es inútil, por consiguiente, que para deshacerse del tema inflacionario se estudien los valores-mercancía como algo distinto al precio de las propias mercancías y al salario, ya que ambos tienen dentro de sí mismos inflación.

Entonces, si la inflación es por sí misma precio y valor, ¿Qué son estos? Efectivamente, el valor o el precio, como he dicho, es la indicación de que algo tórnase discontinuo, esto es, *propio*, ya que implica el hecho de que el sujeto lo preserve y se preserve a sí mismo, como el hacedor de las cosas, de la participación de otros que no han coadyuvado para tal fin. La conciencia que a cambio de una cosa a exigir algo empezado ha, debió de haber surgido en el momento preciso en que era consciente del abuso que se cometía contra la intención generosa, benévola e indulgente de la persona en general, –en que se sabía burlada, engañada, –en que advertía que su honradez y su honestidad estaban siendo pisoteadas. –¡Traslademos esta impresión de conciencia de un sujeto del mundo antiguo, a la moderna receptividad y al actual sentir del individuo, que, al nacer, se encuentra ya circunscrito y confinado a una sociedad previamente existente! (Descabellado, ¡verdad?)

De modo que el precio y el valor denotan que tanto el trabajo individual como el producto de éste no son objeto de banquete, de regalo; denuncian que ni *la cosa producida* ni *la fuerza de trabajo* se obsequian. Si el producto del trabajo o el trabajo mismo ofreciéranse sin pedir nada a cambio, no habría valor ni valor substancial (porque no se tendría conocimiento del desgaste sometido a una sucesión temporal; únicamente de la fuerza de trabajo generosa), no habría precios ni salarios (ambos representantes de la ganancia del empresario–capitalista y el trabajador, respectivamente –o de la pérdida de uno y del otro, el caso es igual). El precio y el valor así considerados en general vienen a manifestar un punto por encima de aquél en que la conciencia es desprendida, desinteresada; de tal suerte que si el pensamiento se sitúa en aquel modo de conciencia que se aleja más y más de esta concepción benévola, afluirá a él todo tipo de conocimientos sobre valores y precios, con los que llegará a representarse la serie interminable. Si, por otro lado, por

medio de este grado de honradez de la conciencia, se sabe que el sujeto pensante es principio y fin de la figuración cuantiosa adherida al mundo de los objetos destinados al cambio y al uso, se deducirá que tanto la inflación como los precios son sustentados por el pensamiento individual del sujeto; y que así como el valor evidencia la relación de algo con la conciencia decidida a resguardar *lo que suyo es* de granujas y truhanes, se inferirá asimismo que llega un momento en que por esa misma acción se convierte en un pensamiento mezquino y avaro, haciendo surgir de aquí alguna cantidad de otra cosa que pueda llegar a acaparar mediante el intercambio. . .

Por tanto, podría decirse que el precio es una actividad del pensamiento mediante la cual él mismo cae en la cuenta de que efectivamente tenídose ha que alejarse, en forma universal, por una u otra razón, del pensamiento indulgente, es decir, del pensamiento de una cifra interpuesta que dista de cero; –la inflación es el concepto que crea el propio pensamiento para figurarse la medición de qué tanto se va separando allén de su forma benévola, o sea, en qué proporción una cantidad positiva se encuentra alejado de cero. Toda conciencia entre más apartada esté de su juicio desinteresado, más adverá precios y, por ello, inflación; y, entre menos, menos: de aquí que para analizarla se debe hacer abstracción cada vez más intensamente del precio, hasta ver convertido al agente económico, es decir, al sujeto, en *tierra* como madre, como la que *le regala* las materias con las cuales su hijo crea y aliméntase –como la proveedora de lo más indispensable. Claro está que la tierra dadivosa nunca podrá llegar a ser hombre; pero el sujeto puro, tierra y mundo, sí.³⁵

³⁵ Ahora, aquellos que aún intentan mantener la ganancia empresarial apartada de la causa de la inflación por medio de su disparidad con el salario, imaginad: si la inflación mide, abstractamente, cuán distantes nos situamos por medio del pensamiento de aquel punto por el cual la conciencia puede incluso negarse a sí propia y negar su propiedad; qué monto estará más alejado, si comparamos el salario con la ganancia, por separado. Sabemos, de antemano, que ambas cosas generan inflación por ser ambos algo a lo cual media un precio: el precio de la mercancía que les pertenece; mas, ¿Cuál hállase más allá de cero!

[4.3.4] De la demanda y los costos falaces. El pensamiento que se desdice.

En realidad el verdadero origen de la inflación es la conciencia misma, esto es, por el juicio del sujeto, quien, consciente del hecho, para mientes en la conducta totalmente desaprensiva de otra conciencia; de modo que es mediante tal apreciación que se ayudará en cierto modo a contrarrestar y a neutralizar aquel agravio cometido en contra de su persona, sin tener que llegar, por lo mismo, a la riña, a las deudas de honor o, incluso, hasta la pérdida de vidas: aún podría ser que ese mecanismo de valorización sea el medio por el cual se haya logrado evitar esos modos de expiación y otros todavía peores de los que el individuo tiene necesidad de utilizar y llevar a cabo a fin de que vea y sienta que la mancha ha sido lavada con sangre en favor de su honor.

Podría decirse que la valoración, una vez que del pensamiento se ha desterrado la idea de la acción generosa para ciertos ámbitos, es justa, justificable y la menos mala, con ayuda de la cual alguien mantiene su benevolencia lejos de la oferta, en el momento en que sospecha que de algún modo húbosele estafado y robado.

Por aquí se infiere claramente que otro tipo de causas que no tengan nada que ver con el pensamiento del sujeto consciente, distraído en la maquinación de la apreciación por la que nadie le volverá a ver la cara de nuevo, no son principio ni origen del incremento de precios; de tal suerte que, hay que decirlo, cabal y cumplidamente no existe una “inflación por los costos”, ni una “inflación por la demanda”, ni “monetarista”, ni nada por el estilo si no se relaciona con la conciencia mezquina y avara o, por lo menos, con la que asegura su honor.³⁶ En efecto, el hecho de que el sujeto háyase servido de algo con lo cual resguardarse de granujas, evitando peleas a muerte, entre otras cosas, no es motivo suficiente para que evitara darse plena cuenta del beneficio que adquiriría en tanto le adhería a su trabajo o producto de éste un valor, siempre que fueran útiles y

³⁶ Monsieur Blanchard (Macroeconomía, p. 153) parece incurrir en el irrisible juego del espiral de salarios y precios, cuando explica la curva de Phillips, a saber: “Un bajo desempleo provoca una subida de los salarios nominales. –En respuesta, las empresas elevan sus precios. –En respuesta a la subida de los precios, los trabajadores piden unos salarios nominales más altos. –Las empresas suben de nuevo los precios, por lo que los trabajadores piden nuevas subidas salariales. –Y así sucesivamente, con el resultado de una continua inflación de salarios y de precios.” No creo que haya pasado desapercibida la respuesta de las empresas a una subida de los salarios para que aquella espiral sea sólo de dos factores. De ahora en adelante tendrá que tomarse en cuenta la ganancia en orden de que aquella expresión recoja perfectamente el mecanismo general de la inflación y la inflación esperada.

objeto para satisfacer necesidades humanas. –No se pretende dar aquí una teoría o explicar la genealogía de cada categoría económica; sin embargo, hay que decir que junto con la generalidad nace el intercambio o que, por lo menos, lo supone; ya que ella es un sentimiento que el sujeto va desarrollando mientras que para él el mundo va tomando al mismo tiempo forma consciente, es decir, en tanto que la negación de su ser aquista formas propias, con ayuda de las cuales atiende el conglomerado de la especie y la diferencia de él con otros por ese mismo conjunto que parece independiente de él; por lo que el intercambio aprensivo túvose que haber desenvuelto bajo el ambiente positivo para que la generosidad se manifestara, no en el hombre, pues como a priori él es dueño de este sentir, sino como una expresión de sus acciones; el desaprensivo, por otra parte, en tanto que es la contraparte de este mismo estado emotivo del ser: diría que como tales nacen uno del otro mientras el pensamiento se establece en uno y rezaga al otro. Mas, como dicho he, este hecho concreto del nacimiento tiene como mero principio la conciencia; es mediante ella que el sujeto puede adquirir una infinidad de categorías que simplemente hállanse sujetas a una acción llegando a determinar a cada cual; de modo que el intercambio generoso y avaro son el resultado propio de la conciencia y, para nada, ¡nunca!, de la sociedad o de las cosas que el pensamiento se encuentra “previamente existentes” con cierto valor, propiedad y funcionamiento; esto es, a pesar del tipo de sociedad en que la conciencia se encuentre, siempre será la última y la primera que decidirá la conducta para conducirse en su medio.

Así por ejemplo, Marx, no podía pensar en una posesión “no-jurídica” anterior a la familia; y mucho menos podía representarse “la propiedad” en aquellas sociedades en las que los humanos “se limitan a poseer. . .” Marx dice así (Contribución a la Crítica. . .pp. 270 y 271):

“En tanto que el espíritu tiene una actividad puramente especulativa y teórica, el sujeto real subsiste de forma autónoma, fuera de la mente. En el método también teórico de la economía política el sujeto –la sociedad– debe, pues, hallarse presente siempre en la mente como presupuesto.

Pero estas categorías simples, ¿no tienen también una existencia independiente, histórica o natural, anterior a las categorías más concretas? Según. Por ejemplo, Hegel comienza correctamente su **Rechtsphilosophie** por la posesión, como la relación jurídica más simple del sujeto. Pero no existe posesión, anterior a la familia o a las relaciones entre amos y esclavos, que son relaciones mucho más concretas todavía. Como compensación, sería justo decir que existen familias, tribus, que se limitan a **poseer**, pero no tienen **propiedad**. La categoría más simple aparece, pues, como relación de comunidades de familias o de tribus con la propiedad. En la sociedad primitiva aparece como la relación más simple de un organismo desarrollado, pero se

sobreentiende siempre el substrato más concreto, cuya relación es la posesión. Se puede imaginar un salvaje aislado que no posea cosas. Pero en este caso la posesión no es una relación jurídica.

Pero ¿Por qué no puede? Simplemente porque no se ha interrogado de forma correcta (para no decir que entropiensa). ¿Qué puede importar una “existencia independiente, histórica o natural”, anterior a algo, sin que antes se averigüe la tendencia independiente, histórica, natural y a priori del entendimiento del sujeto, tal y como Kant nos alecciona?³⁷ ¿Qué puede importarle al entendimiento eso, si él mismo no es independiente, histórico, etc., etc.? Ahora bien, tampoco puede establecer la relación de una posesión no-jurídica debido a que no se granjea la idea de que lo jurídico tiene la base en el acto mismo de la conciencia abstracta o adunada a su forma corporal y que por ella misma y por su desarrollo se erige un mundo jurídico completo. De modo que la propiedad que posee el sujeto a priori, aún encontrándose en una sociedad primitiva, desarrollada o aislada, es, con rigor él mismo sólo y su alma. Y, aunque parezca demasiado chocante, las categorías simples comienzan en el momento en que el sujeto mediante cuyos cinco y más sentidos se apropia de datos que el entendimiento le brinda bajo la característica de exteriores o interiores, con ayuda de su razón. Los cuales para elevarlos a grado general deberá echar mano de su facultad espiritual especial. Como Marx no se introduce en el elemento a priori, considera las cosas y el mundo en el elemento a posteriori, hasta llegar al absurdo; queriendo imitar a Hegel pero de manera descarada, abyecta, digna de desprecio (Contribución. . . p. 271):

“No es exacto que la posesión evolucione históricamente hacia la familia. La posesión supone siempre esta <<categoría jurídica más concreta>>. Sin embargo quedaría siempre lo siguiente: que las categorías simples son la expresión de relaciones en las que lo concreto menos desarrollado ha podido realizarse sin haber establecido aún la relación más compleja, que se halla expresada mentalmente en la categoría concreta, en tanto que lo concreto más desarrollado conserva la misma categoría como una relación subordinada.”

De modo que el intercambio surge igualmente de la conciencia individual relacionada consigo misma; el cambio desarrollado es moldeado por ella misma en tanto que reconoce su forma de propiedad, su forma *propia*.

³⁷ KANT, Immanuel, “Crítica de la Razón pura”, etc.

Esta forma propia del pensamiento relacionado totalmente consigo mismo y con las cosas de las que tiene cabal conocimiento inmediato e intermiso, subordinada al elemento volitivo de su ser singular, ha de ser el que permitirá el cambio dentro de *cualquier* sociedad y comunidad, pues así como el pensamiento relacionado consigo mismo y con los objetos es una unidad particular, donde para sí mismo se disuelve cualquier diferencia, también tiene conciencia de cada uno de los extractos intermitentes que se le representan en menor o mayor grado según que advierta cada elemento en su generalidad, aunque ésta siga sometida a su voluntad singular. Las consecuencias de esta conciencia están meramente conectadas al hecho de que esa forma de generación, a través de la cual se sumerge en la pluralidad de su razón con ayuda de la cual las niega y conserva, es para ella una gran amplitud de relaciones que no representan obstáculo alguno a fin de subordinarse ahora a su configuración negativa completa. Mas, esta configuración de distintos que se desarrolla, se desenvuelve siempre de manera que el sujeto va asociando cada vez más a su ser los motivos que tienen lugar en sí mismo; pero, por lo mismo, no los reconoce como diferentes a él, salvo que sepa sobre sí mismo colocado en determinada situación favorable a su progreso, ora abstracto, ora concreto: de aquí que la conciencia generosa pueda dejar de serlo o no.

Ahora bien, como la inflación y el precio no tienen su causa más que en la conciencia apreciativa según que para ella esto tenga un fin relacionado íntimamente con sus motivos y con su grado volitivo, no podrá decirse que para su efecto tenga que intervenir otra especie de causa material o abstracta cuya afinidad se halle totalmente desvinculada del pensamiento; así, por ejemplo, como dicho he: “inflación por los costos”, “por la demanda”, “por la oferta monetaria” u otros tantos argumentos falaces. Cabalmente, cualquier proposición tendrá su toque de ser engañosa debido a que el pensamiento que trata de explicarla se relaciona con su forma infinita, cayendo, por tanto, en un callejón sin salida, aparentemente; sea, pues, este hecho una alarma que permita atender cuándo un razonamiento es falaz y cuándo un pensamiento de entrar en lo dinámico de su abstracción es incapaz.

Finalmente, lo que se observa de la inflación, del precio y del valor es la posible sustracción y adición, en grados mayores o menores, sobre los que el entendimiento se posiciona para lograr una ventaja de su acto de intercambio. Una vez que la forma benévola quedado atrás ha para el individuo, en segundo plano, y que su amplitud del ser individual, el objeto, el valor (como trabajo) y el cambio es cosa de poca consideración y

extensión, se atiende a la conciencia mezquina y avara; –se atienden los diversos modos de producción material que se desarrollan bajo el dominio del intercambio sometido a las valorizaciones de la conciencia particular.³⁸

³⁸ Decidido he omitir la parte donde pretendía departir sobre los puntos de vista de Milton Friedman acerca de la inflación; la cual tendría su justo lugar enseguida; mas, quede esta nimiedad en sustitución sin menoscabo de lo anteriormente dicho. Bourgues nos ofrece un pasaje de Friedman en el que éste explica la función –o una de las funciones– de la moneda (p. 106): “La función económica de la moneda consiste en permitir el cambio sin pasar por el intermediario del trueque, es decir, en dar a un individuo la posibilidad de cambiar los bienes y los servicios que posee contra otros bienes y otros servicios que desea consumir o ver entrar en su posesión, sin buscar el exacto equivalente en ocasión de cada transacción.” Bourgues repara de la siguiente manera (p. 107): “*Este pasaje es un verdadero tejido de errores. La economía monetaria está definida como un trueque mejorado, un trueque sin los inconvenientes del trueque. El papel de la moneda es reducido a un procedimiento técnico, que permite no recomenzar en cada transacción, el cambio producto contra producto, en forma equivalente. Cada individuo puede, gracias a ella, formarse una reserva de poder de compra y entonces comprar productos sin tener que vender inmediatamente un volumen de productos equivalentes. Las fallas de esta aproximación son evidentes; Friedman es incapaz de plantear y resolver la pregunta: ¿Cómo dos mercancías llegan a cambiarse entre ellas? Por eso mismo, su noción de <<poder de compra general>> es completamente hueca.*

No se puede definir el poder de compra más que después de haber precisado el contenido del acto de la compra, por lo tanto, lo que se encuentra en la base de la posibilidad de compra, la comparatividad en valor de las mercancías. A partir de que él no toma las mercancías más que a partir de su valor de uso (de donde la referencia a la economía de trueque), Friedman está obligado a conferir a la moneda un <<poder de compra general>> milagroso. Estando definido ese poder a partir de la moneda (y no a partir de la producción y del intercambio de mercancías), el precio se vuelve la expresión directa del poder monetario; ese poder es por sí mismo, función de la cantidad de moneda; que es la que determina el precio. Ese último variará, naturalmente, según el volumen del poder de compra en moneda poseída por los individuos. Este presupuesto constituye una de las principales justificaciones de las políticas reaccionarias. Y es radical e íntegramente erróneo.”

Y continúa así (pp. 107, 108 y 109): “*Todo análisis de la moneda debe fundarse sobre un estudio del tipo de producción y de las relaciones sociales que lo caracterizan. El trueque es un sistema de cambio históricamente determinado que ha dominado antes de la generalización de producción mercantil. Era característico de una economía en la que reinaba la interdependencia natural e inmediata de las actividades de los diferentes miembros de un conjunto social (comunidad). Después de que con el desarrollo de la división del trabajo y la separación entre los diversos productores que se deriva de ella, la producción mercantil aparece, el trueque comienza a transformarse en intercambio mercantil y el uso de una moneda se impone. Es pues totalmente falso reducir el abandono del trueque a un problema técnico. . . La base de la cambiabilidad entre moneda y mercancía está constituida por el valor, el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de cualquier mercancía (comprendida la moneda). La función primera de la moneda es representar el valor de las diferentes mercancías, materializar, representar bajo una forma concreta visible, palpable, el tiempo de trabajo socialmente necesario que sirva de base al cambio de las mercancías. De manera que en la práctica corriente, una hora de trabajo social se encuentra encarnada en una cantidad determinada de moneda.*

De ahí deriva su papel primero de medida de los valores y la determinación del precio. El precio no es la manifestación de un poder de compra de la moneda ejercido sobre un volumen de productos sin precio. La realidad es exactamente inversa: es el precio el que determina el poder de compra de la moneda. Por ejemplo, si usted tiene 100 F en el bolsillo, el poder de compra de esta suma de dinero, es decir la cantidad de productos que podrá procurarse con esos 100 F, depende del nivel de precios. Cualquier persona es capaz de comprenderlo, mal que le pese al señor Friedman. El precio es la expresión de la relación entre valor de la moneda y el valor de la mercancía; es la expresión monetaria del valor: 1 mesa = 100 F.”

¿Quién no podrá ver que a lo que se refiere Mr. Friedman es a una relación entre categorías simples y complejas en donde aquéllas son superadas por éstas, las cuales, al mismo tiempo, las conservan y las subordinan; por donde se viene a decir que la relación compleja, en la que se contienen las categorías, es lo concreto desarrollado, el desarrollo: tal y como dice Herr Marx. Ahora bien, según mi teoría de la inflación, el precio es la actividad de la conciencia mediante la cual se preserva a sí misma y preserva al producto de su individualidad, según que la finalidad sea el ofrecerlos. De tal modo que la función económica de la moneda, así como de cualquier otro equivalente que por general se tenga, no es ahorrarse el trueque –pues como categoría compleja que es el cambio mediante monedas y precios, supone el trueque cual categoría simple–; sino que, en realidad, es un impuesto, una garantía, que hace las veces de contribución, con lo cual se resguarda de sí misma desaprensiva, del descaro. El entendimiento tiene cabal certeza de haber equiparado, mediante su forma exterior, la conciencia generosa y la conciencia descarada. Claro es que se guarda tanto de sí misma cual fuerza de trabajo, como producto de ésta; y tanto es esto que llega la conciencia a establecerse en una contradicción que acaece en el entendimiento: es la forma del equivalente. Por un lado aparece el pensamiento intermiso, que tiene su forma análoga en la representación de la mercancía, por otro, hállase este mismo pensamiento intermitente transformado y condicionado, quien, a la vez, confínase a la finalidad de su objeto prendario, encontrando, por ello, la conmutabilidad y computabilidad de sus hechos: la similitud de esta actividad de la conciencia se encuentra en la moneda, de cualquier especie que ella sea, y cualquier valor de cambio que se use, a lo largo de la historia, en la transacción.

Finalmente, Bourgues dice que “la cambiabilidad está constituida por el valor” y que “la función primera de la moneda es representar el valor de las diferentes mercancías.” Esto es algo que cualquier materialista diría, incluso quienes no son marxistas lo sostendrían pues ello en realidad no ofrece ninguna dificultad. Y lejos de ser esto una contradicción o una refutación a mi teoría del incremento de precios, es, por tanto, una confirmación. En efecto, como diría Kant en alguna parte, “acepto el argumento íntegro”: la base de la cambiabilidad se constituye de moneda, mercancía y valor; no únicamente de valor, de tiempo de trabajo socialmente necesario, –de otro modo, si fuera sólo de valor, representaría el derrumbe por sí misma de la teoría del valor; la moneda representa valor de las diferentes mercancías, –cierto; tan cierto como que hay animales: la finalidad primera de la “moneda” fue el preservarle al pensamiento la propiedad de su ajetreo y su producto de desaguisados, de delitos y ofensas; es decir, sentó las bases para expresar que ni su trabajo ni el resultado son objeto de banquete, salvo en algunas ocasiones.

CONCLUSIONES

1. Se puede emplear el pensamiento de modo que contemple en cualquier juicio y oficio una forma plural y otra singular; es decir, una aislada y de por sí el devenir de un conglomerado.
2. La figura singular de la conciencia trae aparejado desde luego su propia antinomia, la cual es el despliegue de varios singulares que forman la diversidad.
3. La unidad del pensamiento, en cuanto éste piensa en sí como sí mismo, consiste en la comprensión de tal identidad como si cada forma aislada y diferente fuera su reflejo y su analogía.
4. Debido a esa representación empatada se experimenta un gran embelesamiento que podría catalogarse como una superioridad del propio pensamiento.
5. Gracias al discurrimiento, que establece y diversifica, a la vez, de la conciencia, es cómo se atisba una manera totalmente diferente para considerar la mercancía, el valor, el salario, la ganancia, etc.
6. Del mismo modo que cada categoría se manifiesta aislada representando y delimitando su función determinada, aparece en la conciencia empatada con muchas tantas.
7. El concepto de lo material y concreto es al mismo tiempo abstracto; de lo cual se infiere que lo abstracto es también concreto.
8. El intelecto basado en cuestiones materiales y reales, avista sólo una pequeña parte de la realidad que puede ser alcanzada a través del pensamiento mismo.
9. Si lo abstracto es de suyo concreto y viceversa, el trabajo concreto es abstracto.
10. La distinción del trabajo sólo serviría para el análisis.

11. Corre la misma suerte el valor útil y substancial: el primero es tan concreto que se torna abstracto; el segundo expresa tanta substancia que es algo determinado. Igualmente, esto sería de gran ayuda al pensamiento analítico.

12. La doble consideración del trabajo únicamente es para dar relieve a algo que en realidad no debería tener: es la indemnización teórica por excelencia a conciencias ajetreadas susceptibles de sufrimiento y desgaste.

13. Algo igual pasa con la ganancia: cada teórico busca ser, más o menos, condescendiente con ella, aun cuando su modelo únicamente tenga validez por unos cuantos días.

14. El valor como substancia se equipara, en la relación de valor, con el valor de uso perdiendo, por tanto, su cualidad abstracta y ganando carácter determinado.

15. Precisamente porque el valor encuentra cuerpo en el valor de uso, no manifiesta ya más algo igual dentro del cambio.

16. Si el valor va a dar al valor útil y si se concede que sigue siendo algo común e igual que equipara a las mercancías en el intercambio, se deduce que el valor usual es exactamente igual a un valor substancial.

17. De poco o nada serviría distinguir el valor en sí mismo.

18. Lo mismo sucedería con el trabajo concreto y abstracto: ambos son determinados a la vez que comunes.

19. El valor no debe ser contemplado a través de su forma útil o venal, entiéndase por ello, substancial; tampoco el trabajo, a menos que se advierta en tales una forma singular y plural, o sea un valor y un no-valor, un trabajo y un no-trabajo.

20. Gracias a tales juicios, la conciencia se apoderaría de la situación y sería ella como la mera intermediaria de todo. Ella misma se verificaría como el fundamento de todo fenómeno económico.

- 21.** Dado que esta intermediación se da, el capital y el trabajo se restringen y ninguno de los dos genera plusvalor.
- 22.** Para generar plusvalor tiene que avenirse el trabajo con el no-trabajo y el capital con su contrario en la certeza sensible abstracta.
- 23.** Como la conciencia domina ya cualquier región, es ella la que tiende a apreciar las cosas.
- 24.** La correcta o inconveniente estimación dependerá del hecho de que el pensamiento sepa de sí aislado o general.
- 25.** El confinamiento mutuo del trabajo y el capital unilaterales obliga a pensar en un proceso continuo de producción de mercancías en donde ambos confieren su valor al producto.
- 26.** Así como hay un precio del trabajo que se paga por el cambio de la mercancía fuerza de trabajo; hay un precio de la ganancia que se paga a través del cambio de la mercancía corriente.
- 27.** La tasa de explotación media o unitaria a las que llegó Marx, son consideradas aquí como la tasa de sustracción media o unitaria, por decirlo de alguna manera, de unidades monetarias, mediante la realización de la forma precio.
- 28.** Por un lado, la plusvalía aparece determinada desde la compra y venta del trabajo; es decir, a partir del monto, mayor o menor, que se resarce al trabajador en forma equivalente a fin de que asegure su subsistencia: de aquí que se diga que el valor del trabajo (salario) es menor al valor de la fuerza de trabajo.
- 29.** Por otro lado, la ganancia aparece como el excedente manifestado en el precio de los productos una vez repuesto la magnitud del capital gastado.
- 30.** En orden a que se testimonie un excedente de valor, menester es que se efectúe el precio de los productos. Mas, siempre, la ganancia se presenta como una sustracción,

mayor o menor, bajo la realización de la forma precio de las mercancías y de la fuerza del trabajo.

31. Conforme se comprenda el precio de la ganancia y el precio del trabajo, se comprueba cada vez más la hipótesis.

32. Para que haya demanda efectiva general: o se incrementa la ganancia o el salario; de tal manera que, al ser ambos precios, tiene lugar la inflación.

33. Cuando disminuye el salario real, el precio de la mercancía corriente aumenta y como es el intermediario del precio de la ganancia, se diría que la ganancia genera inflación.

34. Se logra, con este trabajo, devolver el conocimiento de los objetos y actividades al pensamiento.

35. Al ser el pensamiento quien domina los fenómenos económicos, el precio dependerá de la estimación; y ya no de la fuerza productiva del trabajo.

36. Por consiguiente, esa estimación buscará, a fin de cuentas, obtener más o menos unidades de la circulación monetaria.

37. La mercancía que produce el dueño de los medios de producción es lo mismo que la mercancía fuerza de trabajo: ninguna es objeto de banquete.

38. El cambio es una facultad del discurrir humano y para nada una del mero intercambio de productos.

39. Existen precios unilaterales y plurales; así como hay conciencias que aprecian egoístas y egoístas en general.

40. La estimación se distingue de sí misma como precio, gravamen, salario, costo, etc.; mas, al final, es una única estimación.

- 41.** Cuando la valoración no depende de la conciencia general, cada valor ajeno se torna repugnante y el propio, conveniente. De manera similar, la sustracción.
- 42.** La apreciación y sustracción en la conciencia superior no es para nada igual a las que dependen de una material, aislada y egoísta.
- 43.** El pensamiento en y para sí es la medida justa ya que se conoce a sí mismo en los demás.
- 44.** La inflación surge debido a una conciencia engreída, que para mientes en la relación idéntica consigo misma y, para nada, en la de su contrario que asimismo aparece.
- 45.** El mundo desde ya a priori, es transformado e interpretado.
- 46.** El método de la trinidad: tesis, antítesis y síntesis, no debe ser entendido como dos datos opuestos que al final venga a comprenderlos otro más amplio, cual si se tratara de una época, de un arte o una arquitectura modernos. Ni mucho menos debe ser una religión que no se cansa de buscar y esperar a su Dios así hayan pasado 2000 años.
- 47.** La equiparación del trabajador y el capitalista se logra mediante una conciencia silogística; en donde ambos diferentes sean lo mismo por ser diferentes.
- 48.** El valor trabajo es simple siempre y cuando la conciencia que lo apanda de forma abstracta sea también simple.
- 49.** El valor puede identificarse con la conciencia general en tanto que él manifieste la antinomia de la pluralidad.
- 50.** El plus de valor en este caso, representaría la armonía de todas las partes, en especial del capital y el trabajo.
- 51.** Así como cabe la posibilidad de transfigurar cada juicio, es posible transformar cualquier categoría económica.

52. Se encuentra que la demanda efectiva implica, por lo tanto, a la ganancia del capitalista, del inversionista, del banquero, etc.

53. Puédese reducir todo fenómeno económico al juego de utilidades y pérdidas.

54. La consideración de la mano invisible tiene su sustento en la conciencia misma; sólo que no se da plena cuenta de ello como conciencia general: de aquí concluyen departiendo sobre unos productores que no llegan a conocer a sus consumidores etc.

55. Debiérase entender primero lo que es el agente económico antes de estudiarlo por separado y terminar afirmándolo cual agente económico vacío.

56. Se concluye que la teoría y clase dominantes son aquellas que no basan sus explicaciones sobre ninguna antinomia de lo a priori.

57. El precio es ya un valor: la apreciación es igual a la valoración.

58. El precio de la mercancía o del producto depende de otros precios; el valor de las mercancías, de otros valores. Es inútil a estas alturas querer establecer el valor de la fuerza de trabajo para preservarla de la inflación.

59. El nacimiento de la apreciación como tal, empieza desde que la razón se preserva de la humillación, la burla y el escarnio.

60. Deviene entonces la conciencia engréida, de la cual surge la inflación pues la implica. Es el pensamiento inflado, aislado; que no contempla la amplitud de la conciencia misma.

61. La conciencia engréida y mezquina es el fundamento determinante de la inflación.

62. Puede haber inflación ciertamente; pero no sería para nada igual la que provenga de una conciencia benévola que la que proceda de una engréida.

63. El pensamiento que comprenda a los demás será superior, nunca hinchado

64. Para caer en la cuenta de que la ganancia se obtiene del trabajo total y no solamente del impago, tendríamos que suponer la continuidad en el espacio y tiempo de una tal división del trabajo. Marx establece esta continuidad; pero para obtener la consideración de la ganancia o plusvalor no la obtiene pensando en el total de la serie de la división del trabajo, sino que utiliza únicamente un eslabón de esa serie; pretende que ésta se explique por sí misma y explique a las demás, pero en realidad no se atisba la antinomia necesaria para esa superación.

65. El salario, en cuanto totalidad, tiende a la completa diferenciabilidad, que, por él mismo, hasta se distinguiría de otros de su misma clase. En tanto que es un concepto abstracto figurado y que surge de la capacidad de abstracción del humano, existe la posibilidad de que por esa misma cualidad que le otorga en determinadas ocasiones la razón pueda él mudar hacia otra cosa extraña y apandararlo como su analogía, a pesar de que eso provoque una antinomia en el entendimiento: tal es el caso ganancia = salario.

66. He oído que se dice, con tanta simpleza, que en algunas labores débese uno abstraer de la razón o que no se debe hacer uso de ella para que éstas rindan frutos y se lleven a buen fin según los intereses de la persona que los ejecuta; tales labores son por ejemplo las de los maleantes, criminales, etc., quienes, para tales efectos, se subordinan al elemento de su intelecto y certeza sensible abandonando el de su conciencia general. Esto es, su labor no los obliga a subordinarse a conceptos morales generales, ni ellos se limitan, por sí mismos, a establecer una analogía entre estos y ellos. Pero es claro que detrás de todo ello existe una razón que los delimita: pues si ello no fuera así, ¿por qué no descargan su arma contra ellos mismos, si aquello que más los atrae es quitar vidas?

67. Lo mismo ocurre con algunos de nuestros queridos economistas y capitalistas, quienes han consagrado su vida a depender de su diosa ganancia; pero cuando el salario se les presenta cual ganancia misma, prefieren no entrar en razón y volverse imbéciles.

68. A los trabajadores y demás gente ocurre igual: cuando el concepto ha devenido en un mero particular, sin atender la generalidad de ese particular, se figuran la diferencia y a la vez la enfrentan como iguales, o sea, siendo parte de ella.

69. El a priori cuando no es la vulgar antelación, es el corrientísimo descenso de una causa a tal efecto. . . mucho es todavía lo que debe uno padecer al oír hablar de las formas puras del conocimiento. ¿Se podría esperar, acaso, más cuando no es sino para estimular la concepción real inmediata, material, inteligente y religiosa?

70. El arrobamiento experimentado y manifestado a través de expresiones universales entretiene a pocos, inclusive a nadie. El arte universal manifestado en toda clase de trabajos bellos pero carentes de la conciencia universal e infinita, entretiene a los vulgares.

71. Si tuvieran capacidad de sentir y obrar por sí mismos, concluiría: el capitalismo sin reflexión es rapaz; el comunismo sin razón es pobre; ambos, al comienzo de su vida, son opulentos; mas, al final, libertinos.

72. Dicho en pocas palabras: para llegar a ser potencia mundial, el mexicano deberá saber abstraer; o sea, pensar reflexivamente, de manera tal que el ser otro aparezca como su más fiel reflejo.

73. Otros países apenas alcanzan el orden de los mundos y el desarrollo: el mexicano, cual país, como conciencia, tendrá que transfigurarse, a fin de superar este modo de desarrollar los órdenes.

74. No es necesario que arrastrando os sigáis; tampoco que de la luz un vil artilugio hagáis: ya es suficiente con los millones de chandalas que, cada día, la naturaleza produce: ¡Volveos Arios! Esperad a la bruja, disponeos bien; si no podéis, más de dos y menos de cuatro, uno acaba por ser siempre lo distinto a sí en la unidad.

75. ¡Oh, dicho ya estaba! Se está en medio de materialistas dominantes, suplicáis, lo mejor para vosotros; vosotros lleváis la corona y, después de tanto, saltáis de un lado a otro: ¡Ya está hecho!, vosotros veis y habláis, vosotros oís y rimáis. ¡Vaya! Sinceridad al fin.

–Se aquista a través del movimiento de la conciencia que de la capacidad de retención que ella misma posee puédesse inferir una serie de elementos útiles que servirán para reconocer al entendimiento y la comprensión. La especie de la cual sean esos elementos en realidad no importa, pues que ya sean de la receptividad, esto es, aprehendidos por la certeza, ya sean informes, aprehendidos por la razón, siempre supondrán la capacidad del pensamiento para colocarse y posicionarse en determinado momento que de ellos se quiera echar mano. Igualmente, para llevar a buen término esa retención de la certeza o de la razón en el pensamiento, debe darse aquella capacidad mediante la cual transcurre determinado suceso; siendo este hecho acabado la síntesis de él lo que el retención atiende y mantiene: la superación trae aparejada una retención y viceversa, no sería posible una sin la otra. Es decir, el mismo razonamiento establece la discrepancia y la antinomia de los conocimientos captados.

Ahora bien; debemos atender la antinomia como si fuera ella el motivo por el cual hubiera movimiento en todos y cada uno de los seres, ya que, ciertamente, es lo que permite comprender el aballamiento en toda su amplitud. De esta contradicción dependen muchos conocimientos que utilizamos sin darnos cabal cuenta de que están regidos y gobernados por ella. Uno de estos es el concepto, que, por ser algo general, es indefinido; pero ello no impide que se conozca mediante él algo muy particular. La indefinición se logra cuando se establece un algo general, que hasta cierto punto, puede ser desconocido; mas puede suceder que se determine su extensión por algo que es informe y deviene conciencia. De tal suerte que se cumple la antinomia de lo general en lo particular y al revés –de la retención y superación transfiguradas en abstracto depende la inferencia ora conceptual, ora sensitiva. Todo esto se puede llegar a comprender o no, se puede establecer en la conciencia a priori de tal modo que rijan nuestras conductas, ajetreos y prácticas; mas nunca digáis que no hubo quien, a la sazón, advertido de esto no os haya.

Fin

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR, Alonso, “La Inflación en México” Editorial Nuestro Tiempo, primera edición, 198
- BARCIA, Roque, “Gran Diccionario de Sinónimos castellanos”, Ediciones Joaquín Gil, segunda reimpresión de la primera edición 1° de junio de 1950, Buenos Aires, 15 de mayo de 1960.
- BARKIN, David y ESTEVA, Gustavo, “Inflación y Democracia. El caso de México”, Siglo XXI editores, segunda edición, México, agosto 1979.
- BLANCHARD, Olivier, “Macroeconomía”, Pearson Prentice Hall, segunda edición, España, 2004.
- BOURGUES, Paul, “Los Salarios ¿son responsables de la Inflación? Crítica de la Teoría de la Inflación salarial”, Editorial Nuestro Tiempo, s. a., primera edición en español, 1981.
- CENTRO DE ESTUDIOS DEL TRABAJO A. C. “Salario Mínimo y Canasta Básica (1981 – 1986), 2ª. Edición actualizada, Editorial Libros de México, S. A., México, 18 de abril de 1986.
- DALLEMAGNE, Jean-Luc, “La Inflación capitalista”, A. Redondo, editor, primera edición, Barcelona, 1972.
- DE ALBORNOZ DE LA ESCOSURA, Álvaro, “Los Orígenes de la Inflación mexicana actual Causales registradas de 1940 a 1970”, primera edición, México, 1975.
- Del OLMO, Fernando, “Los Efectos de la Inflación en la Distribución del Ingreso y el Empleo campesino y la Agudización de los Conflictos sociales en: MENENDEZ, Juan, “Inflación, Devaluación y Desarrollo rural en México. Un Análisis de la Coyuntura post devaluatoria”, Editorial Nueva Imagen, primera edición, México 1983.
- FLAMANT, Maurice, “La Inflación”, Oikos-tau, s.a.-ediciones, primera edición, España, 1973.

- GÓMEZ DE SILVA, Guido, “Breve Diccionario etimológico de la Lengua española”, Fondo de Cultura Económica, sexta reimpresión de la segunda edición 1998, México, 2009.
- IZE, Alain y VERA, Gabriel, “La Inflación en México Ensayos”, El Colegio de México, primera edición, 1984.
- HEGEL, F., “Fenomenología del Espíritu”, Fondo de Cultura Económica, primera edición, decimoséptima reimpresión, México, 2007.
- JARQUE, M. Carlos y TELLES Luis, “El Combate a la Inflación El Éxito de la Fórmula mexicana”, Editorial Grijalbo s. a., primera edición, 1993.
- KANT, Immanuel, “Crítica de la Razón pura y Prolegómenos a toda Metafísica futura”, Librería “El Ateneo” editorial, Argentina, 1950.
- KEYNES, J. M., “Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero”, Fondo de Cultura Económica, de la cuarta edición, primera reimpresión, México, 2006.
- LOZANO ARREDONDO, Luis, “De Llantas y Atropellos Trabajo, Salario, Productividad y Derechos laborales en la Industria llantera mexicana”, UNAM, CAM, primera edición, México, 2009.
- MARTÍNEZ TRIGUEROS, Lorenza, “El Efecto de la Inflación en la Distribución del Ingreso”, en: “La inflación en México”, Responsable Jorge Nuño, Publicación de los Estudiantes de Economía del ITAM, Gaceta de Economía, México, 2002, Tomo I.
- MARX, Karl, “Contribución a la Crítica de la Economía Política e Introducción general a la Crítica de la Economía Política”, Ediciones Quinto Sol, s.a., primera edición, México, 1980.
- MARX, Karl, “El Capital Tomo I Crítica de la Economía Política”, Fondo de Cultura Económica, de la tercera edición, cuarta reimpresión, México, 2008.
- MARX, Karl, “Miseria de la Filosofía”, Ediciones Folio, primera edición, España, 2002.
- MARX, Karl, ENGELS, F., “Obras escogidas en tres Tomos”, Editorial Progreso, primera edición, Moscú, 1979.

- MOCHÓN MORCILLO, Francisco, “La Política económica y los Problemas actuales de las Economías occidentales”, en Investigación Económica 152, abril-junio de 1980, pp. 61-80, Facultad de Economía, UNAM, México D. F.
- NUÑO, Jorge (responsable), “Inflación en México”, Publicación de los Estudiantes de Economía del ITAM, Gaceta de Economía, México, 2002.
- PINDYCK, Robert y RUBINFELD, Daniel, “Microeconomía”, Prentice Hall, quinta edición, 2001.
- SMITH, Adam, “Investigación Sobre la Naturaleza y Causas de la Riqueza de las Naciones”, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, segunda edición, México, 1958.
- SCHOPENHAUER, Arthur, “El Mundo como Voluntad y Representación”, Biblioteca NUEVA, primera edición, Argentina, 1942.
- TELLO, Carlos, “México: Informe sobre la Crisis (1982-1986)”, CIIH, primera edición, México, 1989.
- – “Estado y Desarrollo económico: México 1920-2006, UNAM Facultad de Economía, primera edición, México, 2007,
- WARMAN, Arturo, “Sociedad e Inflación” en: MENENDEZ, Juan, “Inflación, Devaluación y Desarrollo rural en México. Un Análisis de la Coyuntura post devaluatoria”, Editorial Nueva Imagen, primera edición, México 1983.